
La elección
María Cañal
Harper+

Portadilla

María Cañal

La elección

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

www. harpercollinsiberica.com
© 2026, María Cañal Barrera
© De esta edición, HarperCollins Ibérica, S. A., 2026

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: CalderónStudio Imágenes de cubierta: Shutterstock

ISBN: 9788410646933

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prefacio
Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Parte II
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prefacio

Quizá nuestra existencia esté llena de elecciones entre dos futuros y, en el momento en que hacemos efectiva nuestra elección, el futuro alternativo desaparece de nuestra memoria.
Porque recordar lo descartado resultaría, en algunos casos, doloroso e injusto.

Parte I

Capítulo 1

La última vez que me fumé un cigarrillo fue en el funeral de mi madre. Me he convertido en fumadora ocasional, solo aspiro mierda en los grandes eventos y ese lo era, desde luego. Mi madre había insistido en que ni se nos ocurriera hacer un drama de su muerte y tuvo dos años para tatuarnos eso en el cerebro. Digamos que fumar y llorar hasta tener los ojos rojos y saltones como los de una rana fue mi último acto de rebeldía.

Pero ahora esa sería la penúltima ocasión en que fumé. El cigarrillo que sujetaba con la mano derecha se estaba consumiendo mientras observaba el cielo estrellado, o todo lo estrellado que se podía ver en el centro de la ciudad, desde la terraza de nuestro quinto piso.

—Raquel, ¿vienes? —La voz de Sergio se filtró a través de la puerta de la terraza y exhalé el suficiente humo gris como para cegarme la visión unos instantes, dejando que se disolviera por sí mismo. En otras circunstancias, quizá hubiera manoteado para que el humo se extendiera y hacerlo desaparecer más rápido, pero en estas no.

—¡Ahora! —respondí sin mucho ánimo y tomé el cigarrillo de nuevo entre mis labios aspirando hasta hacerlo pequeño, tanto que me quemé los dedos. Siempre he sido de apurar todo lo que se puede, tirar cigarros a medias me parece un desperdicio.

—¿Qué haces fumando? —Sergio me pilló justo cuando apagaba la colilla en la baranda de la terraza y soltaba el último trago de humo a discreción hacia arriba, envuelta en una ola de placer y serenidad, la que me daba la nicotina desde que la había conocido allá por la década de los noventa. Entonces, mi prima Susana y yo nos escapábamos al parque de al lado de casa y nos escondíamos entre los matorrales en forma de cueva de una zona alejada de la entrada para fumarnos los cuatro cigarros que había logrado birlarle a su padre.

Me encogí de hombros, no sabía qué responder porque la verdad no era una opción, al menos, de momento. Así que sonreí mientras lanzaba la colilla a la calle, un punto de luz apagándose poco a poco mientras descendía directo a la carretera frente a nuestro edificio. Me gané su gesto de reproche. Los gestos de reproche de Sergio eran famosos en casa: él siempre esperaba lo mejor de todos y, cuando no sucedía, los prodigaba por doquier. Creo que eso había sido una de las cosas que me enamoró de él hace ya tantos años, aunque, cuando soy yo la destinataria de ellos, no es precisamente agradable. Además, ¿hacia qué había ido dirigida exactamente su desaprobación? ¿Hacia el hecho de que fumara o a que hubiera lanzado la colilla por la terraza? Tengo que reconocer que me sentó de maravilla esa pequeña acción incívica.

—¿Que mamá está fumando? —La voz aguda sonó algo amortiguada por la distancia y las placas de pladur que nos separaban, además de la cristalera que Sergio había cerrado tras de sí cuando salió a la terraza. Pero lo próximo sonó algo más cerca—. ¿Desde cuándo fuma mamá?

Ahora sí manoteé con urgencia, toda la serenidad desapareció como por arte de magia y un profundo dolor de estómago se apoderó de mi abdomen, más o menos como la primera vez que me eché un cigarrillo a la boca. Lo bueno se puede convertir en malo en décimas de segundo. Mis hijas nunca me habían visto fumar; de hecho, siempre me habían escuchado despotricar contra los cigarros, los puros, los vapeadores, las cachimbas, los porros. Ellas me veían como una activista en contra de aspirar otra cosa que no fuera oxígeno. Hasta las obligaba a cerrar las ventanillas del coche cuando íbamos de viaje para que no respiraran la contaminación. Miré al fondo de la calle y el punto de luz, que suponía habría llegado ya a la calzada, había desaparecido. Y entonces fui yo la que compuso un gesto de reproche. Clavé mis ojos en los de Sergio y gesticulé. Mentalmente le decía: «Ahora vas y te inventas algo, las niñas no pueden saber que yo fumo, ni siquiera de forma eventual». No sabía si había captado mi mensaje, era ya demasiado tarde para preguntarle, porque Miriam, quién si no, entró como un vendaval en la terraza.

—Mamá, no me lo puedo creer. —Yo la miraba con la que pensé era mi cara más neutra, la que solía poner en las reuniones de seguimiento de algún proyecto que no fuera demasiado mal en ningún sentido, ni de tiempo ni de creatividad. Creí que era la mejor estrategia.

—No, Miriam, me he equivocado, es el vecino, que estaba fumando en la terraza y el humo ha llegado hasta aquí. —Otra de las cualidades que siempre me gustaron de Sergio es la rapidez mental.

—¿El señor Rodrigo? —Miriam transmitió su incredulidad de todas las formas posibles, ojos entrecerrados, ceño fruncido y boca medio abierta. El único vecino del que nos podía llegar humo de cigarrillo si alguna vez se le ocurría salir a la terraza a fumar era Rodrigo, un hombre de setenta años con EPOC.

—Bueno, será su enfermero. —Otra buena salida de Sergio. Y sonreí beatíficamente a mi hija de diez años, la más parecida a su padre en todos los sentidos, pero que, en una clara evolución de la especie, había extendido sus reproches más allá de los gestos y no le importaba en absoluto, es más, disfrutaba expresándolos con todas las palabras que tuviera a su alcance, que conforme crecía, iban siendo más.

Miriam salió y desapareció de la misma forma en que había aparecido, tan rápida y eficaz como un bisturí en las manos de un buen cirujano. Pero, a su paso, no cerró la puerta, y a través de ella la sonrisa de Esther me informó de que sabía perfectamente que la fumadora había sido yo porque, aunque la puerta a la terraza hubiera estado cerrada, era de cristal, doble e insonorizado, pero transparente al fin y al cabo. Y como yo no había tenido la precaución de echar la cortina, había estado totalmente visible desde el mismo momento en que me puse el cigarro entre los labios para encenderlo. Seguramente la brasa había llamado su atención, pero no se acercó, no me preguntó, no me dijo que su hermana estaba a una habitación de distancia y que apagara rápido. Me dejó a mi aire. Al coger mi móvil vi un mensaje suyo de hacía unos minutos: «Papá se acerca». Ahora fui yo la que le sonreí. Porque ella me comprendía.

Capítulo 2

Sergio lo sabía todo de mí, incluso mi necesidad de fumar en momentos de estrés. De alto estrés, diría yo, porque si no, estaría fumando a cada minuto de mi vida. Me acompañó a comprarme una cajetilla de tabaco la última semana que mi madre estuvo en el hospital, esperando que el cáncer se la terminara de llevar y la dejara descansar. Fue él quien me ofreció un cigarro cuando se coló una errata en un proyecto creativo que yo había dirigido en la cooperativa, lo cual fue motivo de mofa en todos los medios locales porque se mostraba gigante y vistosa en todas las marquesinas de autobús de la ciudad. Necesité al menos cinco cigarrillos cuando, creyendo que el tema había empezado a decaer, salió en un programa de humor, se viralizó de nuevo, esta vez con más ímpetu, y el cachondeo se convirtió en nacional.

El saldo fue de quince cigarrillos en la crisis escolar más grande a la que nos habíamos enfrentado hasta ese momento. Miriam había sido expulsada durante tres días por haber respondido repetidas veces a un profesor en el transcurso de una discusión en clase. ¿La razón? Un cambio de sitio mal gestionado. Esther se enteró de todo desde el aula de al lado y su versión distó un poquito de la de su hermana.

Y así, mi vida estaba jalonada por esos breves lapsos de tiempo en los que recurría a la nicotina como único recurso para calmar mis nervios. Si lo miraba desde el punto de vista de la salud, el resultado era bastante aceptable. En mi adolescencia, había fumado todos los días cigarrillo tras cigarrillo con verdadera avaricia: en los recreos del instituto, en las discotecas, en la plaza donde Susana y yo nos reuníamos con nuestros amigos; más tarde, en las escaleras de la biblioteca, en los descansos de las interminables jornadas de estudios antes de los exámenes finales de la facultad. Cualquier momento era bueno para encender un piti. Hasta que a mi madre le diagnosticaron cáncer de mama. Ese cáncer no había sido producido

por el tabaco, pero era la palabra que comienza por C, así que la nicotina debía desaparecer de mi vida de forma inmediata. Solo que volvía a ella en mis momentos más vulnerables, de modo que si alguien me tomara como objeto de estudio y quisiera localizar esos momentos y ordenarlos por nivel de intensidad, solo tendría que preguntarme el número de cigarrillos que necesité para superarlos.

Todo eso lo sabía Sergio, así que era altamente probable que mi marido tuviera una conversación guardada en su interior, de esas que dejas reposar para cocerla a fuego lento y que no se te escape ninguna alternativa. Gracias a Dios, yo también lo conocía lo bastante bien como para no esperar que fuera él quien la empezara, quien me preguntara esa noche, en la cama, con las luces apagadas y las respiraciones cadenciosas de nuestras hijas de fondo, qué me había pasado para necesitar con urgencia un cigarro. Porque fumar en la terraza exponiéndome a que me descubrieran mis hijas era el síntoma de algo más grande. Muy grande. Ni mi actitud animada y graciosa mientras nos comíamos la *pizza,* ni mi predisposición a ver una serie de superhéroes que complacía a Sergio y a las gemelas pero que a mí me aburría soberanamente, ni mi invitación al sexo un poco más tarde, que tuvo una respuesta más que positiva para mi regocijo y mi calma mental; nada de eso hizo desaparecer la suspicacia en las miradas de mi marido. Todas, absolutamente todas sus miradas me hacían ver revoletear signos de interrogación alrededor de su cabeza.

No me preguntaría, pero yo sí tendría que responderle en algún momento. Y no podía postergarlo más de unos días, como mucho, una semana. Pasado ese tiempo, la comprensión de Sergio se tornaría en enfado e indignación, incluso ofensa, y tendría toda la razón del mundo. Cuando ese momento llegara, no me reprocharía fumar sin que él lo supiera, sino esconderle la verdadera razón de ese cigarro. Por tanto, tenía que aclarar mis pensamientos, asimilar lo que ahora sabía y hablar rápidamente con Susana. Mi madre habría sido una mejor opción, pero ella ya no estaba aquí y, más allá de revolcarme un poco en la pena durante unas horas la misma noche del cigarro, no podía sucumbir a ella de forma indefinida.

Susana no me iba a dar soluciones, y yo tampoco las necesitaba. Solo precisaba de alguien que hubiera estado desde siempre ahí conmigo, con todas mis taras y paranoias, con todas mis peculiaridades; que hubiera vivido más ocasiones como esta, bueno, esta era la primera de su tipo, pero digamos que más ocasiones con el telón de fondo de mi peculiaridad más peculiar.

Después de una de las sesiones de sexo más frenéticas desde hacía mucho tiempo, con Sergio a mi espalda, desnudo y dormido, cogiéndome un pecho con su mano, posesivo, haciéndome estar segura de que mi vida con él era lo mejor que me había pasado en la vida, le mandé un mensaje a Susana, que ahora estaría, no sé, ¿en Hong Kong? Porque teníamos que planear una videollamada a una hora que nos viniera bien a las dos.

«Susi, he recuperado la memoria».

Capítulo 3

Historia de un accidente. Hace quince años

Cuando Raquel despertó del coma, creyó que había muerto. El fulgor que inundó su visión hizo las veces de luz al final del túnel, esa a la que se referían las personas que habían tenido una experiencia cercana a la muerte. La diferencia estaba, pensaba, en que ella ya había cruzado ese túnel porque se encontraba flotando en la luz, suspendida como una pluma en el aire. Solo que no se sentía tan leve como una pluma, seguía notando el peso de su cuerpo, identificaba la gravedad atándola al suelo. Y eso era extraño.

Luego, poco a poco, comenzó a registrar detalles que suponía era raro ver cuando estás muerta, como luces fluorescentes sobre ella, cortinas alrededor y hasta una señora con pinta de monja con pantalones a sus pies, sonriéndole y hablándole. Lástima que no oyera lo que le estaba diciendo.

Entonces, el sonido estalló en su cabeza. Los pitidos mecánicos a su derecha, el rumor más allá de las cortinas, las palabras inconexas de esa mujer con pinta de monja con pantalones: «¿… bien? No… preocupes. … doctora». Y como si le estuvieran enchufando los sentidos uno a uno, pero sin un orden establecido, todos comenzaron a enviar información a raudales a su cerebro: el tacto áspero de sus manos; el sabor de su saliva, como si hubiera dormido doce horas y no se hubiera lavado los dientes; y el olor a antiséptico y enfermedad.

La gente piensa que, tras un accidente, el cuerpo explota como una bomba de dolor. De hecho, eso es lo que Raquel había creído hasta ese momento. Pero nada más lejos de la realidad. Cuando el coche impactó contra su abdomen, la envolvió una burbuja de anestesia que la llevó volando, literalmente, al otro lado de la calle.

Incluso cuando cayó en la carretera, solo sintió un golpe seco en sus oídos que la hizo dudar de si ese sonido era realmente el resultado del choque de su cuerpo contra el suelo.

Luego, se quedó inmóvil por la sorpresa. Nunca había estado tan desconcertada, solo hacía unos segundos, ¿o habían sido minutos?, que se encontraba sobre la acera, con la bolsa del pan en una mano y el móvil en la otra, escribiendo de forma torpe con el pulgar un mensaje a su hermano. Le pedía cita para una puesta a punto de su coche, que en semana y media pasaba la ITV. Ese pensamiento todavía ocupaba su mente: tenía la ITV en semana y media y no entendía por qué ahora estaba tumbada sobre una superficie dura; tenía la ITV en semana y media y a cuento de qué le costaba tanto moverse; tenía la ITV en semana y media y qué demonios eran esas voces que se arremolinaban a su alrededor, cada vez más cercanas e insoportables.

Abrió los ojos, pero ¿cuándo los había cerrado? Tuvo que concentrar todas sus energías en levantar unos párpados que jamás le habían dado tanto trabajo, ni siquiera tras una noche de juerga. Con los ojos por fin abiertos, la luz del mediodía —porque esa era la hora, de eso estaba segura, ¿verdad?— la cegó por unos instantes, provocando que cientos de lágrimas se acumularan en las comisuras y que todo se le apareciera borroso, como si mirara a través de la superficie del agua de una piscina en un día soleado, una realidad acuosa que le impedía ubicarse con seguridad. Aun así, pudo identificar a lo lejos una de las dos piezas de pan que había comprado. Qué mala suerte, ya no podría utilizarla para hacerse el bocadillo que se llevaría al concierto de esa noche. Movió los dedos, intentando llegar a ella, pero ni se acercó. Ahora le tendría que pedir a Susana o a Nerea que le llevaran algo de cenar, porque ya no le daba tiempo de volver a la panadería. Iba muy justa con un trabajo que tenía que entregar a imprenta esa misma tarde, debía irse ya. Intentó incorporarse, pero, por raro que le resultara, no pudo.

«¿Qué ha pasado?». En su cabeza dijo cada una de las palabras. Lo que llegó a sus oídos fue un gemido largo y lastimero, porque la lengua se había convertido en una masa pesada y difícil de manejar; imposible vocalizar nada con ella, eso quedaba descartado. Cerró los

ojos de nuevo porque esa luz era tan molesta, pero tan molesta, que le taladraba el cerebro. «¡Que alguien apague el sol! ¿Y mis gafas?». Y entonces sí, ya había pasado el tiempo suficiente para que la granada que lanzara el accidente estallara en todo su esplendor, y un número infinito de agujas comenzó a aguijonear su cuerpo, cada poro de su piel supuraba dolor. Intentaba asimilarlo y concentrarse en las zonas más afectadas, pero le era imposible localizarlas porque, simple y llanamente, le dolía todo, de la cabeza a los pies. Su cabeza mandaba cientos de trabajadores a colocar cubos bajo una cubierta llena de goteras. Pero no daban abasto, surgían nuevas grietas casi por ensalmo, se iba a volver loca de tanto dolor. Y entonces dejó de sentir.

—¡Eh, despierta, no te duermas! ¿Habéis llamado ya a una ambulancia? ¡Despierta!

Le estaban dando bofetadas. ¡Dios! ¿Quién le estaba dando bofetadas? Más allá de un intercambio verbal incómodo, nunca había llegado a las manos con nadie. No sabría ni dar un puñetazo. Y allí estaban, propinándole bofetones y hablándole tan de cerca que notó cómo algunas gotas de saliva llegaban a sus labios. «¡Que todavía hay covid, por favor!». Abrió los ojos enfadada, ¿por qué no la dejaban en paz? ¿Quién diablos estaba obligándola a seguir consciente cuando lo único que quería era dejarse llevar por el sueño? Porque estaba tan cansada… Solo si se dormía, el dolor que sentía se mitigaría y se convertiría en un ruido sordo. Pero…

—¡No, no, no! ¡Vuelve conmigo, vamos!

¿Volver adónde?

—Aquí, conmigo, eso es.

Ya tenían lo que querían, maldita sea. Necesitaba mantener el ceño fruncido para expresar su enfado, pero eso le causaba más dolor de cabeza, así que hizo lo posible por relajarlo. Esperaba que esa persona que le pegaba sin compasión no pensara ni por un solo segundo que habían hecho las paces. Además, le deseaba mucho mal, mucho, mucho, mucho. Que se olvidara de pagar el alquiler un mes y lo metieran en la lista de morosos o que se le pincharan las cuatro ruedas del coche. Algo que costara dinero y esfuerzo arreglar, aunque nada irrecuperable.

—No la mováis, hay que esperar a la ambulancia. —La voz era firme y autoritaria y sonaba muy cerca. Tras ella, una miríada de voces secundarias se mezclaban en segundo plano y la aturdían. Solo esa voz la mantenía despierta y anclada a la realidad.

Y, por fin, a esas alturas, fue consciente de que había sufrido un atropello. Respiraba de forma irregular y temía que, a todo lo que le estaba pasando, se sumara un inoportuno ataque de pánico. Así que, para distraer el terror, intentó imprimir algo de vida a sus piernas, las notaba en un ángulo extraño allá abajo. ¿Nadie le podía traer un cojín? Uno mullido, bien lleno de plumas de ave o sintéticas, no se iba a poner exigente.

—No te muevas. —Y advirtió una pequeña presión en los muslos, impidiéndole el movimiento. No pudo evitar un suspiro virtual de alivio cuando comprobó que seguía sintiendo en aquella parte de su cuerpo, que no se iba a quedar paralítica, ¿verdad que no?

Ahora que este nuevo peligro se había encendido en su cabeza como una bombilla led de última generación, envió todas sus energías, algo escasas, hacia un solo objetivo: mantenerse todo lo quieta que pudiera, ni un terremoto de magnitud diez en la escala de Richter podría hacer que se moviera. Sería una estatua, una esfinge, sería la ganadora mundial del «1, 2, 3, pollito inglés». Tuvo espacio incluso para retirar las maldiciones que pesaban sobre esa persona que tan alegremente le había dado tortazos en las mejillas. Pero estaba tan cansada, tan mareada, tenía tan mal cuerpo. Era incomodidad y dolor y angustia. Era incertidumbre.

El sonido de las sirenas se fue intensificando conforme se acercaban y Raquel admitió que se encontraba francamente mal, y no solo por el dolor que atenazaba su cuerpo. Suspiró entrecortadamente al entender que su estado era peor que después de aquellas vacaciones en el norte que había hecho con sus padres un verano, en las que una travesía de cinco horas se había convertido en un viaje interminable de diez. Pararon tantas veces para que ella vomitara, que su hermano llegó a convencerla de que la abandonarían en la próxima estación de servicio en la que tuvieran que detenerse. Peor incluso que cuando chocó contra la parte trasera de una furgoneta de reparto recién sacado el carné.

Los airbags se activaron y durante un par de minutos creyó morir asfixiada. Peor que cuando le robaron justo al salir de la tienda donde había comprado su primer iPhone. Todavía recordaba la sensación física que la llevó del susto al terror; después, al desamparo —moral y económico—; y, finalmente, al alivio, al recordar que había pagado un generoso extra por el seguro durante el primer año.

No, esto era muy diferente, quería llorar como lo hubiera hecho una niña pequeña. No le daba vergüenza, al contrario, creía que estaba más que justificado. Pero el dolor le negaba hasta ese derecho, porque para llorar tenía que poner en funcionamiento un engranaje que, solo de pensarlo, la desbordaba. Mejor guardarse las lágrimas para más adelante, quizá para cuando la drogaran un poco, solo un poquito, lo suficiente para llegar a casa y terminar el trabajo. Porque una vez descartado el quedarse paralítica, eso es lo que haría. Estaría con dolores al menos una semana, podía casi asegurarlo. ¿Se podría dar de baja? Vaya mierda, no, un autónomo no podía darse de baja por estas minucias. Y, definitivamente, que te atropellara un coche no era razón suficiente como para pasarse una semana mirando Netflix y comiendo patatas fritas tirada en el sofá, sobre todo, en la temporada alta de trabajo, cuando sus clientes estaban en plena época de promociones y ofertas y ella se lanzaba con pasión a hacer folletos e imágenes con el descuento como concepto básico. No era lo que más le gustaba, claro, pero eso le pagaba los tres meses de verano de seguridad social. ¿Podría trabajar sentada en el sofá? Lo probaría.

—Ya están aquí —le dijo esa voz.

Qué voz más sensual, ¿era lícito tener ese tipo de pensamientos en momentos como el que estaba viviendo? No era de piedra y esa voz era muy sexi. Todavía estaba por comprobar que perteneciera a un hombre o a una mujer, porque había descubierto que su oído no pasaba tampoco por su mejor momento. Únicamente podía percibir un matiz ronco y la autoridad de alguien que sabe de lo que está hablando, lo que le dio seguridad: gracias a esa voz, no se quedaría paralítica. Esa persona debía ser sanitaria, no le cabía duda. Raquel se regocijó en su interior por la conclusión a la que había llegado.

Constató de este modo que su cabeza seguía funcionando, ya que podía deducir sin problemas a partir de pistas. Al final, si resultaba ser un sanitario o no daba lo mismo, ¡no había daños neurológicos! Sonrió. O lo intentó. Externamente, mostró una mueca fea que le infligió un fuerte tirón en la piel de su rostro, raspada hasta extremos insospechados, y que la hizo sangrar.

La voz sensual desapareció. Atisbó un bulto alejarse y, aunque Raquel se aferró a su mano, porque aquella debía de ser su mano, no pudo retenerla.

Varias personas comenzaron a manipular su cuerpo y ella no podía hacer nada al respecto. Nunca se había sentido tan vulnerable, harían con ella lo que quisieran y no podría ni oponer un mínimo de resistencia. De todos los momentos que había vivido hasta ese en el que se encontraba, el más doloroso, literalmente hablando, fue cuando la subieron a la camilla. Esa camilla dura e incómoda. Los latigazos de dolor eran tan intensos que todo lo que hicieron a partir de ahí ni siquiera podía compararse con lo que su cuerpo ya venía sufriendo: los pinchazos en los brazos para abrirle una vía, anulados; la palpación por todo su cuerpo, anulado; el toqueteo incesante en su rostro, con apertura de ojos como ni su hermano le había hecho nunca de pequeña, anulado.

Y no conocía a nadie. Quería conocer a alguien, quería a la persona de la voz sensual porque ella sabría solucionarlo, sabría buscar a su familia, buscar a Luis. Esa persona ¿dónde estaba? ¿Por qué ahora había desaparecido tan de repente?

—Dime, ¿cómo te llamas? —¿Esa pregunta era para ella?

—¿Eh? —Había querido decir exactamente eso. Comenzaba a dominar el movimiento de la lengua de nuevo, así que bien por ella.

—¿Cómo te llamas? Dime tu nombre.

—Raquel. —Se extrañó al escucharse, las letras de su nombre sonaron arrastradas, igual que cuando se tomaba esa copa de más que no tendría que haber pedido.

—Bien, Raquel, dime, ¿cómo te encuentras? —¿Era una pregunta trampa? Porque sentía que le estaban doblando el cuerpo y volviéndolo a doblar, era una servilleta como esas con las que ella se entretenía en las comidas en las que se aburría. Pero no era solo el

dolor, no, también era una fatiga inmensa. ¿Sería posible que el estómago se le hubiera dado la vuelta a causa del golpe? ¿Eso era científicamente posible? Seguramente sí, no había duda, por Dios, cómo iba a haberla si es lo que creía que le había pasado a su estómago. Lo resumió:

—Mal.

—Mal, muy bien. —¿Muy bien?—. ¿Qué te duele? —¿Qué le dolía? Terminaría antes si le decía lo que no le dolía, porque simplemente no había nada que no lo hiciera.

—Todo.

—Todo, muy bien. —¿Por qué repetía lo que ella decía? Estaba confundida. Sin embargo, en un alarde de no sabía muy bien qué, fue capaz de lanzar una palabra de más de dos sílabas:

—Mareada.

—Y estás mareada. Muy bien. —En absoluto, pero no estaba en condiciones de rebatirle nada a aquella mujer—. ¿Cuántos dedos ves aquí?

—Cuatro. —Sabía que estaba intentando dilucidar si había algo dañado también dentro de su cabeza y estuvo a punto de contarle el gran logro de hacía solo unos instantes, cuando ella sola había llegado a la conclusión de que la voz sensual pertenecía a alguien relacionado con el mundo sanitario; pero era demasiado largo, con el número bastaría por el momento.

—Muy bien, Raquel, escúchame. —Raquel observó con interés a esa mujer. Tenía los ojos demasiado grandes para una cara tan pequeña. O a lo mejor le estaba hablando muy cerca y por eso los veía así—. ¿Me escuchas? —Tenía toda su atención.

—Ajá. —Cuando fue a asentir se topó con el collarín, lo que la distrajo un poco. ¿Cuándo se lo habían puesto?

—Bien, Raquel, te ha atropellado un coche y te vamos a llevar al hospital. —Eso ya lo había adivinado, lo que quería decirle era que avisaran a Luis y luego a su madre. Quería a su madre, un terrible vacío la invadió al pensar en ella y comenzó a llorar. Y esta vez, a pesar del dolor, no pudo retener ni una lágrima. Y las lágrimas le quemaban en las mejillas, ¿por qué le quemaban las mejillas? Esto era de locos—. Ya están tratando de avisar a tus familiares, ¿de

acuerdo? —Se notaba que esa sanitaria también sabía lo que hacía, porque era exactamente lo que precisaba escuchar Raquel. Sanitario, qué profesión tan fascinante, de verdad—. Ahora solo necesito una cosa de ti. —Lo que quisiera, haría lo que le pidiera, ella ya había acertado lo que quería escuchar Raquel, así que estaba entregada.

—Ajá. —Y de nuevo se chocó con el collarín, pero esta vez no se distrajo porque no la cogió de sorpresa.

—Intenta mantenerte despierta, ¿lo harás por mí?

¡Ay, Dios! ¿Despierta? Qué tarea tan grande, tan complicada y extenuante. Porque si se dormía, podría olvidar durante lo que durara su sueño ese dolor incesante en todo su cuerpo. Se sentía en carne viva. Pero debía hacerlo, se lo debía a esa mujer y a sí misma. Si se lo pedía con tanta amabilidad y con tanto ímpetu, quería decir que era necesario, y ella siempre hacía lo que era necesario. ¿No había dejado que una compañera de su clase de tercero de primaria que le caía fatal durmiera durante una semana con ella, en su cuarto, cuando a sus padres se les inundó el piso? ¿No había dicho que no a un cliente para cedérselo a un compañero de la cooperativa porque acababa de ser padre y los pañales eran muy caros?

De acuerdo, se mantendría despierta, una tarea penosa pero asequible; pondría todo de su parte, eso por descontado. Se entretuvo mirando las caras de preocupación y el morbo en los ojos de las personas que rodeaban la escena del atropello. ¿Cómo se vería desde fuera? Menos mal que llevaba pantalones, porque no soportaría estar enseñando la ropa interior a todo el mundo; y bien sabía Dios que los sanitarios de urgencias están más pendientes de cosas que no son el decoro de los pacientes, como estabilizaciones, sueros y RCP, ¿verdad? Entonces la metieron en la ambulancia y dejó de verlos, comenzó a sonar la sirena y cumplió uno de sus sueños: circular a toda velocidad por las calles de la ciudad, aunque no en las condiciones que ella hubiera deseado. Pero no se puede tener todo.

La gran M roja y llamativa de la ventana trasera de la ambulancia fue su referencia. Decidió fijar allí la vista y analizar el extremo

despegado para obstaculizar todo lo posible la llegada de los murmullos de los sanitarios a su cerebro. Es decir, era imposible que dejara de escucharlos porque estaban muy cerca y, por muy bajito que hablaran, al final se enteraba de todo, pero podía inventar juegos para engañar a su mente porque en ningún caso quería saber lo que estaban diciendo. También le vendría bien para distraer el dolor, que ya se hacía insostenible, lo cual le hacía pensar que tal vez aquello iba a ser más que una caída aparatosa. Bien, comenzó con la M: M de Madrid, M de mamá, M de marrón, M de Manuel Carrasco. El concierto del que tenía entradas para esa noche. Su prima Susana las había comprado cuatro meses antes y habían estado hablando de ello en todas y cada una de las conversaciones que habían compartido desde entonces. Quedarse sin poder ir a solo unas horas era como si le robaran un caramelo de la mano justo cuando se lo iba a llevar a la boca.

M de muletas. Lo que la llevaba a H de hueso roto. Se miró de soslayo el brazo izquierdo, estaba entablillado y allí abajo notaba algo extraño, ¿otra fractura? Había llegado a la R de reposo, y empezó a agobiarse porque ella no podía permitirse estar de reposo. Tenía clientes que atender, proyectos que terminar y que empezar, en especial, uno grande y emocionante que su cooperativa había ganado hacía poco, esa era su oportunidad de despegar. «Respira, Raquel —se dijo—, respira, porque el jueguecito del engaño no está surtiendo efecto y te está llevando a otra crisis de ansiedad». Y por fin, vomitó.

Capítulo 4

«Susi, he recuperado la memoria».

Susana y yo éramos como hermanas. La sentía más hermana que mi hermano en la vida real, aun cuando la relación con Raúl había sumado muchos puntos desde que los dos llegamos a la edad adulta. Antes de eso, Raúl y yo no éramos más que dos personas que habían convivido la mayor parte de su vida, compartiendo los mismos espacios, recuerdos y broncas. Nos soportábamos, aunque había épocas en que ni eso. Y era también la persona con la que mi sentido de la propiedad se había magnificado de forma exponencial.

Recuerdo pensar con culpabilidad la suerte que había tenido de que la madre de Susana los abandonara a ella y al tío Nacho, porque así mi prima había podido criarse tan cerca de mí, pasando semanas enteras en casa cuando el tío se iba de viaje por trabajo. Mi vida no tenía secretos para ella porque había dormido conmigo más veces que mi marido, nos habíamos peleado con las mismas niñas, despotricado sobre los mismos chicos y emborrachado juntas (procurábamos que de forma alterna, para que siempre hubiera alguien a los mandos). Así que, cuando ella y su padre se iban de vacaciones solos, me sentía abandonada y enfadada, ¿cómo podían separarnos en las vacaciones de verano, uno de los momentos más importantes de la vida de una niña? Más tarde, me enteraría de que mi tío Nacho la llevaba a un pueblo pequeño de Extremadura, donde Susana no conocía a nadie ni quería hacerlo, y donde siempre se cruzaban con las mismas personas, incluso había noches que cenaban juntos y ella no entendía por qué. Y yo tampoco. Esas personas eran un matrimonio mayor con aspecto cansado y una mujer más joven que su padre que siempre llevaba faldas de volantes y camisetas de colores y degradados imposibles. Hasta que no tuvimos diez u once años no caímos en la cuenta de que aquella gente no era sino la familia materna de Susana. Yo dejé de insistir

en acompañarlos y mi prima comenzó a hacer amistad con los jóvenes del pueblo.

Así que Susana, entre otras cosas, sabía que yo había tenido el bazo grande; que mi leve cojera es producto de un accidente y solo evidente cuando estoy cansada; que mi color favorito es el azul azafata, aunque me sienta como un tiro; que me gasté mi primer sueldo de dependienta del ultramarinos del barrio en un tratamiento de alisado del pelo que me lo quemó; que perdí la virginidad mucho más tarde de lo que suelo contar, no con aquel chico del instituto, sino con ese otro de la facultad, varios años después; que guardo en la despensa una botella de Blue Tropic y pequeños briks de zumo de piña, porque sigo tomando de vez en cuando lo mismo que me pedía en la discoteca con quince años; que Sergio es sin duda el amor de mi vida y que, cuando me enteré de que esperaba gemelos, estuve a punto de huir del país, solo que si lo hacía, los gemelos se vendrían conmigo allá donde fuera, así que me quedé en casa.

Y yo sé de ella que le encanta vestir ceñido, aunque los vaqueros ajustados le dan siempre problemas en la entrepierna; que la vez que llegó tarde un viernes que salimos por ahí (tanto como un día y medio tarde) fue porque ella sí perdió la virginidad con su chico de entonces, cuando los dos estaban en segundo de BUP; que no le gusta demasiado el azul azafata, pero le sienta de muerte; que este año sabático que se está tomando para recorrer el mundo le ha servido para comprender un poquito mejor a su madre. Solo un poquito, tampoco hay que pasarse. Y que cuando esté de regreso en casa, no piensa volver a la empresa en la que tiene una excedencia como contable. Tampoco sabe qué va a hacer después, pero por ahora eso no le preocupa porque, de momento, está meditando mucho, comiendo kilos de arroz y nadando en aguas cristalinas. Y eso es lo único que le importa.

Así que no es de extrañar que ella sea una de las tres personas en el mundo que saben de mi peculiaridad. Y actualmente es quien lo sabe desde hace más tiempo. De hecho, creo que estaba con ella cuando se me manifestó por primera vez, quizá con cinco o seis años, de ahí que nunca me haya tratado de loca ni de mentirosa. Para ella siempre ha sido tan real como para mí, hasta el punto de

que hemos transitado etapas en las que me ha envidiado y otras en las que me ha tenido lástima.

Otra persona era mi madre. Por cuestiones obvias, ella tenía que saberlo y me ayudó descubrir que no era la única en el trance, aunque antes de llegar a ese apoyo mutuo hubo mucha soledad e incertidumbre. No se lo conté hasta bien entrada en la adolescencia, porque de ello dependía mi futuro académico más inmediato y no podía explicar a qué venían tantas dudas. Qué de años desperdiciados, todo podría haber sido más fácil.

Y la última persona es, por supuesto, Sergio. A él le costó entenderlo, temí que rompiera la relación al verse junto a una mujer con pensamientos extraños que vivía realidades inventadas. Sin embargo, una charla con Susana y mi madre lo convencieron de que, al menos, me diera una oportunidad. Y tengo que decir que no lo he defraudado. Es más, nos hemos aprovechado de mi peculiaridad en un par de ocasiones. La más importante y la que mayor peso tuvo para que se despejaran todas sus dudas, si es que aún le quedaba alguna, fue el parto de las gemelas. A la salida de casa, él iba cargado con la bolsa del hospital, gigantesca porque el premio en nuestro caso era doble; y yo iba tras él, tambaleándome y sujetándome la barriga con las dos manos, con la sensación de que si no me la sujetaba, caería al suelo irremediablemente. Era de madrugada, porque esto suele ocurrir así: te pones de parto de madrugada, se te estropea el coche un viernes por la noche, haces hamburguesas y solo tienes tres panes redondos (y sois cuatro); lo llaman ley de Murphy, yo lo llamo *putada*. Después de lanzar la bolsa al maletero, Sergio me ayudó a meterme en el coche, desplazó el asiento del copiloto lo más atrás que pudo y yo maldije como nunca lo había hecho; de hecho, no sabía que se podía maldecir de esa forma, porque me dio una contracción justo al inclinarme para entrar. Cuando caí como un peso muerto, temí que las ruedas explotaran.

Y entonces pasó.

—Coge por la derecha —le dije a Sergio en cuanto se sentó junto a mí tras el volante.

—¿Por la derecha? Eso es dirección contraria —me contestó mientras arrancaba el motor y salía marcha atrás del aparcamiento.

—Te digo —inspiré hondo— que cojas —inspiré hondo de nuevo— por la derecha. —Seguí inspirando y espirando rápido unos cuantos segundos más. Sergio se había detenido y me miraba. Ya calmada y fuera del frenesí de la contracción, continué—: Tira por la derecha si no quieres que tenga a las gemelas en este coche y mañana seamos noticia en todos los informativos y programas de la tarde en la tele.

—Pero… —dudó.

—Lo he visto, Sergio, lo he visto y ahora no es el momento de que te lo explique.

Y Sergio tiró por la derecha. Y yo traje al mundo a mis gemelas en el entorno seguro del hospital.

No me sentó mal que terminara de creer la existencia de mi particularidad con pruebas físicas, me pongo en su piel y yo también hubiera tenido mis dudas.

Volviendo al presente, Susana respondió de inmediato, como era de esperar. Sabía que «Susi» casi la alteraría más que «he recuperado la memoria»: «Estarás disponible a las diez?».

Sí, claro que estaría disponible a las diez. Tenía una cita con un posible cliente, pero la pospondría a primera hora. Sergio ya se habría ido al hospital, bendito turno de mañana; me daría tiempo a dejar a las niñas en el colegio, desayunar mirando la nada y reflexionar, que me hacía falta.

Capítulo 5

Resulta que Susana no estaba en Hong Kong, sino en Sri Lanka y que, desde donde se alojaba, la cobertura era pésima. La conexión se cortaba constantemente, de modo que muchas veces me veía hablando con una imagen estática y pixelada de una Susana morena, jipi y con el pelo más largo que ha llevado en su vida.

Su decisión de irse al otro lado del mundo a buscarse a sí misma, con la edad que nos gastamos las dos, tuvo su origen en la misma mujer que, por el mismo motivo, los abandonó a ella y a su padre cuando era una niña tan pequeña que casi no la recuerda en tres dimensiones. El consulado le envió una notificación de que una mujer, cuyo nombre, apellidos y DNI correspondían con los de su madre, había muerto en algún lugar perdido de Tailandia. La última vez que tuvo noticias suyas, porque seguían recibiéndolas esporádicamente, habían llegado de Asia, así que ni a ella ni a mi tío les sorprendió que se tratara de Pilar. Necesitaban a alguien de la familia *in situ,* y como su padre no podía ser y la familia materna de Susana no era tampoco una opción, se cogió vacaciones y decidió que esa desgracia, que a ella le estaba costando convertir en sentimiento, sería una buena excusa para conocer un lugar del mundo sobre el que nunca había tenido ninguna curiosidad. Lo de cogerse la excedencia vino dos semanas más tarde, cuando descubrió que tenía un hermano tailandés y hasta cinco sobrinos morenos, sonrientes y enérgicos de entre cinco y quince años.

«Me quedo aquí, Raquel». Lo primero que pensé cuando me dijo eso en una de sus cada vez más escasas llamadas es que había cogido un virus estomacal que la estaba haciendo delirar. Luego llegué a la conclusión de que se trataba, sin duda, de una broma. Pero no era ni una broma ni un virus estomacal: unas vacaciones de quince días se convirtieron en una excedencia de un año y, de repente, se encontraba en Sri Lanka, montando en elefante y

recogiendo té en grandes plantaciones. Menos mal que ella no tenía hijos ni cónyuge a los que abandonar.

—Lo que no entiendo, Raquel, es por qué, a estas alturas del campeonato, no se lo has contado ya a Sergio. —No podía evitar sentirme extasiada por todo lo que había tras Susana: un gran templo budista se alzaba como una montaña. Así era imposible no convertirse a esa religión.

—Porque me siento tan culpable que creo que me va a dar un ataque de ansiedad; de hecho, creo que he tenido ya varios amagos, anoche estuve a punto de vomitar, creía que me moría. —Llevábamos quince minutos intentando tener una conversación coherente, interpretando las partes que nos perdíamos por la mala conexión y uniéndolas al resto.

Aun así, una cosa me había quedado clara: Susana no le estaba dando importancia a lo que le acababa de decir y eso me molestaba. Me molestaba mucho porque, cuando ella decidió quedarse en el culo del mundo, fui la primera en defender su postura ante mi tío, a quien tuvimos que acoger como un alma en pena en casa de mi padre. Ahora vivían los dos juntos, mi padre creía que iba a matar a su hermano cada noche y yo me había convertido sin quererlo en una suerte de mediadora: llevaban seis meses viviendo juntos.

Se lo contaría a Sergio, no había duda al respecto; pero tenía tanto que asimilar a nivel ético y personal que necesitaba encontrarme estable antes de sentarme con él en el sofá de casa y revelarle las últimas noticias.

—O sea, que para ti, lo único que tengo que hacer es sentarme con Sergio, contárselo y ya. —No pude evitar el tono de reproche, tampoco quise hacerlo.

—Así es, si supieras lo fácil que es aceptar las cosas como vienen… Somos nosotros quienes nos complicamos la existencia. —Desgraciadamente, en este punto no falló la conexión y pude ver su expresión serena.

—«Samanté». —E incliné la cabeza delante de la cámara, procurando que captara mi ironía.

—Es «Namasté». Y eso es un saludo, aquí no viene a cuento. Pero escucha, no te enfades, Raquel —me pidió Susana. Y cuando me

miró de nuevo, o, mejor dicho, miró a su cámara, pude ver a mi prima, esa que se había ido hacía unos meses—. A ver, eso pasó hace quince años, tú has estado amnésica hasta ahora, por el amor de Dios, o de Buda, o de quien quieras, eres otra persona.

—Pero me da miedo, ¿no lo ves? —Casi lloraba de impotencia—. Me da miedo la persona que escogió ese camino, ¿no lo entiendes?

Milagrosamente, fueron minutos en los que la conexión se mantenía perfectamente. Y mientras yo me desahogaba, hordas de turistas se movían por la plaza soleada delante del gigantesco templo; y tuve un anhelo casi doloroso de poder estar allí con ella y evadirme de la tempestad que en ese momento se estaba librando en mi cabeza y en mi corazón. En el corazón, las tempestades que se libraban eran incluso más mortíferas que las de la cabeza, porque esas eran capaces de dejarte exhausta con solo una pequeña brisa. Las de la cabeza te dejaban la energía suficiente para seguir funcionando, pero yo ya tenía la sensación de que no podría ponerme a trabajar en ningún proyecto en lo que quedaba de día, o de semana o de mes. Mi prima por fin había entendido la magnitud de lo que le estaba contando. Le había costado demasiado, todo hay que decirlo, y me había sacado un poco de quicio esa actitud suya tan zen, pero ya se había ubicado.

—Me doy miedo a mí misma, Susana. —Lo dije muy bajito, casi para mí. Llevaba veinticuatro horas aterrorizada y por fin podía verbalizarlo.

Tenía miedo cada segundo de cada minuto de cada hora del día. Miedo de que se volviera a dar esa peculiaridad mía. Nada me había avisado nunca de que aquello fuera a ocurrir, así que podía darse en cualquier momento. Hacía mucho que no pasaba, tanto que había pensado que quizá eso ya se había acabado para mí, y me sentía tranquila al respecto. Más que tranquila, conforme; y un pelín aliviada, no voy a negarlo. Pero las revelaciones del jueves habían calado en mi cuerpo y una capa de ansiedad y miedo en su estado más puro me atenazaban. Todavía me maravillaba el modo en que lograba disimularlo. Y el modo en que seguía ocultando cosas.

Capítulo 6

Hace quince años

«Se tiró delante, ¿verdad? Yo no la vi porque ella se lanzó».

Susana miró a Nerea como si le hubieran dado una bofetada y no pudiera evitar el movimiento de su cabeza y de sus ojos. Y Nerea le respondió de igual modo. Ambas se quedaron escuchando en silencio, por si pudieran sacar algo más de la conversación que se desarrollaba detrás de ellas.

Las dos se habían enterado del accidente de Raquel demasiado tarde como para vestir ropa y calzado cómodos, perfectos para ver pasar el tiempo en el hospital, esperando por el estado de su prima y de su amiga. Habían abandonado la cola kilométrica de entrada al estadio donde, a esas horas, Manuel Carrasco estaría preparándose para cantar todos sus grandes éxitos, que ellas se sabían de memoria, y se habían marchado desconcertadas y con el corazón en un puño.

Para cuando la madre de Raquel las avisó, ya llevaban varias llamadas perdidas, en las que invariablemente había saltado el buzón de voz, y otros tantos mensajes por WhatsApp urgiéndola para que terminara el trabajo lo antes posible, porque los aledaños del estadio donde se celebraba el concierto se estaba llenando de forma preocupante. Cuando Susana sintió el móvil vibrar en su bolsito, respondió directamente, presuponiendo que se trataba de su prima.

—Raquel, nena, ¿dónde te metes? Esto está ya hasta la bola. —Le hacía gestos a Nerea y se reían de una broma anterior que ahora serían incapaces de recordar.

—Susana, cariño, soy la tía.

—¿Tía? —La risa desapareció como por ensalmo. La voz de su tía Isabel sonaba tan lejana y cansada que de inmediato supo que

había ocurrido algo—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Raquel? —Nerea también calló en ese momento.

—La prima ha tenido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Qué tipo de accidente?

—Déjala hablar, Susana. —Nerea tenía la oreja pegada al móvil y le dio un manotazo a su amiga para que no abriera más la boca.

—La atropelló un coche este mediodía —se escuchó al otro lado de la línea.

—¿Este mediodía? ¿Y por qué me estoy enterando ahora? —volvió a interrumpir Susana.

—Shhh… —Nerea se puso el dedo índice en los labios.

—Hija, no sé por qué… —Y justo en ese momento, Isabel escogió hacer un silencio, y Nerea y Susana casi mueren del susto y de la preocupación.

—Tía, por favor, ¿cómo está Raquel? Dime que está bien, por favor. —La voz le salió entrecortada. A Raquel no podía pasarle nada. A cualquier persona sí, a Raquel no.

—Sí, bueno, la han tenido que operar de urgencia. Le han quitado el bazo.

—Ella siempre lo ha tenido grande. —Susana se enorgullecía de conocer detalles de ese tipo sobre su prima. Igual que Raquel sabía que ella tenía tres pezones en lugar de dos. Son intimidades de las que solo los más allegados e importantes en la vida de una persona están al tanto.

—Así es, por eso, supongo —contestó Isabel, más siguiendo la conversación que creándola ya, aun cuando había sido ella quien había llamado.

—¿Y ahora? —Fue Nerea la que preguntó, con un timbre de voz que hizo volverse a las chicas que tenían delante de ellas.

—Ahora está en la UCI.

—¿En la UCI? —Nerea volvió a removerse al lado de Susana, chascando la lengua, harta de que su amiga interrumpiera el discurso de aquella mujer que a duras penas las estaba informando sobre el estado de su amiga.

—Por lo visto es normal. Lo de la UCI, digo. En breve, creo que nos dejarán pasar a verla, es la hora de las visitas.

—¿En qué hospital estáis? —Susana se tapaba la oreja contraria a la del teléfono con la palma de la mano, intentando amortiguar el ruido que crecía por momentos a su alrededor. Sin darse cuenta, habían ido avanzando en la cola; por lo visto, ya habían abierto las puertas y la gente estaba accediendo al estadio.

—En el General.

—Vale, vamos para allá. —Susana miró a Nerea buscando confirmación y Nerea afirmó cabeceando con tanta fuerza que sus cervicales se resintieron un poco.

Así que ahora estaban en la cafetería del hospital. Nerea vestida con un top de lentejuelas rojo, que dejaba a la vista todo su abdomen, y una minifalda que quizá le quedaba algo pequeña, pero que se negaba a dejar marchar en la bolsa de descartes en cada cambio de armario porque era con la que había conocido a Álvaro, su novio y, según ella, el amor de su vida. Susana, en cambio, llevaba unos vaqueros tan ajustados que le cortaban la circulación, porque esos pantalones no se habían hecho para estar sentada en una silla de plástico de la cafetería de un hospital, sino para bailar de pie en un estadio lleno de gente cantando las canciones de tu artista favorito. Su camiseta de tirantes desafiaba las normas del buen gusto para un lugar como aquel, dejando entrever los límites de su sujetador, por no decir que lo transparentaba por completo: era negro con brillos plateados, un sujetador para ser enseñado, como le gustaba decir a ella.

—Parecemos putas, Nerea —había soltado Susana al sentarse en la mesa de la cafetería.

—Puta lo parecerás tú, yo me veo estupenda con mi minifalda y mi top de brillos.

—Claro, en un concierto, pero no en un hospital, joder. —Y Susana se pasó la mano por la cara, haciendo que el rímel se le corriera un poco hacia abajo.

—Deja de tocarte la cara, porque además de puta, pareces borracha. —Nerea estaba desparramada sobre la silla, dándole vueltas a su café.

—Joder —murmuró Susana mirando por el ventanal. La noche ya había caído y las luces de las farolas le daban a la calle un aspecto

fantasmagórico.

—En cuanto tus tíos salgan de la UCI, nos vamos a casa y nos cambiamos —sugirió Nerea.

—Qué va, yo de aquí no me muevo. —Había determinación en las palabras de Susana, aunque también opción a ser convencida de lo contrario. Esa mezcla de pareceres tan normal en una sala espera del hospital, donde algo impensable en un momento dado se convierte en lo más lógico del mundo al instante siguiente.

—No seas exagerada, Susana, que estés aquí no soluciona nada. —Susana sorbió por la nariz y cerró los ojos—. Venga, anda, no adelantes acontecimientos, ya te han dicho tus tíos que todo está bien.

—Hasta que no salgan de la UCI, no voy a estar tranquila. —Susana dio un largo trago a su refresco energético. Le extrañó que vendieran ese tipo de bebida en el hospital, pero ella no iba a denunciarlo.

Nerea pegó un respingo cuando una silla a su espalda se arrastró por el linóleo del suelo. Miró de reojo, ¿en una cafetería prácticamente vacía, ese chico había decidido sentarse justo en la mesa de atrás? Resopló de forma audible, rayando en la mala educación, pero el chico no se dio por aludido. Segundos más tarde, se reunió con él una chica alta, con unas piernas larguísimas y la ropa manchada de sangre. Las observó, perspicaz, antes de sentarse. Susana interpretó que la mirada había sido más por la elección de mesa de su novio que por su atuendo, pero a saber. Las dos se quedaron calladas porque no sabían qué decir y porque la presencia de esa pareja las había cohibido. Así que se dedicaron a sus bebidas y a sus móviles: Nerea se mensajeaba con Álvaro, Susana comprobaba una y otra vez si su tía le había mandado algo, mirando la hora de forma obsesiva y calculando el tiempo que durarían las visitas en la UCI.

Hasta que oyeron: «Se tiró delante, ¿verdad? Yo no la vi porque ella se lanzó».

Esa pregunta en voz del chico las traspasó como un rayo, y no supieron cómo, pero ambas tuvieron la certeza de que estaba hablando de Raquel, de su Raquel.

Abrieron Instagram y comenzaron a hacer *scroll* sin ver los posts que se sucedían uno tras otro hacia arriba, aguzando el oído lo más posible para seguir escuchando la conversación de la mesa vecina, a la espera de alguna información importante.

Pero no tuvieron éxito. Lo que siguió a esa declaración fue un largo alegato de ella en el que lo invitaba una y otra vez a pasar la noche en su casa. Pero, lejos de aceptar, el joven se levantó y dejó a su acompañante en la mesa. Es verdad que le dio un beso en los labios, apenas un ligero roce, algo que Susana vio como un vago intento de tranquilizarla. Y se fue.

Ahí Susana no sabía que ese chico era Sergio. El mismo Sergio que desde el mismo momento en que atropelló a su prima se convertiría en una de las personas más importantes de su vida. Y es curioso, porque siempre había pensado que ese tipo de cosas se presentían, quizá gracias a la filosofía alternativa de su madre; o porque entendía que entre los cuerpos humanos hay algo más que espacio, también hay ondas y partículas de energía que unen y desunen y hacen que tu piel se ponga de gallina o que un leve escalofrío te recorra la espalda, o te entre un acceso de tos inesperado cuando estás en presencia de alguien que va a ser importante en tu existencia. Pero nada de eso pasó, su piel siguió en su estado normal, no hubo escalofríos por la espalda y, afortunadamente, no se atragantó ni tuvo un acceso de tos inesperado.

Sin embargo, la chica a la que había abandonado Sergio en la mesa de la cafetería nunca había creído en ese tipo de cosas, ella siempre había puesto la ciencia por delante y todo lo que sonara a chacras, *déjà vu* y destino le parecían cuentos chinos. Pero lo que sí sintió fue que Sergio se estaba alejando de un modo más profundo que los metros que estaba poniendo entre ellos en ese momento. Decidió apartar esa idea y terminarse el cruasán que no se había comido él.

Capítulo 7

Hace quince años

Sergio se fue de la cafetería y no estaba enfadado, solo confundido. Creía que la sensación de estar viviendo una película se desvanecería con el paso de las horas, pero no había sido así y aún sentía que estaba fuera de su cuerpo, como si todo aquello le estuviera ocurriendo a otra persona. Caminó deprisa por los pasillos del hospital y sus piernas, haciendo uso de su memoria espacial, lo llevaban diligente por ellos sin fallar ni un solo giro. Creía que al final del camino se encontraría con la puerta de la sala de personal; se sorprendió cuando se vio en la sala de espera general.

Entró resignado y se dejó caer en una de esas incómodas sillas de plástico azul que aún conservaban los adhesivos de advertencia por la covid que te instaban a dejar un asiento vacío de distancia con otra persona y a los que ya nadie hacía caso. Entonces cerró los ojos.

Golpe, chirrido, silencio, golpe seco y caos.

Revivir el momento del atropello se había convertido en su pasatiempo favorito en las últimas horas. Y lo sería durante los próximos meses. Incluso años después, le vendrían imágenes y, sobre todo, sensaciones de aquel día. La gente que se arremolinó alrededor de él, su novia Ana e incluso los policías que le llevaron a comisaría habían alabado su capacidad para mantener el tipo ante una situación semejante; sin embargo, nadie podía dar crédito a que no hubiera visto con la suficiente antelación a la mujer que cruzaba por delante de sus narices. Y él juró y perjuró que solo fue consciente de un bulto cuando ya estaba precipitándose encima de su capó. Golpe.

Chirrido. Su reacción fue instantánea y automática, tanto que no fue consciente de ella. El golpe estaba dado y solo lo despertó de su aturdimiento el chirriar incómodo y sobrecogedor de los neumáticos sobre el asfalto. Sin saber cómo, su pie pisó el freno hasta el fondo, causándole un dolor indescriptible en el gemelo que tardaría días en desaparecer, como un recordatorio constante del accidente. Ese sonido cortante lo inundó todo: sus oídos, su cabeza, el espacio dentro del coche. Su ecosistema saltó por los aires. El chirrido de las ruedas de su coche nuevo tardaría mucho en desaparecer de sus pesadillas.

Silencio. El tiempo se ralentizó, Sergio podría asegurarlo con total convicción. En ese silencio, vio a cámara superlenta el cuerpo de la chica volar desde el capó hacia la acera de enfrente. Se fijó en su pelo rizado, en los bucles que parecían tener vida propia gracias al impulso del impacto; en sus ojos asustados pero serenos. Y su boca. No era una sonrisa lo que había en ellos, seguramente el golpe en la cadera ya había enviado miles de mensajes de dolor que harían imposible una sonrisa, pero tampoco era espanto. ¿Era resolución? Daba igual, sus sensaciones también se vieron suspendidas en el aire, esperando el inevitable golpe que devolviera todo y a todos a la realidad.

Golpe seco. La calle, un sábado soleado de principios de junio a mediodía, era un hervidero de actividad. Sin embargo, ningún ruido pudo tapar el que produjo el cuerpo de la chica contra el suelo. Incluso, prestando la suficiente atención, se podría haber escuchado el crac inevitable e inequívoco de algún hueso al romperse. La mente de Sergio trabajaba forzando las máquinas para asumir lo que acababa de pasar: había atropellado a una persona que estaba ahora tendida en el suelo de una forma horrenda y antinatural.

—Me haces daño. —La voz suave de Ana sonó a su derecha. Él mantenía los dedos clavados en su muslo. Si hubiera imprimido la misma fuerza a sus dedos que a su pie para pisar el freno, ya le habría dejado moratones a su chica. La miró a los ojos y se ubicó.

—¿Estás bien? —No reconoció su voz, le había salido con un extraño timbre agudo, señal evidente de que no iba a ser dueño de sí mismo, ni ahora ni en los meses venideros.

—Sí… —Pero antes de que Ana pudiera terminar, Sergio ya estaba en la calle, corriendo hacia la chica a la que, gracias a todos los dioses del cielo, había visto mover una mano, ¿en dirección a dónde? ¿Hacia aquella bolsa transparente con pan? Qué más daba, lo único importante aquí era que se movía, y si se movía, es que estaba viva; y si estaba viva, es que había esperanza.

Caos. En cuanto puso un pie en la carretera, toda clase de sonidos entraron en tropel por sus oídos. Se dio cuenta de que estaba sufriendo algún tipo de *shock* postraumático porque era incapaz de discriminarlos, se amontonaban unos encima de otros y chocaban y peleaban en el interior de su cabeza. No distinguía voces o cláxones. No obstante, la maraña auditiva no lo mareó y, con la entereza digna del mejor cirujano, focalizó su atención en seguir adelante y llegar hasta la chica. Se agachó con rapidez y le cogió la mano, le dio varias palmadas en las mejillas para que no se durmiera, tenía que aprovechar esa pequeña conciencia que le quedaba para mantenerla despierta.

—¡Eh, despierta, no te duermas! ¿Habéis llamado ya a una ambulancia? ¡Despierta!

Aunque el timbre agudo había desaparecido, Sergio seguía sin reconocer su voz, pero eso daba lo mismo si era capaz de mantener la atención de la joven. Otra persona hubiera evitado observar la forma extraña en que estaban colocadas sus piernas sobre el asfalto; sin embargo, él se obligó a mirar para tranquilizarla y susurrarle que no intentara moverse. Ya podía escuchar la ambulancia, deseaba que llegara más que nada en el mundo, empezar a trabajar en la inmovilización de la paciente, en la estabilización de las constantes…

—Sergio, cariño, la policía está aquí. —La voz de Ana se abrió paso por la espesura de su mente y dio un respingo. ¿Ya? ¿La policía había llegado antes que la ambulancia? ¿En qué mundo pasa eso? Él miró a Ana como si la estuviera viendo por primera vez en su vida y se dejó arrebatar la mano de la chica. Notó cómo ella se aferraba a él, cómo intentaba por todos los medios, unos medios muy limitados, no soltar sus dedos, pero no podía hacer nada para evitarlo. La presencia de dos uniformados tras él no le dejaba otra

opción más que levantarse y abandonar a la paciente. Aunque no podía abandonarla porque jamás había sido su paciente, ¿verdad? Además, la estaba dejando en buenas manos, no había mejor doctora que Ana. Desde que la conoció supo que iba a ser una doctora de esas que tienen una fama inmejorable, dentro y fuera del hospital. Joder, lo tenía todo, era guapa, inteligente e iba camino de convertirse en una médica de puta madre: no estaba abandonando a su paciente, la estaba dejando en mejores manos incluso que las suyas, las de un simple fisioterapeuta. ¿Qué podría haber hecho él mejor que Ana? Nada, absolutamente nada.

Una vez en pie, no vio venir el temblor. La adrenalina que lo había impulsado fuera del coche para asistir a la chica que él mismo había atropellado se volvió loca e invadió cada rincón de su cuerpo, provocándole unos espasmos que no le permitían unir dos palabras coherentes seguidas. Los policías se lo llevaron a un lado, atravesando el círculo humano que se había creado alrededor de la escena. Él intentó no fijarse en las miradas de la gente que asistía a todo aquello como si fuera el espectáculo gratuito que les habían ofrecido justo antes de almorzar, un buen tema de conversación para la comida, incluso puede que llegase con bastante frescura a la cena. Hablar de un atropello, del vuelo de una persona, del sonido de sus huesos romperse contra el suelo puede ser muy entretenido a la sombra de un buen vaso de vino.

Era inverosímil que, instantes antes, Sergio estuviera eufórico. Y también entretenido. Y muy excitado. Se dirigía en su coche nuevo, recién sacado del concesionario, a una comida con amigos y a su lado llevaba a la chica con la que salía desde hacía tres meses: Ana, esa médica residente cinco años menor que él. Lo volvía loco su melena espesa de color miel, sus piernas largas y torneadas, su olor afrutado tan característico, incluso después de mil horas de turno; y se entregaba especialmente a esa locura durante sus encuentros clandestinos en la sala de la ropa del hospital. En el momento del impacto, su mano y su cabeza estaban donde no debían. No podía olvidar, por más que su mente intentara engatusarlo, que mientras su mano izquierda mantenía fijo el volante, la derecha ascendía peligrosamente por el muslo desnudo de Ana, que ese día llevaba

una falda vaquera cortísima. La visión de sus piernas casi los lleva de vuelta a casa, y más tarde desearía haber sucumbido a la tentación.

El chirrido de las ruedas y el golpe seco estarían ya para siempre conectados con la sonrisa de ella, que había levantado un poco la pierna para facilitarle el acceso a algo más que el muslo y que su dedo pulgar pudiera rozar la humedad en sus bragas. Sergio acompañó su presión sobre la ropa interior de Ana con una mueca socarrona y, como si fuera un adolescente, le susurró que el asiento se podía echar para atrás con facilidad si era necesario. Ahora todo eso no le generaba morbo, sino malestar y culpa.

Y aunque no se dejaba engañar por su cerebro, que lo acribillaba a justificaciones, no podía dejar de estar de acuerdo con él en que, al girar la esquina, había un paso de cebra y que la chica a la que había atropellado se había comportado como una kamikaze. La única conclusión a la que llegaría una y otra vez fue que ella solo había intentado suicidarse, siendo tan egoísta como para dejar afectados por el camino.

Capítulo 8

No siempre lo he llamado peculiaridad, eso ha venido más adelante, con la edad. Llamarlo poder fue nuestro juego de niñas; sin embargo, en la adolescencia, atravesé por una fase de negación: quería ser normal, destacar era contraproducente. Y aunque era algo que si no lo contabas, no tenía por qué saberse, yo era la que tenía una flor en el culo, la que siempre estaba en el lugar correcto en el momento exacto, la que tenía la mejor respuesta para todo. La que destacaba. Así que verlo como un poder me asemejaba a los superhéroes y yo estaba lejos de serlo.

Y comenzamos a llamarlo don. Pero ¿don? Tardamos poco en descartarlo y terminar por hablar de *eso,* con una entonación especial. Aprobaba con un ocho, «¿Has tenido *eso*?». Proponía ir a un bar y nos encontrábamos allí a los chicos que nos gustaban, «¿Has tenido *eso*?». Decidía que volviéramos a casa por un camino más largo y al día siguiente saltaba la noticia de una agresión sexual ocurrida por el camino más corto, «¿Has tenido *eso*?». Y no, nunca tuve *eso* con un examen; por mucho que le sorprendiera a mi prima, disfrutaba estudiando y aprobaba con facilidad. Y, a veces, elegía un bar porque me gustaba más, tenía mesas de billar o una compañera estaba detrás de la barra ese día, que coincidiéramos con los chicos que nos gustaban era pura casualidad. Y sí, cuando arrastré a Susana por un camino infinitamente más largo, como veinte minutos más de caminata, fue por eso, porque lo vi claramente. ¿Y qué vi?

La primera vez que me pasó, o de la que tengo constancia, estábamos mi hermano Raúl, Susana y yo en un paseo marítimo. Con los años, he supuesto que era Valencia, aquel viaje que hicimos el verano que la tía Pilar se fue y mi prima pasó automáticamente a convertirse en mi hermana. Y lo que vi fue una bola de helado espachurrada en el suelo. Lo vi y lo sentí: la incredulidad, la decepción, el enfado y el llanto. Susana dice que la empujé, yo no diría tanto, pero cuando ella ya estaba comiéndose su cucurucho de

fresa, mi padre se inclinó y nos ofreció a mi hermano y a mí un helado de limón a cada uno y yo alargué la mano para coger el que me quedaba más lejos. Quizá sí que la empujé para alcanzarlo, pero solo un poco. Dos pasos más adelante, mi hermano estallaba en llanto: la bola de su helado se había caído al suelo al tercer lametón. Pude ver cómo sus ojos se abrían de par en par, ahí estaba la incredulidad; la contracción de las facciones, la decepción; el ceño fruncido, aquí llegaba el enfado. Y, por fin, el llanto. De todas formas, Raúl siempre ha sido muy dramático y le sigo recordando ese capítulo de su vida aun sabiendo que yo jugué con ventaja: un segundo antes de que mi padre se inclinara, o en el mismo momento en que lo hacía, o cuando ya lo había hecho, yo había visto dos caminos delante de mí. En uno de ellos, cogía el cucurucho que me ofrecía con la mano izquierda. Lo agarraba gustosa, ansiosa casi por saborear el limón, y al tercer lametón, la bola giraba sin que yo pudiera hacer nada por detenerla y caía al suelo del paseo marítimo. En el otro, yo cogía el cucurucho de la mano derecha de mi padre, la que me quedaba más lejos, y saboreaba uno de los helados de limón más buenos que había comido en mi vida. Con cinco años, ni lo pensé, di un salto y cogí el helado de la derecha.

Cuando la bola de mi hermano se cayó al suelo, Susana me miró extraña. Y yo, aunque por un lado estaba feliz por conservar mi helado ileso, me sentía confundida: eso que me había pasado ¿qué era? Mi padre le compró otro cucurucho a mi hermano, pero estuvo hipando todo el paseo. Mi madre tuvo que dormir con él esa noche, o eso es lo que contaba cada vez que lo veía comerse un helado, insistiendo en que tuviera cuidado de no dejarlo caer.

Susana asimiló lo ocurrido aquel día con tanta naturalidad como lo hice yo, igual que se aprende un idioma materno, y creció con el deseo de tener *eso,* hasta que, ya de mayor, vio que no era oro todo lo que relucía.

¿Y qué vi aquella noche que volvíamos desde la parada de autobús a casa? Pues a tres hombres escondidos en el recoveco que formaban dos edificios, fumando porros y bebiendo cervezas. Y los vi silbarnos antes de que nosotras pudiéramos ni siquiera identificar los puntitos luminosos de los porros. Y sentí el miedo al escuchar

romperse un botellín; el asco al sentir una mano alrededor de mi muñeca; y el terror cuando logré zafarme y salir corriendo, para descubrir poco después que Susana no estaba a mi lado. Siempre me he preguntado qué hubiera hecho si hubiera sabido que otra chica correría la suerte que *eso* nos había permitido esquivar. Probablemente, habría llamado a papá, a la policía o me hubiera puesto a gritar en mitad de la calle, no sé.

—Raquel, no puedes juzgarte por lo que hiciste hace quince años. Yo no te juzgo. —Susana me sacó de mi ensimismamiento, había olvidado que la videollamada continuaba.

—Sé que tú no me juzgas. —Le respondí desganada y convencida de que era así, ella nunca me juzgaría. Me sorbí los mocos sin ningún cuidado.

—Coge un pañuelo, por favor —me pidió Susana, que ahora me hablaba con la misma imagen que hacía dos segundos.

—No los tengo a mano. —Carraspeé—. Sé que tú no me juzgas, pero yo sí, yo sí me juzgo, Susana. Y Sergio…

—¿Sergio, qué? ¿Crees de verdad que tu marido, ese que te quiere con locura, te va a dejar? —preguntó soliviantada, como si lo viera posible pero no probable—. ¿Va a romper el matrimonio y provocar que las gemelas sean hijas de un matrimonio separado por lo que pasó hace quince años? Unas gemelas que, te recuerdo, si eso no hubiera pasado, no estarían en este mundo. —Y conforme iba hablando iba subiendo el tono de voz y revelaba la grandiosidad de lo que estaba diciendo.

—Pero le hice daño a mucha gente, Susana, a mucha. —Yo volvía a hablar bajito, como si alguien pudiera escucharme—. Por Dios, hubo un tiempo, pequeño, pero lo hubo, en que pensasteis que me quise suicidar. ¡Hasta yo tuve mis dudas! —exclamé moviendo las manos, impotente.

—Punto uno —dijo levantando el pulgar y poniéndolo junto a la cara—, todos lo pasamos muy mal, pero desde luego la que se llevó la palma fuiste tú, ¿o ya no te acuerdas? —me espetó esperando una contestación.

—Claro que me acuerdo —murmuré. Y la leve cojera que aún me acompañaba en los momentos en los que me encontraba más cansada se encargaba de recordármelo si me daba por olvidarme.

—Punto dos —y levantó el índice frunciendo el ceño—, ¿cuál era el otro camino?

El otro camino era Luis.

Capítulo 9

Hace quince años

Luis estaba aislado en su despacho cuando lo llamaron al móvil. El móvil estaba sin voz, sin vibración, sin nada, así que no pudieron dar con él hasta mucho después del accidente, mucho después de que Raquel llegara al hospital y mucho después de que la tuvieran que intervenir de urgencias.

Él no se había dado cuenta de que su novia tardaba mucho en volver a casa, cuando solo había ido a la panadería. Además, había encendido «la Bombilla», como la llamaba Raquel con tono despectivo. Cuando la bombilla que Luis había colocado sobre la puerta de su despacho estaba encendida, desprendiendo una luz roja tan molesta que Raquel se mordía la lengua para no soltar una blasfemia, nadie podía entrar en la habitación, tampoco llamar a la puerta o vocear su nombre desde cualquier lugar de la casa. Solo una catástrofe que les afectara directamente a ellos, la muerte de algún familiar (solo los de primer grado), un premio de la lotería suficientemente goloso como para abrir una botella de champán o un acontecimiento mundial que cambiara el rumbo de la historia —«otro 11 de septiembre», había precisado Luis— eran razones de peso para interrumpirlo. El accidente de Raquel podría encuadrarse dentro del primer punto, «catástrofe que les afectaba directamente a ellos», o incluso en el segundo, sin ser la muerte la consecuencia última, pero, claro, Raquel no estaba allí para contárselo. Así que siguió con su «revelado de fotos», como él llamaba a ese momento. Y cada vez que lo escuchaba nombrarlo así, Raquel ponía los ojos en blanco y se recordaba que había muchas más cosas que la habían enamorado de él; y que el secreto de una pareja era querer a la otra persona por sus virtudes y por sus defectos, aunque estos últimos fueran tan estúpidos.

Sin embargo, él no debía estar trabajando en ese momento, sino preparando el almuerzo. Solo tenía que hacer unos filetes a la plancha y freír unas patatas congeladas, nada complicado. Incluso Raquel le había dejado el aceite ya listo en una sartén sobre la vitrocerámica. Porque mientras ella estuviera rematando el arte final de un folleto que debía tener su cliente en la tienda a primera hora del lunes, él estaría cocinando. Si a eso se le podía llamar cocinar, claro. Pero la cabeza de Luis se dispersó en cuanto escuchó la puerta de la calle que le anunciaba que Raquel había salido a comprar el pan. No fue algo premeditado, Luis no era ni mucho menos tan retorcido. Cuando escuchó la puerta de la calle, hizo la cama, barrió el salón y limpió el polvo de su despacho. Y allí, en su despacho, la urgencia de Raquel y la necesidad de que él se encargara del almuerzo quedaron relegadas a lo más profundo de su memoria cuando reparó en una notificación en la esquina de la pantalla de su ordenador, que siempre estaba encendida: le habían enviado la última versión del videojuego en el que estaba trabajando. Por fin había entrado a formar parte de los *beta testers* y se estaba dejando la piel para convertirse en algo así como un probador de videojuegos global. Ya trabajaba como *tester* funcional y sus conocimientos de lingüística lo habían llevado a colaborar con el equipo de *testers* lingüísticos. Esta era la primera vez que iba a formar parte de la última fase de la creación de un videojuego. No podía dejar pasar aquella notificación que, aunque lo citaba para comenzar el lunes a primerísima hora, no estaría allí si no quisieran que empezara a trabajar desde ese mismo momento. Se estaba jugando su futuro, el futuro que él quería, por el que había trabajado tan duro y por el que había instalado la Bombilla.

Así que cerró la puerta, pulsó el interruptor de la Bombilla y se sentó en su silla de *gamer* de última generación, en la que había invertido gran parte de sus ingresos del mes anterior, mientras un escalofrío de satisfacción le recorría la espalda. Se olvidó de los filetes, de las patatas y de la obligación de Raquel de enviar un trabajo a la imprenta ese mismo mediodía antes de las tres de la tarde.

Un poco de picor de ojos más tarde, los rugidos de su estómago lo pillaron desprevenido, no pensaba que hubiera pasado tanto tiempo. Miró entonces el reloj que colgaba a su espalda. Esa ubicación respondía a cuestiones estratégicas: no debía distraerse sabiendo la hora porque, una vez que encendía la Bombilla (sí, él también la llamaba así en privado), no quería que un concepto tan arcaico como la hora lo condicionara. De ese modo, había hecho desaparecer el reloj de la pantalla de su ordenador y había ubicado ese aparato rectangular y digital, regalo nada sutil de Raquel, a su espalda; así que si quería saber la hora, porque todos en algún momento sucumbimos a esa necesidad, se veía obligado a moverse. Tampoco llevaba reloj de pulsera. Solo hubiera consentido ver un *smartwatch* en su muñeca, pero cuando el que tenía le empezó a lanzar avisos incómodos de que pasaba demasiado tiempo sentado, se lo quitó y nunca más lo volvió a usar.

Bien, las cinco y media de la tarde, esa había resultado ser una jornada decididamente productiva. Se quitó las gafas, limpió los cristales y las dejó abiertas sobre el teclado, era muy maniático con sus procesos. Se levantó y se estiró. Le crujieron todas las articulaciones de brazos y piernas. Y en cuanto estuvo en vertical, la vejiga por fin se vio con libertad para anunciar su presencia. Durante un breve periodo de tiempo, había considerado usar pañales de adulto. Lo hacía mucha gente del sector, pero él no lo terminaba de ver y, cuando lo comentó como en broma, Raquel le lanzó una mirada que le asustó, no quería ser más bicho raro de lo que ya era a los ojos de su novia. Corrió al baño. Una vez que salió de nuevo al pasillo, pudo comprobar que la luz roja de la Bombilla era, efectivamente, molesta. Aun así, no la cambiaría. Y también reparó en el silencio. Anduvo por todas las estancias y pasillos de aquel piso de cincuenta metros cuadrados por el que Raquel pagaba una hipoteca notoriamente superior a la que debería y no supo qué le sorprendió más, si la ausencia de Raquel o que en la cocina estuvieran los filetes y las patatas tal y como los había dejado ella esa misma mañana. ¿Dónde estaba su novia? Podía entender que quizás había salido, pero esperaba encontrar un plato cubierto con la tapa del microondas, no la comida sin hacer. El fastidio fue sustituido

por la aprensión. Si no lo había avisado, no se habían dado ninguna de las razones plausibles para interrumpirlo, así que nadie había muerto y a la vista estaba que su edificio seguía en pie y que ninguna catástrofe había amenazado su integridad física, gracias a Dios.

Paseó la mirada por muebles y repisas, por la puerta del frigorífico llena de imanes no precisamente de viajes que hubieran hecho, pues nunca tenían dinero. Nada, ni una nota, ni un pósit, ni una pista. ¡El móvil! ¿Cómo no había pensado en él antes? Se apresuró a la habitación, apagó la Bombilla de malos modos porque, joder, sí que era molestísima, y abrió el cajón de su mesa. Allí, la luz del móvil relampagueaba constante. Cómo había esperado encontrar una nota escrita a mano escondida en cualquier parte de la casa en la época en la que vivían; Raquel habría optado, claramente, por un wasap.

Desbloqueó el móvil y encontró cuarenta llamadas perdidas; veinte mensajes, cuatro de voz y dieciséis de texto, pero eran engañosos, porque todos podrían haberse escrito en tres, como mucho en cinco. Miró primero las llamadas perdidas, la mayor parte de ellas eran de Isabel, la madre de Raquel, la última de hacía apenas diez minutos. También lo habían llamado su madre y su padre. Ninguna de Juan, el padre de Raquel, nunca se habían caído bien.

Antes de devolver alguna llamada, a Isabel la primera, vería los mensajes. No le cabía duda de que el objeto de todo aquello era Raquel y un leve temblor se extendió por su cuerpo. El móvil comenzó a bailarle entre las manos y sus dedos torpes no eran capaces de entrar en la aplicación correcta. El hambre de hacía unos momentos se había convertido en náuseas y la sensación de querer vomitar era demasiado grande como para ignorarla sin más. Se sentó e inspiró hondo. Dos, tres veces. Aquello podía entrar perfectamente en la segunda razón para interrumpirlo. De repente, se sintió imbécil, pero ¿quién ponía razones tan estúpidas para que no le molestaran mientras trabajaba? ¿Quién instalaba una luz tan ridícula en la puerta de su despacho para que todo el mundo que pasase por allí, es decir, solo Raquel, supiera que estaba trabajando? Con la angustia ya bajo control, abrió la aplicación de mensajes,

consciente de que estaba viviendo justo el momento antes de que su vida cambiara por completo. Eligió el chat con Isabel, sabía que ese era el que más información le iba a proporcionar. Sus ojos volaron por todas las entradas. El resumen de lo que quedó en su retina y en su mente fue: «Accidente. Atropello. Hospital. Operación de urgencia. Todo ha salido bien. Llámame». Volvió a respirar con desesperación. Su estado de ánimo había pasado por una montaña rusa en décimas de segundo. Desde el atropello de Raquel que le había dejado sin aire en los pulmones, temiéndose lo peor durante un tiempo imposible de medir con un reloj, pero tan extenso en su memoria que le había provocado que un mechón de su pelo negro y lustroso fuera a salir blanco a partir de ese momento; hasta el alivio más profundo cuando llegó al último mensaje: «Todo ha salido bien. Llámame».

—Por fin, Luis, no dábamos contigo. —La voz de Isabel sonó metálica, lo que le recordó que tenía que comprarse un móvil nuevo porque ese cada vez fallaba más. ¿Podría alegar que el móvil había estado fuera de juego todo el día? Mejor que no.

—Perdóname, Isabel, estaba trabajando y tenía el móvil en silencio. —Notó que su suegra se mordía la lengua. Se lo agradeció —. ¿Sabemos algo más?

—Ahora está en la UCI. Le han quitado el bazo de urgencia.

—Ella siempre tuvo el bazo grande —dijo como quien no quiere la cosa, sorprendiéndose de conocer ese detalle de su novia. ¿De qué otros detalles tendría conocimiento y no sabría precisar en ese momento? Se prometió pensarlos y recopilarlos, los quería tener a buen recaudo.

—Sí, es verdad. Estamos esperando que despierte de la anestesia. —Luis escuchó un pequeño jaleo de fondo—. Luis, creo que nos dicen que ya podemos entrar. Te dejo.

—Ya voy para allá —se apresuró a contestar él.

—Sí, por favor, ven. Tus padres ya están aquí. —E Isabel colgó.

Se levantó de un salto, fue al baño y se lavó la cara, como si así pudiera borrar el terror que lo había envuelto hacía apenas unos minutos. Estaba seguro de que también le saldrían unas cuantas arrugas nuevas por fruncir el ceño con tanta intensidad. Se vistió

con los primeros vaqueros que encontró, los que estaban en la cesta de la ropa sucia, claro, y una camiseta que esperaba su turno para la plancha hacía dos semanas. Justo las dos semanas que le había tocado a él hacerlo. Se quedó paralizado, ¿cuántas cosas hacía que eran una estupidez? A partir de ahora, a partir de ahora… Llegó a la puerta de la calle con las llaves en la mano y el móvil en la otra. ¿A qué hospital la habían llevado?

Capítulo 10

Yo nunca sabía cuándo se iba a producir *eso*. No había nada que me avisara: ni tenía un peso en el estómago, ni se me ponían los ojos en blanco, ni me sorprendía un sudor repentino que me dejara empapadas la espalda y las axilas. Cualquier síntoma hubiera sido de mucha ayuda, pero qué va, *eso* venía de repente y, cuando se iba, ¿cuánto tiempo había pasado? Apenas una milésima de segundo, lo justo para que decidiera qué hacer: marcar una casilla u otra, agarrar un helado u otro, tomar el camino más largo o el más corto. No había tiempo para la reflexión, para sopesar posibilidades y encontrarle el gusto a haber escogido aquello que parecía tener peor pinta (o peor futuro).

Cuando era pequeña, no había espacio para el cálculo: si un helado se caía al suelo, era el otro el que iba a coger de las manos de mi padre; si unas amigas me iban a hacer la vida imposible cuando tuviera un par de años más, me juntaría entonces con esa rarita que siempre se sentaba sola en el patio a leer cómics, pero que había visto que se convertiría en la amiga más leal que pudiera tener en la vida (así conocí a Nerea). Es decir, siempre y sin excepción alguna, elegía el camino que me iba a reportar más felicidad.

En la adolescencia, comenzó a chocar lo que yo quería y lo que me iba a traer mejores resultados. Además, no siempre se me mostraba un futuro a largo plazo, muchas veces era una visión a una semana vista, a dos o seis meses. La primera vez que vi ante mí el mayor futuro, es decir, uno que abarcaba un lapso de tiempo de muchos años, fue en la cola de la secretaría de la facultad cuando me iba a matricular en Empresariales. Aconsejada por mi padre, insistida por mi madre y orientada en el instituto, era la mejor opción: se me daba bien, tenía iniciativa, podría hacer lo que quisiera. Pero era tedioso y una losa que tendría que estar llevando de un lado a otro durante mínimo cinco años.

Allí, detrás de dos chicos de los que solo recuerdo su pelo voluminoso, y junto a mi madre, que me acompañó para luego irnos de compras, me quedé paralizada a escasos cinco metros de la ventanilla.

—Mamá, no estoy segura de esto. —La voz me salió pequeña e indecisa.

—¿Qué dices, cariño? —Mi madre, que me había cogido las manos, me miraba con los ojos entornados.

—Pues que… No sé, no… Esto… —Manoteaba abarcando el espacio frente a nosotras con el sobre de matrícula, incapaz de explicarlo con palabras; cómo iba a hacerlo si ella no sabía *eso* de mí.

—¿No estás segura de qué? —Mi madre me preguntó con más intención, pero yo solo era capaz de interpretar enfado.

—No me gusta Empresariales, a mí me gustaba Bellas Artes, yo quería hacer eso, ¿sabes? —Claro que lo sabía, lo había repetido hasta la saciedad, había buscado las pruebas para entrar en la facultad y había dejado pasar la fecha de inscripción con la sensación de que se me escapaba uno de esos trenes que pasan una vez en la vida.

—Bueno, mira… —Mi madre carraspeó y se enderezó un poco, eligiendo sus palabras. Ahora que soy madre, estoy segura de que ella pensó que estaba lidiando con una adolescente con problemas, insegura, llena de hormonas y culpabilidad. —A ver, puedes matricularte aquí ahora, y si para el curso que viene sigues pensando lo mismo, haces las pruebas para entrar en Bellas Artes. —Me lo propuso sin un ápice de convencimiento, pero más comprensiva de lo que cabía esperar. Se apuntó un tanto a madre del año, aunque, en realidad, ya tenía todos los tantos que podían esperarse en esa competición.

—No —espeté como quien escupe un insulto.

—¿No? —La perplejidad de mi madre era genuina y, a la vez, avanzamos un par de pasos en la cola. Ahora uno de esos chicos con pelo voluminoso estaba en la ventanilla sellando su matrícula.

—No, si entrego esta matrícula aquí y ahora, el curso que viene no voy a hacer Bellas Artes. Nunca haré Bellas Artes —me lamenté y

aguanté el llanto, respirando hondo y rápido.

—Pero ¿cómo puedes estar segura de eso? Cariño…

—Lo sé, mamá, de verdad que lo sé.

Y lo sabía porque lo acababa de ver. Por un lado, yo entregaba la matrícula en ese momento allí, en la secretaría de la Facultad de Empresariales. Sacaba los cursos perfectamente, buenas notas, buenas prácticas, varios trabajos, ascenso tras ascenso con diferentes grados de éxito y, por fin, un despacho de jefa. Y en la mesa moderna en la que me encontraba sentada, con un tablero de madera pulida y unas patas difíciles de describir, había un ordenador de última generación y una foto familiar emborronada, ¿quería decir que el futuro sobre mi vida personal no estaba aún decidido? Eso lo pienso ahora, entonces no le presté mucha atención. Había una llamada telefónica, yo cogía mi iPhone y un agente del banco me preguntaba dónde quería invertir, tenía unas propuestas estupendas para ese dinero que se encontraba parado y sin producir. Yo me levantaba y miraba las cristaleras hacia la calle, de suelo a techo, insonorizadas. En un leve reflejo, me distinguía a mí misma, ¿con unos treinta y tantos años? Alta, pero no por mi estatura, sino por unos tacones de infarto (¿iba a aprender a caminar con tacones altos?, eso podía ser un punto a favor); una falda de tubo color maquillaje por debajo de la rodilla, una blusa rosa fucsia de raso, ¿o era de seda? Lo rememoro ahora y, con mis conocimientos actuales, juraría que era de seda. El pelo recogido en un moño bajo de impecable factura le daba todo el protagonismo a unos pendientes pequeños y plateados. Y los ojos, me miré directamente, tanto que me sobresalté. Y percibí hartazgo, decepción, ansiedad; tranquilidad también, y gusto por lo que llevaba puesto. Sentí el suave tacto de la camisa en mis dedos e incluso me llegó el aroma de un perfume que me hizo ser feliz durante la milésima de segundo que duró esa visión.

Por otro lado, justo cuando llegábamos a la ventanilla, mamá y yo nos íbamos de aquella Facultad de Empresariales ante la mirada atónita de la secretaria. Me tomaba un año sabático forzoso hasta que podía inscribirme en las pruebas de acceso a Bellas Artes. Estudiaba para esas pruebas de acceso y, mientras tanto, me

colocaba en el ultramarinos del barrio. Luego, lograba entrar en Bellas Artes y allí vivía mis años más apasionantes, en los que me sentiría viva, dando rienda suelta a mi creatividad y a mi curiosidad. Después de eso, me enfrentaba a la cruda realidad: no soy una artista que pueda ganarme la vida con mi arte y tengo que buscar alternativas laborales. Un curso de Diseño Gráfico de varios meses por el Servicio Público de Empleo me proporcionaba los cimientos para lo que me esperaba más adelante: yo, con treinta y tantos, en un despacho doméstico, los juguetes en un rincón confirman ese detalle. De nuevo, me sonaba el móvil, un iPhone, hay cosas que no cambian; pero era un mensaje, no una llamada. Ah, vale, también era del banco: tras el último recibo de autónomo, tenía la cuenta en números rojos. Me levantaba y me estiraba, dejaba el móvil sobre mi escritorio, seguramente de Ikea, y observaba los dos ordenadores que lo ocupaban, cada uno con un diseño diferente de una caja de cereales. Y cuando miraba a través de la ventana, había anochecido, así que solo podía verme a mí misma. ¿Treinta y tantos? Vestía una camiseta de manga corta con el logo de OBK en el pecho —mi camiseta de OBK, la que nos hicimos Susana, Nerea y yo a los doce años—, todavía me la podía poner, eso es un punto a favor. Llevaba gafas y el pelo recogido en una coleta maltrecha. Nada de pendientes. Y me miraba a los ojos, tanto que me costó otro sobresalto: y siento agobio económico, felicidad y plenitud laboral.

Mi madre me miró, el segundo de los chicos con el pelo voluminoso ya había terminado y nos tocaba a nosotras, me tocaba a mí.

—De acuerdo, Raquel, pero tú y yo tenemos que hablar. —Me lanzó aquello como si fuera una amenaza. Respiré hondo y sonreí a la secretaria que, con la mano extendida, esperaba a que le entregara los papeles.

—Lo siento, pero no… no puedo entregarle la matrícula —le dije feliz. Y mamá y yo nos marchamos de la cola dejando a la mujer atónita.

Fue muy impactante ver años después la mesa de mi posible despacho en una revista de decoración. Estaba en la sala de espera del dentista y el móvil se había quedado sin batería, así que me vi

obligada a entretenerme con las revistas ajadas y antiguas que se acumulaban en un revistero de madera junto al sofá. La mesa costaba cerca de dos mil euros.

Capítulo 11

El hecho de que *eso* también le pasara a mi madre me pareció tan natural que la sorpresa inicial no duró demasiado. Sentadas delante de un café en un bar cercano a la Facultad de Empresariales donde a punto estuve de matricularme, mi madre me dijo que no debía permitir que *eso* condicionara mi vida, aunque no supo explicarme cómo hacerlo. Cuando se lo pregunté, ella solo atinó a encogerse de hombros. Hacía mucho que no le pasaba y se mordió la lengua porque ahora sé que daba gracias cada día que tachaba en el calendario sin que lo hiciera. Sentía mucho que me estuviera pasando lo mismo porque ella había llegado a la misma conclusión que yo: *eso,* más que un privilegio, era una condena. Después, durante meses, estuvo machacándose por no haberlo sospechado; hubo una época en la que me preguntó a diario si había tenido alguna otra experiencia. Y por la noche, venía a mi cuarto y se tumbaba a mi lado, apretándome fuerte entre los brazos. Me contó que la primera vez que le pasó a ella, o que tenía recuerdo, no cogió un rosco de azúcar recién hecho de la bandeja que su abuela colocó encima de la mesa de la cocina. Si lo hubiera hecho, habría terminado en el hospital con un espantoso dolor de barriga. Para mi madre fue una terrible noticia que a mí me pasara lo mismo que a ella; pero, a la vez, también fue un alivio porque al fin tenía alguien con quien hablar abiertamente del tema. Nos prometimos estar vigilantes con mis futuros hijos y con los futuros hijos de Raúl.

A mi pregunta de si venía de familia, también se encogió de hombros; ella nunca habló con su madre. Quizá su abuela sí le dio a entender algo, recuerda ciertas palabras, alguna conversación críptica, pero aquellos eran otros tiempos y hablar demasiado en el pueblo sobre un don que te hacía elegir los mejores futuros posibles, o los menos malos, podía dirigir hacia ti una atención incómoda. Cómo me hubiera gustado saber algo más, encontrar respuestas en mi familia, ¿solo las mujeres desarrollaban *eso*? ¿Podía quizá mi

hermano haberlo desarrollado también? Sin duda, no, si no, de qué iba a coger el helado que se iba a caer sin remedio al suelo. ¿Era una bruja? ¿Una vidente? Yo no hacía magia, no podía controlar mi mundo, más bien, *eso* me controlaba a mí.

«¿Cómo no va a condicionarme, mamá?», le repetía cuando nos quedábamos sin anécdotas que contar. Es decir, no había tercera opción que escoger, era o A o B. O echaba la matrícula en Empresariales o no lo hacía, no había una tercera vía en la que echaba la matrícula, pero solo un poquito. Y ya había jugado años antes a sabotearme a mí misma, a elegir un camino y luego hacer todo lo posible por que el resultado no fuera el que estaba escrito, pero sin éxito. El final era invariablemente el que había visto, como aquella vez que elegí la optativa que menos me gustaba y, por tanto, la que peor se me daba. Decidí dedicarme a ella con ahínco, quedar con los cerebritos de la clase para hacer los deberes y comenzar a estudiar un mes antes de los exámenes. Todavía guardo alguna amistad entre aquellos chicos que ahora están trabajando en alguna empresa de ingeniería ganando un pastizal. Pero ninguno pudo hacer nada por ayudarme, saqué un aprobado raspado y luego arrastré esa nota en la media final de Bachillerato. A partir de entonces, decidí que siempre que pensara sabotearme a mí misma lo haría con algo que no me costara tanto esfuerzo.

Deseaba el libre albedrío como un niño una bolsa de chucherías y leí tantos libros sobre el tema que la mujer de la biblioteca me miraba raro cada vez que sacaba uno nuevo. Fueron años, esos de la adolescencia, algo caóticos. Tanto que llegué a preguntarme por qué demonios no me pasó *eso* cuando me dejé arrastrar por mi prima a una ridícula fiesta de disfraces en la que se me rompió el traje y acabé enseñando el culo; o cuando le acepté un cigarro a un chico del instituto y resultó ser de contrabando y la mierda que llevaba en su interior era aún peor que la que suelen llevar los cigarrillos legales. Me puse tan enferma que estuve una semana sin ir a clase y, lo que fue peor, mis padres se enteraron de que fumaba. Agradecí que solo me castigaran por un mes. Después de eso, seguí fumando, pero asegurándome de que los paquetes de tabaco de los que cogía cigarrillos sin reparo alguno habían sido comprados en un

estanco, con su precinto de garantía intacto, y me hice con un espray bucal sabor limón que, antes de llegar a casa, me rociaba en la garganta, dejándome con ganas de vomitar. Si *eso* no me avisaba de cuándo iba a hacer el ridículo o de cuándo me iba a llevar la bronca del siglo, ¿de qué me servía? Maldito don, renegué de él con todas mis fuerzas, pero cuando se presentaba de nuevo, no podía obviarlo. ¿Qué habría elegido yo de no habérseme presentado? Ya había pasado mucho tiempo desde que me hice esa pregunta por última vez y ahora volvían a rondarme todas las dudas y las rabias pasadas; mis listas de pros y contras, tan socorridas en su momento, cuando Susana y yo hacíamos recuento de las ocasiones y sus resultados.

Y *eso* pasaba de forma arbitraria, ni mi madre ni yo pudimos dibujar un patrón válido, porque hacerlo supondría poner al mismo nivel de importancia elegir un helado u otro, tomar un camino u otro, o matricularme en una facultad u otra. En el primer caso, no había nada de vida o muerte, más allá del berrinche de una niña, nivel de importancia uno sobre diez; en el segundo caso, estaba en juego la integridad personal y el estado emocional tanto de mi prima como mío, nivel de importancia, diez sobre diez; en el tercer caso, era mi futuro lo que estaba en juego, ¿ocho sobre diez? Comparado con sufrir una agresión sexual, en fin, no hay color. En definitiva, las decisiones no tenían por qué ser vitales, pero cuando lo eran, lo eran mucho.

Y además, llegando al meollo del asunto, tú no puedes elegir tener un accidente, ¿verdad? ¡Por el amor de Dios! Según la RAE, *accidente* se define como «suceso eventual que altera el orden de las cosas». Y un sinónimo de *eventual* es *fortuito*. Y *fortuito* es *imprevisto*. O mejor, un antónimo de *fortuito* es *deliberado*. Así que, gracias a la recuperación tardía de mi memoria, debía empezar a dejar de llamar accidente a lo que me había pasado hacía quince años. Porque eso no tuvo nada de accidente. Fue deliberado, fue intencionado.

Sí, debía hablar con Sergio. Y cuanto antes.

Capítulo 12

Hace quince años

Isabel se sujetaba el brazo en cabestrillo cuando entró por primera vez en la UCI después de que Raquel se despertara del coma. La llamada la pilló cogiendo el bolso del perchero de la entrada de su casa, lo que le provocó un acceso de culpabilidad que creció hasta niveles exponenciales cuando pensó que tendría que haberla cogido entrando ya por las puertas del hospital. Pero se había quedado dormida después de apagar la alarma del móvil y ahora solo podía imaginarse a su hija, sola en la UCI, confundida, desubicada y sin ningún conocido en quien poder refugiarse.

Cogió un taxi casi saltando sobre él en la avenida más cercana y llamó a Juan para que se reuniera con ella en el hospital. Sabía que estaría en el taller con Raúl porque, aunque se había jubilado, siempre andaba desoyendo los consejos médicos que le advertían de que no debía hacer esfuerzos de ningún tipo. Durante el trayecto, llamó también a Susana y a Nerea, a su amiga Victoria y, por último, a Luis. Informarlo el último era su pequeña rebeldía, su castigo por no haber advertido su ausencia el día del accidente; y por considerar que no pasar la primera noche en la sala de espera era una opción y escogerla; y por esa bombilla roja que había instalado en el despacho de su hija, que ahora trabajaba en la mesa del comedor. Podría haber continuado la lista de cosas por las que se rebelaba, pero decidió que esas tres eran suficientes para avisarlo el último del despertar de Raquel y, antes de eso, para imponer su teléfono en el primer lugar de los contactos de su hija en la UCI. Porque «a ver si vas a tener de nuevo el móvil en silencio». Él le contestó con un lacónico: «Eso no va a volver a ocurrir», pero afortunadamente Luis no entró en discusiones y dio el suyo en segundo lugar.

Isabel pudo esperar a Juan para entrar en la UCI, pero no lo hizo. La necesidad de ver a su hija con los ojos abiertos se había

convertido en una sensación física, como si el deseo de hacerlo le provocara estremecimientos y se le pusieran los pelos de punta. En las visitas de los últimos cinco días, había tenido esos escalofríos esperando que, en cualquier momento, tras un parpadeo, viera a su hija mirándola con esos ojos marrones y grandes que había heredado de ella. Aunque ya sabía que eso no era posible, porque el coma en el que se encontraba Raquel era inducido y, hasta que no le retiraran la sedación, esos ojos no se iban a abrir. Pero, bueno, como soñar era gratis y su piel parecía no darse por enterada de ese detalle, sus vellos seguían erizándose cada vez que miraba a Raquel después de un segundo o dos sin fijar la vista en ella.

Así que, cuando llegó a los pies de la cama de Raquel y la vio con los ojos abiertos, creyó que necesitaría un poco de agua, un sillón y un médico que le dijera que lo que estaba experimentando no era un paro cardíaco, por ese orden. Por supuesto, no pidió agua, no se sentó y un médico nunca fue a decirle que no estaba sufriendo un infarto, ella sola tuvo que gestionar la ansiedad de la mejor manera que supo. Se acercó, a instancias de la doctora, a un lado de la cama y observó cómo los ojos de Raquel la seguían. E Isabel creyó que no había sido tan feliz en toda su vida. También le habían retirado el apoyo respiratorio y ahora se encontraba incluso algo incorporada. «Mamá», vocalizó Raquel, dejando escapar el sonido rasgado en el que se había convertido su voz después de tener durante cinco días un tubo metido por la tráquea.

—¿Y eso? —Raquel le señaló el brazo con el dedo. Isabel había olvidado por completo el cabestrillo.

—¿Esto? —Y levantó el codo derecho, provocándole un dolor punzante que le subió hasta el hombro—. Una caída sin importancia. ¡Menos mal que soy zurda! —Forzó una sonrisa y miró a la doctora en busca de información.

—Raquel —dijo suavemente la mujer que a Raquel le había parecido una monja con pantalones cuando abrió los ojos—, vamos a lavarte mientras tu madre va a hablar un rato con la doctora, ¿te parece?

Raquel asintió porque no podía hacer otra cosa, estaba rendida a lo que quisieran hacer con ella. ¿Qué más daba si deseaba con todas

sus fuerzas que su madre se quedara allí con ella? ¿Qué más daba si no tenía ganas de que la lavaran con esas esponjas de hospital que arañaban la piel y dejaban un tacto raro y suave? ¿Qué más daba si a ella le gustaría enterarse de lo que la doctora le iba a contar a su madre? Tampoco tenía fuerzas para protestar, así que quizá no fuera tan mala idea dejar que los demás se ocupasen un poco de su vida en aquellos momentos.

Capítulo 13

—Punto dos, ¿cuál era el otro camino? —La cara de Susana gesticulaba a trompicones. O estaba mirándola y, de repente, ella había cambiado de posición y yo no había podido ver esa transición.

—¿Tienes tiempo? —Me recliné agotada en el sofá, recosté la cabeza y suspiré tan fuerte que me dolieron los pulmones.

—Aquí tengo todo el tiempo del mundo —me dijo Susana con la mejor de sus sonrisas.

Por muy zen que pudiera parecer, podía identificar en ella la curiosidad innata que la dominaba siempre que se enteraba de una de mis predicciones, como las solía llamar, porque de alguna forma hay que llamarlas. Me obligaba a contarle el camino que había dejado escapar para analizar si había elegido bien o mal y nos pasábamos horas diseccionando la historia. El día que le enseñé la mesa de despacho de dos mil euros en la revista de decoración que me llevé de la sala de espera del dentista, se enfadó conmigo, ¿cómo había podido dejar escapar un futuro como ese? A veces, yo también dudaba de que mi decisión hubiera sido la correcta. Cuando llegó el momento real de mirarme en la ventana de mi despacho doméstico, vestida con mi camiseta de OBK, esa que con doce años nos estampamos Susana, Nerea y yo, supe que había hecho lo correcto o, al menos, lo que me había hecho feliz.

—¿Recuerdas a Luis? —le pregunté con una sonrisa nostálgica.

—¿Luis? ¿Qué Luis? —preguntó con verdadero gesto de desconocimiento—. ¿Ese Luis? —La conexión me permitió apreciar lo mucho que había abierto los ojos.

—Ajá, ese Luis —asentí levantando los brazos por encima de mi cabeza. —Pero la que ya no tiene más tiempo soy yo, Susana.

—Adelántame algo, ¿no? —rogó con interés.

—Vale —concedí—. Luis, casa con piscina, aburrimiento y ¿qué he hecho con mi vida? Ahora tengo que colgar, Susana, gracias de verdad.

—Suerte, prima. —Y lanzó un beso al aire.

Me hubiera gustado mucho sentirlo en mi mejilla. En ese instante, eché tanto de menos a mi madre que tuve que levantarme y lavarme la cara antes de romper a llorar sin remedio.

Cuando me miré en el espejo, con unas ojeras que me manchaban las mejillas y el pelo despeinado, me sorprendí. El miedo había sido sustituido por otra cosa. ¿Quizá, si me volviera a pasar, elegiría lo mismo?

Capítulo 14

Hacía tanto que no pensaba en Luis que traerlo de vuelta a mis pensamientos se me hizo extraño, como una camisa de otra temporada que encuentras por casualidad haciendo un cambio de armario y vuelves a ponértela, pero ya no entiendes cómo te gustó alguna vez.

Seguimos siendo amigos en las redes sociales durante un tiempo después de nuestra ruptura, pero pronto cada uno tiró por su lado y dejamos hasta de felicitarnos por nuestros cumpleaños. Tengo que reconocer que el primero que pasó sin una felicitación suya, quizá el tercer año tras dejarlo, me sentí abandonada. Y ahora yo había cambiado de número de teléfono y hasta de cuenta en Instagram, la cual no actualizaba mucho más allá de alguna buena lectura o alguna foto de la que primero me sentía orgullosa y meses más tarde, cuando la veía de nuevo, me resultaba presuntuosa y me avergonzaba de ella.

Me sequé la cara y di por perdida la mañana, llamé a la oficina y dije que tenía la regla, que me había venido de repente y tenía el cuerpo hecho un escombro. Ya había dejado tirado a un cliente, así que no se extrañarían de una excusa de ese tipo. Además, nadie estaba al tanto de mi ciclo, si no, se preocuparían al comprobar que me había puesto con el periodo dos veces en menos de diez días. Leti, con quien trabajaba codo con codo en una campaña municipal para el uso de la bici, seguramente me mandaría al ginecólogo de urgencia por si veían algún posible tumor, incluso me daría el contacto del suyo, del que hablaba maravillas cada junio, mes en el que todos en la cooperativa sabíamos que tenía su revisión anual. Sorprendida por las divagaciones de mi cabeza, me senté en un rincón del sofá y dejé abierta la puerta de la terraza para que el frescor, que aún conservaba algo del rocío de la noche, entrara en el salón, tanto que me vi obligada a coger la mantita que Esther había abandonado de cualquier manera esa misma mañana, antes de irse

al colegio. Había cierta sensación de transgresión en permanecer en casa un día laborable y que la excusa fuese mentira. Intenté disfrutarlo, pero me sabía tan raro que no podía estar del todo segura de ese placer. Tampoco la verdadera razón me dejaba saborearlo por completo. Me arrebujé en la manta y saqué las manos para manipular el móvil.

Primero me metí en Facebook. Entraba tan poco en la aplicación que no entendía cómo podía seguir teniéndola. Escribí en el buscador «Luis Bautista». Me arrojó algunas decenas de resultados, ¿cuántos Luis Bautista podía haber en el mundo? Se ve que muchos. Fui bajando por las fotos de perfil, pero ninguna me decía nada. Además, sabía poco sobre Facebook, pero si no me salía en «amigos» significaba que, o bien me había bloqueado, o bien había cerrado su cuenta, algo que tendría que ir haciendo yo, desde luego. Aun así, no me desanimé y seguí buscando ávida, repitiendo la acción de subir y bajar por el listado. No esperaba que siguiera teniendo la misma fotografía del protagonista de *Assassin's Creed,* aunque yo sí tenía la misma fotografía de un árbol del parque junto a casa de mis padres. Tras comprobarlo un par de veces, tampoco estaba ahí la carátula del juego del que era fan absoluto o, al menos, del que lo fue hace años. Eché la cabeza hacia atrás algo frustrada; no sé por qué pensé que iba a ser fácil encontrarlo a la primera. Eso, junto a mi nula habilidad como investigadora privada, me dejaba en un callejón sin salida. Suspiré e intenté no pensar. Levanté la cabeza y volví a desbloquear el móvil. Esta vez, entré en Instagram e introduje de nuevo «Luis Bautista» en el buscador. Aquí las cuentas se multiplicaron, la mayoría de ellas mostraban en su foto de perfil a un chico joven con una postura sexi y gesto pretendidamente provocador, invariablemente sin camiseta o con una de tirantes, enseñando al menos una parte del pecho y, como máximo, el pecho entero y las piernas. Deslicé el dedo por la pantalla y no vi nada familiar. Suponía que en estos quince años, y con lo friki que era Luis, se habría obsesionado tanto con algún otro videojuego que lo tendría como foto de perfil. Desde luego, no observaba la posibilidad de que pusiera una imagen familiar. Y

aunque fuera un poco miserable pensarlo, tampoco imaginaba que pudiera tener familia más allá de él mismo y sus padres.

Mi siguiente paso fue buscar en Google videojuegos famosos de los últimos cinco años y abrí varias pestañas con sus carátulas, luego me fui de nuevo a Instagram y deslicé otra vez los resultados. El estómago me dio un vuelco cuando reconocí *The Last of Us* en una de las cuentas. ¡Claro! Era evidente: ahora que habían hecho la serie, seguro que estaba esperando con expectación la siguiente temporada porque había jugado hasta la saciedad al videojuego. ¿Cómo no lo había pensado antes? Tal vez porque para mí era más serie que videojuego. Toda mi emoción se vino abajo cuando comprobé que la cuenta pertenecía a un chico de unos dieciocho años —aunque por las fotos que publicaba podría tener diez— que se dedicaba a hacer reseñas de videojuegos en sus perfiles de Instagram y YouTube. Otra búsqueda fallida.

Me metí en X, solo por descartarlo, aunque ni cuando estábamos juntos tuvo Twitter, así que difícilmente iba a tener una cuenta ahora. Efectivamente, nada. Yo no tenía más redes sociales; sabía que había más, pero ni las conocía ni me iba a abrir una cuenta en ellas solo para buscar a un antiguo novio, mi curiosidad no llegaba tan lejos. Así que hice lo que quizá tendría que haber hecho desde el principio y escribí en Google: «Luis Bautista probador videojuegos». Y *voilà*.

Era un artículo fechado en 2023 sobre los diez nombres más influyentes del mundo de los videojuegos en España. Y el primero del que hablaban era Luis, que ahora no era probador, o no solo, sino director de proyectos en una empresa de desarrollo de videojuegos con sede en Tokio y filiales por todo el mundo. Él trabajaba en la sucursal de Barcelona. Eso era lo poco que te dejaba leer el resultado del buscador, así que me puse cómoda y cliqué en el enlace. Tuve que aceptar las *cookies* de una publicación especializada en videojuegos que no tendría nada que hacer con mis preferencias de búsqueda en Internet, porque se limitaban a recetas y ejercicios para perimenopáusicas, y por fin se abrió el artículo. ¡Vaya! Así que lo había conseguido. Yo no lo había dudado nunca, pero verlo fue a la vez gratificante y desconcertante.

Después de una extensa entradilla sobre el estado actual del panorama laboral del videojuego a nivel nacional e internacional del que no entendí absolutamente nada y que deslicé con impaciencia, llegué por fin al número 1 de esa lista de nombres más influyentes de 2023: Luis Bautista. Mi Luis Bautista. Bueno, quizá llamarlo «mi» era demasiado presuntuoso, pero lo pensé. En los primeros párrafos, básicamente ensalzaban que alguien con su edad continuara compitiendo con chavales que habían nacido ya en la época del videojuego moderno y que siguiera con su tarea de probador de videojuegos a pesar de estar ocupando un puesto de alto mando en una de las mejores y más rentables empresas del sector en el mundo. Había mucha literatura tecnológica y solo una mención a su vida personal; lo habían resuelto muy superficialmente pero con bastante gusto:

«—Una exnovia me dijo que no podía condicionar mis relaciones con una bombilla roja.

»—Y su mujer ¿qué piensa de eso?

»—Mi mujer no conoce ninguna bombilla roja. Gracias a mi exnovia, aprendí la lección».

Me quedé impactada y leí el resto de la entrevista con curiosidad genuina y cierto reproche, pero no había mucho más. Aunque ¿qué esperaba? ¿Que hablaran de lo difícil que era mantenerse en su puesto teniendo que compaginarlo con las clases extraescolares de varios hijos de menos de diez años? Además, conociéndolo, y no es que lo piense con resquemor, seguramente no sería él quien se ocupara precisamente de las extraescolares de sus hijos. Deslicé un poco más y, justo antes de comenzar con el segundo de la lista, me asaltó una foto de Luis.

Capítulo 15

Hace quince años

Las cinco noches que Luis durmió solo en la cama le parecieron las más frías de su vida, a pesar de estar atravesando una ola de calor más típica de mitad del verano que de principios de junio. Las noches eran tropicales, pero el calor se convertía en escalofrío porque la ausencia de Raquel era forzada.

Es fascinante cómo el cuerpo convierte en rutina algo que es tan nuevo para hacerlo manejable y comprensible para la mente. De esta forma, Luis se levantó a la misma hora todos esos días en los que Raquel estuvo en coma inducido, las cinco y media de la mañana. Con un café que le había quemado el esófago, trabajaba hasta las ocho en punto, hora en la que salía al bar de la esquina para desayunar una tostada con aceite y otro café. Luego, subía y continuaba trabajando hasta las once y media, momento en el cual cogía un taxi y se iba al hospital, para llegar con tiempo a la primera visita de la UCI.

Así que la llamada de Isabel a las diez y media de la mañana lo descolocó de tal manera que se obligó a *reiniciarse* para no decir alguna tontería, como que tenía que terminar un número de tareas concretas antes de dejarlo todo e ir al hospital.

Luis siempre tuvo problemas para socializar, para entender el mundo como lo hacían a su alrededor; a veces, tenía la sensación de que su escala de valores no era la correcta. Y nunca culpó de ello a sus padres, porque ellos, especialmente su madre, intentaron por todos los medios que tuviera una vida que socialmente se denominase normal: le insistían para que dejara los cómics y saliera a jugar con los niños del bloque; para que dejara los videojuegos y fuera a dar una vuelta con los compañeros de clase; para que dejara la videoconsola portátil y se integrase con sus primos en las reuniones familiares. Pero él se sentía tan seguro y cómodo en la

burbuja que había creado para sí mismo, que no veía la necesidad de salir de ella más allá de cuando fuera absolutamente imprescindible, por no decir inevitable. Es decir, identificaba la importancia de las cosas que ocurrían a su alrededor; sin embargo, no veía la necesidad de su presencia en todas ellas. Por ejemplo, ¿qué hubiera ganado Raquel si él se hubiera quedado aquella primera noche en la sala de espera del hospital?

Y eso es lo que Raquel le transmitió siempre, comprensión.

Conocerla fue pura casualidad. Tanta que todavía hoy se pregunta cómo se alinearon los astros para que ese encuentro tuviese lugar. No comprende aún cómo se dejó convencer por su vecino, el único amigo de la infancia que le quedaba y que contra todo pronóstico conservaba, para salir a tomar una copa aquella tarde de domingo. Sospecha que su madre tuvo mucho que ver, pero nunca ha querido confirmárselo; aun así, ella se siente gratamente responsable de que empezara su relación. En cualquier caso, no es una persona que le dé muchas vueltas a las cosas, sobre todo, si han salido bien.

El bar era nuevo para él, cualquiera lo hubiera sido, pero ese había abierto hacía un par de semanas y estaba de moda. Incluso él, con su vida de ermitaño, se enteraba de ese tipo de cosas. En la barra, llamó a la chica que servía las copas con el desparpajo de quien lleva trabajando en bares desde hace años, a pesar de que seguramente no tendría más de veinte. Intentó no fijarse en los tatuajes que le subían desde el pecho hasta el cuello porque se sintió algo cohibido, pero una sonrisa de la joven le indicó que no era el primero que lo hacía. Más relajado, pidió una bebida energética, porque además de no estar acostumbrado a tomar alcohol, pensaba seguir trabajando en un proyecto cuando volviera a casa. Lo de que aquel era el proyecto de su vida lo había repetido con cada uno de los trabajos que le daban, pero tenía la corazonada de que ese sí que lo sería. Mientras abría la lata de refresco, Raquel se colocó a su lado dándole un pequeño empujón, no con intención, era solo que la barra estaba tan llena que la gente que quería pedir tenía que hacerse hueco a base de codazos. Ese contacto significaba más bien que ya le habían servido y que era hora de que se marchase y dejara libre el espacio para otros clientes. Sin embargo,

ella solo dijo: «Uy, perdón». Y retiró su brazo, sin éxito porque seguían tocándose desde el hombro hasta el codo. Cuando Luis se giró hacia ella, se sorprendió al darse cuenta de que ya la había estado observando antes jugando al billar. No sabía qué le había llamado más la atención de ella, si su melena rizada o su trasero al inclinarse para darle a una bola con el taco. Podría decir que su risa, que también, pero a quién quería engañar, había sido sin duda su trasero. Y que era guapa, con unos labios carnosos y una nariz respingona que le proporcionaban un aspecto divertido y juguetón. Muy pocas veces una chica había llamado su atención; solo creyó estar enamorado una vez, de una compañera de clase en el instituto, pero por aquel entonces los adolescentes eran tan crueles que la cosa salió bastante mal. Pero ahora tenía veintisiete años. Por eso, cuando ella le sonrió divertida porque tras la disculpa no había sido capaz de separarse de él ni un milímetro, él le preguntó: «¿Qué tomas?» y acercó su oído a los labios de Raquel. Entonces pudo olerla, una mezcla a sudor y a perfume ligero y dulzón. «Un *whisky* con cola», respondió ella con cierta sorna. Y él levantó la mano y llamó de nuevo la atención de la camarera, que sonrió aún más cuando se acercó a él y tomó nota del nuevo pedido. Salió de allí con un número de teléfono.

Y así, Raquel se había convertido en la primera chica que le había prestado atención de verdad, que había sabido ver más allá de esa imagen de friki que se gastaba. Bueno, lo de friki no era una imagen: lo era, y después de renegar de la etiqueta durante la mayor parte de su vida, se había entregado a ella completamente.

Y volviendo a sus sentimientos actuales por Raquel: la quería, la quería mucho. Y la cama se sentía vacía y fría, pero cada noche se veía embargado por el sueño. ¿No debería tener problemas para dormir? Es decir, se supone que cuando a un ser querido le ocurre algo horrible, léase un atropello con pronóstico reservado e inducción al coma durante cinco días, no podrás dormir, el sueño se escurrirá por las grietas de la mente y quedarás a merced del insomnio y de las fantasías más funestas: la muerte, la parálisis, el no despertar del coma, la silla de ruedas.

Pero a Luis no le ocurría eso. Él acababa tan cansado al final del día que le costaba permanecer despierto. Quería hacerlo, quería estar atento al móvil, lúcido por si llamaban en mitad de la noche para informar de cualquier cambio en el estado de salud de su novia. Dejaba el teléfono enchufado en la mesita de noche, cuando él nunca haría eso *motu proprio;* había subido el volumen al máximo y se había asegurado de no tenerlo nunca en modo silencio. ¿Algo más? Ah, sí, justo antes de cerrar los ojos miraba si había entrado algún mensaje. Y ninguna noche había recibido ninguno.

Esa mañana, cuando le colgó a Isabel, apuntó en un cuaderno las últimas anotaciones del proyecto en el que estaba trabajando; mandó un correo electrónico al cliente, garantizándole que esa noche tendría los avances previstos para el día; se cambió los pantalones cortos por unos vaqueros largos y, tras dudar entre ponerse sandalias o zapatillas, cogió las zapatillas; se lavó los dientes por segunda vez en el día, aunque se fue comiendo un plátano de camino al hospital; y, ya en el taxi, llamó a su madre para decirle que no se le ocurriera aparecer por el hospital, que hoy era un día solo para la familia. La escala de valores de Concha era diferente a la de Luis, así que en cuanto le colgó a su hijo, cogió el bolso y se fue al hospital.

Capítulo 16

El impacto fue mayor que cuando descubrí aquella mesa de diseño en la revista de decoración de interiores en la sala de espera del dentista. Y no porque Luis se viera realmente bien, porque él había estado físicamente bien siempre. Estaba guapo allí de pie, interesante con esas gafas de pasta rojas y cuadradas, enfundado en unos vaqueros negros que le quedaban perfectos y con la camisa burdeos pegada a su cuerpo por fuera de los pantalones y arremangada hasta los codos —¿eso que se dejaba ver era un tatuaje en su antebrazo?—; las manos en los bolsillos y las piernas algo abiertas, posando, pero sin parecer que lo hacía. Seguía teniendo buen pelo, abundante y castaño, y una sonrisa complacida. Miraba a cámara gustándose, sabedor de la imagen que daba, orgulloso. Yo sabía todo esto porque lo había llegado a conocer tan bien que bajo esa sonrisa también pude identificar algo de vanidad. Se encontraba en un jardín amplio, tanto que podría ser un parque, pero había un par de detalles que excluía esa posibilidad: Luis iba descalzo y el césped estaba muy bien cuidado, se notaba la mano de un jardinero ocupándose de él a diario. Así que ese jardín, y esa piscina del fondo, y esa pista de pádel de más allá, y la casa de la derecha de la que solo se veía un porche, todo eso era de Luis. Y también lo era esa mesa que estaba a su espalda. La mesa donde probablemente había concedido la entrevista y que yo recordaba ahora tan bien.

Aquel día, hace quince años y junto al bordillo de la acera, el primer futuro que vi se desarrollaba junto a Luis. Supongo que es lo más natural, teniendo en cuenta que era mi novio por entonces. En él, yo no ponía un pie en la carretera, volvía a casa después de comprar el pan y, a pesar de que le había pedido por favor que friera unos filetes de pollo que le había dejado listos en la encimera de la cocina, cuando llegué, los filetes seguían igual de crudos. Y la maldita bombilla brillaba roja encima de la puerta del despacho. Ese

hecho, junto a otra serie de circunstancias, como que yo tenía que entregar un trabajo ese sábado a mediodía y que por la tarde me iba con Susana y Nerea a un concierto de Manuel Carrasco, desencadenó una de las mayores crisis en nuestra relación. Fue tan grave que vi a Luis hacer sus maletas e irse a casa de sus padres. Más tarde, en el concierto de Manuel Carrasco, cantaba a voz en grito y lloraba. La gente a mi alrededor seguramente pensaba que lloraba por la emoción de estar en el concierto, pero nunca he sido una *groupie,* lloraba porque creía que mi relación de tres años se había ido al traste por unos filetes de pollo. Sin embargo, también lo vi volver. Y nos vi haciendo el amor, sudorosos, al son del ventilador de techo que habíamos instalado a principios de mayo de ese año, pero que por el ruido que hacía bien podría haber venido con el piso. La luz de la farola se proyectaba en la pared de enfrente y el zumbido amortiguado de una noche de verano se colaba por la ventana abierta en la habitación para indicar que otra ola de calor estaba en lo más alto: conversaciones a media voz, algún niño jugando con una pelota, el clac-clac de tacones contra la acera. Sentí incluso sus dientes hundirse en mi hombro y el orgasmo que me produjo mientras me tocaba y me penetraba al mismo tiempo. Me mordí el labio para detener el grito que se me escapaba de la garganta para que mis gemidos no se unieran a esa banda sonora de una noche veraniega. El sexo nunca había sido un problema entre nosotros. Me sorprendí por la intensidad de las sensaciones que me transmitió la visión y me sentí culpable al notar un pinchazo de deseo en el vientre.

Mi futuro con él avanzaba y, más tarde, ambos sonreíamos delante del espejo de un baño público, preguntándole a nuestro reflejo si estábamos seguros de lo que íbamos a hacer. Luego salíamos apresurados justo cuando nos tocaba entrar para firmar los papeles del matrimonio en el registro. Era otra vez verano o podía ser primavera, porque yo llevaba un sencillo vestido blanco de tirantes que me llegaba a medio muslo y un moño despeinado a la altura de la oreja derecha; los mechones sueltos me cosquilleaban las mejillas y la flor natural que llevaba prendida en el pelo estaba a punto de caerse. Unas sandalias planas se ajustaban a mis pies como un

guante y me aupaba para darle un profundo beso, a pesar de que el funcionario ya estaba llamando a la siguiente pareja. Luis me tomaba fuerte por la cintura y yo volaba sobre el suelo, riéndome sin poder evitarlo, despidiéndome extasiada de la sala. Nos reunimos con sus padres y mis padres y, juntos, salimos del juzgado. En la calle, Susana y Nerea nos recibían gritando como locas, atrayendo la atención de la gente, que se giraba para mirarnos y sonreír y exclamar: «¡Enhorabuena!». Nos lanzaban puñados de arroz que se me quedaron enredados en el pelo hasta el día siguiente. Fue un día bonito, precioso, pude sentir una felicidad genuina e ilusionante.

Pero también vi la maldita luz roja. Esa bombilla que comenzó como una broma y se instaló en nuestras vidas como un parásito. Vi un portazo fuerte y otro más. Una discusión civilizada y, luego, unas cuantas más algo menos civilizadas. Yo en el hospital, con la mano de mi madre apretando fuertemente la mía y susurrándome: «No te preocupes, seguro que habrá más oportunidades, esto es más normal de lo que parece». No tenía que ser muy lista para darme cuenta de que se trataba de un aborto, pero ¿dónde estaba Luis? ¿Por qué no estaba allí conmigo, en la habitación del hospital? Frustración, pena y vacío, todo mezclado, implosionaba dentro de mí. Y otra vez la brillante bombilla roja.

Y luego, una mudanza. Primero, abrazaba a mis padres, luego Susana me decía que no se podía creer que me fuera tan lejos y que no viviéramos ni siquiera en la misma ciudad; y los padres de Luis nos prometían venir a vernos pronto. Después, un viaje en coche detrás de un camión gigantesco, cargado con las cajas que guardaban nuestra vida. Por último, los dos sentados en el suelo de un salón más grande que todas las habitaciones de mi piso juntas. Sonriendo y tomando vino, cenando *pizza* encima de una caja de mudanza, como en las películas. Esperanza, anhelo y expectativa.

Otro día, quizá años más tarde, yo entraba como una exhalación en una cocina de última generación: encimeras de granito, una isla gigantesca, un frigorífico doble y unas lámparas que colgaban del techo dando una cálida luz amarilla. Los dos vestíamos como si viniéramos de un evento importante, él con un traje que le caía en el cuerpo como si estuviese hecho a medida, con una camisa blanca

impoluta y una corbata roja que relucía en aquella cocina, más oscura de lo que a mí me hubiera gustado; yo, con un vestido largo de raso negro y unos tacones que sonaban como pequeñas explosiones en el suelo.

—Si no quieres tener hijos, me lo dices, pero no me des más largas, no soy una niña a la que haya que mantener contenta —le espetaba yo, estampando mi bolso, uno pequeño y brillante, sobre la encimera y girándome hacia él con tanta energía que noté el latigazo en las cervicales.

—Y si no quiero tener hijos, ¿qué? ¿Me dejarías? —gritaba un Luis con arrugas en la comisura de los ojos, con el mismo pelo castaño y abundante de siempre y más guapo, quizá más parecido al de la foto de la revista. Pero hasta yo, que estaba viviendo esa visión en diferido, sabía que no hablaba en serio y que, en una discusión, echar órdagos es de primero de estrategia.

—Ya sabes que ese no es el problema, Luis, ¡por Dios! —Suspiraba exasperada y continuaba exhausta, incluso hoy podía sentir el cansancio—. Lo sabes y me lo dices porque quieres escucharme, siempre es lo mismo. El problema es que, si es así, me has estado engañando todo este tiempo.

Yo me bajaba de los tacones y el placer de colocar la planta de los pies en el suelo frío me recorría el cuerpo como una ola. Suspiraba y cerraba los ojos. Y mientras los mantenía cerrados, como si fuera un paréntesis que quería extender más allá de lo necesario, Luis volvía a hablar.

—Quizá lo que no quiero es que sufras más. Si no puede ser, vamos a dejarlo, ¿no eres feliz conmigo y ya?

Entonces abrí los ojos y levanté la vista como un resorte.

—¿Que yo no sufra más? ¿Tú no sufres? —Mi voz sonó incrédula, di un paso atrás e hice una mueca de dolor.

—Sufro por ti —me susurró.

Carraspeé y saqué una butaca de debajo de la isla para sentarme.

—Tengo que reconocer que sufro con cada aborto que tengo, pero, ¿sabes? —Incluso ahora supe que lo que estaba a punto de decirle iba a ser definitivo. Luis cogió otra butaca y se sentó junto a mí. Me miró con gesto interrogativo—. Sufro más porque no estás.

Tú no lo ves, pero esa maldita luz roja nos ha separado. Sufro porque he empezado a no echarte de menos.

Percibí cómo se le detenía la respiración y retiró la vista; miró hacia la puerta de cristal que daba directamente a la piscina, una piscina grande, rodeada de tumbonas de color beis y una hamaca colgada entre dos árboles. Me giré hacia donde él estaba mirando y nos vi a los dos reflejados en la puerta de cristal. Pude reconocer mi imagen; yo también estaba cambiada, llevaba el pelo suelto, pero con un corte tan extraño que mis rizos no parecían tener vida propia. Se ve que con los años había aprendido a domarlos, o bien había encontrado un lugar en el mundo que supiera hacerlo. Se me veía sofisticada, con ese vestido negro que se pegaba a mis curvas y los zapatos de tacón de infarto abandonados en el suelo junto a la butaca en la que estaba sentada. Llamaron mi atención unos pendientes dorados en forma de lágrima, las únicas joyas que llevaba, porque esos pendientes también los tenía yo en esta vida; habían sido el último regalo de mi madre antes de que muriera, me los dio mi padre meses después de que ella se fuera, por mi cumpleaños. Detrás de la puerta de cristal, la noche había caído plenamente y el jardín estaba iluminado con puntos de luz no invasivos estratégicamente colocados. Todo en aquella vida parecía estar estratégicamente colocado.

Luis se levantó y se fue, creo que a su despacho. Durante el desarrollo de la visión, podía sentir exactamente lo que yo vivía y conocer con la misma familiaridad lo que en ella sabía. Yo me quedé en la cocina, apoyada en la encimera, agotada, desilusionada y desubicada. Al poco, Luis salió y me levantó de la butaca. Colocado frente a mí, siendo un palmo más alto que yo, me cogió la cara y pegó la frente en la mía. Luego me besó con una ternura inusitada. «Sabes que la luz roja es solo un síntoma, ¿verdad?», le susurré muy cerca de la boca. Él asintió tan tenuemente que casi no me di cuenta de que lo hiciera. «Aunque no hubiera luz roja, la vida sería la misma, ¿no?». Y volvió a asentir. Y otra vez estaba yo hablando por él, porque sabía que Luis jamás iba a hacerlo, y sentí la ira subir por las entrañas. Pero antes de que pudiera explotar, me besó de nuevo, esta vez con más energía, y los brazos que antes me tenían

atrapada contra la encimera me cogieron por la cintura y me sentaron en ella. La ira se convirtió en deseo, un deseo que también me golpeó cuando recobré la memoria y que supongo que también lo haría en aquella acera. Lo atraje rodeándole con las piernas. El vestido se rasgó, pero ninguno de los dos le prestó atención. Es más, el alivio me invadió cuando me liberé de su presión. Deslicé frenética las manos para desabrocharle primero el cinturón y, luego, el pantalón del traje. No, el sexo nunca fue un problema entre nosotros.

El viaje continuó y lo siguiente que vi digno de mención casi daba por terminada la visión. Yo estaba sentada en la misma mesa de jardín en la que Luis había hecho la entrevista. Observé mi reflejo, esta vez en los cristales de la puerta que daban al gran salón en el que habíamos cenado aquella primera noche después de mudarnos. Los ojos que devolvían ese reflejo estaban cansados, aburridos y decepcionados, pero convencidos de que lo que estaba haciendo era lo correcto. Después bajé la vista y leí: «Demanda de divorcio de mutuo acuerdo». Seguí pasando las páginas, como si de verdad estuviera asimilando todo lo que allí ponía. Cuando llegué a la última, ya había una firma estampada, la de Luis, debajo de «Barcelona, 26 de septiembre de 2024». Solo faltaba la mía.

Ya me lo había dicho el artículo que había leído sobre él, pero ahora lo tenía confirmado: aquella casa que hubiera sido mi hogar estaba en Barcelona, una ciudad que en realidad no había visitado en mi vida, ni siquiera por turismo. Me alegré de que en su vida ya no hubiera espacio para una bombilla roja.

Lo último que veía era que yo firmaba.

Capítulo 17

Seguí buscando algo más de información sobre Luis. Tengo que reconocer que me invadía una curiosidad insana por conocer más detalles de su vida privada: ¿se había casado?, ¿tenía hijos?, ¿seguían vivos sus padres? Ahora que sabía que era alguien relativamente conocido, al menos en su ámbito, seguro que podía encontrar más artículos sobre él en Google. Pasé una hora completa buscando, leyendo y asimilando. Quizá mi decisión nos había hecho felices a los dos, porque otra revista especializada publicaba una entrevista en profundidad en la que confirmaba que tenía dos hijos con una mujer rubísima y delgadísima, una *influencer* que, aunque tenía el pelo rizado, se lo planchaba hasta dejarlo de un liso casi imposible; estuve a punto de escribirle un mensaje privado para aconsejarle que lo llevara rizado, que a él le gustaba así. Seguía viviendo en Barcelona, o eso es lo que las fotos de Instagram de su mujer indicaban. En ellas, siempre mostraba un gesto de desgana; no quería presumir de conocerlo bien porque los años convierten en extraños hasta a la familia más cercana, pero adivinaba que no le gustaba en absoluto aquella exposición.

Bajé el móvil agotada. El cuerpo me dolía y tenía la cabeza embotada, parecía que había corrido una maratón y me costaba hasta moverme. Y ahora me invadía el calor, así que me destapé y dejé la manta hecha un gurruño entre el sofá y yo. Me levanté y estiré piernas y brazos para desentumecerlos, pero no fue suficiente para sentirme mejor, así que me fui a la cocina a por algo que aliviara mi malestar. Mi cabeza no dejaba de funcionar, pensaba y pensaba y pensaba, le daba vueltas a las mismas ideas, esas que me habían acosado durante años y que conseguí mantener a raya durante mucho tiempo. No sentirme culpable por mis elecciones, no intentar autosabotearme, aceptar *eso* como otras personas aceptan que han nacido con un defecto de otro tipo, físico o mental; incluso no ser desagradecida y buscarle el lado positivo. Si hubiera elegido

no tirarme sobre el coche de Sergio (¿podía decirlo así, aunque sonara muy loco?), habría firmado los papeles de mi divorcio ayer, lo que me alteraba de un modo insólito. Aunque no todo con Luis hubiera sido malo, me negaba a pensar que, de haber elegido ese camino, habría desperdiciado mi vida. Sabía que no habría tenido hijos, al menos con Luis y, al menos, hasta los cuarenta y tantos, pero ¿habían sido los hijos un objetivo en mi vida en algún momento? ¿Había sido yo alguna vez una mujer que se sintiera incompleta sin hijos? Creo que no. Sabía que habría estado muy sola, porque Luis era así y, después de tres años de relación, aceptaba esa parte de su personalidad, pero ¿y cuando estábamos juntos? ¿No era eso también bueno? Bastante bueno; me atrevería a decir que tuvimos momentos maravillosos; aunque cuando ocurrió el atropello no estábamos pasando nuestra mejor época y, de hecho, el accidente sacó las vergüenzas de nuestra relación. Además, estaba la creencia extendida de que un divorcio era un fracaso, pero yo no pensaba así. Para mí, un divorcio era el símbolo del final de una etapa de tu vida y fue lo que le dije a Nerea cuando se separó de Álvaro, porque me negaba a valorar su historia como un fracaso. Pero la reminiscencia de los sentimientos de la Raquel de ese posible presente me dejó claro que sí puedes creer que tu vida podría haber sido mucho mejor.

Me bebí el paracetamol diluido en agua de un trago y carraspeé para terminar de pasarlo por la garganta. Me apoyé en la encimera, en una cocina que nada tenía que ver con aquella casa de Barcelona, y reflexioné: tras el accidente, desarrollé amnesia; no tenía ni idea de que había escogido un camino ni que eso estaba relacionado con todo lo que me estaba pasando, con lo cual podía asegurar sin ningún género de duda que lo que había vivido a partir de ahí había sido lo más cercano al libre albedrío que yo había conocido en mi vida. No supe hasta ayer que, saltando delante del coche de Sergio, se pondría en marcha el mecanismo que me llevaría hasta donde me encuentro hoy, así que podía concluir que Luis y yo rompimos porque quisimos, porque nos dimos cuenta de que lo que teníamos no era lo que deseábamos. Y todo eso

significaba que había empezado mi vida con Sergio con libertad. O toda la libertad que te da la amnesia.

En eso consiste la vida, ¿no? En hacer elecciones y seguir adelante con las consecuencias. La diferencia estaba en que, en ocasiones, yo era capaz de ver lo que venía después de cada una de ellas.

Dejé el vaso del paracetamol en el fregadero y metí las tazas del desayuno en el lavavajillas, y, mientras lo hacía, me sentí tentada de pensar que había escogido el accidente —que ya he llegado a la conclusión de que no fue un accidente, pero de alguna forma tengo que llamarlo— por los dos. Pero lo cierto es que si elegí el camino que no incluía a Luis fue por puro egoísmo, porque vi que el futuro que me esperaba sin él era infinitamente más satisfactorio. Que ahora nos fuera bien a los dos, o eso es lo que parecía en la cuenta de Instagram de su mujer, era pura coincidencia.

Capítulo 18

Hace quince años

Acabar en una habitación del hospital no fue tan fácil como Raquel había pensado. Sus neuronas no eran tan fiables y, si no hubiera sido ella la que se encontrara en esa situación, posiblemente hubiera visto sensato todo el proceso por el que había pasado hasta llegar allí. Raquel lo denominaba calvario, su doctora lo llamaba normalidad.

Tras una extirpación de bazo, un coma inducido de cinco días y una operación para arreglar la fractura de pelvis, Raquel ya estaba lista en su cama, tumbada bocarriba y mirando el techo. Iba a comenzar la rehabilitación, aunque ella pensaba que no había pasado el tiempo suficiente. Habían transcurrido solo veinte días desde que volara por los aires. Menos aún desde que despertó de su viaje en el tiempo para verse sometida a todo tipo de pruebas que la tuvieron con el corazón en un puño hasta que le dieron los resultados y se confirmó que gozaba de una salud de hierro. Demasiado reciente en su memoria estaba la semana infernal, como ella bautizó a los siete días que se sucedieron entre su vuelta al mundo de los vivos y la operación de cadera, cuando la fisioterapeuta venía a movilizarle las piernas para que no perdiera demasiada masa muscular. En esas sesiones, ella observaba sus extremidades inferiores como si no le pertenecieran y, aunque se acostumbró al dolor, no dejó de sentir náuseas y vomitar después de cada visita de Alba.

Conoció el nombre de la fisioterapeuta el primer día que la visitó, pero no fue capaz de retenerlo hasta después de la operación de cadera. Era una chica algo borde a la que no le venía nada bien su nombre, según su punto de vista. Delgada y alta, tenía los bíceps marcados y todo en su complexión era atlético: hombros anchos, cintura estrecha, cuello esbelto. Al menos, sabía que estaría en

buenas manos y que no la dejaría caer a la primera de cambio. Su madre estaba esperando a Alba junto a la cama. También Luis.

A pesar de que le había dicho un millón de veces que no hacía falta que se quedara allí tanto tiempo, no le hacía caso, con ese modo tan suyo de mantenerse callado y mirándola como si intentara descifrar un acertijo en sus ojos. Al principio de la relación, eso lo rodeaba de un aura misteriosa que la fascinaba, pero ahora la exasperaba. A cambio, Luis se mantenía enganchado al móvil la mayor parte del tiempo, sentado en el sillón o apoyado en el alféizar de la ventana, solícito a cualquier necesidad de agua, comida o incluso para ayudarla a hacer pis en la cuña. Pero el resultado era todo lo contrario a lo que él esperaba, pues Raquel sentía el peso de la culpabilidad por ser la razón de que desatendiera su trabajo y, a la vez, la llenaba de ira sentirse culpable y toda esa ira la dirigía principalmente a él. No fueron días fáciles.

Por algún tipo de convenio silencioso, eran sus padres los que se turnaban para acompañarla por las noches y Luis se las pasaba en vela avanzando en su proyecto. Él no le contaba cuál era su rutina, pero Raquel lo podía adivinar por sus ojeras y su tosquedad. Entonces, volvía a pensar que ella también tenía proyectos, ¿qué habría sido de ellos? Del que debía terminar el mismo día del accidente; del concurso que estaba a punto de fallarse y en el que su cooperativa confiaba tanto. Y es que despertar del coma había sido como un viaje en el tiempo hacia el futuro, porque había vuelto a su vida cinco días después y había descubierto que su mundo seguía girando sin ella: sus compañeros de la cooperativa continuaron trabajando, el cliente ya tendría los folletos distribuidos por los buzones de toda la ciudad, Manuel Carrasco ya estaría viajando a otra ciudad después de dar el concierto al que tendría que haber ido. Y aunque eran casi imperceptibles, también había identificado cambios en sus seres queridos: su madre se veía más mayor, su pelo más canoso y su cuerpo transmitía cansancio; su padre tenía arrugas nuevas, quizá por la mueca perpetua que había adoptado desde, suponía, el momento del accidente; su hermano hablaba con su padre como si no hubieran estado peleados nunca, encontró incluso cordialidad entre ellos; Susana la miraba raro, con

una sombra de sospecha, y parecía estar buscando siempre un momento en el que quedarse a solas con ella, algo que aún no había conseguido; Nerea le cogía la mano y le hacía cosquillas, según ella porque había leído, o escuchado o ambas cosas, que todavía podía quedarse parapléjica y que se debían identificar los posibles síntomas lo antes posible. «¿Lo sientes?», se había convertido en la frase que más había escuchado desde que despertó. Y Luis tenía el pelo más alborotado, se mostraba más irascible que nunca, apenas hablaba con nadie de su familia, se ponía pantalones largos todos los días a pesar de que fuera hacía un calor asfixiante, le sonreía con demasiado cuidado y carraspeaba cuando coincidía en la habitación con sus padres y anunciaba que iba a la cafetería a tomarse un café, que si les traía algo. La respuesta siempre era no.

Entonces, antes de que pudiera seguir reflexionando sobre los cambios que se habían producido a su alrededor, Alba entró como una bocanada de aire fresco en la habitación y rompió el ambiente tenso, que se podía cortar con un cuchillo, mientras empujaba una silla de ruedas chirriante e incómoda.

Capítulo 19

Seguí apoyada en la encimera de la cocina durante diez minutos, ensimismada, mirando por la ventana hacia el lavadero de la vecina de enfrente. La mujer trajinaba con tantos cestos de ropa que pensé que había alquilado alguna de las habitaciones que habían dejado libres sus hijos. Ellos eran solo dos en ese momento y el ruido que venía de su piso afortunadamente se había reducido bastante. Me miró sorprendida y la saludé esbozando la que yo consideraba mi sonrisa más social por encima de la segunda taza de café del día. Ella me la devolvió y continuó, aunque advertí cómo me miraba de reojo cada pocos segundos. Finalmente inspiré y me aparté, podría acusarme de acoso y no tendría cómo defenderme, o igual creería que compartía planta con una psicópata que la vigilaba y esperaba el momento adecuado para matarla. Con la misma indolencia, dejé la taza en el borde de la encimera y, como no podía ser de otro modo, cuando fui a recuperar el móvil, la dejé caer: la taza se hizo añicos y me sobresalté, como si despertara de un sueño profundo. Me fijé primero en los trozos de cerámica desparramados por todo el suelo de la cocina y luego en mis pies descalzos; lo que me faltaba era que se me clavase una lasca en la planta del pie, así que pisé con cuidado y llegué a la mesa de la cocina, me senté y abrí WhatsApp por el contacto de Sergio. Envuelta en una ola de ansiedad que no había visto venir, sentí de repente unas ganas dolorosas de hablar con él. Si anoche no hacía más que darle largas para que no me preguntara, ahora me quemaba el deseo de estar a solas con él. Busqué frenéticamente en mi cabeza algún hueco del día en el que pudiéramos coincidir tranquilamente, sin las niñas alrededor. ¿Podrían quedarse en casa de mi padre? Nunca había sido un abuelo muy dedicado, pero desde que habían cumplido los diez años, su disponibilidad bajó a niveles preocupantemente bajos. ¿Alguna amiga? Era extraño, pero las gemelas no compartían amistades. Eran las mejores amigas entre ellas, se complementaban a la

perfección; quien no las conociera personalmente, podría identificarlas por la forma de actuar. Y, sin embargo, pertenecían a grupos diferentes. A lo mejor, el hecho de ponerlas en distintas clases desde que entraron en Infantil ayudó y, en cualquier caso, no me importaba; pero ahora, desde luego, era una complicación más. Intentaría primero lo de las amigas y, si no, las llevaría a casa del abuelo, igual ellas apaciguaban las disputas con su hermano. Confiando en no transmitir mi urgencia a través del audio, pulsé enviar.

Después, le escribí a Susana: «Todo mejor, aclarándome. Esta tarde hablo con Sergio». Me respondió enseguida: «Me alegro, pero TÚ Y YO (así, en mayúsculas) tenemos que hablar, quiero saber más». Y un emoji con las gafas de sol. Sonreí, ella siempre me hacía sonreír.

Después de recoger concienzudamente los restos de la taza del suelo de la cocina, me dediqué a deambular por casa, paseé por cada habitación, acaricié las paredes de los pasillos: aquella era mi casa, la que yo había elegido. Yo había decidido los colores de las paredes y el papel pintado; se me había metido en la cabeza fabricar una estantería de obra en el largo pasillo de las habitaciones y, a pesar de las molestias, acabamos teniendo una estantería de obra en el largo pasillo de las habitaciones; todavía recordaba cómo diseñamos Sergio y yo el sofá de cuatro plazas y *chaise longue* que ocupaba la pared principal del salón; y la alfombra de pelo blanco que no conjuntaba con nada en la habitación de matrimonio me daba los buenos días cada mañana al poner los pies en el suelo. En mi paseo, olí las almohadas de mis hijas, abrí el armario de Sergio y busqué la camisa que más me gustaba; en el baño, me rocié un poco de su colonia, esa que se ponía solo en momentos significativos como una cena en un sitio importante o una fiesta, es decir, prácticamente nunca. De nuevo en la cocina, me quedé observando el mueble abierto de las meriendas, donde un vaso de Nocilla se perdía tras la bolsa de magdalenas y un par de paquetes de galletas, los dos iguales y empezados. Podía imaginar quién había abierto el segundo paquete sin terminar el primero y sonreí, cuando

normalmente eso hacía que montara en cólera. Porque esas habían sido las discusiones rutinarias que había elegido.

Llegué al despacho atraída por la pared llena de fotos que Sergio y yo habíamos decidido montar. En un piso ninguna pared sobra, todas son susceptibles de albergar un mueble, un armario o una estantería, pero cuando nos mudamos a este, que era ostensiblemente mayor que el mío, decidimos que, por mucho espacio que necesitáramos, dejaríamos libre una pared para instalar allí un álbum de nuestras vidas. Sorprendentemente lo habíamos conseguido y, a pesar de que a lo largo de los años nos hubiese venido de perlas tener una estantería o una cómoda más, con sus tres buenos cajones (o cuatro, siendo optimistas), nos aferramos a ese principio de quien estrena casa. Sonreí y me alegré de ello; con los años, habíamos aprendido a simplificar nuestras vidas y teníamos menos escrúpulos a la hora de desechar según qué cosas. Gracias a eso, ahora me podía sentar en mitad del despacho a observar con ojo nostálgico todas las fotografías, que no seguían necesariamente un orden cronológico. En una punta, Sergio y yo posábamos delante de la Torre Eiffel, en París, en uno de los primeros viajes que hicimos cuando me recuperé lo suficiente como para soportar un par de horas de turismo. Mi recuerdo es feliz, pero en las fotos veo las ojeras y el cansancio. Arriba, hay muchas fotografías de celebraciones familiares. Siempre que Nerea viene a casa, me insiste para que retiremos de una vez por todas la de su boda, pero no lo haré nunca: su boda ocurrió, estuvo muchos años casada con Álvaro y fueron muy felices, aunque al final la cosa se torciera. Además, esa foto es genial, es la primera vez que Sergio asistía a un evento familiar y allí conoció a mis padres de forma oficial, no solo profesional. Y las risas son tan genuinas que cada vez que la miro, las siento. No, nunca quitaré esa fotografía de la pared de mi despacho. Sí habría que darle una vuelta al gran número de fotos que hay colgadas de mí embarazada, Sergio se volvió loco con el móvil y me pillaba in fraganti tirada en el sofá, delante del fregadero o sentada en una cafetería. Lo peor es que pensaba que eran imágenes que valía la pena imprimir en papel y pegarlas en una

pared, así que allí estoy yo, con una barriga de diferentes tamaños a lo largo de nueve meses que se me hicieron larguísimos.

Tengo que reconocer que las fotografías que más ilusión me hacen son las de las niñas. Solo Sergio identificaba sin ningún género de dudas a cada una de ellas en el nido del hospital. Eran tan iguales que mi padre estuvo llamándolas por los nombres equivocados al menos seis meses, momento en el que decidimos ponerles un detalle de color diferente a cada una para que sus abuelos pudieran identificarlas y llamarlas por su nombre exacto. Nosotros supimos quién era quién desde el primer día, aunque en esa imagen solo Sergio puede asegurar la identidad de cada una. Otra fotografía en la que me detengo con verdadera nostalgia no tiene tanto tiempo, estamos los cuatro posando antes de coger un kayak y descender por el Sella este verano, hace solo unas semanas. Las niñas son casi tan altas como yo y, si no prestas mucha atención, parecemos hermanas, con el mismo pelo rizado recogido en una cola alta. La última la colgamos hace apenas unos días, es de un partido de fútbol de Esther. No ganó, pero, según Sergio, jugó bastante bien.

Toco el cristal que cubre la fotografía de los cuatro a punto de montarnos en el kayak cuando oigo la puerta y salgo de mi ensimismamiento. A pesar de la hora, no me extraño, conocería muy poco a Sergio si no supiera que probablemente se presentaría en casa en cuanto escuchara mi mensaje.

Capítulo 20

Hace quince años

Según la ciencia, el amor, o el «juego del amor», es un proceso neurológico que se produce en el cerebro gracias a la acción conjunta de diferentes secciones: hipotálamo, amígdala, núcleo accumbens, corteza cerebral y área tegmental frontal. Dicho esto, ¿el amor a primera vista existe? ¿No sería presuntuoso creer que todas estas partes del cerebro se pudieran poner de acuerdo en décimas de segundo, como un equipo bien engrasado, para poner en funcionamiento el «juego del amor»? Si esto fuera así, ¿por qué tenemos que esforzarnos tanto para ponernos de acuerdo en otras cosas? ¿Por qué fallamos tanto en esas otras cosas? ¿O quizá esa es la razón por la que precisamente falla tanto en el amor?

Ni para Sergio ni para Raquel aquel primer encuentro fue amor a primera vista. Para Sergio porque él no ha creído nunca en él, en el amor en general y en el amor a primera vista en particular. Para Raquel porque cree haberlo sufrido en sus carnes y ahora desconfía de sí misma. Lo cierto es que sí hubo conexión: la mirada entre ellos se prolongó más allá del tiempo considerado adecuado; los ojos de Raquel recorrieron el cuerpo de Sergio con evidente curiosidad y un punto de deseo que jamás admitiría; pensó que pasar las manos por ese pelo corto y abundante debía producir una sensación de hormigueo en las palmas que no estaría nada mal experimentar; también se preguntó si todos los fisioterapeutas estaban así de macizos porque, de momento, Alba y él eran verdaderos atletas; reseguir las líneas que delimitaban sus abdominales y las venas que marcaban sus bíceps se convirtió en una fantasía fugaz que la retrotrajo a aquella voz que escuchó inmediatamente después del accidente. Raquel apretó un poco los muslos aguantando un punto de dolor, aunque no supo distinguir si por la operación de cadera o por otra razón más mundana. Sergio, sin embargo, acumularía sus

propias mentiras, es decir, jamás aceptaría que el análisis pormenorizado que le hizo a Raquel fue algo más que estrictamente médico. Porque fijarse en los labios o en los ojos, por fin abiertos, confirmándole que eran enormes y de un marrón que se sorprendió no haber visto en otra parte a pesar de ser un color bastante común de ojos; o en la nariz respingona, que con el rostro despierto le confería un aspecto juvenil y divertido; o en el recuperado rizo perfecto de su pelo, o en su cuerpo menudo o en sus manos pequeñas, fijarse en todas esas cosas era útil para el tratamiento rehabilitador, según su teoría. Y era irrelevante que ya las hubiera observado antes de cerca.

Más allá de lo que cada uno quiso pensar, en el cerebro de ambos sí que hubo más que un proceso neurológico, estalló algún que otro fuego artificial, porque ambos se quedaron durante una milésima de segundo sin respiración, el tiempo suficiente como para notarlo. Para los más místicos, cuando dos almas gemelas se encuentran, los hilos invisibles que los rodean se entrelazan creando nudos que les impiden separarse. Para los más realistas, simplemente hay atracción. Para Raquel y Sergio, lo que hubo fue la historia de un accidente que cayó sobre ellos como una losa después de ser presentados.

La primera vez que Sergio vio a Raquel dormida en la cama, sufrió tal conmoción que tuvo que salir apresurado de la UCI para no sufrir un ataque de ansiedad delante de enfermeros y pacientes. Ya no solo es que sufriera un ataque de ansiedad en público, era hacerlo en medio de una sala con enfermos delicados que lo último que necesitaban era ver a un hombre hiperventilando.

No fue sino al tercer intento cuando se vio con el valor necesario para acercarse a ella y observarla de cerca. En esa ocasión, había convencido a un enfermero de UCI amigo suyo que le debía un favor —le había presentado a la que más tarde sería su mujer y madre de su hija de tres años, aunque ahora estuvieran en pleno proceso de divorcio porque ella había encontrado en el claustro de profesores del colegio donde trabajaba un compañero mejor para compartir su

vida—. «Pero mi niña es lo más importante y, si no fuera por ti, no la tendría, tío. Venga, pasa, pero nada de numeritos, que me puedo meter en un lío», le dijo con complacencia mientras se retiraba tras el mostrador.

Y allí estaba, de pie junto a Raquel. Después de un par de días, su recuerdo de la chica que encontró tirada en el suelo en una postura antinatural y evidentemente incómoda estaba bastante idealizado, y ahora la miraba con verdadera curiosidad. Se fijó en la piel pálida como el papel y en las ojeras pronunciadas, la luz blanca no ayudaba a que se la viera con mejor cara. Los labios estaban resecos. Los frotó con un algodón húmedo y se los dejó brillantes, recordándole más al aspecto que tenían el día del accidente. Algo en su interior dio un salto y se movió inquieto: los rizos que no le dejaban dormir, esos que cuando cerraba los ojos saltaban por los aires, estaban desparramados en la almohada. Eran oscuros y, aunque ahora tenían un aspecto desvaído, como si les costara mantener su forma de S, sabía que pasado un tiempo serían de nuevo curvas de vitalidad. Se tomó la libertad de coger un mechón de pelo entre sus dedos e inspiró fuerte antes de dejarlo de nuevo sobre la sábana áspera de hospital. Le hubiera gustado mucho verle los ojos, eran grandes, no le cabía duda, y oscuros. Porque esos ojos, igual que sus rizos, lo perseguían en sus pesadillas. Su nariz era pequeña, algo respingona. Volviendo a sus labios, los imaginó sonriendo. Una sonrisa que le llegara a las orejas, también pequeñas, con varios agujeros en cada una de ellas. ¿Qué tipo de pendientes llevaría normalmente? Le pegaban unos pequeños y brillantes. Siguió con su inspección y llegó a una pequeña marca en la barbilla. Era una cicatriz con forma de gancho que tenía un tono más oscuro que el resto de la piel. Porque su piel era blanquísima, seguro que se ponía protección cincuenta en la playa y en la piscina. Imaginó ese rostro sonriendo y le embargó una sensación que no pudo describir, tampoco encasillar. Lo obvió inspirando de nuevo profundamente y, esta vez, rápido.

Pasó el peso de un pie a otro y cogió la mano de Raquel. Le acarició el dorso con el pulgar y le preguntó: «¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?». Lo hizo en susurros, para

que nadie pudiera escucharlo, solo ella. El problema es que él también era bastante escéptico respecto a esa teoría de que las personas en coma podían escuchar a veces lo que ocurría a su alrededor. No terminaban de convencerlo los artículos e investigaciones sobre el tema que había leído en las últimas horas. Ana tampoco le había sabido dar una respuesta clara, aunque podía deberse, entre otras cosas, a que la estrategia de ella había sido ir alejándose cada vez más de todo lo que había pasado el sábado a mediodía. «Comprendo que necesitas ciertas cosas, pero no voy a ayudarte a que te hundas más en el hoyo que te estás cavando tú solo, Sergio», le dijo esa mañana mientras desayunaban y él no pudo reprochárselo.

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?», repitió y se sorprendió al hacerlo con una pizca de ternura y preocupación, no con ira. «¿Qué ha podido llevar a una chica como tú a querer quitarse la vida?».

Pero, claro, ella no se inmutó ni un poco, ni le apretó los dedos, como en las películas. Ni tampoco emitió algún gemido o ruido que le diese una pista de lo que pensaba. Tonterías. Allí se quedó durante quince minutos, con la mano de Raquel entre las suyas, intentando desentrañar el misterio escrutándole la cara. Era imposible, obviamente, pero él lo intentaba. Buscaba la respuesta en su pelo oscuro, en sus orejas pequeñas, en sus ojos cerrados, hasta en sus labios, que había humedecido dos veces más.

—Sergio, tío, tienes que irte.

Samuel, su amigo enfermero, se asomó tras la cortina y lo llamó con cuidado. Sergio solo lo miró y asintió y Samuel desapareció. De repente, los pitidos de las máquinas, las conversaciones a media voz, las respiraciones, algunas trabajosas, otras entrecortadas, los accesos de tos y algún que otro sollozo volvieron al universo de Sergio. Aterrizó en la UCI, se rompió la burbuja y dejó la mano de Raquel sobre el colchón. «Si me dejan, volveré mañana». Y lo decía en serio.

Sergio visitó a Raquel dos veces más antes de que la despertaran del coma. Se aprovechó de los turnos de Samuel para hacerlo y no prestó atención a las miradas reprobadoras de las otras enfermeras

y de los médicos que se ocupaban de los ingresados en la UCI. Solo uno de ellos se acercó a él la última vez que estuvo allí:

—Sergio, creo que esto no es sano, ni para ella ni para ti —le espetó el médico con verdadera preocupación. Sergio lo miró sin entender realmente lo que le estaba diciendo, porque lo único que le importaba era acercarse a la cama de Raquel. No contestó y esperó a que el médico le soltara el brazo. Lo esperó y lo deseó. ¿Qué hubiera pasado si no lo hubiera hecho? Igual se tendría que haber marchado sin oponer resistencia o rogarle que le dejara estar allí un rato o deshacerse bruscamente de la mano del médico y desafiarlo a que lo echara por la fuerza. Pero no hizo falta, el médico chasqueó la lengua y lo dejó avanzar hacia la cama de Raquel.

Ella estaba tal como la había visto las dos veces anteriores. Seguía igual de pálida, quizá sus ojeras estaban algo más pronunciadas, pero aparte de eso, nadie hubiera dicho que se encontraba allí en un coma inducido, más bien parecía dormir un plácido sueño reparador. Desde luego, reparador estaba siendo. Si todo iba bien, ese sueñecito la iba a ayudar bastante. Le cogió de nuevo la mano y le presionó cada uno de los dedos con el pulgar. «Ay, Raquel, ¿por qué te tiraste delante de mi coche?».

Aquello ya se había convertido en algo personal, es decir, ¿podría haber algo más personal que elegir tu coche precisamente para tirarte delante e intentar quitarte la vida? Sergio ya se sentía vinculado a Raquel por una cuerda fina pero indestructible, una cuerda cuyos cabos él había ayudado a atar en cada uno de los extremos. Quería darle la razón a Ana cuando le decía que la intensidad con la que pensaba en el accidente y, por ende, en Raquel iría disminuyendo conforme pasara el tiempo. Pero habían pasado cuatro días y él no veía ningún atisbo de tregua. Es más, se sentía incluso más unido a ella con cada minuto que pasaba.

De momento, solo podía aliviarse lanzándole pequeños monólogos a Raquel, una vez que su ira ya se había aplacado y había quedado un poso de angustia y preocupación. En solo tres visitas, había intimado más con ella que con muchas personas con las que hablaba a diario. Era curioso y algo digno de estudio.

«¿Sabes? Te vi los ojos. Y recuerdo perfectamente la expresión de tu cara. ¿Me conocías, Raquel? Yo no te recuerdo de nada. Y mira que he hecho esfuerzos por ubicarte en todos los momentos de mi vida».

«A veces estoy enfadado contigo. Pero luego, cuando te veo aquí, se me pasa».

«¿Qué puede haber tan malo en tu vida para que hicieras eso?».

«Anoche pensé que a lo mejor es verdad que no lo hiciste queriendo, que estabas tan abstraída en tu móvil que bajaste el bordillo de la acera sin darte cuenta. Pero luego llegan las pesadillas, tan reales, y dudo de nuevo».

«Creo que hoy he visto a tu novio. Debe ser ese chico con gafas que siempre está junto a tus padres. A veces pienso que me gustaría ser él».

«Me siento un acosador, Raquel, no me lo tengas en cuenta. Nunca me había pasado una cosa así, nunca había atropellado a nadie y nunca había sido responsable de que la vida de una persona cambiara tantísimo. Porque tu vida va a cambiar. Solo espero que me dejes ayudarte».

«Por lo que he podido saber, todo está yendo estupendamente. Espero verte despierta dentro de poco».

Pero a esto último Sergio le tenía un miedo atroz. De repente, tendría que enfrentarse a una Raquel consciente. Tal vez no le caería tan bien como dormida, quién sabe, la gente suele cambiar cuando está despierta. Se rio con su ocurrencia y dejó la mano de Raquel de nuevo sobre la sábana. Se volvió y vio al médico mirándolo: vale, era hora de irse.

Capítulo 21

Sergio y yo nos encontramos en el salón. Allí estaba, con su uno noventa de estatura, las manos metidas en los bolsillos y sus ojos interrogantes. Se mantenía en forma, decía que era porque su trabajo se lo exigía, pero yo sabía que también había un puntito vanidoso en que sacara cada mañana su máquina de remo y estuviera casi una hora encerrado en el despacho haciendo como que remaba en una piragua. Yo había intentado hacerlo durante diez minutos seguidos porque me lo exigían mi edad y mi salud y no pude, así que no, que engañara a otra con sus excusas. Lo observé durante más tiempo de lo normal, me fijé en las arrugas alrededor de sus ojos azules y en la cicatriz de la mejilla, de la que ahora me acordaba por partida doble. Su pelo alborotado, como siempre que venía del hospital, con ojeras y, aunque no había hecho el turno completo, cansado. Con los años, había aprendido a descifrar sus gestos, a leer su actitud, pero esta mañana no supe interpretar si venía taciturno u optimista, supongo que porque ninguno de esos sentimientos era el que lo dominaba. Hoy era uno de esos días en los que quería que le hablara, de hecho, quería que yo fuera la única que lo hiciera.

No había planeado cómo comenzaría a contarle todo, le mandé el audio en un arrebato. Y pensaba que tendría algo más de tiempo para hacerlo, no esperaba que fuera a venir tan pronto. Aunque supongo que el hecho de que me viera fumando la noche anterior le daba una pista de la importancia de lo que me traía entre manos. «¿Recuerdas que siempre has dicho que en el accidente en el que me atropellaste, parecía como si yo ya te conociera?», le pregunté a bocajarro. Porque, a estas alturas, no merecía la pena andarse con rodeos. Él asintió dejando las llaves en el aparador y, como si ya supiera lo que iba a decirle, suspiró y se dejó caer sobre el marco de la puerta. «Pues la realidad es que ya te conocía».

El futuro con Sergio vino justo después de haber firmado los papeles del divorcio con Luis. Habría agradecido algún tipo de separación entre una visión y otra, pero *eso* era así, no tenía delicadeza alguna y me arrastraba por mis futuros posibles como si fuera una bolsa de plástico por el suelo un día de viento. A lo mejor, si hubiera habido algo parecido a *Los fantasmas atacan al jefe,* habría tenido miedo a cambio de un paseo más reflexivo. Pero, qué demonios, quién quiere reflexión. Y ese futuro posible comenzaba conmigo bajando el bordillo de la acera por un lugar por el que no debería cruzar y dejándome atropellar por un coche blanco. Afortunadamente, mis visiones se limitaban a mí misma, es decir, no podía ver lo que ocurría con los demás, a no ser que estuvieran conmigo, así que los primeros momentos de la visión fueron de puro dolor.

Volví al choque con el capó, al vuelo y a la caída sobre el asfalto. Recuperé la sensación de estar tumbada en ese suelo duro y rugoso en una postura imposible y, esta vez, no perdí la memoria. Todo se desplegó ante mí como si se preparase el escenario para una operación importante, un Sergio visiblemente más joven me cogía la mano e intentaba tranquilizarme. Fue surrealista ver a alguien que significa tanto para mí en momentos en los que éramos completos desconocidos; la sensación de pertenencia mutua permanecía en mí, pero no tenía libertad de actuar, sobre todo, cuando poco después se oyó una voz femenina tras él: «Sergio, cariño, tienes que dejar que los médicos hagan su trabajo». ¿Cariño?, ¿cómo que cariño? Perder el tacto de la mano de Sergio sobre la mía me dejó noqueada durante varios segundos.

Después de eso, una sucesión de rostros y lágrimas se clavaron en mi cerebro. El dolor de las personas que quería era más grande de lo que podía asimilar. Incluso ahora, cuando he recuperado la memoria y, digamos, he vuelto a tener esa visión, la angustia me envuelve de una manera tan abrumadora que quiero gritar. Llegados a este punto, ¿por qué iba a elegir bajar el bordillo de la acera?

Los meses de rehabilitación los vi lastimosamente lentos, a pesar de que soy consciente de que dentro de la visión eso podría suponer ¿cuánto, un parpadeo? La rabia y la frustración que me embargaban

con cada paso que no podía dar, cada vez que me caía en las barras o cuando me aferraba a la silla de ruedas porque me veía incapaz de desplazarme al cuarto de baño. Estuve realmente cerca de volverme adicta a los analgésicos, solo de noche tumbada invariablemente boca arriba podía dar rienda suelta a mi desesperación. ¿Por qué iba a elegir bajar el bordillo de la acera?

Recordar a mi madre al lado de mi cama en el hospital al principio y, luego, junto a mí en casa, me zarandeó como un junco a merced del viento. La añoranza me acongojó de tal modo que casi deseé volver a vivir todo aquello para escuchar de nuevo su voz melodiosa diciéndome que todo volvería a ser como antes y que ella jamás se hubiera creído esa tontería del suicidio, quién en su sano juicio iba a pensar que yo había intentado quitarme la vida. Ella no, desde luego. Yo me vi tentada de hacerlo, la amnesia me jugaba una mala pasada y quizá había algo más que yo no recordaba. ¿Por qué iba a elegir tirarme delante de un coche?

Y vi a Luis cada vez más lejos. Su cara se perdía entre las demás, incluso mi hermano Raúl estaba más presente en el viaje vital más importante que había tenido hasta la fecha. Y se desdibujaba bajo la luz roja de una bombilla, rodeado de evasivas y buenas intenciones que nunca llegaban a materializarse. Hasta que un día volví a nuestro piso y sus cosas ya no estaban. Me embargó la pena y una sensación ineludible de fracaso, pero lo cierto es que ninguno de los dos estuvimos a la altura en un momento tan crucial. Él no supo estar conmigo y yo no quise que estuviera. Una mañana, Susana se encargó de quitar la maldita bombilla roja de encima de la puerta del despacho. Yo la observaba divertida y la seguí para presenciar cómo la tiraba con mucho teatro a la basura. Entonces inspiré fuerte y exclamé: «¡Adiós, Luis, adiós para siempre!». Había alivio, nostalgia e incertidumbre, tanta que me tambaleé, pero eso no era suficiente, ¿por qué iba a elegir bajar el bordillo de la acera?

Y entonces otra cara comenzó a multiplicarse en la visión. Una con la que había comenzado todo, tras la luna de aquel coche blanco; con unos ojos azules abiertos más grandes de lo normal y a los que sonreí desde el aire. «Tú eres mi Sergio, no te vayas muy lejos», parece que le decía. Y así fue. Sergio se convirtió en el protagonista

de mi historia sin planearlo, aunque creo que la cuestión del plan está fuera de mi alcance porque, al fin al cabo, *eso* ya lo tenía previsto por mí. En un momento, su mano estaba tomando la mía en el asfalto y luego, manteníamos conversaciones llenas de una ironía que yo había olvidado que me encantaba; más tarde, eternas y severas sesiones de entrenamiento. A día de hoy, sigue siendo el monitor más exigente que he conocido nunca.

Y de repente, una cena en mi casa un día de lluvia. Veníamos del gimnasio y estábamos empapados tras recorrer el camino desde allí a mi portal bajo una lluvia torrencial. Lo invité a subir porque, a pesar de que aceptábamos lo raro de nuestra relación, es cierto que ninguno de los dos nos dejábamos ir y siempre nos inventábamos excusas para rascar algo más de tiempo juntos, como esta de que subiera a mi piso para secarse un poco.

—Dúchate —le dije una vez estuvimos en la cocina—. No puedo dejar que te resfríes, ¿quién se iba a ocupar de mi rehabilitación? —Y le sonreí con picardía.

Yo no he sido nunca pícara, pero pude sentir la anticipación y las ganas. Cada poro de mi piel clamaba algo que había estado cocinándose desde el mismo momento en que lo vi por primera vez en el gimnasio del hospital y ahora el deseo me resultaba tan evidente que creía que brillaba en mi cara con la intensidad con que lo hace un cristal de Swarovski. ¿Sentiría él lo mismo? Temblaba del miedo por que no respondiera como yo esperaba, aunque yo lo disimulaba fingiendo sentir frío. Los mechones castaños de un pelo que se había dejado más largo de lo normal le caían mojados sobre los ojos y todavía intentaba recuperar el resuello después de la carrera. Yo ya estaba sentada en una silla, la carrera había supuesto un poquito más de esfuerzo para mí.

—Llamo para que nos traigan una *pizza,* ¿o te gusta el arroz frito? —propuse con una ligereza que no sentía. Él carraspeó y se apoyó en la encimera.

—Estás temblando, creo que deberías ducharte tú —me respondió con la misma voz ronca que ahora sé que le sale cuando está excitado o preocupado, quizá el resuello no estaba relacionado con

el esfuerzo. Sus ojos taladraban los míos, ¿podía adivinar lo que me quería decir? Yo opté por lanzarme al vacío.

—Podríamos ducharnos juntos… —Aquello no fue una pregunta. Estaba harta de las miradas, de los roces casuales que me encendían y erizaban la piel, de las medias palabras, de los segundos sentidos que solo captaba yo. Así que decidí decir algo que no tuviera otro significado más que el que tenía, implícito y explícito.

Me levanté para ponerme a su altura, aunque eso era imposible. Era tan alto que yo le llegaba por la barbilla. Nos miramos unos segundos a los ojos y luego, a mí se me fue la mirada inevitablemente a sus labios, a esos labios que aparecían de vez en cuando en mis pensamientos, porque siempre fueron fantasías conscientes las que tuve con él. Y pensaba que necesitábamos deshacernos de esa tensión sexual que se había ido acumulando a lo largo de los meses, así que cuando dio un paso hacia mí y me cogió de la cintura, esa tensión estalló como porcelana sobre el suelo. Sus manos se anclaron bien sobre mis caderas y ambos inspiramos a la vez: estábamos empezando a acompasar nuestras respiraciones. Identifiqué cierta reflexión, cierta duda, así que lo tomé de las mejillas y lo besé con fuerza, impidiéndole pensar. Al chocar nuestras bocas, lo hicieron también nuestras pelvis y el agarre de sus manos se intensificó hasta subirme a la encimera. Le rodeé con las piernas de forma automática, casi sin darme cuenta. Había perdido mucho peso; la rehabilitación, la extirpación del bazo, el ánimo depresivo que me acompañó en todo el proceso no dejaban mucho margen para el apetito, pero no creo que eso fuera indispensable para sentirme como una pluma en sus manos. Allí, en la acera junto a mi antiguo piso, y ahora, en mi piso actual, fue maravilloso sentir la explosión de sentimientos en mi estómago y el placer en la parte baja de mi vientre, noté el impacto de mis dientes con los suyos en esos primeros besos de tanteo tan torpes; toqué su pecho por primera vez y jadeé cuando su erección se clavó por encima de mis mallas. Sí, su pelo siempre había sido tan sedoso. Y sí, incluso cuando olía a sudor era apetecible; más bien, oliendo a sudor era más apetecible aún.

—Si nos duchamos juntos, gastaremos menos agua —susurró pegado a mis labios.

—Nah, yo creo que gastaremos más. —Y me reí antes de chupar su cuello salado.

Chasqueé la lengua y cerré las piernas con fuerza, cerca del orgasmo al recordar tan vívidamente esa escena porque estaba teniendo un *déjà vu* gustativo en ese mismo instante.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó apresurado mientras me bajaba de la encimera para que yo me quitara las mallas y él se bajara los pantalones.

—¿Qué? —inquirí dando un salto para colocarme de nuevo en la encimera, atrayéndole con mis pies descalzos clavados en sus glúteos. Al mismo tiempo, me sacaba por la cabeza el top deportivo, qué sensación la de pegar mis pechos al suyo, dejándome caer levemente sobre el borde.

—Estaba tan obsesionado con que te recuperaras completamente que no me había dado cuenta de las ganas que tenía de follar contigo. —Y por fin, me dejé caer sobre él y gemí.

—Yo sí sabía las ganas que tenía de follar contigo —susurré tan bajo que no sé si me escuchó.

Y comencé a pensar que igual tirarme delante de su coche no había sido del todo una mala elección.

Capítulo 22

Hace quince años

Sergio está sentado a la mesa de la cafetería con dos compañeros. Hay mucho trabajo, en el hospital nunca se descansa, y por cada paciente al que le dan el alta, entran al menos tres más. Siempre están saturados, pero tomarse un descanso es imperativo.

—¿Tú sigues estudiando Medicina? —Alba, la chica con el pelo tan corto que parece rapado, pero no lo es, señala a Sergio con un sándwich de jamón y queso fundido. Le acaba dando un mordisco que desata una miríada de hilos de queso que termina cortando con los dedos.

—¿Yo? —Sergio se señala. Un bocadillo de pollo con mayonesa descansa aún entero en su plato y ya se está arrepintiendo de ello, mejor hubiera pedido una ensalada.

—Pues claro, no va a ser este. —Y la chica le da un codazo al chico sentado a su derecha, que levanta la cabeza como si la cosa no fuera con él.

—Estoy en último curso de Medicina, Alba, un poco tarde para preguntarme por mis estudios, ¿no crees? —Sergio ha hecho un intento, pero deja el bocadillo sobre el papel de plata que lo envolvía y lo aparta, asqueado. Desde que atropelló a Raquel no come bien y piensa seriamente en hacerse vegetariano; no sabe por qué, pero cree que tiene alguna relación esa aversión que le está cogiendo a la carne.

—¿Y por qué has querido seguir estudiando? Quiero decir, ¿no te gusta ser fisio? —Alba come mientras habla y casi no se la entiende, pero están acostumbrados a eso y Sergio y su compañero le siguen la conversación.

—Me encanta ser fisio, pero quiero convertirme…

—Ya, «quiero convertirme en médico de urgencias». —Su compañera engola la voz y levanta la mano derecha como si

estuviera sentando cátedra.

—Si ya te sabes las respuestas, ¿para qué me preguntas? —inquiere molesto Sergio, que no sabe a dónde quiere llegar Alba.

—¡Porque quiero que reacciones y salgas de ese pasmo que te ha dado! Chaval, que la chica está bien, no se va a morir, la tienen que operar mañana de la fractura de la pelvis, pero no es nada peligroso, nada a vida o muerte, ¿vale?

—¿Cómo?

Sergio no sabía que a Raquel la operaban de nuevo. A estas alturas, en el hospital, todo el mundo parece haberse enterado de su accidente y la información viaja con rapidez. Los nombres de Raquel y Sergio están ya tan entrelazados en las conversaciones del personal que es más fácil escucharlos juntos que separados. Incluso más que escuchar la conjunción de Sergio y Ana, cuando, hasta hace poco, ellos fueron la comidilla de la gente: dos personas guapas, inteligentes y jóvenes que se convertían en pareja, a quién no le gusta un buen romance de hospital. Pese a todo, él no se ha enterado de esta novedad.

—¿Quién te ha dicho que la operan mañana? —se interesa Sergio, apartando definitivamente el bocadillo.

—Salgado, su médica. Es amiga de mi madre y han estado hablando esta mañana. —Alba se ha terminado su sándwich y señala el bocadillo de Sergio—. ¿Te lo vas a comer?

—No, se me han quitado las ganas —le responde Sergio reclinándose en la silla. —¿Dónde queda lo de la confidencialidad médico-paciente?

—¿Ahora vas a venir con esa mierda después de poner a Samuel en un compromiso y hacer que te dejara visitar a la chica no una, sino tres veces? —Por fin el tercero en la reunión da señales de vida y, tras recriminarle, se levanta haciendo chirriar su silla en el linóleo.

Ese es Fermín, que ha estado enamorado de Ana desde que entró hace poco más de un año a trabajar en el hospital. Fermín es un chico de gimnasio, con tanto músculo como poca fuerza en los brazos. A veces, Alba duda incluso de que pueda abrir un bote de aceitunas a estrenar y es ella la que busca las triquiñuelas necesarias para hacerlo: coger el bote y darle golpes en la mesa,

hacerle un agujero a la tapa para que entre aire; porque prefiere que Fermín focalice todas sus energías en follar. Eso es lo que hacen ellos dos, no hacen el amor, no echan un polvo, ellos follan porque no tienen con quién hacerlo habitualmente. Alba por decisión propia, porque podría tener a cualquier hombre que eligiera en su cama, y a cualquier mujer también; y Fermín no lo tiene porque, a ver, es muy chungo enamorarse de la novia de tu compañero. Una mujer a la que tú habías visto antes, a la que te habías presentado y a la que habías presentado a tu amigo como estrategia de acercamiento. Y bien mal que le salió. Así que ahora tiene a Sergio un poquito atravesado, pero un poquito solo.

—No hace falta que seas tan borde, Fermín —le espeta Alba justo antes de que Fermín se dé la vuelta para marcharse—. Escucha. —El chico se detiene bruscamente—. ¿Esta noche a las nueve?

Fermín no contesta, solo asiente un par de veces rápidas. Alba sabe que su compañero ocasional de cama está coladito por la doctora, pero mientras pueda, va a aprovecharse, porque es realmente bueno y es tan difícil encontrar a una buena pareja entre las sábanas que disfraza su frustración de indiferencia. No es que ella considere a Fermín el amor de su vida ni se está enamorando de él, pero saber que está contigo en la cama mientras desearía estar con otra persona no es lo más sano.

—¿Os seguís viendo? —le pregunta Sergio una vez que Fermín sale de la cafetería.

—De vez en cuando —responde Alba encogiéndose de hombros y acercándose el bocadillo de pollo a la boca.

—Por Dios, ¿dónde echas todo lo que comes?

—Lo quemo follando, ¿no te lo había dicho? —Alba se ríe ante su propia ocurrencia y contagia a Sergio—. Venga, a ver qué más te puedo contar. —Alba se pone un dedo en la barbilla y hace como la que piensa—. La operación está programada para primera hora de la mañana, así que a las siete de la mañana estarán sacándola de la habitación.

Alba hace una pausa y mira a su interlocutor a los ojos, que está atento a todas sus palabras, como si las estuviera anotando en su mente.

—Por si quieres pasarte por allí, tú sabes. Luego —y se mete el último trozo del bocadillo en la boca—, te informo de que creo que me va a tocar a mí su rehabilitación, están haciendo los *plannings*. —Sergio va a rebatirle algo, pero Alba lo calla con la mano—. Aquí todo el mundo sabe que tú eres quien atropelló a esa chica, Sergio, ¿de verdad creías que ibas a ser tú el que se ocuparía de su rehabilitación?

—Joder —protesta Sergio dándole una palmada a la mesa y llamando la atención a su alrededor.

—Pero sí puedo intercambiarme contigo —propone Alba. Se le dibuja una sonrisa traviesa en la boca y se limpia teatralmente las comisuras con una servilleta, simulando ser una señorita del siglo XIX. No puede haber algo más contradictorio.

—¿Harías eso por mí? —pregunta Sergio con esperanza.

—¿Y por quién si no? Pero con una condición —Alba levanta el dedo índice y se detiene, lo mira concentrada, él nunca la había visto tan seria—: que busques ayuda psicológica lo antes posible. Chico, has atropellado a una persona y no has sido el principal responsable, yo diría que ni principal ni secundario. Pero no puedes llevar este sentimiento de culpa tan al extremo.

—No es culpa —le rebate Sergio. Está confuso, no es culpa, realmente no lo es.

—Pues esta ira —exclama Alba reclinándose ella también en la silla. Tiene unos modales rudos, pero Alba es, ante todo, una persona de lo más sensata. Quizá no tanto si se tiene en cuenta que se acuesta con un hombre enamorado de otra mujer y que está dispuesta y a punto de cometer una ilegalidad que podría costarle el puesto de trabajo, pero en términos generales, lo es bastante.

—Sí, quizá ira… —Sergio levanta la mirada, que ha dejado perdida en las migas de pan que salpican la mesa grisácea de la cafetería—. Estoy enfadado con ella, pero a la vez…

—Shhh —Alba extiende una mano delante de la cara de Sergio—, que yo no soy terapeuta, eso a tu psicóloga. —Entonces se levanta y da por terminada la conversación.

Sergio la imita al cabo de unos minutos y mira la hora en el reloj de la cafetería, quizá le dé tiempo a comerse una ensalada.

Capítulo 23

Hace quince años

Sergio no ha hecho nada con la información que le ha dado Alba, no ha ido a ver pasar la camilla de Raquel por los pasillos del hospital hasta quirófano como hubiera sido lo normal según el comportamiento que ha tenido últimamente. En su lugar, se ha dejado arrastrar por Ana, que lo ha interceptado de camino al gimnasio del hospital y lo ha metido en la sala de la ropa de la tercera planta.

—Anoche tampoco viniste a dormir —le espeta antes de pegarse a él en una de las esquinas que conocen muy bien y que saben que es un buen lugar donde ocultarse si alguien entrara en la habitación.

—No tenía ganas… —Sergio dice eso en voz alta, pero su erección es más que evidente y se maldice a sí mismo, maldice ese cuerpo que no le hace caso ni una sola vez. Ana sonríe muy cerca de su boca, tanto que es capaz de oler su aliento mentolado, con sabor a dentífrico, el que ella usa normalmente y que ha colonizado su propio cuarto de baño hasta convertirse también en el dentífrico que usa él.

—Pues esto no parece pensar lo mismo. —Y Ana baja la mano y la mete bajo el pantalón de tela que ni esconde ni impide el curso natural de las cosas. Sergio exhala y jadea y ella lo besa con urgencia—. Tengo media hora antes de una cirugía, ¿y tú?

—Mi paciente debe estar esperándome ya en el gimnasio —responde Sergio sin mucha convicción, imaginando sentada en su silla de ruedas junto a las paralelas a Clara, la mujer de cincuenta años que ha sufrido un ictus y que ahora intenta recuperar la mayor movilidad posible en el lado derecho de su cuerpo.

—Pues entonces no lo hagas esperar mucho, ¿no? —Y Ana se da la vuelta mientras se baja los pantalones y Sergio, sin avisar, la penetra por detrás. El sexo suele tener un efecto terapéutico, quita

el dolor de cabeza, los dolores articulares desaparecen durante unos minutos, la niebla mental se aclara un poco. Y Sergio se entrega a todos estos efectos secundarios con fervor durante la decena de embestidas, a cada cual más fuerte, que lo obligan a taparle la boca a Ana para que no grite. Él mismo ensordece sus gemidos en el pelo de ella. El orgasmo llega rápido, tras estar rozándolo unos instantes; entonces relaja el brazo que había apoyado en la pared, dejando caer su cabeza en la coronilla de Ana, que presiona un poco más el trasero contra él.

Después de no más de dos minutos, están de nuevo cara a cara, jadeantes y sonrientes, sudorosos.

—¿Te espero para comer luego? —le pregunta Ana mientras se limpia y se recoloca el pantalón. Solo sus mejillas sonrojadas pueden revelar lo que acaba de pasar.

—De acuerdo —accede Sergio.

—Te echo de menos, ¿lo sabes? —Y Ana le da un beso desprovisto de pasión, solo lleno de nostalgia, en los labios. Él se limita a sonreír, no le contesta, y le devuelve el beso, pero el suyo es más enigmático.

Sergio también echa de menos muchas cosas, no es a Ana en sí, que también, sino todo lo que era su vida antes. Despreocupada, salpicada de encuentros clandestinos como el que acaba de suceder, con objetivos claros; y todo eso se ha esfumado. Su cabeza ahora es un bucle infinito de culpabilidad, ira, rabia y preocupación. Todos sus pensamientos tienen una única protagonista y esa mujer está ahora mismo en el quirófano operándose la pelvis.

Capítulo 24

Hace quince años

Sergio siempre se ha obsesionado con muchas cosas. No es algo nuevo. De pequeño, su madre tuvo que enterrar una lagartija que él mató por accidente cuando abrió con demasiada energía la puerta de su casa y la aplastó con fuerza contra la fachada. Ella le prometió que, así, el alma de la pobre lagartija encontraría la paz, aunque nadie creía que las lagartijas tuvieran alma; quizá sus colas sí, pero no el animal al completo. Sergio pensaba que nunca olvidaría el manchurrón verde oscuro y rojizo que aún se podía distinguir si mirabas muy de cerca esa parte de la fachada de su casa, hasta que atropelló a Raquel y por fin sustituyó aquel recuerdo por otro mucho más traumático.

Y de esa forma, es capaz de enumerar decenas de situaciones: se obsesionó con el chico de su colegio con el que se peleó y que después tuvo cáncer; durante mucho tiempo creyó que él había tenido la culpa. Tanto es así que insistió en ir a verlo al hospital y, una vez allí, el padre del chiquillo se lo llevó a dar un paseo por el patio interior y le explicó que él no tenía nada que ver con su leucemia, que desde luego la pelea que tuvieron no estaba relacionada con que su hijo tuviera déficit de glóbulos blancos. Que lo sentía, pero que no era tan importante. Algo que podía sonar ofensivo lo ayudó mucho a soltar lastre.

También ocupó gran parte de sus pensamientos el panadero. Tenía la tienda frente a su casa y una vez dejó a deber como diez céntimos porque se le antojó un Phoskito para el que no había traído dinero suficiente. Él no quería llevarse el dulce, pero el hombre insistió tanto que acabó comiéndoselo de camino a casa. Se le olvidó llevarle el dinero que debía y cuando, un par de meses más tarde, el hombre cerró el negocio, se estuvo flagelando durante mucho

tiempo convencido de que el panadero se había arruinado porque él no le había devuelto los diez céntimos.

Es decir, Sergio tiene una tendencia casi patológica a sentirse excesivamente culpable y a asumir la responsabilidad de hechos que, igual, no tienen nada que ver con él. Aunque, ciertamente, cuando atropellas a una persona, sí que tiene algo que ver contigo, y ese concepto, que ha trabajado duramente con su terapeuta desde crío, se desmadra cuando ocurre, como no puede ser de otra forma.

Y ahora le da vueltas a su ensalada pensando en sus siguientes pasos. Elabora una lista mental que cualquier terapeuta le diría que desechara de inmediato porque podría considerarse motivo de levantamiento de un expediente y de despido. Pero como no lo va a compartir con nadie, no va a tener que aguantar los sermones ajenos sobre sus propios actos. Ya sabe que está mal y que no debería hacerlo, pero lo va a hacer de todos modos, así que adelante.

— Conocer a Raquel.

Conocerla de verdad, sus visitas a la UCI no cuentan. No sabe cuándo lo hará exactamente, pero después de descartar una visita a su habitación, ha decidido que será el primer día de rehabilitación, cuando Alba se la *entregue* en el gimnasio. Sabe que jugará con algo de ventaja, pero no le importa; es más, lo agradece.

— Llegar al fondo del asunto.

Y el fondo del asunto no es otro que descubrir las verdaderas razones por las que Raquel se lanzó delante de su coche. Porque, llegados a estas alturas de la historia, él está convencido de ello. Así que le preguntará abiertamente por los motivos y se ofrecerá, porque siempre ha sido así de generoso, para ayudarla a encontrar las ganas de vivir. Porque la vida es maravillosa, claro que sí.

Sabe que tendrá que morderse la lengua muchísimo para no echarle en cara su acción, su absoluto desprecio por los sentimientos de los demás y hacia él en particular. No será fácil, pero cree que lo conseguirá.

— Llevar su rehabilitación.

Con la inestimable colaboración de Alba, podrá supervisar la rehabilitación de Raquel y, aunque confía plenamente en la

profesionalidad de su compañera, él se asegurará de que Raquel consiga la misma calidad de movimientos y de vida que tenía antes del accidente.

— Ir a un terapeuta.

No es tonto, es consciente de que lo necesita, pero eso no es prioritario ahora mismo. Además, podría ponerle obstáculos a los puntos anteriores de su lista y ya tiene a suficiente gente a su alrededor poniéndoselos.

Se termina la ensalada y le escribe un mensaje a Ana. Al final, no han podido almorzar juntos.

«¿Un café?». Le da a enviar y casi de inmediato le llega la respuesta: «Yo los llevo, te veo en los jardines». Sergio sale de la cafetería con más energía de la que tenía al entrar. No está mal.

Capítulo 25

Hace quince años

Alba le había hecho un tremendo regalo a Sergio. Él ya había pensado pasarse por el gimnasio de forma intempestiva, dejarse caer, para controlar cómo iba el proceso de rehabilitación de Raquel. Pero su amiga, no había otra forma de llamarla —porque solo una amiga arriesgaba su puesto de trabajo y se exponía a un expediente disciplinario—, le había ofrecido en bandeja de plata el mayor de sus deseos: ser la persona que se encargara de la rehabilitación de Raquel.

Alba y él habían estudiado juntos y juntos habían hecho todas las prácticas, cursos y másteres por los que pasar después de la carrera. Luego, cuando Sergio se inscribió a una academia para opositar, Alba lo acompañó más por tener algo en lo que ocuparse que porque ese fuera su sueño. Pero ella se había cansado de trabajar en un gimnasio con chicos que se lesionaban por creer que su espalda no notaría un kilo más y mujeres de mediana edad que pensaban que una clase de *spinning* no era peligrosa, aunque no lo hubieran hecho en la vida. Sorpresivamente, Alba aprobó y descubrió que trabajar en un hospital, a pesar de la inestabilidad laboral que le daba su puesto no fijo, la satisfacía de una forma que no llegó a imaginar nunca. Sergio, sin embargo, lo que descubrió en el hospital es que quería ser médico.

Y pese a lo que pensaba mucha gente en ese edificio que nunca dormía, Alba y Sergio nunca se habían acostado. Pasaron una época rara, en la que la atracción chisporroteaba entre ellos como una batería en mal estado, encendiéndose de vez en cuando y apagándose la mayoría de las veces. Menos mal que se apagó definitivamente antes de que dieran un paso del que no pudieran dar marcha atrás.

Han pasado unos días desde la operación y Raquel refleja en su rostro el dolor, el cansancio y otras tantas sensaciones a las que todavía no puede poner nombre. Ella entra el gimnasio y Sergio ya está de pie junto a la camilla, que más que camilla parece un potro de tortura. Es verdad que los materiales en un hospital público no son nuevos, pero esta camilla puede tener perfectamente veinte años. Raquel lo comprobará en breve, es lo que pensará después de avanzar con rapidez dejando atrás a una decena de personas entre pacientes y fisios. Allí huele diferente a su habitación, menos a antiséptico y más a sudor y a queja; esto último es muy subjetivo, pero quizá sea que proyecta en ese lugar todo lo que bulle en su interior. Alba la lleva veloz, con diligencia, y Raquel solo puede concentrarse en aferrarse a los reposabrazos de esa silla de ruedas chirriante y algo oxidada. Y entonces, lo ve. No hay duda de que se dirigen hacia ese chico, ese hombre que la mira con intención al lado de la camilla que tiene toda la pinta de ser su futuro más inmediato. Él es alto, con el pelo castaño y corto, con una cara que podría ser amable, pero que opta por un gesto seco e impenetrable. Sus ojos se han cruzado una sola vez, pero se han quedado tan enganchados los unos de los otros durante lo que se puede considerar más de lo necesario, que el súbito sobresalto en su estómago la lleva a carraspear como una señora mayor. Es imposible que ella sepa que, probablemente, los ojos de Sergio intentan identificar a la Raquel en coma en esa Raquel despierta, acostumbrarse a sus rasgos en movimiento y a su color vivaz. La falta de aire en sus pulmones durante esa milésima de segundo es casi imperceptible. Aunque que él intente obviarla no significa que no haya sucedido.

—Este es Sergio, va a ocuparse de tu rehabilitación. —Alba no da lugar a que le respondan y desaparece. Raquel intenta volverse rápido con la interrogación dibujada en su cara, pero para cuando mira por encima de su hombro, solo es capaz de ver la grácil figura de Alba saliendo del gimnasio. Cuando vuelve a colocarse correctamente en la silla de ruedas de los años sesenta, como todo lo que hay en ese hospital, se topa con los ojos escrutadores de Sergio, que, de pie, la valora con solo mirarla.

—Hola —dice Raquel a media voz, un poco cohibida por la mirada penetrante de ese chico que su mente lucha por reconocer, porque sabe que lo ha visto en algún sitio, pero no le viene a la memoria. Quizá, piensa, es otra de las secuelas de su accidente, que no solo le ha proporcionado una amnesia de los momentos que rodean al atropello, sino una memoria en general más débil. Hace una mueca de fastidio y cierra los ojos. Cuando los abre, Sergio la sigue mirando con atención—. Perdóname, todavía estoy acostumbrándome a todo esto. Encantada… Bueno, encantada no… Tú sabes.

—Sí, sé lo que quieres decir. —Y esa voz reverbera en los hilos de la memoria de Raquel. Es como una gota a punto de caer, como una nota perdida que no termina de tocarse, como un globo de agua que se estrella contra el suelo y no explota, dejándote con la expectativa del salpicón de agua sin colmar—. Si te parece, hoy solo vamos a hacer algo de movilización en la camilla.

Raquel asiente como si supiera en qué va a consistir eso de «movilización en la camilla». Se supone que Alba la ha puesto al día del plan de rehabilitación en los días anteriores, cuando se ha pasado por su habitación para valorarla y trabajar con sus piernas, sesiones en las que ha comprobado cómo sus músculos parecen haberse convertido en gelatina; pero ciertamente ella no ha prestado mucha atención porque no sabe el motivo por el que la neblina que parece flotar dentro de su cabeza no se disipa nunca. Solo ve que Sergio se coloca enfrente y le tiende los brazos y ella no puede hacer otra cosa que mirarlo escéptica. Se ha levantado muy pocas veces por sí misma, aunque sabe que ya lo tendría que estar haciendo desde el primer día. Sin embargo, se ha estado comportando como una niña mimada que no cumple con sus obligaciones y a su madre le ha parecido tan bien, tan acertado que la dejen ocuparse de su hija completamente, que Raquel no ha puesto ninguna traba.

—Tienes que cogerte a mí y hacer un esfuerzo para levantarte *tú sola* —le dice Sergio, modulando la voz y controlando que no suene a orden. Aunque lo es.

En los minutos que lleva con Raquel, Sergio ha podido comprobar dos cosas: que ella es muy diferente a la chica que estaba dormida

en la UCI y que no sabe si le gusta más esta versión o la otra. De momento, parece estar ganando la Raquel en coma, esta Raquel despierta parece algo caprichosa. Cuando ella tarda unos segundos más en tomarle de los antebrazos, un deseo irrefrenable por gritarle y decirle que se levante de una *puñetera* vez se le encaja en la garganta, como una bola que ni sube ni baja.

Capítulo 26

Sergio estaba sentado a mi derecha. Había ocupado el único sillón que teníamos en el salón. Si yo fuera una experta en lenguaje no verbal, seguramente habría concluido que la elección del sillón estaba basada en su deseo de mantenerse alejado de mí. Como no era experta en nada, me contenté con creer que se sentó allí porque era el lugar que normalmente ocupaba en el salón, como si su cuerpo hubiera seguido su tendencia natural. ¡Dios, cómo necesitaba un cigarrillo en ese momento! Pensé en hacer una pausa, salir a la terraza y fumarme uno, pero reprimí mis ganas al ver que él no hacía ademán de moverse. Sergio escuchaba todo lo que le decía con un rictus indescifrable y eso me asustaba, era como si el libro abierto que siempre había sido para mí se hubiera cerrado de repente. Se miraba las manos, daba vueltas al anillo de casado, un aro sencillo de oro amarillo que creo que ya no podría salir fácilmente de su dedo. En todo caso, si lo hiciera, le dejaría un cerco blanco alrededor. Al cabo de unos minutos de monólogo, me callé. Más que nada para provocar alguna reacción, para saber en qué aguas me movía; sin embargo, después de un par de minutos, todavía no me había dicho nada. Era la primera vez que me sentía insegura con él.

—¿Hay más? —me espetó de repente, tan de sopetón que di un pequeño respingo.

¿Que si había más? Solo habíamos llegado a la primera vez que nos acostamos, claro que había más, mucho más. Aunque, en realidad, el resto ya lo conocía porque lo había vivido. Así que ¿esa pregunta significaba que quería que continuara, o era algo así como una pregunta retórica? O sea, el quid de la cuestión ya estaba sobre la mesa: me lancé sobre su coche para poder tener esta vida con él, así de sencillo. ¿Por qué quería que le contara el contenido de la visión?

—Sí, hay más, ¿quieres que te lo cuente? —le pregunté con curiosidad genuina. Entonces me miró como si yo estuviera loca, como si esa pregunta, de algún modo, sobrara.

—Por favor —respondió con voz ronca. La voz ronca de siempre, la del Sergio excitado y la del Sergio preocupado. Lo malo de esa voz es que a veces me excitaba a mí cuando no era el momento adecuado. Me aclaré la garganta y continué.

Y también cerré los ojos. E inspiré. Los recuerdos de la visión llegaron a mí como pequeños meteoritos. Hubiera sido imposible recordar ciertos detalles si no fuera porque la amnesia se había disipado como por arte de magia, así que ahora aquella situación se asemejaba a encontrar una cinta VHS en el trastero de tus padres, dejándote comprobar que quien cantó en aquella fiesta familiar hace años no fue tu prima, sino tú.

Sergio y yo comenzamos a vernos de manera continua un par de semanas más tarde. Pero hasta entonces, yo no supe exactamente por qué después de habernos acostado aquel viernes noche, después de hacer el amor varias veces, después de que me sintiera con él como no me había sentido con nadie, de que me dejara comprobar que encajaba en su cuerpo como había creído siempre que lo haría; después de que durmiera en mi casa y amaneciéramos enredados en mi cama, desnudos y satisfechos, con él acariciándome la cicatriz de la cadera y yo olisqueándole el cuello porque su sudor sabía delicioso, él se limitó a ser de nuevo mi monitor de gimnasio y fisioterapeuta privado.

Durante esas dos semanas, Sergio no me siguió las bromas sexuales que solía gastarle mientras hacíamos ejercicio, me apartaba las manos cuando, guiada por la confianza que te da haber tenido ese cuerpo desnudo encima, debajo y detrás de ti, las extendía para rozarle el trasero. La lujuria que me embargaba con solo tenerlo cerca se convertía en vergüenza porque no era correspondida. Cuando eso ocurrió, deseché todas las excusas que sabía que pondría: sus estudios de Medicina, sus turnos en el hospital, el cansancio, y justo cuando le iba a decir que ya no necesitaba más sus servicios, me sorprendió con una invitación poco usual: «¿Nunca te ha dado curiosidad hacerlo en los baños del gimnasio?».

Estábamos sentados en un banco de la sala de musculación, con cinco o seis chicos levantando pesas y la música machacona de una clase de zumba de fondo. La atmósfera densa y el olor a sudor no impedía que yo resollara como si acabara de correr la maratón en los Juegos Olímpicos. Estaba exhausta, los ejercicios de fuerza que me había obligado a hacer para fortalecer la cadera me habían dejado para el arrastre y la humedad me envolvía el cuerpo, el sudor me caía a goterones por la frente, las axilas y las ingles. Pero tenía la energía suficiente para romper con él de todas las maneras posibles, quizá no allí, en medio del tufo a toalla mojada, pero sí en cuanto saliéramos. Por eso, porque la situación tomó un camino totalmente inesperado, un giro que ni en los mejores *thrillers,* me dejó sin palabras. Yo no sabía si estaba de broma, respondiendo a alguna otra que yo le hubiera hecho antes, o hablaba en serio. Pero esa pregunta me aguijoneó solo con recordarla de igual modo que la primera vez que la escuché. Tengo que reconocer que lo había olvidado, aunque es complicado olvidar algo así; es decir, olvidé la pregunta, porque no hacía falta que recuperara la memoria con la visión completa de mi futuro posible para que recordara perfectamente el hecho de que esa tarde lo hicimos efectivamente en el baño del gimnasio. Pero ¿me lo preguntó antes? Eso no estaba alojado en mi disco duro y, ahora que lo sabía, me dio muchísimo más morbo porque fue él el que quiso hacer una locura de ese calibre. Creo que nunca hemos vuelto a hacer algo así en nuestra vida juntos.

—¿Recuerdas que me lo preguntaste? —inquirí a media voz y percibí cómo se le subía un poco la comisura.

—Claro. —Y me miró con ternura. Absorbí esa ternura como los caracoles absorben el sol, hambrienta.

—Yo no. Es decir, hasta ayer, solo sabía que lo hicimos en los baños del gimnasio, no recordaba que fueras tú quien lo propuso de esa forma —le declaré con un suspiro—. Ha sido emocionante revivirlo. —Emocionante y excitante, aunque esto último no tenía que saberlo, al menos, de momento.

—Sabía que ibas a dejarme esa tarde —me confesó también a media voz.

—¿Cómo? —Soné un poco más aguda de lo que esperaba.

—Después de dos semanas dándote largas, era lógico y te lo vi en la cara.

—¿Por eso me propusiste hacerlo en los baños del gimnasio?

—Si recuerdas bien —dijo con retintín—, no te lo propuse, solo te pregunté si te daba curiosidad.

—Qué estricto con las palabras de repente. —Y me reí más relajada.

—Necesitaba tiempo para dejarlo con Ana, acostarme contigo estando con ella me supuso un fuerte dilema moral, lo sabes. —Y se palmeó los muslos como desechando uno de los capítulos de su vida que más quería olvidar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿volverías a hacerlo en los baños de un gimnasio? —Me preguntó divertido.

—Creo que si me lo volvieras a pedir en el mismo tono que la primera vez, me tendrías en el bote —le confesé, porque era verdad —. Pero ahora prefiero una cama.

—Siempre has sido muy tradicional. —Se reclinó y se me quedó mirando mientras se acariciaba los muslos.

—Bueno, se me suele ir el punto cuando llaman a la puerta. —Y me reí a carcajadas.

—Casi nos pillan.

—Querrás decir que nos pillaron —concluí. Carraspeé y, como él también lo recordaría, obvié que cuando el encargado del gimnasio vino a abrir la puerta, me pilló subiéndome las bragas. No volvimos a ese gimnasio y aún hoy, siempre que me apunto a uno, espero que al dar mi nombre salte algún tipo de alerta, como si mi nombre formara parte de una lista negra de gimnasios.

Después de aquello, no tardamos mucho en irnos a vivir juntos. Sonreí cuando rememoré su mudanza a mi piso. Era el movimiento natural, él estaba de alquiler y yo no, pero no le hizo ninguna gracia vivir en el mismo lugar donde yo había convivido con una pareja anterior. Cambiamos el colchón y, como estábamos tan pelados de dinero, no pudimos pagar el extra para que lo subieran a casa, fuimos nosotros quienes lo cargamos por las escaleras del edificio.

Pero él no me devolvió la sonrisa y esperó a que yo continuara. Me miraba fijamente, atento, como si todo lo que le contara no lo hubiera vivido antes él mismo, como si pudiera enterarse de algo nuevo. Más bien, había sido yo quien había conocido nuevos detalles de nuestro pasado, como que me propuso hacerlo en los baños del gimnasio porque creía que iba a cortar con él. Y tenía razón.

Las piernas de Sergio, estiradas y cruzadas por los tobillos, se extendían más allá de la mesa y yo las reseguí con la mirada hasta los pies. Me concentré en la puntera de sus zapatillas azules, las Múnich que le había regalado por su cumpleaños hacía dos años. Me encantaba que Sergio llevara ropa y complementos que yo le hubiera comprado, era una señal de que pensábamos el uno en el otro. Su felicidad auténtica cuando abrió el regalo me animó a seguir. Y aunque pensé en mentir, de nada me podía servir ya. Así que, a falta de otra opción, mirando esas punteras azules, me tocaba seguir hablando.

—Cuando me preguntaste qué era ese casquillo de bombilla en la parte de arriba de la puerta del despacho… —continué sin ganas.

—Ah, no me acordaba de eso —confesó y me miró extraño.

Yo tampoco, la visión me había dado muchos detalles de mi vida que se habían perdido con los años, su recuerdo se había desgastado con el tiempo y estaba bien, era como debía ser. Haber recuperado la memoria me había dado la oportunidad de revivir situaciones de una manera tan real que hubiera disfrutado mucho de ellas si no hubieran significado tanto.

Sergio suspiró, cerró los ojos y me dijo: «Sigue».

Me dieron unas ganas tremendas de preguntarle por qué demonios quería que siguiera, es decir…, ¿por qué? Pero no lo contradije y continué, qué otra cosa podía hacer.

—Cuando me lo preguntaste, pensé en mentirte. En la visión, pude sentir la tentación de hacerlo —le dije estrujándome los dedos.

—¿Y por qué no lo hiciste? Me contaste algo así como que tu ex utilizaba esa bombilla mientras trabajaba. —El tono que estaba utilizando se parecía ahora más al de un interrogatorio.

—Sí, y así es, pero ¿no captaste el trasfondo de esa bombilla? —Por fin una reacción, Sergio inspiró y vi cómo sus fosas nasales se

dilataban un poco.

—Ya ves que no, ¿qué significaba esa bombilla roja? —La ansiedad hizo que su pregunta sonara furiosa. O quizá es que estaba furioso de verdad.

—Creo que hace quince años culpé a esa bombilla roja de nuestra ruptura. Es decir, cuando creía que yo estaba actuando con libre albedrío, claro. —Ahora era yo quien jugueteaba con el anillo de bodas, pero no quise probar a ver si salía o no del dedo, porque el contexto no era muy propicio.

—Claro —acordó conmigo. Luego, continuó—: ¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Sigues pensando que una bombilla roja fue la causante de tu ruptura con tu ex?

—No. Aparte de que ahora sé que *eso* tuvo que ver en mi cambio de vida —dije convencida y Sergio compuso una mueca de hastío que no supe muy bien cómo interpretar—, sé que la bombilla no era más que un síntoma de todo lo que iba mal en nuestra relación.

—Claro —repitió sin mucha convicción.

Los dos miramos a la terraza, el sol estaba llegando a lo más alto y el ruido de la calle nos llegaba nítido, como si nosotros mismos estuviéramos allí abajo, en medio de la gente que recorría la acera arriba y abajo, entre los coches y sus cláxones.

—¿Te importa si cierro la terraza? —No sé si tenía frío o le molestaba todo ese jaleo, pero se lo agradecí.

—No, no, cierra. —Y lo vi levantarse con pesadez, parecía cansado. Luego, se sentó de nuevo y tomó la misma postura.

—Sigue, por favor.

Me salté algunos capítulos y creo que él se dio cuenta de ello. Pasé directamente a uno de los momentos más decisivos de nuestra relación: el embarazo de las gemelas. Escogí ese porque el último que habíamos repasado me había dado la sensación de que lo había afectado de un modo que no sabía muy bien cómo interpretar. Cuando me quedé embarazada, habían pasado cuatro años desde el accidente y unos tres desde que habíamos empezado una relación oficial. Y fue imprevisto. Si lo haces sin tomar precauciones es lo menos que te puedes encontrar, pero nos sorprendimos igualmente.

Habíamos sido bastante laxos a la hora de usar preservativo y yo estaba en huelga de tomar la píldora porque me sentaba fatal. Aun así, durante varios meses no pasó nada, así que cuando la prueba arrojó las dos rayitas rosas nos miramos incrédulos.

—Tus ojos se agrandaron tanto que temí que se te salieran de las cuencas —le dije con otro amago de sonrisa que no llegó a nada.

—Y a ti se te descompuso el vientre —me respondió mirando el techo, no a mí. No me había mirado a los ojos o a cualquier parte de mi cuerpo casi desde que empezamos a hablar. Lo sabía porque durante toda la conversación había buscado su mirada cómplice y no la había encontrado.

—En realidad no —indiqué con seguridad. Y con esto sí que llamé su atención—. Me agobié tanto que me senté, pero no en el váter, sino en el suelo.

Y le conté cómo me sentí, las dudas que me entraron, una incertidumbre y una inseguridad que justo ayer volví a experimentar.

—¿Y? —articuló de forma tan confusa que no supe exactamente qué había detrás de esa conjunción.

—¿Y qué? —le pregunté en un hilo de voz.

—¿Te arrepientes? —Volvió a interrogar. Y percibí rabia contenida. Me dejó tan conmocionada que no fui capaz de reaccionar todo lo rápido que me hubiera gustado, aunque fui contundente.

—Tenía treinta y cuatro años y creo que fui estúpida, si eso es a lo que te refieres. Pero si lo que me preguntas realmente es si me arrepiento de la decisión que tomamos ambos de seguir adelante con el embarazo, no, no me arrepiento. Y la volvería a tomar mil veces si mil veces se me presentara la oportunidad.

Se me estaba escapando algo y no sabía muy bien qué era.

Capítulo 27

Me moría por tocarlo, pero no quería provocar un mal gesto o una mala contestación que me dejara más abatida de lo que ya me encontraba. Así que encerré las ganas en los pequeños puños en que convertí mis manos escondidas bajo las mangas de la camisa. Su último silencio significó que continuara, así que eso es lo que hice ahora, soy un animal de costumbres después de todo.

Nuestra boda fue maravillosa, a pesar de que yo debía de pesar como trescientos kilos por tener a dos seres humanos dentro de mí nadando en litros de líquido amniótico.

Una noche, mientras cenábamos ensalada la tercera vez esa semana, porque afortunadamente me dio por comer ensalada estando embarazada y no tacos mexicanos, decidimos que haríamos algo pequeño. Yo quería un jardín con luces y farolillos, una noche estrellada y mis amigos y mi familia junto a mí bailando *It's raining men*. Yo me visualizaba meciéndome junto a ellos gritando «Aleluya» con toda mi alma. Y, al final, todo salió bien, pero algo diferente a como lo había planeado. Tuve mi noche estrellada, aunque estuvo en peligro porque llovió hasta dos horas antes del enlace; para mi alivio, las luces blancas que pendían de cables y que iban de un árbol a otro dentro de un jardín enorme y bonito no se estropearon por el agua, pero me quedé sin farolillos. Y canté *It's raining men,* pero sentada y con los pies en alto junto a mis amigos, mi familia y como a sesenta personas más de la cuenta.

—Todavía me pregunto de dónde salieron tantos —reflexioné en voz alta, insistiendo en un tema que habíamos tratado infinidad de veces. Sobre todo, porque siempre que cenamos en su casa, terminamos hablando del tema y su madre sigue defendiendo la invitación a todos los vecinos de su calle.

—Y yo —asintió pensativo. Esta vez, miraba a través de la cristalera de la terraza. Ahora los ruidos de la calle llegaban amortiguados, pero el sol entraba a raudales y la claridad bañaba el

salón. Hubiera agradecido levantarme y echar la cortina, pero no quería romper lo que sea que estuviésemos haciendo. Y a él parecía no molestarle.

De la cocina vino un leve aroma a comida, se me había olvidado lo que era estar en casa por las mañanas, los olores de hogar diferentes a cualquier otro momento del día. Parpadeé un par de veces para deshacerme de los destellos originados por mirar directamente a la luz de la terraza y seguí. Cuando ayer volví a vivir ese momento, me sentí pletórica, atrás había quedado la incertidumbre la prueba de embarazo y el pánico al descubrir que venían gemelas. La conmoción es más fácil de sobrellevar cuando tienes al lado a una pareja a la altura, y Sergio lo estuvo en todo momento. Lo miré y no solo lo confirmé, lo ratifiqué: puse las dos manos en el fuego por él y acerté.

Se tocó la cicatriz en la mejilla derecha. Era un tic que comenzó a tener una vez curó por completo la herida y solo le quedó una pequeña elevación blanquecina en la piel, recordatorio para toda la vida de la pelea que hubo en la celebración de la boda de Nerea. Este es uno de los detalles que me ahorro porque no creo que sea especialmente relevante para nuestra conversación, pero vi como si fuera ayer mismo (en realidad, lo vi ayer mismo) cómo el puño del primo de Nerea se estrellaba estrepitosamente sobre la cara de Sergio. O sea, ¿cómo es posible que una boda sea el escenario de los mejores y los peores recuerdos de nuestra vida? Esa boda fue el evento oficial en el que presenté a Sergio como mi novio y, a la vez, esa boda fue el momento en que Sergio se peleó por primera vez en toda su vida. No hacía falta que me dijera que nunca se había pegado con nadie, habida cuenta de cómo terminó la noche, con él en urgencias siendo atendido por uno de sus compañeros de trabajo.

El primo de Nerea no había sido invitado. La versión oficial era que estaba de viaje, lo cual no era del todo desacertado, pero el viaje era más debido a las drogas. Se presentó armando bronca en la fiesta. Pero, al menos, tuvo el detalle de hacerlo justo cuando acababa la barra libre. Entró en el salón con tan mala fortuna que yo me crucé en su camino y me dio un empujón sin querer. No fue

nada personal, hubiera empujado a cualquiera que se hubiese cruzado en su camino. Sergio había ido a por los abrigos y Nerea estaba ya bailando un último baile lento con Álvaro, con las luces apagadas y la música más baja, señal inequívoca de que teníamos que ir desalojando el salón. Habíamos decidido darles privacidad, así que los amigos más íntimos nos fuimos marchando poco a poco, pero a nosotros no nos dio tiempo. Sergio solo pudo ver que alguien entraba y me lanzaba a un lado, dejándome caer sobre unas sillas y haciéndome tanto daño que pensé que se me rompía la cadera de nuevo. Estuve caminando como si diera pasitos de *ballet* durante una semana. Y como Sergio solo me vio a mí volando hacia las sillas, su reacción fue arrojar los abrigos sobre una mesa —tuvo la sangre fría de no tirarlos al suelo húmedo y sucio— y abalanzarse sobre el primo de Nerea. Pero el primo de Nerea era boxeador y camorrista profesional, así que el empujón de Sergio casi fueron unas cosquillas para él. Lo tumbó de un solo puñetazo, con la mala suerte de que lo hizo con la mano en la que llevaba un grueso anillo de oro en el dedo corazón que le abrió la mejilla.

Es humillante admitir que fuimos como dos moscas que se quitó de encima de un par de manotazos, pero así fue. Y Sergio solo atinó a levantarse y a preocuparse por mí. Observamos sorprendidos cómo Nerea le daba dos bofetones a su primo y Álvaro se lo llevaba cogido del brazo a un aparte. Nos miramos y nos preguntamos con los ojos si íbamos a echarles una mano, pero vimos que no nos necesitaban. Yo llevé a Sergio a urgencias esa noche y aguardé en la sala de espera atestada ataviada con un vestido largo de seda salvaje que me había costado medio sueldo y la flor del pelo todavía intacta; el rímel corrido y un moratón creciendo en uno de mis glúteos después de haber caído de culo sobre las sillas. A Sergio le quedó esa cicatriz tan sexi que se convirtió en protagonista de diferentes historias cada vez que preguntaban por ella: desde una pelea en un bar de moteros en el que entramos por equivocación en un viaje a Estados Unidos (donde no habíamos ido jamás), hasta una caída fortuita sobre el rosal con más espinas que jamás hemos visto.

Pero sentados en el salón de nuestro piso, al cobijo de todas las cosas que sentía como mías, no le hablé de lo divertida que me pareció aquella noche y volví a nuestra boda.

—Antes de terminar sentada con mi madre, bailé tanto que comencé a tener contracciones y pensamos que íbamos a celebrar nuestro aniversario y el cumpleaños de las niñas el mismo día. —No pude evitar reírme al decirlo en alto.

—Pero no llegó la sangre al río —añadió Sergio. En su rostro pude ver la nostalgia, aunque él no es muy dado a estas cosas.

Las niñas nacieron dos meses más tarde y, al recordarlo, me doblé un poco sobre mí misma al experimentar de nuevo ese dolor y ese miedo. No fue tanto el dolor físico del parto, que dicen que se olvida, sino más bien un malestar que me dominó y me hizo sentir otra persona. Así volví a apreciarlo y así volví al momento en que surgió el amor más absoluto y puro que he tenido en la vida.

Tengo que reconocer que ya hacía un rato que me había dejado de preguntar si todo aquello había sido suficiente para tirarme delante de un coche, porque la respuesta me daba miedo y no quería ahondar en ella. Analizando las visiones, comenzaba a entender a la Raquel de hacía quince años y, ahora que lo estaba expresando en voz alta, le veía un sentido que antes se me había escapado. Pero quizá tendría que haber probado a hablarme a mí misma ante el espejo, me hubiera ahorrado problemas y la inseguridad tan grande que estaba experimentando en ese momento teniendo a un Sergio imperturbable ante mí.

Lo miré, buscando que él también me mirase, pero no conseguí mucho. «He podido ver de nuevo a mi madre y ha sido maravilloso», le solté con emoción. No es mi estilo acudir al victimismo y a la pena, pero quería provocar una reacción en mi marido, la que fuera; al cuerno con los escrúpulos, utilizaría todo lo que estuviera a mi alcance. Y la pérdida de mi madre fue muy grande, supuso un tsunami emocional demoledor; y no sentí ni una pizca de incomodidad al usarlo a pesar de que ya estaba más que superado. Por fin, me miró. Y reconocí por primera vez en toda la conversación (o monólogo, según se mire) un destello de ternura en sus ojos. Y me aferré a eso. «Sentí su alegría, su expectativa. Ya sabes que las

visiones no me dan recuerdos físicos, pero juraría haber notado su mano en la mía». Y me callé, tampoco quería abusar.

Capítulo 28

Sergio está sentado inmóvil en el sillón mientras escucha a su mujer relatarle una historia que sería de lo más increíble si no fuera ella la que la contara.

Su lealtad hacia Raquel comenzó a fraguarse en el mismo momento en que tomó su mano por primera vez en el asfalto, hacía quince años. Desde entonces, cualquier cosa que hubiera pasado en su vida le hubiera llevado indefectiblemente hacia ella. No es algo que le guste contar o reconocer, pero tocarla le hizo sentir muchas cosas, aunque al principio creyó que todo era producto de la culpabilidad, la frustración y la conmoción del atropello.

La primera vez que cree que tuvo conocimiento de *eso,* no se lo creyó. Es decir, estaban en la cama, la mañana del domingo del primer fin de semana completo que pasaban juntos, cómo demonios iba a creerse semejante locura. A él le había dado vergüenza que ella viera sus sábanas de Supermán, pero eran las únicas que tenía limpias y ella se rio fuerte, preguntándose cómo era posible que hicieran sábanas de Supermán para camas de 1,50. Envueltos en hombres voladores en bañador, ella se enrolló un poco más en su cuerpo y se incorporó sobre sus codos, mirándolo a los ojos muy seria.

—Tengo que decirte algo. —No recuerda si fue así cómo comenzó, pero, si no, se le parecería bastante.

—Dime. —Y le besó la nariz. Nunca le había besado la nariz a nadie. Ella iba a ser la primera en muchas cosas: en ver sus sábanas de Supermán, en hacerle romper las normas éticas y en recibir besos en la nariz, por ejemplo.

—No sé cómo empezar… —Creía que estaba de broma, que le estaba imprimiendo seriedad a algo que realmente no la tenía para luego reírse a carcajadas, porque eso era algo que había aprendido de Raquel, a tomarse la vida con mucho humor. Y le gustaba, era

muy refrescante. Sin embargo, su ceño fruncido era llevar la actuación a otro nivel.

—Por el principio no estaría mal —espetó con audacia. Había escuchado esa contestación en muchas películas y le pareció muy cómico traerla ahora. Más aún cuando había sido lo suficientemente rápido mentalmente como para hacerlo.

—¿Por el principio? ¡Ah! —Y Raquel dio un grito de sorpresa y se tumbó de espaldas—. A ver, por el principio, pues te diría entonces que cogí un helado de la mano derecha de mi padre porque *vi* que el helado de la izquierda se iba a caer al suelo. —Definitivamente, sí, debía ser una broma, una de esas farsas que a veces le gustaba montar a Raquel. Él le seguiría la corriente porque se lo pasaba genial haciendo eso, porque Raquel era genial en todos los sentidos.

—¿Cómo que *viste*? —Ahora fue Sergio el que se incorporó y se puso sobre ella, colocándose entre sus piernas y cogiendo mechones de su pelo rizado y estirándolos como si fueran un muelle. Obvia decir que estaban ambos desnudos y que, al poco, Sergio dejó de coger mechones del pelo rizado de Raquel para pasarle la lengua por el cuello y llegar hasta su oído y susurrar—: A ver, explícame eso de que «viste».

—Así no puedo explicarte mucho más —le contestó Raquel interpretando el papel de mujer apesadumbrada. Ella rodeó la cintura de Sergio con las piernas, se ve que tanto ejercicio de rehabilitación y fortalecimiento ya daban sus frutos, y lo atrajo hacia sí. Y él no se hizo de rogar y la penetró con un embestida seca y repentina que la hizo dar un grito—. Joder, que yo quería contarte algo importante —dijo casi sin respiración.

Entonces, Sergio se detuvo, pero cuando fue a retirarse, Raquel volvió a atraerlo y le sonrió maliciosa: «Puede esperar».

La próxima vez que le refirió el tema estaban en la mesa del salón, unas horas más tarde, con dos cafés y dos euros de churros esparcidos en papel secante sobre el mantel.

—Lo vi sin más. —Al principio, Sergio no supo de lo que hablaba, se la quedó mirando con los ojos entrecerrados, tratando de situarse en el punto donde parecía estar ya Raquel, a la que hacía muy poco había comenzado a llamar novia. Luego, cuando Raquel estuvo

segura de que él había advertido que retomaba la conversación que habían dejado a medias hacía un rato, continuó—. Vi que, si cogía el helado de la mano izquierda de mi padre, la bola de limón se caería dos pasos más adelante, en el paseo marítimo por el que estábamos caminando. Pero que si cogía el helado de la mano derecha, que estaba más lejos de mí, podría disfrutarlo sin contratiempos. —Raquel hizo una pequeña pausa, dándole tiempo a Sergio para que asimilara lo que acababa de contarle, pero como no contestaba, siguió—. Y así ha sido con diferentes situaciones en mi vida. Una vez nos salvé a mi prima Susana y a mí de que nos agredieran. Y también estudié Bellas Artes a sabiendas de que no iba a tener un futuro profesional muy… —Raquel dudó un poco y ladeó la cabeza, mirando a Sergio muy seria— digamos, económicamente estable.

Resulta que Raquel no estaba de broma. Era eso o que estaba llevando la farsa hasta las últimas consecuencias y él no sabía cómo comportarse. Pero como se tenía que situar en todos los escenarios posibles, comenzó por dudar a la hora de creerla. Su mayor problema era que se había enamorado irremediablemente, lo notaba en cómo disfrutaba de la anticipación cuando sabía que iba a verla; en la erección que lo sorprendía cuando la observaba en pantalones cortos haciendo los ejercicios que él mismo le ordenaba, no sabía si por el atuendo, los movimientos o por el hecho de que obedecía sus órdenes. ¡Dios, nunca había sido posesivo ni había tenido ese tipo de fantasías de dominio, pero ahora era todo diferente! Lo notaba en la forma en la que Raquel llenaba el espacio delante de sus ojos, sacando de la ecuación todo lo que estuviera a su alrededor. Y en la confianza con la que lo trataba, ella confiaba en él ciegamente, y él haría todo lo que estuviera en su mano y más para que así siguiera siendo. ¿Eso era amor? ¿Sí? Pues él estaba enamorado.

Pero si lo que le estaba diciendo ahora era cierto, y la seriedad del gesto de Raquel le transmitía que, al menos, ella creía que era verdad, ¿qué tenía que hacer a continuación? ¿Salir corriendo y desaparecer, por si lo que tenía delante era una acosadora que lo perseguiría y le haría la vida imposible para siempre, impidiéndole ser feliz con cualquier otra mujer? ¿O proponerle algún terapeuta que la ayudara a descubrir por qué creía semejante disparate?

Quince años después, Sergio, sentado en ese sillón que le era tan familiar, recuerda aquel desayuno de domingo por la mañana, un desayuno que han repetido muchos domingos después. Recuerda el pequeño salón, por decir algo, de su primer piso de alquiler, un lugar que costaba más de lo que valía, pero que a él le permitió independizarse, aunque se viera obligado a subsistir gracias a los tápers de su madre. Mira a su mujer, una mujer extraordinaria, que lo ha llevado al siguiente nivel, con la que discute por el modo en que coloca los platos en el lavavajillas, pero está de acuerdo con él en invertir algunos ahorros en operaciones de bolsa de dudosa rentabilidad. Y la cree. Mientras observa cómo ella esconde los puños bajo sus mangas, un gesto que aprendió que era tan genuino como revelador, la cree. Igual que la creyó hace quince años, a pesar de haberle recomendado en un principio un doctor de la unidad de salud mental del hospital con muy buena reputación. Pues igual la cree ahora; y no sabe qué hacer al respecto. Él, como médico, puede diagnosticar su reacción: *shock* postraumático, conmoción, da lo mismo, el caso es que no encuentra las herramientas para salir del atolladero en el que está atrapado.

Conoce tan bien a Raquel, que sabe que ella ha utilizado el recurso de su madre para provocarle algo, pero es que se encuentra seco, no había nada que provocar. Así que hace lo único que pude hacer: pedirle que siga. Porque quiere conocer hasta el último detalle que pudiera darle Raquel, quiere encontrarse y reconocerse en ellos. Quiere ver hasta dónde ha llegado la visión de su mujer, si hay algo que aún no ha pasado. Si es así, él desea saberlo, se lo debe y, antes de que ella pudiera decirle que no, ya está enojado, se lo reprocha sin habérselo negado. Porque en el fondo de todo está la inseguridad y el enfrentarse a lo que ha temido durante toda su vida: que el accidente que le destrozó la vida y que le trajo después la mayor felicidad que podía imaginar fuera producto de una visión y no del libre albedrío. Que su mujer pudiera pensar remotamente en el otro futuro que dejó escapar.

Capítulo 29

Hace quince años

Con una lentitud quizá algo exagerada por parte de Raquel, la paciente ya se encuentra por fin tumbada. La camilla es incómoda y estar totalmente estirada es también muy incómodo. Después de mover los pies arriba y abajo por los tobillos durante lo que le parece una eternidad, Raquel ruega:

—¿Podrías darme algo para ponerme debajo de la cabeza?

El tono le ha salido más suplicante de lo normal, como si fuera consciente de que Sergio tiene ahora todo el poder. Si quiere, le dará algo para el cuello; si no, la castigará por Dios sabe qué idea, convenciéndola de que eso es contraproducente para su rehabilitación y abandonándola en el malestar. Pero Sergio no es tan cruel, ni mucho menos; él se detiene en su siguiente movimiento, que no es otro que coger la pierna derecha y levantarla con cuidado como si fuera el tronco de un árbol, y la mira desconcertado, sin asimilar que Raquel le ha hecho una petición.

Y es que, después de los saludos de rigor, esa ha sido su primera interacción en todo lo que llevan de ejercicios. Han sido diez minutos que han pesado como sesenta, con un silencio ensordecedor que transmitía más que cualquier palabra. Ahí parecía estar gestándose la peor relación entre paciente y fisioterapeuta que jamás haya existido. Después de la súbita agitación en su estómago, que Raquel no sabe cómo definir, y ante el rostro hosco de Sergio, cada leve roce de los dedos de Sergio sobre sus piernas le ha provocado arcadas imaginarias. Su camiseta de The Who le parece ridícula. El pelo, corto y despeinado, ahora se le antoja infantil. Lo bien que le sientan los pantalones verdes de pijama de hospital la ofende, porque es lo que suele ocurrir con los chicos que en el fondo le caen mal: arrogantes, condescendientes y guapos. Esos chicos, esos hombres, siempre son guapos y tienen un cuerpo de infarto. No

falla, es un arquetipo del que siempre ha huido y, cómo no, Sergio encaja a la perfección en él. Mentalmente, Raquel pone los ojos en blanco e intenta evadirse todo lo que puede. A Sergio, todo esto se le está haciendo cuesta arriba y considera por primera vez dejar pasar esa historia que se ha montado en la cabeza, como le insiste Ana, y retomar su vida. Eso sería lo más saludable para todos, incluso para Raquel, que ahora está tumbada mirando el techo, evitando sus ojos y con los labios tan apretados que seguramente, cuando acabe la sesión, le dolerá la mandíbula.

Sin embargo, el tono de voz con el que le pide algo para el cuello le devuelve a la casilla de salida. Le ha resultado tan vulnerable que la mira intensamente, intentando descifrar lo que pasa por la cabeza de Raquel. Ella lo mira a su vez y ambos sufren un pequeño espasmo, imperceptible. Sergio posa la pierna derecha de Raquel, que apenas había empezado a elevar, delicadamente sobre la camilla y desaparece del campo de visión de Raquel con un «Ahora vengo». Ella no intenta seguirlo con la mirada más allá de lo que de forma natural pueden moverse sus globos oculares, porque eso supondría hacer un esfuerzo físico que le causaría dolor. Hoy por hoy, todo esfuerzo físico le provoca dolor, así que ya los obvia instintivamente, dejando que la curiosidad muera muchas veces antes de nacer. Y se pregunta si la ha escuchado y va a solucionarle su problema o si lo que realmente está haciendo es ir al baño. Unos minutos después, en los que disfruta de la magnífica vista que le supone el techo del gimnasio, con la pintura blanca desportillada y grandes y sospechosas manchas de humedad distribuidas por toda la superficie, Sergio vuelve con una almohadilla de color beis en las manos.

—A ver, deja que te ayude a levantar la cabeza. —Raquel obedece e inmediatamente se encuentra con un cojín del grosor de la uña de un dedo meñique del pie encajada en su cuello.

No le soluciona gran cosa, es decir, sigue estando incómoda, pero agradece mucho el esfuerzo de Sergio, quien podría haberle contestado a su petición con un no rotundo y sin explicaciones. Este intercambio de buena fe rebaja notablemente la tensión entre ellos, una tensión que Raquel percibe pero que no entiende, atreviéndose

entonces a intentar comenzar una pequeña conversación de hospital con Sergio.

—¿Hace tanto calor fuera como me imagino?

En cuando le suelta la pregunta, es consciente de lo estúpida que es. O sea, ¿hay una conversación más de ascensor fuera de un ascensor que esa? Ha querido resultar graciosa haciendo una broma sobre su imposibilidad de saber el tiempo exacto que hace en el exterior, porque lleva ya más de una semana en el hospital y el mundo allí dentro parece ser otro, las horas corren a una velocidad diferente, a veces más rápido, otra más lento; la burbuja en la que se mueve es amplia y, a la vez, tan pequeña, que a veces siente claustrofobia.

Eso no se lo ha contado a nadie, lo de la claustrofobia, no quiere dar más preocupaciones a su familia, pero a veces siente que se ahoga, tumbada en la cama de su habitación, con su compañera, que siempre cierra la cortina para no tener que relacionarse. Y esas paredes pintadas de un blanco tan nuclear que le duelen los ojos. Y el olor a antiséptico y a comida, al caldo de pollo que ya ha comido en varias ocasiones, ¿por qué gusta tanto el caldo de pollo en los hospitales? Y las sábanas rasposas y el ruido del motor del somier al elevarse y tumbarse. El suyo y el de su compañera, de la que no sabe ni su nombre. Y si lo piensa bien, tampoco quiere saberlo.

—Me agobia no saber el tiempo que hace fuera —confiesa Raquel antes de que Sergio pueda responderle que no se pierde nada y que el verano es ya una fuerza imparable de la naturaleza. Por lo que ve en las noticias y gracias a las quejas de toda su familia, se encuentran en una ola de calor interminable, agobiante y exasperante y caminar por las calles es insoportable incluso por la noche, cuando el sonido de las cigarras es ensordecedor. Así que Raquel solo espera que Sergio confirme este punto y ella pueda soltar las cuatro chorradas que se espera que suelte y ya está, pero ante la confesión real de Raquel, Sergio le responde:

—Si quieres, cuando acabemos, vamos a dar un paseo por el jardín del hospital.

—¿Andando?

Sergio suelta una carcajada leve, ronca, y Raquel se queda enganchada a esa carcajada. De repente, los hombres de The Who no le parecen tan ridículos.

—No, claro que no, te llevo en la silla. —Y como Raquel no contesta de inmediato porque está descolocada, Sergio continúa—: Si te parece bien, claro.

—Me parece bien, sí, sí —responde Raquel en un arrebato de naturalidad, aferrándose a esa posibilidad como un náufrago a un trozo de madera. ¿Salir del hospital? ¡Sí, por favor!

—Aunque debo decirte que hace mucho calor, estamos batiendo récords de temperatura para esta época del año. —Sergio le habla con su gemelo junto a la mejilla, es desconcertante.

—¿Y cuándo no? Creo que es la única noticia que se repite a lo largo del año, estamos batiendo récords de temperatura continuamente, a veces cinco o seis veces al mes —responde Raquel cogiendo carrerilla, de repente animada por la expectativa de ver la luz del sol más allá de la ventana de su habitación.

—Y no te olvides de los centímetros que sube el nivel del mar cada década —aporta Sergio, divertido.

—Y de los microplásticos en los océanos —continúa Raquel.

—Y de la sequía. Si yo fuera uno de los responsables del agua en nuestra ciudad, ya habría impuesto restricciones —sonríe Sergio de medio lado mientras sigue movilizando la pierna de Raquel y ella frunce los labios aguantando el dolor.

—Qué malvado, ¿en verano? —Raquel reprime un gemido. Un pinchazo certero ha viajado directamente desde la cadera hasta el cerebro, al centro mismo de su cabeza. Pero no va a prestarle atención, sabe que tienen que venir muchos más pinchazos como ese, así que continúa la broma, aunque con voz quebradiza: —Qué calor.

—Pero solo cortaría el agua por las noches, no sabes la de agua que se desperdicia de doce de la noche a ocho de la mañana —alega Sergio, sintiendo el dolor de Raquel porque ha llevado la pierna un poco hasta su límite, no demasiado, pero sí lo suficiente como para que a su paciente se le rompa la voz. Y él ha celebrado

internamente la fortaleza de ella cuando no ha gritado ni parado el ejercicio. Solo ha inspirado hondo y ha continuado con la broma.

Entonces, ambos se quedan callados. Se miran sonriendo y, tras un instante, estallan en carcajadas. Raquel interrumpe pronto su risa porque el dolor contundente y bien cimentado que le sube desde la cadera ahora le abraza el cuerpo entero. Sergio también se interrumpe al ver el gesto constreñido de su paciente.

—Lo siento —se apresura a decir, mientras relaja la presión en su pierna.

—¿Por qué? —pregunta Raquel, de repente pálida—. Tú no has tenido la culpa, la culpa ha sido de la guía del cambio climático que hemos hecho en un momento. —Y suelta otra carcajada que le hace soltar una lágrima—. ¡Ay!

—Creo que está bien por hoy. —Sergio le suelta la pierna izquierda sobre la camilla.

—¿Bien por hoy de qué? ¿De ejercicios o de cambio climático? —El color vuelve poco a poco al rostro de Raquel y Sergio la mira y sonríe.

Y la sonrisa le ilumina la cara, los ojos se entrecierran con ella y enseña unos dientes blancos y perfectos, fruto de años de ortodoncia infantil. Raquel se queda extasiada, ella ha provocado esa sonrisa maravillosa y no puede evitar desear provocarle muchísimas más. Sergio ya no le cae tan mal.

—Bien de ambas cosas —apostilla Sergio al tiempo que se inclina sobre ella.

—Eres de las pocas personas en el mundo que conozco que use la palabra «ambas» —le susurra Raquel a Sergio en el oído, porque en ese momento están en pleno proceso de incorporación y a Raquel no le sale la voz del cuerpo.

—Pues «ambas» es una palabra de lo más normal. Yo la uso mucho.

—Lo recordaré —bromea Raquel, poniendo las piernas fuera de la camilla y tanteando el suelo.

—¿El qué? —Y Sergio la coge de debajo de las axilas y siente cómo el pecho de Raquel se apretuja contra el suyo y los rizos le

hacen cosquillas en la nariz y el aroma que desprende es frutal y que Raquel, en realidad, pesa muy poco.

—Que te gusta la palabra «ambas».

—Y «ambos» también, no lo olvides —sonríe Sergio dejándola en la silla de ruedas y poniéndose detrás. Raquel ha agradecido mentalmente cada movimiento en el que Sergio la ha ayudado, desde impulsarla para incorporarse hasta sentarla en la silla, tiene el cuerpo como si hubiera hecho dos horas seguidas de *crossfit*—. ¿Vamos?

—¿Al jardín? —Raquel había dudado de que su ofrecimiento fuese en serio. Es decir, ¿es legal? ¿Ella puede salir del edificio sin que lo sepan los médicos?—. ¿No estaré infringiendo alguna ley del hospital?

—¿Al salir al jardín? —Y Sergio otra vez se carcajea y Raquel rebosa satisfacción por ello, aunque no ha pretendido hacer una broma en absoluto—. No. Aun así, no se lo contaré a nadie.

—Vale, será nuestro secreto.

A Raquel la atraviesa una sensación fascinante cuando dice la palabra «secreto» y la relaciona con Sergio. Es una sensación llena de expectativa.

Capítulo 30

El día que volvimos a casa con las gemelas fue el más aterrador de mi vida. Nada de películas de fantasmas o monjas sanguinarias, volver a un piso pequeño con dos bebés de días acaba con tu reserva de cortisol y adrenalina en décimas de segundo.

—Ese día estaba en *shock,* casi como si estuviera en plena crisis por estrés postraumático —comenté todavía confusa—. Tengo que reconocer que cuando ayer pasó por mi cabeza la entrada en el pequeño recibidor de mi antiguo piso casi me da un infarto. —Y también me tembló la mano que sostenía el bolígrafo con el que iba a firmar la autorización de las niñas e inspiré tan fuerte que me dolieron los pulmones, pero esto último no se lo conté, tampoco era necesario que conociera hasta el más pequeño de los detalles—. Me resulta tan aleatorio que todo saliera bien. —Terminé de hablar, algo agotada.

—¿Ayer? —La pregunta de Sergio me cogió de sorpresa—. ¿Ayer? ¿Ayer qué? Ah, ayer. —Lo soltó en un suspiro, casi sin voz. Y a mí me dieron ganas de volver a explicarle que sí, que ayer fue cuando la neblina que ocupaba mi mente desde hacía quince años se desvaneció como si una aspiradora se hubiera puesto en funcionamiento y la hubiera absorbido. Durante quince años, tuve una espesura mental que me hizo preguntarme muchas veces a lo largo de todo ese tiempo muchas cosas. Y cuanto más pensaba en ello, más dolor de cabeza me entraba y con más vías muertas me topaba. Y, por fin, ayer se desplegó ante mí el camino que hacía tanto se encontraba bloqueado. Aunque, bueno, quizá no le especifiqué el día, quizá su confusión tenía sentido después de todo.

Tengo que pensar, creo que debo pensar, que precisamente gracias a esta amnesia he podido vivir en la ilusión de libre albedrío que siempre he deseado. Si no hubiera tenido amnesia, habría sabido exactamente qué cosas vendrían a continuación, así que esto es lo más parecido a una vida normal que me ha dado *eso*. No

puedo más que preguntarme si lo ha hecho queriendo, si *eso* ha provocado la amnesia en mí para que pudiera soportar la magnitud de la visión; o la amnesia fue pura casualidad, producto del accidente, el golpe y la conmoción cerebral que siguió al atropello. Desde el principio, es decir, desde ayer por la tarde, me inclino por la primera opción porque quiero creer en la bondad de *eso*. Lástima que ya no esté mi madre aquí para preguntarle, aunque tampoco quiso contarme todos los momentos en que *eso* tuvo presencia en su vida. «Hay cosas que son para una misma», me decía. Y la respeté, a pesar de que yo acudiera a ella cada una de las veces que me veía obligada a elegir entre dos opciones.

Efectivamente, ayer, sentada en la mesa de la cocina, firmando una autorización para Esther y Miriam para una excursión la semana próxima, se liberó mi memoria. En el papel, que ya estaba relleno con los datos de las niñas, solo faltaba mi firma bajo la fecha: «Madrid, 26 de septiembre de 2024». Sentir al doble de intensidad la sorpresa de saber lo que estaba pasando fue demoledor, como si por dentro todos mis órganos se hubieran movido de sitio debido a un gran seísmo y luego se hubieran recolocado como buenamente hubieran podido en el hueco que se iban haciendo unos a otros. Supuse que la primera vez, esa en la que yo decidí bajar de la acera por el lugar menos indicado y lanzarme sobre un coche, no supe realmente lo que significaba esa sorpresa. Ahora sí, esa sorpresa venía por la liberación de la amnesia, por el reconocimiento de toda mi vida a través de una visión y porque ese era uno de los últimos momentos que mi visión me había dado: yo, sentada en la mesa de una cocina que ahora me era tan familiar, pero que entonces me parecería tan extraña como la mesa de jardín de Luis en su lujosa casa de Barcelona, firmando autorizaciones para dos niñas llamadas Esther y Miriam, que sabía que eran mis hijas gracias a toda la vida que había pasado ante mis ojos.

Capítulo 31

Hace quince años

Raquel se siente como una niña mientras recorre los pasillos atestados del hospital. Como una niña que estuviera haciendo algo que no debe, con alguien con quien no debe. Hace mucho tiempo que no tenía responsabilidades, es decir, hace mucho que no se levantaba y solo tenía que preocuparse de ella misma. Normalmente, cuando dejaba la cama por la mañana, se ocupaba del desayuno de Luis y del suyo: a Luis le encantaban las tostadas con mantequilla, pero, a la vez, odiaba que la mantequilla se quedara fuera de la nevera, así que, como ella se levantaba antes, se encargaba de sacar la mantequilla para que estuviera manejable cuando él llegara a la cocina. Para ese momento, ya había preparado el café, que esperaba caliente y aromático en la cafetera italiana que ella *se* había regalado en las últimas navidades. Y antes de desayunar, ya había contestado los *emails* del trabajo y enviado alguna propuesta. Una vez que se sentaba, también había recogido la cocina de la noche anterior, colocado el lavavajillas si era el caso y despejado la encimera. Su cocina era tan pequeña que verla atestada de platos y vasos sucios la enfurecía. Algo que a Luis parecía no afectarle lo más mínimo. Después de compartir el desayuno con Luis, al que le reservaba siempre la primera taza de café y en el que hablaban entre poco y nada porque ambos se concentraban en sus teléfonos móviles leyendo noticias o viendo Instagram, se retiraba al saloncito, al pequeño escritorio que había ubicado tras la mesa de comedor, y se pasaba la mañana maquetando, diseñando y convenciendo a sus clientes de que lo que estaba haciendo era lo mejor que podía pasarles. Era agotador. Y considerar que estar pendiente de la mantequilla de Luis y reservar una primera taza de café para él era una responsabilidad añadida la desconcertó.

Pero hoy no. Hoy, al igual que en días anteriores, no ha tenido que ocuparse más que de ella misma una vez se ha levantado de la cama y reconoce un puntito de satisfacción, aunque escondido en lo más recóndito de su ser, porque el dolor lo cubre y casi lo anula. Así que se limita a dejarse llevar por esos pasillos del hospital como si estuviera en un coche descapotable de copiloto, mientras alguien conduce por una autopista junto a la costa. Y ese alguien es Sergio. Pensar en eso la pone contenta, no sabe por qué, pero sí que se iría con Sergio a recorrer en coche descapotable una carretera junto a la costa, y no le parece extraño.

Y por fin, llegan a su destino, el exterior. Y el sol deslumbra a Raquel. Es lo primero que siente en todo su cuerpo sudado y acalorado por el ejercicio: los rayos del sol bañando cada trozo de piel expuesta, el pelo y los ojos. Sergio continúa empujando la silla a través del porche del hospital, dejando atrás a personas que esconden un cigarrillo tras la espalda y que exhalan el humo hacia el suelo y a niños correteando como si no hubiera un lugar mejor donde jugar, y llegando a la rampa que da directamente a los jardines. Entonces, Raquel piensa en la conversación sobre el cambio climático que han mantenido hace un momento.

—Y no olvides que el sol provocará más cánceres de piel que nunca —dice como al desaire.

Sergio tarda unos segundos en contestar, los necesarios para entender lo que le ha dicho Raquel, y sonríe.

—Por eso nunca salgo sin un buen protector solar factor 50, no uso nada que baje de ahí —replica con decisión.

—¿50? Te quedas corto, yo he encontrado uno del 75 —bromea Raquel, porque ciertamente nunca ha visto una crema solar con factor 75. Y se alegra porque se nota rápida mentalmente y, aunque la neblina en su cabeza no termina de disiparse, esto le da esperanzas.

Y Sergio vuelve a reír, pero no contesta, solo deja escapar una pequeña carcajada que da por terminada la broma. Entonces, gira a la izquierda y la lleva a la zona del jardín donde se tomó aquel café con Ana hace unos días, donde se supone que hace más sombra porque los árboles son más grandes. Y donde también hay una

fuente redonda, por lo que parece que se disfruta de algo más de humedad. A pesar de la hora, algo temprano, el sol ya aprieta y solo algunos valientes están paseando por los caminos de tierra jalonados con papeleras, colillas y setos en sus márgenes. Se nota que están paseando porque no tienen pinta de ir a ninguna parte y el tiempo tampoco parece importarles: una mujer rodea la fuente y se sienta en el borde y una pareja de mediana edad pasa junto a ellos comiéndose unos dónuts, ella lleva unas enormes gafas de sol oscuras, demasiado grandes para su cara.

—Sí que hace calor —dice Raquel mirando alrededor y deseando llevar puestas las gafas de sol de la mujer que se ha cruzado con ellos hace apenas unos minutos. Su cuerpo exuda lo que para ella son cantidades ingentes de sudor y es capaz de percibir su propio olor, así que intenta mantener los brazos pegados a los costados y las piernas bien juntas, como si el solo hecho de desplegar sus extremidades fuera a liberar todo su aroma.

—Es insoportable, a decir verdad —concede Sergio, que se ha sentado en el banco junto al que ha colocado a Raquel.

—Creo que podremos aguantar aquí cinco minutos sin deshidratarnos —pide Raquel con la cara vuelta hacia arriba y los ojos cerrados, disfrutando de la claridad en su rostro y, secretamente, del denso calor alrededor de ella. Afortunadamente, la fragancia de la vegetación que los rodea es intenso, lo cual hace que se preocupe un poquito menos por su propio olor corporal.

—Cinco minutos estará bien —concuerda Sergio, que se apretuja en un lado del banco, el único lugar a salvo del sol abrasador que mantiene al rojo vivo el resto del asiento de metal.

Sergio la observa y llega a la conclusión de que esa Raquel es más como él había creído y no como la chica malhumorada y algo borde que se ha encontrado esa misma mañana. Supone que es una cuestión de comodidad, Raquel ha ido sintiéndose mejor con él conforme han ido pasando los minutos; y, quién lo diría, el detalle del cojín ha marcado un antes y un después. Detecta que los rizos de Raquel parecen haber recobrado vivacidad bajo el sol y ahora los mechones que se le han escapado de la coleta que le sujeta el pelo le enmarcan la cara, apretados, pegándose a su frente y a sus

mejillas por el sudor. Decide que la nariz respingona en la que había reparado, aunque no con la suficiente atención, le va muy bien. Desde luego, no podría tener otra nariz más que esa. Pero el aroma de las flores ya lo marea y el calor que están pasando no debe ser sano, así que comprueba su reloj Casio y se levanta. Raquel abre los ojos en ese momento, notando el cambio de aire a su alrededor, y lo mira decepcionada.

—¿Ya nos vamos? —pregunta de verdad sorprendida.

—Sí, nos va a dar un golpe de calor —responde Sergio mientras se estira el pantalón de pijama de hospital verde, intentando alisar las arrugas sin éxito. Bajo las axilas, la camiseta oscura de The Who está húmeda y se le acumula una línea de sudor en el nacimiento del pelo, amenazando con caer a goterones sobre sus ojos.

—Pero estamos en el mejor sitio para que nos dé un golpe de calor. —Aunque parece una broma, Raquel lo dice en serio.

—¿En el mejor sitio? —le pregunta Sergio mirándola divertido. Ya sabe que la respuesta no será seria y le gusta esa forma de relacionarse con ella, al menos, por ahora.

—Claro, al lado de un hospital. En cuanto nos sintamos mal, nos atenderán, no tendrá casi ninguna consecuencia para nuestra salud. —Sergio se ríe otra vez y se coloca tras la silla.

—También tengo trabajo —alude mientras mueve la silla y se dirige de nuevo hacia la rampa del hospital.

Cuando llegan a la habitación, es Luis quien está sentado en el sillón del acompañante. A Raquel le sorprende, porque es por la mañana temprano y Luis tendría que estar haciendo eso que hace en el despacho que le ha arrebatado de su propio piso con la luz roja encendida. Aunque ahora que no está ella en casa, igual ni enciende la bombilla porque no hay nadie que lo pueda molestar. No sabe de qué se sorprende más, de que Luis esté allí o de que tenga esos pensamientos cuando lo ve en su habitación, quizá debiera estar contenta por tenerlo a su lado y no culpable o incómoda. Luis se levanta torpemente y deja el portátil en el alféizar, fuerza una sonrisa y le da un beso en los labios. Raquel se ruboriza y le molesta que Sergio presencie ese beso. Aunque de nuevo se pregunta: ¿qué le molesta más? ¿Qué presencie un beso o que ese beso le dé la

información a Sergio de que tiene novio? Demasiadas dudas con respecto a sus sentimientos para ser tan temprano.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —pregunta Raquel, reprimiendo el deseo de pasarse la mano por la boca para secarse el beso que le ha dado Luis.

—Hablé con tu padre, tenía que ir con tu madre al médico. —Claro, había motivos de fuerza mayor, de otra forma, Luis no hubiera estado en esa habitación a esas horas tan intempestivas para él.

Sergio está a la espalda de Raquel y de alguna forma siente la incomodidad de su paciente, así que la coge por los hombros y se acerca a su oído.

—¿Nos vemos mañana y seguimos arreglando el mundo? —le susurra, ofreciéndole a Raquel la tabla a la que aferrarse que parece necesitar. Raquel esboza una sonrisa y asiente—. Venga, que te ayudo —prosigue Sergio rodeando la silla, colocándose frente a ella y extendiéndole los brazos. No lo tendría que haber hecho, Raquel tiene que empezar a hacer todas esas cosas sola; hace solo unas horas la hubiera zarandeado por los hombros si hubiera tardado un poco más en comenzar a moverse en la silla para incorporarse, pero un sentimiento de protección que no llega a comprender del todo lo ha llevado a cubrir esa necesidad de apoyo. Raquel acepta la ayuda para tumbarse en su cama y le coge de la mano cuando se reclina en el colchón. Acaban los dos tan cerca que ella es capaz de oler el desodorante de Sergio y él puede confirmar que Raquel necesita una ducha.

Luis ha quedado relegado a un segundo plano. Ni Raquel le ha presentado a Sergio ni Sergio se ha presentado a sí mismo. Él, simplemente, ha observado cómo el fisioterapeuta con una camiseta húmeda por el sudor y con más músculos en un brazo que él en todo su cuerpo ha ayudado a su novia a volver a la cama y cómo nadie le ha pedido ayuda. Le hormiguean las manos, le gustaría haber sido él quien acabara con la cara tan cerca de la de Raquel que hubiera sido natural darle otro beso en los labios.

Cuando Sergio sale de la habitación, los dos están deseando que llegue el día de mañana para ponerse con la siguiente sesión de fisioterapia. Sergio porque quiere avanzar; si por él fuera, haría

sesiones dobles y hasta triples. Solo que en el hospital dan sesiones unitarias y un cuerpo humano tampoco aguantaría una sesión triple, podría ser contraproducente. Raquel porque espera secretamente volver a salir al jardín, ya puede imaginarse recorriendo de nuevo los pasillos del hospital, con destino el banco que está junto a la fuente circular más grande. Y con Sergio.

Capítulo 32

—Entonces, ¿no hay más? —Sergio carraspea y se rehace en el sillón antes de formular la pregunta. La visión le ha parecido interesantísima, pero no puede evitar sentirse decepcionado, incluso algo estafado.

—No, no hay más —le responde una Raquel exhausta. Se ha dejado tantos detalles de su visión en el tintero, que siente que le debe más información y más tiempo a Sergio, pero la línea natural de la narración y las pocas interacciones que le ha regalado su marido han desembocado en una historia atropellada con un cierre algo abrupto, eligiendo pasajes de su historia común con los que se sintiera más cómoda y en los que él ciertamente estuviera involucrado.

Sergio suspira y se reclina en el sofá. Se echa las manos al pelo y lo revuelve con fuerza, haciéndose daño. Quizá algún día llegue el momento en que le haga preguntas sobre la visión que le ha revelado toda su vida juntos, y lo haga en un tono relajado, curioso y cómplice, pero ahora no es ese momento. Raquel lo observa, esperando sus próximos movimientos. Él sabe muy bien que ella no hará ni dirá nada hasta ver por dónde sale. El problema es que él no sabe por dónde salir.

—¿Y la otra visión? —atina a preguntar una vez baja las manos a su regazo y vuelve a jugar con su anillo de casado.

—¿De verdad quieres saberlo? —Responder con otra pregunta es una de las cosas que Sergio más odia y Raquel se da cuenta en el mismo momento en que lo hace—. Perdón —dice bajito—. Si me lo preguntas, es porque quieres saberlo, claro.

Raquel lo mira a los ojos, lo obliga a devolverle la mirada y dice escuetamente: «Luis».

Y en el mismo momento en que Sergio escucha el nombre del exnovio de Raquel, al que conoció brevemente en el hospital después del accidente, se arrepiente. Sabe que en un futuro tendrá

la curiosidad y el talante suficientes para saber todo lo que la otra alternativa de vida le habría deparado a Raquel. Pero ahora no. Ahora tampoco. No puede soportar más confesiones. Además, ¿de verdad quiere saberlo?

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Es retórico, Sergio se la va a hacer de todos modos.

—Claro, faltaría más — responde Raquel interesada. Ha estado esperando tanto que el monólogo se convirtiera en un diálogo que se la nota ansiosa por que Sergio contribuya.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De tu elección —explica Sergio, tan exasperado por tener que concretar, por tener que decir la palabra «elección», que parece que se va a arrancar el anillo del dedo en cualquier momento.

Y Raquel no responde inmediatamente porque no se ha planteado en ningún momento que su marido pueda pensar que ella haya tenido dudas sobre su vida en común. Hasta el momento, sus preocupaciones habían sido otras: que creyera que su relación había sido un teatro, que se abriera entre ellos un debate intenso sobre el libre albedrío y el destino; que se sintiera una marioneta manejada por ella; incluso que estuviera enfadado por haberle hecho pasar por uno de sus momentos más duros. Raquel conoce las visitas de Sergio a un terapeuta que lo ayudó a superar el hecho de que casi mata a una mujer con su coche. Pero ¿es su preocupación si está arrepentida? Después de todo, eso era lo que lo tenía tan tenso y Raquel suspira aliviada mentalmente.

—No —espeta ella inclinándose hacia delante y acercándose a Sergio.

—¿No? —vuelve a preguntar él, inclinándose a su vez sobre ella, porque a lo mejor su mujer ha tardado demasiado en responder y eso le ha retorcido el cuerno un poco.

—No. Un no rotundo. De hecho, lo que tengo es miedo, Sergio. — Y la voz se le quiebra.

Capítulo 33

—Tengo miedo de que vuelva a ocurrir —dije aprensiva—. ¿Y si vuelvo a tener una visión de semejante categoría?

O sea, esa visión fue nivel veinte en la escala de Richter, fue un huracán con nombre propio, un tsunami devastador que formará parte de la historia universal. Me estrujé las manos tan fuerte que me crujieron los dedos, pero, al menos, ya no intentaba descifrar el rostro de Sergio porque por fin sabía a qué se debía su aparente insensibilidad. Esperaba que con mi *rotundo no* sus dudas hubieran quedado despejadas. Ahora que parecía que las piezas del puzle habían ido encajando en su lugar, la desesperación se adueñó de mí y comenzaron a pitarme los oídos.

Porque una vez contado en voz alta, creo firmemente que me tiraría de nuevo delante de ese coche y me provocaría unas lesiones físicas que me durarían hasta hoy; le provocaría al hombre que amo unas lesiones psicológicas que espero no le duren hasta hoy; y les provocaría un sufrimiento incalculable a mis seres queridos. Ellos creerían en algún momento de sus vidas, aunque fuera por unas milésimas de segundo, que yo había intentado suicidarme y eso los conmocionaría momentáneamente. «Yo sabía que eso no podía ser cierto», me repitió mi madre cada día que estuve en el hospital, mientras apretujaba mi mano, me acomodaba la almohada o me acercaba la cena. Lo repitió tantas veces que hasta yo dudé también de lo que estaba ocultando la amnesia. ¿Había suficientes elementos para elegir el atropello?

Definitivamente sí. En el momento en que bajé el bordillo y decidí ese camino, seguro que pensé, igual que lo pensaba ahora, que si hubiera elegido no bajarlo, me hubiera sido imposible encontrar a Sergio. Habían sido muchas las veces que intenté sabotear a *eso* y todas ellas infructuosas. Así que, durante las décimas de segundo en las que se me permitió analizar las dos opciones, llegué a sentir el terror de no conocer nunca a Sergio, de perderlo en esta ciudad en

la que vivían millones de personas, de condenarme a vivir mirando las caras de la gente con la que me cruzaba; Sergio nunca luciría una cicatriz en la mejilla y yo no tendría nunca a Esther y a Miriam; y no viviría nunca en este quinto piso de un edificio céntrico, con su falta de espacio y su pared llena de fotografías. Y también el terror de terminar asumiendo que no había nada que hacer, de conformarme con Luis, volviendo al territorio confortable de mi vida conocida.

—¿Qué hubieras hecho tú, Sergio? —le pregunté mientras le cogía la mano por primera vez. Tocarlo me provocó un escalofrío—. O sea, ¿en qué me convierte esto? ¿En una pirada?

Él se levantó, desprendiéndose de mi mano con suavidad, y estuve segura de que saldría por la puerta para alejarse un poco de mí. Después de lo que le había dicho, hasta yo hubiera necesitado alejarme de mí durante unos minutos, por no decir unas horas, o unos días mejor. Pero, como siempre, Sergio me sorprendió sentándose a mi lado en el sofá. Atrajo mi espalda hacia él y me envolvió en sus brazos y, tras darme un beso en la coronilla, me preguntó:

—¿Qué hubiera sido de mí si no hubieras elegido nuestro futuro juntos? —Consideré que la pregunta era una reflexión en voz alta, pero después de unos segundos, me di cuenta de que esperaba que le contestara.

—Ya sabes que eso no puedo saberlo, pero hubieras seguido con Ana —le respondí cerrando los ojos y cogiendo sus manos, enrolladas alrededor de mis hombros.

—¡Ah, Ana! —exclamó como si hubiera desenterrado un recuerdo muy lejano, y en realidad, así era—. Me había olvidado de ella.

—Se agradece —bromeé. Y volví a sentirme cómoda porque, poco a poco, íbamos volviendo a nuestra manera particular de comunicarnos—. Pero te hubieras divorciado de ella a los cinco años de matrimonio y con un hijo en común —le solté de carrerilla, provocándole.

—¿Y por qué a los cinco años? —Sergio me miraba desde arriba con las cejas levantadas y yo abrí los ojos y le devolví la mirada,

provocándome un pequeño dolor en las cervicales que decidí soportar estoicamente.

—Porque cinco años es el tiempo medio de un matrimonio en España. —Lo afirmé tan seria que pareció que reproducía los resultados de un estudio pormenorizado de alguna universidad de un pueblo perdido de Estados Unidos. O al menos, un artículo del periódico. Pero me lo estaba inventando, aunque de verdad creía que son cinco años el tiempo medio de matrimonio en España antes de que hubiera un divorcio.

—¿Y lo del niño? —preguntó genuinamente interesado y curioso y dándome una capacidad para la veracidad basada en *eso* que ni yo misma le he dado nunca. Que yo experimente *eso* de vez en cuando no me convierte en gurú de nada.

—Porque en cinco años te da tiempo a tener un niño…

—Bueno, pero podría haber tenido dos —me interrumpió—. Y que el pequeño fuera aún muy pequeño, ¿no?

—Pero habéis tenido un hijo a los dos años. Y, bueno, después de lo que… —Dudé un poco antes de continuar, pero ese episodio estaba más que superado—. Después de lo que pasó, dos años es un espacio de tiempo más que razonable. En estos casos, claro —empecé a explicar.

—¿En estos casos? —Podría jurar que sonó ofendido.

—En los casos de parejas como tú y Ana, una pareja que hubiera seguido al pie de la letra los estándares y las estadísticas. Dos años es el tiempo recomendado para volver a intentarlo —le expliqué como si se tratara de la cosa más obvia del mundo. Hice una pausa, aguardando alguna reacción, sus dedos me acariciaban el hombro e interpreté que podía continuar con la comedia—. Que, por cierto, fatal, una pareja malísima, pero qué le vamos a hacer.

—Porque nuestro caso… —insistió Sergio.

—A ver, nosotros nos hemos saltado todas las reglas y lo sabes. —Le apreté la mano para que me dejara hablar y no me interrumpiera. Y por si acaso dudaba de la razón por la que le apretaba la mano, continué con rapidez—. Y déjame seguir, a ver, habéis tenido el niño después de dos años de matrimonio, os habéis quedado muy pronto embarazados, casi decidirlo y pum, embarazo. Pero cuando os ibais

a poner con el segundo, empiezan a ir mal las cosas. —Sergio asentía con la cabeza y su barbilla me iba dando golpecitos en la coronilla.

—Sigue —me apremiaba, verdaderamente atento.

—Y como la cosa va mal y sois unos adultos responsables que han leído sobre el tema y vuestra terapeuta de pareja os ha dicho que tener un niño no soluciona problemas, sino que los agudiza, habéis decidido posponer la búsqueda del nuevo bebé —dije de corrido, como un papagayo que se hubiera aprendido la lección—. A pesar de que, en vuestra agenda de vida, el primer hijo no debe llevarse más de dos años de diferencia con el siguiente. Pero ya te digo, sois adultos responsables.

—¿Una terapeuta? —Y yo me pregunté: «¿Es con eso con lo que se ha quedado?».

—Claro, sois esa clase de gente, ya sabes, hacéis terapia de pareja desde que empezasteis a aburriros juntos —expuse, terminando un retrato virtual de su posible relación con Ana.

—Ah, nos aburríamos juntos —afirmó extasiado.

—Mucho, no sabes cuánto. Vuestro matrimonio se había convertido en un plato de coles de Bruselas hervidas sin sal.

Sergio estalló en carcajadas y a mí me invadió esa sensación de plenitud que solo me hace sentir él. Tengo que confesar que hacerlo reír se convirtió desde el principio en un deporte para mí. Si lograba hacerlo reír una sola vez en el día, podía dar por buena la jornada.

—Entonces, nuestro matrimonio, según tú, ¿qué sería? —me preguntó al oído, como si me estuviera contando un secreto, como si volviésemos a estar en la habitación de hospital después de haber hecho nuestra primera sesión de fisioterapia. Y entonces, un hormigueo me subió por la entrepierna hasta el estómago.

—Nuestro matrimonio sería… —dije pensativa, reflexionando en serio sobre ello, porque para mí era realmente importante dar una respuesta adecuada—. ¡Un plato de *noodles* con pollo! —exclamé, visualizando ese restaurante asiático al que me gusta ir con las niñas.

—Con pollo… —caviló Sergio.

—Y con gambas. Y con extra de verdura. A este plato le hemos puesto todos los extras y ha salido carísimo —afirmé embalada, segura de que estaba haciendo una descripción exacta de nuestra relación.

—¿Sabes? —preguntó Sergio colocando su barbilla por fin quieta sobre mi coronilla.

—No, qué. —Siempre quise responder así a «¿Sabes?». Y ahora que ya había recuperado toda la comodidad con mi marido, pude cumplir mi sueño. Era fascinante.

—Me alegro de que eligieras tirarte sobre mi coche —afirmó con una seguridad que sentí en el tono de voz y en la vibración de su pecho contra mi espalda.

Nos quedamos en silencio un momento. Demasiado largo y demasiado corto a la vez, porque ¿qué podía decir después de eso? ¿Qué se contesta? No hay un manual de respuestas en el que puedas buscar en el índice «Qué contestar a estar de acuerdo con un atropello».

—Aunque hubiera agradecido que todo hubiera sido más fácil —continuó él, jugando ahora con mi anillo de casada.

—¿Sabes? —le pregunté yo. Su clavícula me estaba haciendo daño en un lado de la cabeza, pero por nada del mundo se lo iba a decir.

—No, qué. —Qué fácil era volver a jugar a nuestro juego.

—Elegiría mil veces tirarme sobre tu coche. —Y lo dije con seguridad. Sin embargo, el miedo seguía estando ahí porque aquello no se había acabado.

Capítulo 34

Hace quince años

El mismo día que su madre menciona la palabra «suicidio» delante de ella, Raquel se entera de que Sergio, el divertido, guapo, sexi e interesante fisioterapeuta que lleva su rehabilitación, es el chico que la atropelló. Todo ello crea un revoltijo de emociones en su cuerpo, de pensamientos en su cabeza y de reacciones a su alrededor que hace que se comporte de forma torpe e irracional.

Como torpe e irracional había sido Luis esa última noche que había pasado en la habitación, cuando Raquel le preguntó qué había ocurrido los días en los que ella estuvo en coma y él no quiso o no supo contestarle la verdad desde el principio. Con lo que esta salió a trompicones y de un modo un tanto misterioso, como algo que hubiera que ocultar.

Raquel acababa de apartar la bandeja de la cena. Esa noche el menú había consistido en salmorejo de primero y filetes de pollo a la plancha de segundo, así que había comido bastante bien. El salmorejo parecía de bote; no era muy fan y nunca lo compraba para casa, pero tenía que reconocer que estaba muy conseguido. Los filetes de pollo, aunque un poco tiesos, estaban sazonados y se deslizaban en el plato gracias a su propio jugo, bastante delicioso en comparación con lo que le habían servido en días anteriores. Cuando terminó de mojar el pan que sospechaba era del día anterior en esa salsita, cogió el yogur de fresa Danone y se lo ofreció a Luis. Como las tres últimas noches que había estado quedándose con ella. Mientras él cogía el yogur y la cucharilla, ella evitó tener contacto físico con él y dio un pequeño respingo de sorpresa por sus propios sentimientos. Así que carraspeó y dijo:

—Dime una cosa Luis. —Él, que no se dio cuenta de ese respingo ni, dicho sea de paso, de esa evitación forzada del contacto físico,

respondió con un pequeño gruñido—. ¿Qué pasó durante el tiempo que estuve en coma?

De forma casi imperceptible, casi, porque Raquel sí que reparó en ello, Luis tragó saliva con demasiada fuerza. Su nuez de Adán bajó y subió y Luis la miró como si le hubiera hablado en chino. Como si, de repente, Raquel hubiera descubierto su capacidad de comunicarse en un idioma tan ajeno como ese y le hubiera dado por mostrárselo en ese mismo momento.

A pesar de eso, si Luis hubiera respondido de inmediato cualquier estupidez, quizá Raquel lo hubiera pasado por alto, pero Luis no lo hizo y el radar de su novia para localizar situaciones incómodas pitó tan fuerte que a Raquel casi le explota la cabeza. La pregunta no tenía mayor trascendencia; con ella, solo pretendía tener una conversación banal pero divertida, hablar de viajes en el tiempo virtuales, bromear sobre la posibilidad real de hacerlo solo con entrar en coma. No podía admitirlo, pero quería mantener con su novio las mismas conversaciones ligeras y llenas de ironía que mantenía con Sergio. Y ahora que lo pensaba, ¿alguna vez habían tenido alguna conversación de ese tipo? Muy al principio de la relación, Luis le confesó que odiaba la ironía, que le costaba entenderla y que siempre creía que se burlaban de él. Sí, dejó de ser bromista con él. ¿Cuántas cosas había dejado de ser con Luis?

Sin embargo, no era momento para pensar en las cosas que había dejado de ser con su novio, aunque intuía que en un futuro próximo ese se convertiría en un tema de conversación del todo inevitable. Era momento de saber qué había pasado durante el tiempo que había estado en coma.

—¿Pasó algo? —Y esta vez el tono fue de todo menos despreocupado.

—Bueno… —Luis aprovechó para meterse una cucharada de yogur en la boca. Él ya sabía que no podría estirar la excusa del yogur demasiado tiempo, se los solía comer en menos de un minuto, sin llegar a la decena de cucharadas, le quedaban nueve en el mejor de los casos.

—Bueno qué. —Raquel se giró todo lo que su cuerpo le permitió y apretó la mandíbula cuando un pinchazo de dolor le atravesó la

pelvis, pero lo que tenía entre manos era más importante que el dolor.

—Estábamos preocupados por ti, eso desde luego. —Cucharada de yogur—. Tú sabes, cuando estás preocupado por una persona como todos lo estábamos por ti, la tensión está a flor de piel. —Cucharada de yogur—. Y ya está.

—No me lo creo. —Y Raquel gimió para reprimir el dolor.

Y ahí se dio cuenta de todo. La relación de Luis con sus padres nunca había sido natural, una manera educada de decir que no se llevaban bien, por eso no le habían parecido extraños los silencios, las respuestas monosilábicas; las desapariciones espontáneas, rara vez coincidían todos en la habitación, siempre había algo que hacer, un atisbo de hambre que apagar, una necesidad de cafeína que solventar. Susana, la mayor defensora de su relación con Luis, la única que hablaba con él durante cinco minutos seguidos, no lo había hecho en las pocas ocasiones en las que habían estado juntos en la habitación. Y Nerea ni siquiera le había saludado la última vez.

—¿Has discutido con mis padres? —se aventuró a preguntar Raquel.

Para entonces, el yogur se acumulaba vacío sobre la bandeja, junto a los platos, el brik de zumo, los envoltorios de los cubiertos y del pan y la servilleta usada, y Luis estaba de pie frente a la ventana, mirando al exterior, como si la vistas desde esa planta del hospital no fuera otro edificio sanitario igual de triste que en el que se encontraba, con los mismos olores, los mismos enfermos y los mismos sentimientos de pesadumbre.

—No he discutido con ellos. —Y era verdad. Técnicamente no habían discutido, ni una voz más alta que otra, ni una recriminación, nada.

—No hace falta discutir, no nos volvamos tan precisos. —Las discusiones con Luis siempre eran así, había que elegir las palabras exactas, todo tenía un matiz, algo que invalidaba lo que decía. Discutir con Luis le había enseñado muchas cosas, estaba más despierta, buscaba en su cabeza la mejor manera de decir las cosas, pero también la exasperaba mucho.

En la cama de al lado, su compañera de habitación, la segunda en lo que llevaba de ingreso, les dio un poco la espalda en un torpe intento de proporcionarles privacidad. Su acompañante ya había salido cuando Raquel preguntó a Luis si había discutido con sus padres.

—¿Te importa si corremos la cortina? —preguntó Raquel, menos amable de lo que le hubiera gustado, girando la cabeza a su izquierda.

—Por favor —respondió la mujer, que podía tener como cuarenta años más que ella y a la que habían visitado sus nietos. Su operación de cadera había sido debida a su edad.

Con la cortina echada y la falsa sensación de intimidad incrementada, Raquel volvió a la carga con Luis.

—¿Me vas a decir qué ha pasado o no?

—Tardé varias horas en saber de tu accidente —comenzó Luis mientras volvía a la ventana después de correr la cortina, evitando el contacto visual con Raquel.

—¿Cómo que tardaste varias horas en saber de mi accidente?

—Lo que has oído, tardé varias horas. —Se apoyó en el alféizar y ahora sí la miró con culpabilidad—. Me metí en el despacho a trabajar y encendí la bombilla. Perdí la noción del tiempo.

—La maldita bombilla roja —murmuró Raquel entre dientes, con una ira acumulada que le apelotonaba las lágrimas en los ojos y le aceleraba el pulso—. ¿Llegaste a freír los filetes?

—¿Cómo? —La confusión de Luis era genuina.

—Los filetes que te dejé en la encimera de la cocina listos para ponerlos en la plancha, ¿los freíste?

—No. —Y ese *no* quería decir tanto; había tanto significado detrás que ni un diccionario entero hubiera sido suficiente para guardar todas las acepciones.

—Claro. —Raquel asentía, como si en su cabeza, poco a poco, hubieran empezado a encajar las piezas del puzle—. ¿Cuándo te enteraste? De que yo estaba en el hospital —añadió, como si hiciese falta concretarlo.

—Llegué aquí cuando ya habías salido del quirófano, después de que te extirparan el bazo. —Luis se aclaró la garganta sin necesitarlo

y siguió—. Me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que…

—Te entraron ganas de ir al baño, ¿verdad? —lo interrumpió Raquel y a él le sorprendió la cantidad de información que su novia conocía de él.

—Entre otras cosas, sí. Miré el reloj y habían pasado varias horas y cuando salí y no te encontré…

—Y los filetes seguían crudos —aportó Raquel con un deje de humor negro.

—Sí, y la comida seguía sin hacer, pensé que había pasado algo. Cogí el móvil del cajón y tenía llamadas y mensajes de tu madre, de mis padres.

—De todo el puto mundo. —Luis asintió.

—No fue mi intención.

—Claro que no, cómo iba a ser esa tu intención. —Raquel suspiró porque estaba convencida de ello.

Pero no sabía por qué ese conocimiento no la aliviaba, continuaba muy enfadada. Enfadada porque no había hecho los filetes cuando le había pedido encarecidamente que los tuviera listos para que pudieran almorzar en cuanto ella llegara de comprar el pan. Había pocas cosas que recordara de los momentos anteriores al accidente y esa era una de ellas.

—Ya que estamos, ¿quién ha decidido que después del hospital me vaya a casa de mis padres?

—Tu madre.

—¿Por qué? —En realidad, no hacía falta que Raquel preguntara el porqué, es decir, Luis iba a continuar de una forma u otra, pero se sentía poderosa al tener esas herramientas, ese *por qué* pendiendo de sus labios como un arma arrojadiza.

—Porque no cree que yo sea capaz de cuidar de ti.

—¿Y eres capaz, Luis?

Luis se dio cuenta de que detrás de esta pregunta había algo más que la constatación de un hecho: él no era capaz de ocuparse de ella. No era capaz y *quizá* no quería ser capaz. En la balanza, pesaban demasiado sus horas de trabajo, ese videojuego que tenía pinta de ser un bombazo y que le facilitaría meterse de lleno en el

mercado, la expectativa de convertirse en un referente; sus ambiciones eran las que lo mantenían vivo, ilusionadamente vivo. Así que simplemente no contestó, fue tan irracional como para no contestar. Y tan torpe como para quedarse callado y no intentar inventar siquiera una mentira plausible.

—Luis, no puedes condicionar tus relaciones por una… —Raquel se mordió la lengua, pero al final le pudo la ira— *jodida* bombilla roja. —Y entonces, continuó con más pena que ira, algo que la sobrecogió porque eso quería decir que no le estaba importando demasiado—. Apaga la luz cuando termines, estoy supercansada y mañana tengo más rehabilitación.

Luis apagó la lámpara media hora después, aunque su rostro siguió iluminado por la luz del móvil hasta mucho después de la media noche. Pudo escuchar cómo volvía el marido de la compañera de habitación de Raquel, su charla animada lo enfureció no sabía por qué motivo, como si todos a su alrededor tuviesen que guardar duelo por la discusión más civilizada que había tenido en su vida. Las enfermeras entraron y salieron con los termómetros, después de registrar las temperaturas de ambas mujeres. Y los sonidos del hospital se fueron apagando hasta ser casi inexistentes.

Capítulo 35

Hace quince años

Raquel se despierta y Luis ya se ha marchado. Siempre se ha dado cuenta del cambio de turno porque dormir en el hospital es como hacerlo en un hotel de tercera, con ruidos intempestivos, una cama incómoda y sábanas ásperas. Solo lo diferencia que el hospital está mil veces más limpio que el hotel de tercera. Su compañera actual es buena, pero la anterior hablaba por las noches, y a los despertares naturales se les sumaban los que le sobrevenían con los gritos de la mujer. Por eso, cuando a las ocho llegaba su madre o su padre, ella estaba despierta, pendiente del intercambio, ahora que lo recuerda, inexistente, de sensaciones sobre la noche. Luis se levantaba del sillón, le daba un fugaz beso en los labios y salía de la habitación como si tuviera mucha prisa, con las gafas un poco dobladas sobre la nariz y el pelo despeinado, colgándose la mochila con el portátil a los hombros de un solo movimiento seco y certero. Sin embargo, cuando abre los ojos esa mañana, se da cuenta de que ha sido la primera noche que ha dormido del tirón. Y aunque quiere pensar que su silenciosa compañera ha tenido mucho que ver, sabe que son otros los motivos de su tranquilidad. Y cuando mira a su alrededor y solo ve a su madre ojeando una revista de prensa rosa que no le pega nada, se da cuenta de que también es más tarde de lo habitual.

—¿Llevas mucho aquí? —Isabel salta en el sillón y chasquea enfadada con la lengua—. No había forma de que no te cogiera de improviso, debes estar leyendo algo muy interesante —deja escapar Raquel con algo de sorna en su voz.

—¿Esto? —La mujer levanta la revista y Raquel lee «¡HOLA!» en grandes letras blancas y asiente—. Estaba leyendo una entrevista que me interesaba…

—¿De una revista del corazón? ¿Desde cuándo una entrevista de una revista del corazón te interesa? —La primera pregunta parece habérsele olvidado e Isabel tampoco tiene muchas ganas de contestarla, así que, de momento, la obvian las dos.

—Desde que es sobre una mujer cuyo hijo se suicidó. —Y cierra la revista dejando el dedo en la página. Mira a Raquel con desánimo y no continúa, como su hija hubiera esperado.

—Vaya, no te tenía yo por alguien que le diera vueltas a esas cosas. —Raquel no se da cuenta de que su madre no le responde y sigue—. ¿Me ayudas? —Isabel se levanta de inmediato, dobla la esquina de la revista y la deja en el sillón, coge el mando de la cama articulada e incorpora un poco la parte de arriba. Luego, toma a su hija por las axilas y la aúpa todo lo que puede. Raquel se duele en silencio y deja atrás el hueco que su trasero ha impreso en el colchón, ya se resbalará sobre él de nuevo en unos minutos. Pero, por ahora, disfruta de su nueva postura.

—No sabes nada, ¿verdad? —pregunta Isabel, todavía de pie junto a la cama, y su hija le clava una mirada interrogativa, con las cejas arqueadas hacia arriba para darle más énfasis. Quiere hacer pipí, pero lo que le ha dicho su madre le ha provocado tal curiosidad que está dispuesta a aguantarse, así que Raquel niega expectante—. La policía creyó al principio que te intentaste suicidar.

—¿Pensaron que me intenté suicidar? —La confusión de Raquel es palpable. Se mira las manos y siente como si la sangre se marchara de ellas; en realidad, puede sentir el comportamiento de su sangre como el de un tsunami, retirándose toda hacia el corazón, para luego salir despedida en una ola grande y mortífera hacia todo su cuerpo, provocándole un latido espeso y magnífico en la cabeza—. ¿Por qué pensaron eso?

—Ellos dijeron que te tiraste encima del coche que te atropelló. —Isabel se muestra dubitativa, no cree que hablar de ese tema con su hija, en el estado en el que se encuentra todavía y aún en el hospital, sea lo más beneficioso para su salud.

Pero, por otro lado, tenía tantas ganas de sacarle el tema de conversación, de confrontarla y preguntarle directamente, que quizá ha llevado a la habitación esa revista para leer esa entrevista en

particular con una doble intención que solo su subconsciente conoce.

—¿Que me tiré? Por Dios, eso es un disparate. —«Disparate» es la palabra que ha elegido Raquel de entre todas las que podía haber escogido. Esa es una de las cosas que Raquel le agradece a Luis, su búsqueda incansable de la palabra correcta para cada situación, y «disparate» es sin duda la palabra perfecta.

—Eso pensamos todos. —Ese *todos* ha sonado demasiado forzado.

Ese *todos* es el mantra que sus padres, su hermano, su prima y el resto de la gente que conoce a Raquel tanto como para dudar de una afirmación semejante se han estado repitiendo en las escasas conversaciones que han tenido entre ellos sobre el tema y las veces que lo han pensado seriamente en la intimidad de su casa. Nerea ha diseccionado la vida de Raquel como nunca pensó que lo haría, enumerando las cosas buenas que su amiga tiene en la vida y esas otras por las que debe seguir luchando (siempre que hay un suicidio o un intento de suicidio se pone de manifiesto esa expresión, «luchar por algo», aunque, después de todo, lo mejor sería hablar de todas esas cosas por las que merece seguir viviendo). «Además, que tenga un novio que es gilipollas y que no la valora lo que debería no es razón para tirarse delante de un coche», le ha repetido a Álvaro cada noche desde que Raquel ingresó en el hospital.

Sin embargo, y aunque ya todos consideran esa posibilidad una doblez de la sábana que ha desaparecido, también todos se han encontrado destrozados en algún momento desde que la policía los fue interrogando uno a uno para intentar aclarar el caso. Isabel sufrió una crisis nerviosa que le provocó un desmayo, gracias al cual luce un extenso moratón en la parte derecha de la cabeza y ha llevado el brazo en cabestrillo durante unos días. A Juan le avergüenza admitir, y, de hecho, nunca lo hará, que se quedó una noche entera en vela, reflexionando sobre la vida de su hija y sobre la posible influencia que hubiera podido tener él en su posible pero improbable intento de suicidio, ¿su animadversión hacia Luis sería suficiente? Raúl fue quien se machacó durante más días. Con un intenso sentimiento de culpabilidad, se cuestionó su papel de

hermano hasta la saciedad porque no veía posible que no se hubiera dado cuenta de las señales. Secretamente, él no formaba parte de ese *todos,* una parte de su cerebro le impide desechar esa idea tan a la ligera.

Y Susana necesitó una tila primero; cuando vio que no le hacía efecto, subió a una tila doble; cuando no llegaba la tranquilidad, recurrió por fin al Diazepam que su padre guarda en el armario de las medicinas de la cocina. Y así, algo atontada, se marcó el objetivo inmediato de hablar con su prima sobre si *eso* tuvo algo que ver en su accidente, porque se negaba a creer que la palabra que empieza por S formara parte de la ecuación. Solo escucharla de boca de la agente que habló con ella en comisaría la ofendió tanto que casi le vomitó encima.

—Pero ¿alguien ha podido siquiera pensar eso? —espeta Raquel, como si ese interrogante pudiera resumir el desconcierto que reina en su cabeza.

—Desde luego, ya no —afirma rotunda Isabel—. Tu padre y yo nos hemos encargado de decirles que eso es imposible, ¿qué motivos tendrías para hacer algo así? —Y el tono que usa su madre para lanzar esa pregunta lleva a creer a Raquel que realmente se trata de una pregunta retórica, un intento de banalizar un asunto muy muy serio.

—Mamá —comienza de nuevo Raquel tras unos instantes.

—¿Qué, hija? —Isabel le acaricia el brazo con firmeza, comprobando que su hija está ahí, en esa habitación de hospital con ella.

—Entonces, ¿por qué estás leyendo esa entrevista? —A Raquel se le rompe un poquito la voz al terminar la pregunta.

—No sé.

E Isabel realmente no lo sabe, pero ha estado leyendo sobre el tema desde que la policía les planteó esa posibilidad. A pesar de que se repetía una y otra vez que eso no le había pasado a su hija, ahí estaban sus dedos, incómodos y desobedientes, metiéndose en Google una y otra vez para leer toda la información sobre el suicidio que pudiera encontrar: asociaciones, artículos de prensa, vivencias personales que ha escudriñado en busca de paralelismos con su

vida. Porque ella no lo cree, pero ese maldito subconsciente suyo está fuera de control.

—No sé —vuelve a susurrar, y Raquel se hunde de nuevo en el hueco del colchón.

Capítulo 36

No hicimos el amor, que es lo que a mí me hubiera apetecido y lo que creo que le hubiera apetecido a Sergio, por los ojos entrecerrados con los que me miró y la mano posada más abajo de mi cintura, porque se acercaba la hora de ir a por las niñas al colegio. Son mayores para muchas cosas, pero no para venir solas por la calle, no las dejo ni ir a comprar el pan el fin de semana. Hasta ahora, había tenido una muy buena razón para ello: te podían atropellar en un trayecto corto, justo al lado de tu casa; sin embargo, ya sabía que te podían atropellar, sí, pero que no es tan usual como yo pensaba. Quizá comenzara a dejarlas un poco más libres. Miriam no tenía mucho interés, pero Esther ya empezaba a rebelarse.

Así que, por primera vez desde hace años, fuimos los dos juntos al colegio. Eso me brindó la oportunidad de experimentar el primer día de clase de las gemelas por tercera vez en mi vida, con tres años todavía por cumplir, cogidas de la mano y tan distintas entre sí. A veces, me sorprendía pensando que quizá me las habían cambiado al nacer, pero entonces miraba sus caras y su pelo y el hoyuelo que se les marcaba en la mejilla derecha a ambas cuando reían, el mismo que se le marcaba a su padre. Se estrenó hace poco un documental sobre dos parejas de mellizos a los que habían confundido y se fueron desparejados a sus casas y, por azares de la vida, lo descubrieron ya de adultos. No era nuestro caso. Sergio me sacó de mis reflexiones.

—Sabes que sigo creyendo que el destino no está escrito, ¿verdad? —Giré la cabeza con ímpetu hacia él.

—¿En serio vamos a empezar de nuevo con este debate? —Hacía años que esta discusión se repetía una y otra vez, desde el mismo momento en que Sergio aceptó que lo que yo le decía podía ser verdad y después de que mi madre y mi prima lo convencieran y yo le diera algunos ejemplos.

La cierto es que era muy interesante hablar sobre un futuro que ya había ocurrido y otro que se había quedado en el tintero pero que te podías haber inventado si atinabas a tener un poquito de imaginación. Pero, una vez superada esa curiosidad, la discusión volvía a su cauce cíclico, un bucle en el que ninguno de los dos daba su brazo a torcer. Me fascinaba que él no se bajara del burro porque yo sí que contaba con pruebas empíricas de que el destino, de una forma u otra, está escrito. ¿Estaba en mi porvenir conocerlo y formar una vida con él? Claro que sí. Lo creía incluso antes de recuperar la memoria. Él solo me daba argumentos teóricos y algo filosóficos sobre el libre albedrío y nuestra capacidad de decisión. Para mí, sus teorías eran puro humo porque las mías estaban más que contrastadas con mi propia vida llena de elecciones.

—Puedo aceptar que tu destino sí está escrito, pero ¿el mío? —me preguntó gesticulando demasiado, como suele hacer cuando defiende algo en lo que cree firmemente.

—Tu destino, por el simple hecho de estar ligado al mío, se escribió en el mismo instante en que bajé un pie de la acera hace quince años. —Parecía mentira que hablásemos tan alegremente de ese momento cuando había sido la razón de mis desvelos las últimas veinticuatro horas.

Sergio lo pensó concentrado durante unos instantes y finalmente meneó la cabeza de un lado a otro, más por una cuestión de principios que porque tuviera argumentos para defender sólidamente lo contrario.

—Te lo podría comprar antes, pero ¿ahora? ¿Después de lo que sabemos? —pregunté refiriéndome a la última conversación que habíamos mantenido hacía apenas unos minutos.

—Entonces, ¿yo no he tenido poder de decisión? —Siempre igual, negándose a admitir que él no tenía otra salida—. ¿Y si hubiera decidido seguir con Ana? —me preguntó irónico, pero continuó sin dejarme hablar—. Ah, y antes tampoco me lo comprabas.

—No digas tonterías, Ana no tuvo nada que hacer desde el mismo momento en que me conociste —afirmé convencida, reviviendo su mano cogida fuertemente a la mía en la carretera cercana a mi antiguo piso, con un dolor lacerante en la pelvis que no podía

distinguir porque sencillamente me dolía todo el cuerpo. ¿Cómo podía pensar que tenía elección? Su destino ya estaba unido al mío por mucho que él se empeñara en discutirlo.

—Ya, pero…

La sirena del colegio sonó y comenzaron a escucharse gritos infantiles que sobrepasaban el muro. Nos apresuramos porque llegábamos tarde a la apertura de puertas y no queríamos lidiar con la cara larga de Miriam y sus reproches. Hasta a Sergio le irritaban sus caras de reproche.

—No hemos acabado esta conversación —dijo sonriendo, echándome una mirada de medio lado.

—Ya —atiné a exclamar mientras corría tras sus pasos, recordándome que debía hacer más ejercicio. Aunque, en realidad, para qué, si lo que venía a continuación en mi vida dejaba fuera de juego cualquier proyecto. Pero barrí de un manotazo ese pensamiento, me ocuparía de los asuntos de uno en uno, no tenía capacidad para hacerlo globalmente y ahora el más importante para mí estaba solucionado.

—Ni esta ni la otra —puntualizó él—. Querré detalles.

—¿Detalles? —Realmente no sabía a qué se refería.

—Detalles. Detalles de nuestro futuro, detalles del otro futuro…

—Pero si me dijiste que no querías saberlo —repliqué elevando un poco la voz.

—Te dije que no quería saberlo *de momento,* pero llegará el día en que quiera hacerlo.

—De acuerdo. —Claro que le contaría, pero había cosas… Había cosas que tendrían, al menos, que esperar.

No llegamos ni treinta segundos después de que hubieran abierto la puerta del colegio, pero Miriam ya se acercaba con el gesto apretado y dando zapatazos en el suelo. Sin embargo, al vernos a los dos, se le suavizaron las arrugas. Esther corrió dando saltos hacia mí, se detuvo a un metro de distancia, me miró y se inclinó como para darme un beso, pero pasó de largo de mi mejilla y me susurró al oído:

—Tengo una nueva amiga, mamá. Yo la he elegido de entre todas las niñas de mi clase. —Junto a nosotros, Miriam y Sergio habían

comenzado a girarse—. ¡Ahora os alcanzamos mamá y yo! —voceó Esther a nadie en particular.

Miriam nos miró molesta, cómo nos atrevíamos a tener secretos entre nosotras, eso era algo a lo que tendría que poner remedio pronto, justo cuando llegara a casa. Pero hasta entonces, nos dedicó su desdén, cogió la mano de su padre y se adelantaron. Yo, sin embargo, me quedé en la forma en que Esther había conjugado el verbo «elegir». Esa palabra ha sido mi hilo conductor durante toda mi vida y reconocerme en su modo de decirlo me dejó paralizada. Así que volvió a llamar mi atención con decisión tirando de mi mano hacia abajo.

—Mamá, tengo que hablar contigo.

Capítulo 37

Yo no suelo mentir, pero la gestión de *eso* a veces se hace tan complicada.

Capítulo 38

Hace quince años

Raquel ve a Sergio antes de que él la vea a ella y esa se convierte en una de las pocas ocasiones en que puede mirarlo a placer. A estas alturas, Raquel ya ha asimilado que alberga ciertos sentimientos por su fisioterapeuta, pero le parece tan cliché que lo desestima una y otra vez. De hecho, se siente tan culpable que lo rechaza. Igual que rechaza que en la discusión con Luis tuvieran algo que ver esos sentimientos. Simplemente, se repite, es la fascinación por una persona tan cercana y que es la única que en esos momentos de su vida la toca en lugares donde no cree que la hayan tocado jamás. Le avergüenza descubrir las bragas mojadas cada vez que vuelve de su sesión de fisioterapia e intenta desesperadamente convencerse de que es del sudor. Sabe que no.

El celador se ha detenido a hablar un momento con un compañero en la puerta del gimnasio y ella se ha quedado allí, sentada en su silla de ruedas, analizando a Sergio. Es tan placentero observarlo así, sin que él se dé cuenta, que el olor a calcetín mojado de la estancia no le molesta. Quiere pensar, de todas formas, que se ha acostumbrado tanto a él que por eso no le provoca las mismas náuseas que el primer día. La luz entra por unas ventanas altas que ocupan todo el perímetro del gimnasio y, aun así, innumerables fluorescentes destellean con diferentes potencias a lo largo de todo el techo. Sergio está justo debajo de uno que parpadea con una cadencia que ya ha memorizado: dos parpadeos rápidos, dos parpadeos lentos, uno rápido, uno lento y vuelta a empezar. No sabe por qué, pero ese mensaje se le quedará grabado durante mucho tiempo y comparará la cadencia de otros fluorescentes estropeados en otros lugares que visitará en el futuro y ninguno tendrá la misma.

Sergio está apoyado en la camilla donde sabe que la va a tratar en primer lugar, antes de llevarla a las barras paralelas. Tiene las

piernas cruzadas por los tobillos y mira su móvil y sonríe. Luego, teclea rápido. «Está mensajeándose», piensa Raquel. Las preguntas le sobrevienen como las burbujas en un refresco con gas, de repente y explotando todas a la vez en su cabeza: ¿con quién estará intercambiando mensajes? ¿Será su novia? ¿Tiene novia? ¿Ha escuchado alguna vez algo que pueda indicar que la tiene? ¿Le importa si tiene novia? La incomoda, en todo caso. ¿Esa sonrisa es la que pones cuando te mensajeas con una novia o con un amigo? Porque, bueno, ¿será Sergio gay? Si es así, no tiene nada que hacer. Pero no se lo parece. Aunque solo la *toca* de forma profesional. Y por último: ¿por qué se pregunta todas estas cosas?

Además, ¿ese es Sergio relajado? Nunca lo ha visto así, como liberado. Siempre que está con ella, parece encontrarse en tensión. Sus hombros, su rictus que parece una máscara de amabilidad —aunque bendita máscara—, sus manos precisas, todo denota un exceso de responsabilidad, una carga sobre los hombros que cree que es exagerada; aun cuando siempre ha pensado que todos los trabajadores sanitarios deben haber desarrollado un sentido de la responsabilidad diferente por tener en sus manos la salud de las personas. No hay arrugas en su ceño, la curva de sus labios es redondeada. Ni siquiera cuando salen al jardín, al final de su sesión, y mantienen esas conversaciones chispeantes y divertidas, llenas de ironía, es capaz de ver a ese Sergio cien por cien natural. Por eso la fascina tanto descubrirlo y desea con un fervor que no sabía que existía conocerlo así.

Entonces él la ve y despliega de forma automática esa máscara de amabilidad que ella tan bien conoce. Pero como ahora Raquel ya ha atisbado esa otra parte, su cabeza empieza a trabajar al mismo tiempo que su cuerpo lo hace en la sesión para sacar al Sergio relajado que la ha cautivado tanto. Mientras aguanta el dolor, suda a mares y trabaja como ninguno de los días anteriores, su cabeza confecciona una lista de temas que tratar durante su paseo rutinario a los jardines. Los paseos son cortos, así que tendrá que ser efectiva. Podría sentirse culpable con respecto a Luis, pero qué demonios, Luis se dejó los filetes de pollo sin hacer. Le da mil vueltas a temas que podría tratar, hace un repaso por las

curiosidades que ha visto en su móvil en las interminables horas metida en su habitación; en Instagram sigue a un montón de cuentas artísticas y de noticias que le dan material más que suficiente. Puede que ese planeamiento se cargue la naturalidad, pero permanecer en el hospital tanto tiempo te hace perder un poco el norte y lo que antes parecía vergonzoso ahora es totalmente respetable. Además, la turbación que aún recorre sus venas producto de la conversación con su madre, y que la dejó más aliviada que preocupada, se ha unido a esa ansia de una forma que ni ella misma es capaz de explicar.

—¿Hoy vamos al mismo sitio de siempre? —pregunta Raquel mientras se acomoda como puede en la silla de ruedas. No es mejor que la primera que usó, esta sigue teniendo como mínimo veinte años de uso, pero chirría menos, seguramente porque el celador le ha echado aceite.

—Lo siento, Raquel, hoy no voy a poder salir contigo al jardín. —Raquel lo escucha y, tal como lo hace, aparta lo que significa esa frase. Al menos, reflexiona, no ha dicho «No voy a poder *sacarte* al jardín»—. Puedes decirle a tu madre que lo haga, en realidad, no estamos infringiendo ninguna ley del hospital. —Y Sergio le sonríe mientras recoge su equipo y le va echando vistazos de soslayo.

A pesar de que Raquel sabe que no incumplen norma alguna, no puede evitar una sensación de pérdida, como si esa supuesta pequeña ilegalidad compartida le hubiera estado alimentando la alegría. A partir de ahí, las leves violaciones de las normas sociales se convertirán en rebeliones personales que liberarán ínfimas dosis de adrenalina por su cuerpo, volviéndola adicta, pero aún no lo sabe.

—Vaya, no será lo mismo. —Raquel intenta sonar despreocupada, pero no lo consigue del todo y Sergio lo nota.

—Hoy estoy a tope de trabajo, tengo más pacientes que atender —responde con el mismo tono que usaría para convencer a un niño pequeño de que realmente no quiere otro cruasán de chocolate.

—Ah, vaya, pensaba que yo era tu única paciente. —De nuevo la despreocupación surge impostada y suena un poco a desesperación.

—Nada me gustaría más, pero con una sola paciente no me da el sueldo. —Raquel vuelve a sentirse cómoda con esa contestación, Sergio la ha devuelto a su zona de confort; sin embargo, no la deja allí mucho tiempo—. ¿Ves a esa mujer de allí? —Sergio señala a una joven de unos veinte años que está utilizando las barras y da pasos torpes con la ayuda de Alba. Raquel asiente—. Yo tendría que estar ahí tratándola a ella.

Nadie tiene que saber que Alba debería estar con Raquel y Sergio con la chica de veinte años, pero él sí es consciente de que deben ir recuperando sus puestos en la plantilla poco a poco. Alargar su intercambio de turnos puede ser contraproducente. Algunos han empezado a hablar. Y Ana se ha mostrado muy severa con él desde que le contó lo que sin duda sí es una infracción grave de las reglas del hospital.

Pero Raquel no está al tanto de esto y simplemente no sabe exactamente qué quiere decir Sergio con esa afirmación, aunque no le resulta extraña. Ha olvidado, o ha querido olvidar, el primer día de rehabilitación, cuando Alba la dejó con Sergio de esa forma tan poco convencional. No le dio tiempo a preguntar. Pero como todo resultó satisfactorio, ha enterrado la confusión que le generó en un primer momento. Y ahora la incertidumbre resurge como un hormigueo que recorre su columna vertebral. No obstante, Raquel no se centra en esto, porque realmente el hormigueo que le produce mayor desazón es el provocado por el hecho de que Sergio le esté diciendo que debería estar con una chica más joven que ella. Y más atractiva. Pero si hasta la capa de sudor que es capaz de verle en la frente le sienta bien. Todo en esa mujer es perfecto: sus mallas color pastel, su pelo largo y negro recogido en una coleta alta; los mechones húmedos y pegados a las sienes; la camiseta holgada que se resbala por uno de sus hombros dejándolo al descubierto para que vean todos el tirante de un sujetador deportivo del mismo color que las mallas. Hasta sus zapatillas Adidas son perfectas. Una nube ocupa la cabeza de Raquel mientras observa a la chica porque, ¿qué le está pasando, tiene celos? ¿Celos de su fisioterapeuta? ¿Celos de un hombre que ha conocido hace tan solo unos días?

A Raquel se le acelera el pulso un poquito y el objetivo de una conversación chispeante e irónica queda relegado por otro más caprichoso: quiere su paseo por el jardín y lo quiere con Sergio. Porque lo necesita. Necesita salir del hospital aunque sea para ir a otra parte del hospital. Además, eso le viene bien a su salud mental, ¿verdad? Y se lanza.

—Hoy necesito más que nunca ese paseo por el jardín, Sergio —confiesa—. Y con alguien que no sea ni mi padre ni mi madre ni… —Se calla la palabra «novio» justo a tiempo.

Capítulo 39

Hace quince años

Sergio se ha sentado junto a Raquel en el mismo banco de todos los días. No han variado la ruta, a pesar de que los jardines son más extensos. La rutina le viene bien a Raquel, le da una seguridad que no sabía que necesitaba, por eso cuando él le pregunta por dónde quiere ir hoy, vuelve a indicarle el mismo camino que siempre. Allí sentado, le da vueltas a la cabeza pensando en cómo va a compensar a Alba. Ha hablado con ella brevemente antes de salir del gimnasio empujando la silla de ruedas de Raquel y su amiga le ha mirado con comprensión, pero también con un poquito de exasperación. Ayer por la tarde quedaron en que irían recuperando sus puestos de tal modo que, a comienzos de la semana próxima, estarían instalados de nuevo completamente en sus líneas de plantilla.

—Vale, no te preocupes —ha dicho Alba con una sonrisa radiante en la boca—. Pero mañana no quiero más sorpresas.

—Espera, ¿no te molesta? —pregunta Sergio. Sabe que Raquel lo observa y que cuenta los segundos que esa pequeña conversación le quita a su paseo por el jardín. No se explica cómo, pero empieza a conocerla.

—Bueno, me molesta un poco, pero… —Y Alba le echa una ojeada a la paciente de veinte años, con su cola de caballo ya algo floja en lo alto de la cabeza y algún mechón más pegado a su frente.

—¡Venga ya! —Y Sergio se carcajea dando un paso para atrás.

—Ventajas de ser bisexual, guapo. Ya te he dicho que si pruebas, repites. —Alba hace una pompa con el chicle que mastica de manera exagerada. No es muy profesional, pero ella insiste en que es la única forma que tiene para concentrarse lo suficiente como para dar un buen servicio a los pacientes: mascar chicle como un vaquero mastica tabaco en las películas del Oeste.

—Primero: no, gracias. Y segundo, ¿qué pasa con Fermín? —Sabe que va a perder algún segundo de más con esta pregunta, pero no puede evitarlo.

—Primero: tú te lo pierdes. Además, ha sido ella quien me ha dado su teléfono, ya sabes que en el trabajo nunca inicio nada. Y segundo: Fermín hace dos días que no se pasa por mi casa. Debe tener la regla. —Sergio pone los ojos en blanco, pero Alba no le presta atención y señala a Raquel con la cabeza—. No la hagas esperar más.

—Venga, gracias, serán veinte minutos.

—Por ser tú, que sean veinticinco.

—Te debo una —se despide Sergio mientras se gira.

—Me debes más de una —susurra Alba, que, aunque se lo ha tomado con humor, sabe que están jugando con fuego.

Así que ahí está, mirando a su alrededor para no encontrarse con Ana, de la que no sabe sus turnos porque esta mañana se fueron enfadados, y esperando a que Raquel hable, lo cual no tarda mucho en suceder.

—Hoy no se me ocurre nada gracioso que decir —espeta Raquel mirando al suelo de albero; el amarillo de la tierra la deslumbra y cierra los ojos instintivamente.

—No siempre hay que decir cosas graciosas —le responde Sergio. Él la observa suspicaz, sabe que hay algo detrás de esa actitud taciturna y que en breve sabrá de lo que se trata. Lo que no imagina es lo que viene a continuación. Si lo hubiera hecho, quizá se hubiera preparado antes de salir de casa o hubiera llamado a algún servicio telefónico de asistencia psicológica para preguntar por herramientas de gestión de situaciones complicadas.

Raquel deja que pase un poco más el tiempo. Es muy difícil lidiar con ella misma en ese momento. Está inquieta, harta, frustrada, ansiosa, preocupada, ¿algo más? Ah, sí, ¿también celosa? Lo que daría por recuperar sus sensaciones al despertar, después de esa noche de descanso sublime que le ha brindado su estancia en el hospital.

—Mi madre me ha dicho que la policía creyó en un primer momento que me había intentado suicidar. —Ahí está, lo ha soltado

como una metralleta dispara una ristra de balas en una película de acción. Y Sergio siente que todas las balas han impactado directamente entre su pecho y su abdomen.

—Raquel… —intenta decir Sergio, pero ella no le deja.

—Y lo peor es que, aunque me dijo que no se lo creyeron en absoluto, sé que hubo un momento en que tuvieron esa certeza y es tan… —A Raquel se le quiebra un poco la voz y da un pequeño puñetazo en la silla, provocando un chirrido que rompe el canto de las cigarras.

El calor empieza a apretar y ya no es buena hora para estar en el jardín, pero a ver quién es el que dice algo al respecto. Raquel abre los ojos y los clava en el rostro perplejo de Sergio, pero no es capaz de saber lo que transmite y continúa.

—Es tan frustrante, porque, ¿sabes? No sé si enfadarme con ellos por haber creído, aunque haya sido durante una milésima de segundo, que yo hubiera querido hacerlo; o sentirme fatal por lo mal que lo han pasado, sumando esa información al accidente en sí; o… —El tono de voz de Raquel ha ido subiendo de volumen y ahora las personas que pasan junto a ellos, raudos, los miran entendiendo que se trata de una discusión de enamorados.

—Raquel… —Sergio la llama, aunque no sabe bien qué le dirá cuando ella lo atienda.

—Y lo peor… —Raquel lo ignora y hace una pausa dramática. No está nada preparado, como tampoco lo estaba para que le confesara las intimidades de su accidente—. Lo peor de todo es que no me acuerdo de nada. Tengo… —Y se echa las manos a la cabeza y se la aprieta con frustración—. Tengo una nube aquí dentro que no me deja recordar nada, cada vez que… ¡Dios! Cada vez que parece que voy a pillar uno de esos recuerdos, me atraviesa un pinchazo que me deja temblando y me obliga a dejarlo a escapar —revela hablando entre dientes, más para sí misma que para Sergio.

Raquel respira agitada, intenta coger todo el oxígeno que puede de ese ambiente denso que es ahora el microclima de los jardines. La humedad y el calor no benefician en absoluto la circulación del aire y tiene que cerrar los ojos de nuevo y obligarse a inspirar profundamente y espirar con la boca pequeña. Cuando abre los ojos,

se da cuenta de que Sergio no le ha contestado, no le ha dicho que se calme, que no se preocupe, que es normal, que la policía tiene que investigar todas las opciones, que sea más transigente con su familia y sus amigos, que nadie puede ser responsable de sus pensamientos en momentos de estrés como los que seguramente vivieron durante los días que estuvo en coma.

Sergio solo la mira, inclinado hacia adelante, con los antebrazos apoyados en sus piernas y una gota de sudor recorriéndole la mejilla. Y ella cree que se podría perder junto a esa gota de sudor, que ha hecho lo correcto al contarle todos sus sentimientos, porque ¿a quién mejor que a él?

—Raquel, déjame decirte algo, ¿vale? —tienta Sergio e inspira hondo para tomar fuerzas, como si cogiese carrerilla antes de rematar un penalti. Raquel asiente, agotada y algo desmadejada sobre la silla de ruedas—. Espero que no te enfades, ¿vale?

Raquel le devuelve una mirada de desconcierto, porque ¿a cuento de qué se iba a enfadar con Sergio? Y Sergio, simplemente, empieza a dudar de que su plan de ocuparse de la rehabilitación de Raquel haya sido una buena idea. Ana, como siempre, ha tenido razón desde el principio, lo más sano hubiera sido desvincularse por completo. Sobre todo, desde que la policía cerró el atropello como un desafortunado accidente sin que hubiera que lamentar pérdidas personales.

Parte II

Capítulo 40

Yo no suelo mentir. Nunca se me ha dado bien, a pesar de lo que siempre he ocultado a todo el mundo. Mi madre pillaba mis mentiras al vuelo y Susana era capaz de oler la farsa incluso por teléfono, por eso me sorprende tanto que ella no haya sospechado nada. Tampoco Sergio. Quizá sea la magnitud de lo que le he contado, de por sí ya extraordinaria, lo que ha hecho que no indague más y ya solo vaya tras los detalles morbosos con ese aire juguetón que lo caracteriza, escondiendo cualquier sentimiento encontrado que tenga. Y sé que los tiene.

En el fondo, me doy cuenta de que no dudaba de él, sabía que esto no nos separaría. Lo quiero demasiado, sé de su amor por mí y tenemos dos hijas en común. Nuestro matrimonio es difícil a veces, pero ¿qué relación no lo es? Y aun así, tengo la sensación de que lo que siento estando con él nunca lo habría sentido con nadie. Es difícil expresar cómo, a pesar de los años que han pasado, me siguen bailando mariposas en el estómago cuando sus dedos me tocan la parte baja de la espalda; cómo me atrae pillarlo desprevenido y que no sepa que lo miro mientras está concentrado en algo, frunciendo el ceño mínimamente; cómo considero míos los hoyuelos de todos ellos, de él y de mis hijas, en la mejilla derecha, cuando sonríen. Podía haberme sorprendido y dado un paso atrás, pero en realidad no tenía sentido, porque haber elegido la otra alternativa hubiera significado no estar viviendo este mundo que hemos creado entre los dos. Y para ambos es inviable. Quizá lo que tenía era miedo de lo que pudiera pensar de mí.

Él no sabe qué le hubiera deparado ese futuro alternativo en el que yo seguía con Luis, ¿continuar con Ana y formar una familia tal y como yo le vaticiné medio en broma? ¿Conocer a otra persona y hacer lo que estamos haciendo nosotros? Quizá se haya sentido manipulado o coartado a la hora de realizar sus propias elecciones; también sé que ha tenido un pequeño dilema interno sobre si

guardarme algo de rencor o no porque fui la culpable de uno de los peores momentos de su vida, pero ¿no he sido yo acaso también la culpable de algunos de sus mejores momentos? Creo que lo compensa. En cualquier caso, no quise profundizar mucho en ello porque, aunque nos queden muchas conversaciones en la que desmigajaré el futuro que hubiera tenido con Luis y le detallaré los momentos que hemos pasado juntos como si él no los hubiera vivido, en realidad no sean tantas y para mí eso ya no tiene importancia.

Sí es importante el hecho de que ha pasado una semana desde la gran conversación y estoy tranquila, más de lo que yo esperaba, a pesar de lo que ya sé. La aceptación es algo que ha venido en el lote desde siempre. Esta tarde las niñas están en un cumpleaños y Sergio y yo hemos aprovechado el tiempo juntos como pocas veces podemos, con la puerta abierta y a un volumen de decibelios sin tope, aunque después siempre nos quejamos de que no acabamos de ser tan ruidosos como desearíamos. Lo dejo en el baño y paseo desnuda por casa. Es raro hacerlo, aunque me encanta: la sensación de libertad es absoluta. Me recuerda a los primeros meses de convivencia, cuando era más fácil deambular así por el piso que ponerse cualquier prenda encima: invariablemente acabábamos desnudos y en la cama, o en la encimera de la cocina, o en el sofá, o en la pared del salón. Cuando vendí mi piso, estuve tentada de poner en la oferta: «Piso perfecto para follar en todas sus superficies. Comprobado». Sergio abrió los ojos como platos y le dio a la tecla de borrar con una carcajada entrecortada.

Lo que nunca he hecho es sentarme en la silla de la cocina sin ropa, así que me sorprende que los glúteos se me peguen al plástico y me remuevo buscando una postura que no sea demasiado incómoda. Entonces me enciendo un cigarrillo. Sé que Sergio no me va a pillar de nuevo y, si lo hace, siempre tengo la excusa de que sigo asimilando lo que le confesé hace una semana. Pero eso ya está digerido, es decir, que yo provoqué el accidente desencadenando una serie de hechos que fueron desde el dolor de mis padres a las sospechas de suicidio, pasando por mi rehabilitación y mis secuelas físicas de por vida. Con el paso de los días, he hecho las paces

conmigo misma, sobre todo, porque estoy totalmente convencida de que, hoy por hoy, volvería a elegir la misma opción. En la balanza, todo lo que tengo ahora pesa mucho más que lo que podría considerarse un contra. Incluso lo que está por venir. Ya no me considero un monstruo, como al principio; he tardado poco en cambiar de opinión porque es fácil hacerlo cada vez que miro la cara de mis hijas por la mañana al levantarlas para el cole; cada noche, cuando nos reunimos alrededor de la mesa para cenar o me deslizo entre las sábanas frescas hasta encontrar el cuerpo cálido de Sergio, acoplándome en su espalda como si fuera el lugar que siempre estuvo ahí para mí; es fácil cuando hacemos el amor como esta tarde, con tiempo y sin pestillos de por medio. Al final, me ha resultado muy natural congraciarme con mi yo del pasado porque me he sentido identificada y agradecida: «Gracias por haber elegido este camino, a pesar de todo», murmuro entre dientes e inspiro fuerte con el cigarrillo en mis labios fruncidos, notando cómo el humo entra en mis pulmones y los ocupa por completo. Debería percibir cómo me quita vida poco a poco, pero siento justo lo contrario, un placer inexplicable, calma. Qué bien que la nicotina siga teniendo ese efecto en mí. No creo que vaya a fumar muchos cigarros más en lo que me queda de viaje, pero no lo descarto, así que guardo ese paquete de tabaco con la fotografía de un pulmón negro y canceroso que compré hace unos días bajo el montón de paños de cocina, esos que se mantienen nuevos y que se habrán lavado un par de veces como mucho en todo lo que llevamos de casados. Lo hago junto con el mechero, un Bic de toda la vida, comprado junto al paquete de tabaco y con un llamativo diseño de lunares blancos sobre fondo rojo. Me hizo gracia.

Mientras cruzo las piernas y dejo escapar el humo del cigarro hacia arriba, noto el frío de la encimera de la mesa en mi pecho. Me miro sorprendida, claro, no suelo sentarme aquí desnuda y mucho menos sin sujetador, así que compruebo que tengo las tetas un poco más caídas de lo que pensaba. Suelto un bufido y me río de mí misma, ¿qué esperaba? ¿Tener las tetas de hace veinte años? Me froto los ojos, esto es confuso, estoy con una sensación constante de *déjà vu* porque la resolución de la amnesia ha provocado que la

visión de mis futuros alternativos hace quince años me parezca realmente reciente. Y, a la vez, la gran cantidad de información y su propia naturaleza hacen que siga quedándome perpleja ante ciertos acontecimientos. Todavía no ubico a Esther y nuestra conversación pendiente, pero sí me resultó tan familiar que asustaba la pataleta, inevitable por otro lado, que iba a tener cuando le prohibimos quedarse a dormir en casa de su nueva amiga elegida.

O sea, las visiones de largo recorrido —como las llamo yo— no son películas detalladas, a veces hay momentos por los que pasan muy por encima y atrás quedan sensaciones, sentimientos y reflexiones someras de lo que acabo de ver. Pero hay recovecos en los que se detienen, en los que puedo ver las facciones contraerse y formar el gesto de alegría o enfado que trae consigo una acción. Siempre he imaginado esas visiones como un trayecto en montaña rusa, donde hay fases en las que me preparo para el gran viaje y soy totalmente consciente de todos y cada uno de los detalles; y luego bajo a mil por hora una de sus caídas y lucho por retener algo de lo que pasa a mi alrededor. Y no sé por qué ese enfado de Esther fue uno de los momentos que *eso* decidió que era tan importante como para dejar constancia de él junto a todo el abanico gestual de mi hija; y no, qué sé yo, cuando me dijo a la salida del colegio que *había elegido* a su amiga.

La ceniza se me ha acumulado en la colilla y ahora tiembla cada vez me la llevo a los labios. Tal vez tiembla porque lo hacen mis dedos. Los miro con recelo porque quiero extender mi sensación de tranquilidad todo lo que pueda y ese leve temblor que identifico me está haciendo despertar de un sueño del que no quiero que me despierten. Antes de que la ceniza caiga sobre la mesa y el velo lo haga de mi mente, alargo la mano y cojo el calendario de mesa, arranco de las anillas el mes de septiembre, que ya pasó, y lo uso como cenicero improvisado. Miro los días y paso los dedos por ellos, el tiempo. En mis visiones, siempre intento localizar calendarios, cada vez más escasos; pantallas de móviles con fecha, documentos datados, lo que sea. Y normalmente los encuentro. Es más fácil cuando *eso* me muestra un recorrido y no una escena solitaria de mi futuro, porque tengo más donde buscar y el desarrollo me indica

tiempos. Pero ha habido muchas ocasiones en las que las únicas pistas de su paso eran mi cuerpo y mi vestimenta. Si me veía con ropa que ya tenía, no podía ser algo muy a futuro. Si tenía el pelo largo, igual pasaban seis meses. Si me movía por una oficina vistiendo una falda de tubo y unos tacones de infarto que desafiaban mis propias leyes de la gravedad, realmente sí que habían pasado años.

Cuando Nerea se convirtió en mi amiga de por vida, fue porque la vi e interpreté que esas que estaban bailando juntas y riendo como locas en la pista de una discoteca debían de ser adolescentes de unos lejanos quince o dieciséis años. Realmente, teníamos dieciocho y nos reíamos tanto porque al fin logramos acceder a un local donde nos habían negado la entrada hasta en tres ocasiones. Y también reíamos porque, para qué negarlo, habíamos compartido un porro con Susana antes de hacerlo. Fue una explosión de adrenalina cuando me descubrí en ese momento que ya había visto hacía tantos años. Habitualmente ocurre, la adrenalina me explota en la cabeza cuando reconozco una situación, aunque esta última semana la sensación se ha adormecido un poco porque he reconocido demasiadas.

El caso es que, al final, siempre llego a la misma conclusión: *eso* se encarga de dejarme claro que tiene el mando en cada una de sus apariciones estelares en mi vida; que cualquier intento por mi parte de sacar un patrón que me ayude a entenderlo es una pérdida de tiempo.

Capítulo 41

Hace quince años

Los testigos contribuyeron a confirmar la versión de Sergio, la de que él se encontró de repente con una mujer encima del capó sin previo aviso. Desde los dos amigos que doblaban la esquina en ese momento hasta la mujer que se topó de frente con el accidente. Los jóvenes fueron bastante contundentes:

—Esa chica se tiró delante del coche como si quisiera pararlo —dice el primer chico levantando los brazos y haciendo el gesto que cualquiera haría en medio de una carretera para detener el tráfico.

—Sí, hermano, fue escalofriante. —La agente lo mira suspicaz, no se fía de que conozca exactamente el significado de la palabra «escalofriante», pero no le va a corregir porque no aporta nada a la historia—. Aunque…

—Aunque qué. —La policía lo mira con atención y espera a que se explique, puede ser algo o no puede ser nada, con estos adolescentes, nunca se sabe. Le sigue sorprendiendo que no sacaran sus móviles para grabar la escena y lo alaba, a pesar de que eso les hubiera hecho el trabajo mucho más sencillo.

—Aunque más que parar al coche, parecía que quisiera subirse a él, ¿sabes? No sé si me entiendes. —El tuteo la pone nerviosa, no le gusta que la tuteen estando de uniforme, pero se muerde la lengua porque hay veces que no merece la pena poner a la gente en su lugar.

—¿Subir al coche en marcha? ¿Saltando al capó? —pregunta la agente con el bolígrafo apuntando hacia la libreta.

—Llámame loco —zanja el chico, y ella ya sabe que no va a sacar nada más de esos dos testigos. Los deja marcharse y tarda unos segundos en retirar la mirada de ellos, de sus andares descoordinados y de sus aspavientos que los aíslan de los demás peatones de la calle como si fueran islas andantes. Ha registrado sus

nombres y sus números de teléfono, pero intuye que no le harán falta.

La mujer que iba justo detrás de Raquel, con otra bolsa de pan que sí llegó intacta a su casa, se mostró más cauta al principio, aunque luego se encontró más cómoda.

—La chica bajó el bordillo como si hubiera visto que venía el coche y, aun así, decidiese que le daba tiempo a cruzar.

—¿Cómo? —Eso le puede dar a la situación un significado basado en la negligencia del peatón.

—¿Qué? —cuestiona a su vez la testigo.

—Ha dicho que la mujer creía que le daba tiempo a cruzar —puntualiza la agente, bolígrafo en ristre y lista para anotar.

—No. He dicho que parecía como si pensase que le daba tiempo a cruzar —concreta la testigo—. Pero también podía creer que así podía morir. No sé, todo el mundo sabe que tirarse delante de un coche en una vía de ciudad como esta, en fin, a no ser que provoque un accidente en cadena, no te mata, sino que te deja lisiado. Igual buscaba una baja.

La agente apunta algo en su cuaderno y continúa.

—¿Cómo iba el coche de rápido? —Y mira interrogante a la testigo.

—Iba lento. Demasiado lento, diría yo. Incluso pensé que llegaría al paso de cebra de la esquina antes que él. —La mujer le da un pellizco a una pieza de pan de su bolsa y se la echa a la boca, mirando expectante a la policía, aguardando la siguiente pregunta.

—Y el chico… —comienza la agente, pero la mujer no la deja terminar.

—El chico se bajó inmediatamente del coche. Y la joven que iba con él de copiloto también. Me he enterado por aquí de que son médicos, la atendieron enseguida. —Traga el trozo de pan acorralado en un rincón de su mejilla y continúa en voz baja—. Pobre muchacho.

Las pruebas de alcohol y de drogas que le practicaron a Sergio dieron negativas, como no podía ser de otra forma. Las marcas en el suelo permitieron colegir que la velocidad del vehículo era inferior a la exigida por la vía. En su testimonio, Ana evitó hablar de los dedos que en ese momento jugueteaban con la humedad de sus bragas y

confirmó que Sergio conducía con especial cuidado porque acababa de sacar el coche del concesionario. «Vaya estreno», se limitó a decir la agente.

Un intento de suicidio de este tipo es difícil de probar, especialmente cuando la víctima tiene amnesia, como era el caso; y también cuando todo su contexto familiar y vital indica que no hay razones probables para ello. Así que poco después se cerró el caso como un accidente, quedándole a Sergio solo el papeleo con su seguro y con el tema de la responsabilidad civil. ¿Qué porcentaje de culpa sería para cada uno? No quería predecirlo, porque para él, su porcentaje era cero. Pensaba que habían retirado demasiado rápido de la ecuación el intento de suicidio. Los agentes no vieron los ojos de Raquel clavarse en los de él mientras se dejaba atropellar, ¿con una sonrisa en los labios? Una expresión que no olvidaría nunca. Seguía preguntándose si se habían visto antes porque el reconocimiento de Raquel fue evidente.

—¿Por qué iba a enfadarme? —le pregunta desconcertada Raquel, sentada en medio de los jardines del hospital, con el sol quemándole el muslo de la pierna izquierda; han pasado más tiempo del normal en el mismo sitio y el sol ya se ha movido y ahora la sombra empieza a abandonarlos.

—Raquel, yo conducía el coche que te atropelló. —Y Sergio exhala como si hubiera estado aguantando el aire desde el accidente. Una ligereza lo invade y se reclina sobre el banco, agotado.

—¿Cómo? —Raquel parpadea confundida. El sentido de la frase que ha dicho Sergio realmente no ha llegado a la zona de su cerebro que desentraña el significado de las palabras y su confusión es sincera—. ¿De qué estás hablando?

—Yo fui quien te atropelló, Raquel. —Suspira y se pasa una mano por la cara. Vuelve a fijar la vista en ella. —Y de verdad pienso que intentaste… —Sergio duda, pero esto que ha empezado es imparable. —De verdad pienso que, en ese instante, quisiste quitarte de en medio. —Intenta disfrazar la realidad de lo que cree con palabras menos agresivas: nada de *suicidarte, matarte* o *quitarte la*

vida. Parece increíble que, en cuestión de días, su sentido protector hacia Raquel se haya desarrollado tanto.

—Sergio, por favor, ¿me puedes llevar a mi habitación? —Raquel pronuncia cada palabra con precisión. No mira a Sergio, mantiene sus ojos fijos en la nada más allá del hombro de él y un leve temblor le tira de la comisura de los labios.

—Pero, Raquel, creo que debemos hablar…

—Te estoy pidiendo por favor que me lleves a mi habitación. —Y ahora sí lo interpela directamente a los ojos. Y Sergio ve ira, pero también miedo, angustia y algo así como desubicación.

Sergio la lleva en silencio por los pasillos del hospital, donde sus ruidos se comportan como la banda sonora de una serie de médicos cutre: las sirenas de las ambulancias llegando a urgencias, los pitidos de las máquinas de soporte vital, las ruedas de las camillas recorriendo los pasillos, los pasos apresurados del personal.

—Mañana te dan el alta y comenzarás la rehabilitación como paciente externa —la informa en voz baja cuando la deja junto a su cama.

—No —espeta Raquel. Un *no* con un abanico de posibilidades que aturde a Sergio: ¿*no* a empezar a la rehabilitación externa mañana? ¿*No* a hacerlo con él? ¿*No* a seguir hablando con él? ¿*No* a volver a verlo, a dejarlo explicarse?

Para Raquel, ese *no* da por concluida su relación con el divertido, guapo, sexi e interesante fisioterapeuta.

Capítulo 42

Efectivamente, la firma de las autorizaciones de las niñas no fue la última escena que vi de mi vida. Estoy pensando que *eso* precisamente me ha devuelto la memoria en el momento oportuno para que ponga todo en orden. Por un lado, lo agradezco; por otro, hubiera preferido seguir viviendo en la ignorancia: realmente, a estas alturas del partido, no me hacía falta saber que me tiré delante de un coche intencionadamente ni que todas las cosas que he vivido durante gran parte de mi existencia han sido producto de una elección mía tan fragrante. Hace quince años, llegué a planteármelo, pero también llegué a la rápida conclusión de que no podía tener dudas sobre que era imposible haber elegido un futuro que conllevara tanto sufrimiento físico y psicológico. Sobre todo, al principio, cuando nada de esto que tengo hoy en día era una posibilidad. Qué sabría yo, ni yo misma me conocía entonces.

Lo que vi fue lo siguiente. Sabía que era 17 de marzo de 2025 porque la pantalla del autobús, esa en la que se repiten en bucle durante todo el trayecto imágenes estáticas, informaciones insustanciales y preguntas tontas con diferentes opciones de respuesta, lo mostró con letras grandes y coloreadas. Igual más estridentes de lo que realmente son, he querido creer siempre que las visiones tienen algo de sueño y los contrastes de color son un signo muy identificativo. Mi experiencia también me ha enseñado que no sirve de nada fingir ingenuidad y hacer como que no se tiene información, así que lo primero que hice después de tener la visión fue buscar en mi móvil en qué día de la semana caía el 17 de marzo de 2025. Y era lunes.

Mientras me fumo el cigarrillo sentada y desnuda en la mesa de la cocina, cuidando de que la ceniza caiga solo sobre la página del mes de septiembre del calendario, me pregunto cómo acabo cogiendo un autobús y, más aún, cómo acabo haciéndolo un lunes. Es uno de los detalles que *eso* no me ha dado, o bien ha ido tan rápido que, a

pesar de mi experiencia, no he podido retenerlo. Quizá es así para permitirme seguir viviendo con una cierta sensación de control sobre mi vida. Aunque, después de todo, da lo mismo el cómo, el caso se resume en que *eso* te da tanto como lo que no te facilita y mi curiosidad a veces se queda atascada en los detalles más banales en contra de mi voluntad. Así que me exprimo durante unos minutos la cabeza para intentar adivinar, dentro de la rutina que llevo hoy en día, la razón por la que estoy en un autobús un lunes por la mañana. Me aliso las arrugas que sé que me han salido en el ceño y me doy cuenta de dos cosas: que el cigarro tiembla más de la cuenta y de que se avecina un dolor de cabeza.

No consigo concluir nada. La cuestión es que yo nunca cojo el autobús, ni siquiera cuando hemos tenido el coche en el taller. La última vez que viajé en un autobús de línea fue en una excursión del colegio con las niñas y prometí que nunca más volvería a hacerlo. Prefiero mil veces el metro o gastarme el dinero en un taxi. Reflexiono y me proyecto a ese autobús, de pie junto a la ventana, en mitad del vehículo, rodeada de unas cuantas personas, no muchas. No en vano, son las diez y media de la mañana, dato que también muestra la pantalla, bajo la fecha, con los dos puntitos parpadeantes y luminosos que me ponen nerviosa y parecen indicar una cuenta atrás. La hora punta ha pasado y ahora solo toman el transporte público los que acuden a alguna cita excepcional. O al menos, es lo que deduzco allí sentada en la cocina, porque no puedo adivinar nada, solo recordar una leve expectación en mi yo del futuro.

Como estoy en una fase de la visión en la que el vagón de la montaña rusa transita por una de esas partes en las que se prepara para lo que está por venir, puedo fijarme en los pormenores. Miro hacia abajo y reconozco los vaqueros gastados cogidos con una tira del mismo tejido a modo de cinturón y que, atado en mi cintura, me hacen parecer una lechuga. Me encantan. Más arriba, la camisa azul cielo que me compré una talla más grande porque no había de la mía en tienda y tampoco podían traerla de almacén porque estaba agotada. Me sorprendo por la gabardina beis que me acaba de regalar Sergio en nuestro aniversario y por el enorme bolso de piel

colgado del hombro y que hace mucho que no uso, pero que parece que volverá a tener su momento de esplendor en mi vida pasados unos meses. En mis pies, las Converse negras completan un estilismo que me resulta un tanto extraño para un lunes. Un lunes en el que yo tendría que estar trabajando. Esa ropa es más de viernes por la tarde o sábado por la mañana; de una visita al supermercado o de un paseo a mediodía por el parque, pero ¿para ir un lunes en autobús? Aplasto el cigarrillo en el día 13 de septiembre y exhalo el humo hacia arriba, aunque de todas formas la ceniza baila sobre la mesa. Entonces, decido que no tiene sentido seguir sometiendo a mi cerebro a más castigo, al menos por el momento, porque la presión que comienzo a sentir en la parte superior de la cabeza amenaza con aplastarlo. Además, no voy a adivinar la elección de ese viaje en autobús un lunes por la mañana porque aún está por venir y, por mucho que quiera, no me la puedo imaginar, nunca he sido tan creativa.

Cojo la hoja del calendario y la hago un gurruño. Me quedo mirándome los dedos, envolviendo la bola de papel caliente por la colilla recién apagada, y siento el calor que me invade en el autobús. Y luego la humedad cuando camino rápido una vez que bajo en la parada que he visto tantas veces. Es bochorno, y puedo recordarlo e incluso notarlo en mi piel, un bochorno inusual para la época del año. Me arremango la gabardina hasta donde me dejan los botones y apuro el paso para cruzar el semáforo que ya parpadea y dejará de estar en verde en unos segundos. Me dirijo sin ninguna duda al hospital donde trabaja Sergio. Es el mismo hospital donde hace quince años nos conocimos oficialmente. Ya nos habíamos conocido en el accidente, claro, y él tuvo cogida mi mano durante unos minutos que fueron cruciales para mí justo después del impacto, pero yo entonces no lo sabía, así que nunca he considerado que el momento en que conocí a mi marido fuera ese. Ya puedo confirmar que conocía a mi marido incluso antes de que él me viera durante el atropello. No es una carrera que quiera ganar contra él, pero es algo que me gusta paladear.

Ahora, tras haber visto y rememorado la visión al completo muchas veces, me permito deleitarme en mi paso por los jardines

donde Sergio y yo paseamos la primera vez, él empujando mi silla de ruedas y ambos tirándonos pullas que más tarde se convertirían en algo usual entre ambos. Los caminos han cambiado, hubo una reorganización de los senderos. Yo creo que lo han dejado peor, aunque seguramente me esté dejando llevar por la nostalgia; y si un profesional del paisajismo ha dictado que esa configuración de los jardines es más apropiada, quién soy yo para llevarle la contraria.

Paso veloz junto a los bancos, que son los mismos solo que ubicados en lugares diferentes. Y quizá sí, la sombra esté más aprovechada donde se encuentran ahora. Y entonces, entre otras cosas, me cuelo por la puerta siempre abierta de urgencias. Las visiones siempre me dejan un recuerdo de las sensaciones o sentimientos que he tenido en los futuros alternativos que me presenta. Sensaciones e imagen, pero en ningún momento puedo acceder a mis pensamientos, aunque, como sé lo que va a ocurrir, puedo imaginarme lo que estará pasando por mi cabeza. Así que solo me recuerdo andando deprisa, con la gabardina volando tras de mí, expectante y con una urgencia que hace vibrar mi sangre por dentro, como si cabalgara a través de mis venas, y el corazón latiendo como una manada de caballos en plena estampida. Noto más calor aún. Y tengo calor ahora, sentada desnuda en la mesa de la cocina, a pesar de estar ya en octubre y con un *desplome* de las temperaturas, como les gusta decir en la tele, que ha hecho que saquemos los jerséis de lana de repente.

Me levanto y escondo en la basura el gurruño de papel con la colilla y la ceniza dentro, como si Sergio fuera a abrir el papel y descubrir mi desliz. Me enjuago la boca un par de veces y cojo un caramelo de menta de mi bolso. Antes de salir de la cocina, dejo la ventana abierta. Así, cuando Sergio sale del baño, me encuentra tumbada de nuevo en la cama, mirando el móvil, como si no me hubiera movido de ahí en todo este tiempo.

Capítulo 43

—¿Qué haces? —Sergio sale con una toalla alrededor de la cintura. Caen gotas de agua a lo largo de sus piernas y deja huellas húmedas en el suelo de madera, que pusimos el año pasado después de mucho meditarlo.

Nunca se termina de secar tras una ducha y siempre se viste mojado. Es algo que me asombra, al mismo nivel que me alucinan sus abdominales y lo bien que le quedan las canas. Está mejor que cuando lo conocí. Como todo esto lo sabe él de sobra, porque ya me encargo yo de decírselo, se pasea un dedo por la barriga, guiando las gotas de agua hacia abajo, provocándome. Yo suelto una carcajada, podría morir por él. De hecho, creo que es lo que haré, pero no se lo voy a contar.

—¿Qué haces tú? —le respondo riendo—. Tienes que ir a por las niñas. —Me tapo con las sábanas y me vuelvo de lado, intentando que no note que yo también me he puesto bastante a tono con su contoneo, sobre todo, después de que se haya quitado la toalla como si se tratase de un pase vip de estriptis.

—Puedo llegar tarde —me susurra inclinado sobre mí, muy cerca de mis labios y con las dos manos a cada lado de mi cabeza.

—¿Y aguantar a Miriam? —Me destapo la cabeza y levanto las cejas, sabiendo que he ganado la batalla.

—Tienes razón, no tengo ganas de los reproches de Miriam. —Y se incorpora con tanta rapidez que un enorme vacío ocupa el lugar donde debería encontrarse mi estómago.

Desde que hace unos días tuve esta revelación, soy más consciente que nunca de todo lo que hay a mi alrededor, de los momentos, de las palabras, de las caricias y del instante en que se terminan. También de su ausencia. Es insoportable tener los sentidos a flor de piel, aunque supongo que, como todo, me adaptaré y mi corazón dejará de dar vuelcos como un saltimbanqui porque mi marido se incorpore de la cama y se aleje de mí unos metros.

Entonces, Sergio desaparece en el baño de nuevo y, cuando sale, lo hace vestido, y aún mojado, con unos vaqueros y una camisa de cuadros. La camisa puede tener perfectamente diez años. En la visión no detecto el momento en que la compramos, pero puedo echar mano de lo que todo el mundo hace, de los recuerdos a la antigua usanza. Revivo el paseo por el centro comercial con un carro de bebés doble, eligiendo ropa sin verla realmente. Lanzábamos prendas al cesto como si recorriéramos un supermercado y llenáramos el carro con *pizzas* congeladas y comida precocinada: con el solo objetivo de sobrevivir. En este caso, era supervivencia de otro tipo, pero supervivencia al fin y al cabo. No puedo recordar qué llevaban puesto las gemelas, probablemente irían desparejadas, con baberos que indicaban un día de la semana que no era y los calcetines de diferente color y diferentes animales estampados. Yo vestiría los pantalones de chándal que tuve tatuados en mi piel los primeros tres meses de vida de Miriam y Esther; y Sergio, unos vaqueros claros con unos de los bolsillos traseros roto y una camiseta de manga corta de publicidad, su uniforme durante toda la baja por paternidad. ¿Y sabes qué? Me gusta. Me gusta no revivir exactamente ese momento como pasó, sino como recuerdo que pasó. Me aferro a ese poquito de normalidad como a una balsa salvavidas.

—Me voy. —Sergio me da la vuelta en la cama y me deja boca arriba, me da un beso en los labios y sale de la habitación—. ¡No te olvides de pedir comida! —grita desde la puerta de entrada y yo sigo mirando al techo, todavía con la mente puesta en aquella tarde en el centro comercial, intentando identificar aquella camiseta de publicidad de Sergio en los trapos de cocina que uso para limpiar el polvo. No hay nada como el algodón húmedo de una vieja camiseta hecha retales para sacarle bien el brillo a los muebles de Ikea que todavía invaden nuestro hogar y que esperábamos cambiar por unos mejores cuando las gemelas crecieran. Quizá ahora insista y haga realidad algo que no he visto en mi visión.

Esa noche se me va a olvidar pedir comida, lo he visto ya antes. Y es raro, porque sé que se me va a olvidar pedir la comida y que cuando vuelva Sergio con las niñas precisamente va a reprocharme

que se me haya olvidado. Pero no puedo no procrastinar. Y además, cómo voy a luchar contra lo que ya está escrito. Así que hago lo único que puedo y tengo ganas de hacer: acomodarme muy bien en la cama y subirme el edredón hasta el cuello. Cierro los ojos y pienso en lo que ha estado ocupando mi mente durante la última semana.

Es raro que solo ahora, cuando estoy recordando la visión, repare en los coches de policía aparcados en la entrada de la puerta de urgencias, subidos sobre la acera y bloqueando parcialmente el paso. Las luces azules me deslumbran y le dan al vestíbulo del hospital un aspecto terrorífico, sin importar que sea de día ni que el sol luzca como pocos días de marzo lo hace. Dos agentes hablan entre ellos; están apoyados en uno de los coches, tranquilos, lanzando miradas de soslayo a sus compañeros, otros dos uniformados que sacan del otro vehículo a un chico joven con la cara llena de golpes. Los ojos del delincuente saltan de sus órbitas, está fuera de sí, como si hubiera tomado más droga de lo que su cuerpo puede soportar. La violencia con la que se mueve, tirando de los brazos de los agentes hacia abajo y hacia adelante, es mucha, tanta que parece increíble que un chaval tan enclenque como ese sea capaz de poder con dos hombres que le doblan en estatura y peso. Y siento el miedo al pasar junto a él como una masa de aire espesa que se aposenta en mi estómago; lo acompaña una leve inseguridad que me cosquillea por las piernas, azuzándolas a moverse un poquito más rápido para alejarme de ellos cuanto antes. Como ya sé qué va a pasar, evoco con especial detenimiento ese forcejeo entre el delincuente y los agentes, las esposas brillantes mandándome destellos desde su espalda y mi apresuramiento para dejarlos atrás lo antes posible, en un intento de que no entren al hospital pegados a mí. ¿Y eso que percibo es esperanza? Se me escapa una lágrima porque, de alguna manera, intuyo que la Raquel que está recorriendo los pasillos de urgencias sabe lo que va a pasar y que, a pesar de todo, la envuelve el peor sentimiento de todos, la esperanza.

El bucle se repite desde el momento en que veo a los policías hasta que llego a la consulta donde está Sergio. ¿Podría hacer algo? Es decir, cuando llegue el momento, que llegará, ¿podré intervenir

de alguna forma? Me incorporo y cojo un cuaderno de mi mesita de noche y anoto: «Intenta hablar con los policías». Sí, los otros policías, los que están apoyados en el coche patrulla charlando tranquilamente, ¿por qué *coño* no están ayudando a sus compañeros? ¿Es que no se dan cuenta de que el chico es peligroso, que está drogado, que puede matar? Dios mío, ¿no se dan cuenta de que ese chico va a matar?

A pesar de los años conviviendo con una particularidad que ha condicionado toda mi vida; a pesar de que ya he pasado por etapas en las que he boicoteado mi existencia para intentar llegar a otra conclusión que no sea la que he elegido, sin éxito; a pesar de todo eso, soy un ser humano que considera que la esperanza es lo último que se pierde. La esperanza es tal vez el sentimiento más peligroso de todos los que podemos experimentar, porque nos da alas, nos estimula, nos pone a los pies de los caballos. Y a mí me ha puesto a los pies de unos que van muy rápidos y con una potencia inaudita. Y aun así, estoy convencida de que llegará ese día y entraré en el hospital exudando esperanza por cada poro de mi piel.

Me quedo dormida y se me olvida pedir comida.

Capítulo 44

Hace quince años

Raquel llega al piso de sus padres, pero, antes de lograr cruzar la puerta, se ha detenido tantas veces con las vecinas que suspira aliviada cuando se ve envuelta en el ambiente acogedor y familiar de la entrada. Camina despacio y apoyada en el brazo de su padre, más por miedo que por incapacidad, y cuando llegan a ese espacio angosto que huele a comida casera, se mira en el espejo con marco victoriano que preside el pequeño vestíbulo. Lo que ve la deja sin palabras.

Durante los días que ha pasado en el hospital, solo se ha mirado en el espejo para comprobar que su cabeza no albergaba bultos en el pelo más allá de lo socialmente aceptable. Si los veía pequeños, podía pasar sin arreglarlos. Aquí y ahora observa sus ojos, apagados y sin luz; sus rizos indomables que desde luego crean bultos en el pelo más allá de lo socialmente aceptable; su piel cetrina y una zona de acné en la mejilla derecha que no estaba ahí la última vez que miró. Ha perdido peso y eso se nota en su rostro, más anguloso y menudo; en su nariz respingona, que sobresale un pelín más de la cuenta; y en sus labios, que siguen tan carnosos como siempre, pero que ahora parecen ocupar más espacio en su cara que antes. La magnitud de todo lo que ha vivido, de todo lo que está viviendo, se le viene encima como una pared mal construida, de sopetón y estrepitosamente.

Por eso, cuando entra en el salón y la recibe un alegre aunque impostado «¡Bienvenida!» procedente de las voces mezcladas de todos sus seres queridos, ella responde con una sonrisa que no oculta su estupefacción: una fiesta era lo último de lo que tenía ganas.

Allí están Raúl, Susana, Nerea, Álvaro y Luis. Luis es el último en aparecer en el radar de Raquel y su expresión transmite tanto

estupor como lo hace la sonrisa de ella. Está de pie junto a la puerta que da a la terraza, así que la luz lo ilumina por la espalda, manteniendo su rostro levemente en penumbra. Desde que discutieron hace un par de días, no ha hablado con él más que para confirmar que esa última noche que ha pasado en el hospital lo haría acompañada por su madre. Hay tantas cosas que tienen que tratar, que no sabe por dónde empezar. Y lo malo de todo es que no tiene ganas de hacerlo. En una relación normal, con una persona a la que considerara su refugio, ella habría ido corriendo a contarle lo que le dijo su madre sobre su supuesto intento de suicidio. Pero ya es demasiado tarde. Eso ocurrió ayer por la mañana, han pasado más de veinticuatro horas y ahora, aunque se lo diga, quedará como algo que no le ha sacudido como realmente sí lo ha hecho. Pero hay algo peor, no siente alivio siquiera en pensar que se lo cuenta; no siente que con ello le vaya a quitar un peso de encima porque no necesita su consuelo. Tampoco lo quiere, como sí quería el de Sergio. Aunque esa historia acabó de una forma totalmente inesperada y no sabe qué pensar ni cómo comportarse respecto a su confesión.

Con la mueca de la sonrisa aún pendiendo de sus labios, mira arriba y ve unos globos flotando junto al techo; baja los ojos a la mesa y se fija en una gran tarta rectangular de nata y chocolate que reproduce el mismo «¡Bienvenida!» que acaban de gritarle. Se nota que han corregido la V, de un «Bienbenida» que revela que la tarta es de la pastelería del barrio, de donde no sale nunca una tarta sin su falta de ortografía. Se siente algo abrumada, pero no quiere delatar ninguna emoción negativa porque sabe lo mal que lo han pasado, y entonces una certeza se asienta en su cabeza: todos los que están allí han pensado en algún momento que se intentó suicidar hace menos de un mes. Aunque ya no lo crean, aunque aseguren que no lo han creído nunca. Las milésimas de segundo se convierten en instantes eternos y Raquel se visualiza en un tanque cuyo nivel de agua va subiendo cada vez más y más y más. Comienza en su cadera dolorida, pero la deja atrás rápidamente hasta situarse a la altura del pecho. Se aferra al brazo de su padre con algo más de fuerza y su mueca de sonrisa no desaparece porque no sabe cómo cambiarla, igual se queda así para toda su

vida; a lo mejor sus músculos se han bloqueado y ya nunca más podrá expresar ningún tipo de sentimiento más allá de esa amabilidad falsa que sabe que refleja su cara ahora mismo. Antes de que el agua le llegue a la garganta y luego a su nariz y por último la engulla por completo, Susana se adelanta a todos y la abraza con una fuerza considerable para lo pequeña que es. Raquel abandona la mueca de sonrisa y los músculos de su cuerpo se relajan como si ella fuera uno de los globos que flotan por encima de su cabeza, desinflándose y cayendo lentamente al suelo. Ahora es capaz incluso de oler el champú de vainilla de su prima e inspira tan fuerte que se marea. Susana deshace su abrazo justo cuando lo necesita.

Raúl es el siguiente en saludarla y no puede evitar sentirse extraña entre los brazos de su hermano. ¿Cuándo fue la última vez que su hermano la abrazó? Quizá en fin de año, cuando se comieron las uvas y todos se besaron sin ton ni son y sin mirar a quién besaban realmente. Nerea salta sobre ella y no puede evitar un pequeño gemido que su amiga interpreta como un aullido de dolor. Nerea se separa repitiendo «lo siento» tantas veces que la expresión pierde su sentido. Tras ella, Álvaro le da dos besos un poco más efusivos de lo normal y le sonríe con sinceridad mientras le susurra: «Qué bien que estés de vuelta». Raquel no cree que su vida haya corrido peligro en ningún momento, pero empieza a pensar que sí. Y de nuevo es Luis el último en aparecer ante ella y darle esa bienvenida que se ha molestado en exclamar hace tan solo unos segundos. Le toma las mejillas con sus manos y Raquel puede notar la tibieza de su piel; entonces, le da un beso en los labios más largo de lo que debería y le susurra: «Me alegro de que hayas salido» antes de apartarse y dejar que su madre la tome de la mano y la lleve al sofá. El beso le ha dejado un ligero regusto a menta, a los caramelos que Luis suele chupar cuando se ha fumado un cigarro y no quiere que nadie note que lo ha hecho. Costumbre que ella adoptó cuando se dio cuenta de que era más apetecible que el espray sabor limón, aunque más evidente. Ahora, Raquel solo puede corroborar que la situación es tan incómoda para Luis como para ella y que se hace más imprescindible que nunca tener un rato a solas.

—He hecho un arroz, seguro que tienes ganas de algo casero después de tanta comida de hospital. —Isabel sienta a Raquel y con la mirada distribuye a todos por el salón. La mujer comienza a hacer lo que mejor sabe y con lo que se siente más útil: organizar.

—Creo que nosotros nos vamos a ir, Isabel. —Nerea da un paso al frente y toca el antebrazo de la mujer con algo parecido al miedo, aunque en realidad es respeto.

Isabel siempre ha sido como una fuerza de la naturaleza. De adolescentes, Nerea temía más las represalias de Isabel que las de su propia madre cuando llegaban tarde un sábado por la noche. Detrás de ella, Álvaro asiente, sacando ya las llaves del coche de su pantalón y haciendo ademán de irse.

—Ni hablar, el arroz estará en un ratito. —Y coge la tarta y se la lleva a la cocina, donde el día anterior se lo dejó todo listo para hoy solo tener que añadir el arroz y esperar media hora. Juan la sigue, aunque sabe que su ayuda no es necesaria y tampoco será bienvenida.

—¿Contenta de estar en casa? —Álvaro, que ha vuelto a sentarse en una silla junto a la terraza, no sabe qué decir y suelta una frase hecha tan inoportuna como incisiva.

—¿En casa? —Raquel lo pregunta tan bajito que espera que nadie lo haya escuchado. Aunque en realidad sí que lo han hecho y solo fingen no haberlo oído.

Los ojos de Raquel viajan perezosamente hacia Luis, que, como pequeña rebelión, no se ha sentado, sino que se ha apoyado contra el mueble del comedor, con los brazos y las piernas cruzadas. Él no finge no haberla escuchado y la mira con distancia, como si la que estuviera allí sentada después de un accidente que le ha costado el bazo, una operación de cadera y puede que parte de su salud mental no fuera su novia. Qué digo su novia, su pareja, que viven juntos desde hace tiempo. Las palabras y los reproches mueren en la garganta de Raquel antes de que puedan salir y ella lo agradece porque, si las liberara, arruinarían el ambiente. Puede seguir haciendo un esfuerzo, aunque sus energías se dividen en mantener a raya demasiados frentes abiertos: reprimir la angustia de saber que todos han pensado que era una suicida; el cansancio que le ha

sobrevenido desde el mismo momento en que puso un pie en la calle; la exasperación que le ha provocado ver a Luis en casa de sus padres y su incomprensible desconcierto por no haberlo escuchado ni una sola vez ofrecerse para cuidar de ella en su propio piso; las escasas ganas de socializar que tiene ahora mismo; y la pequeña pero innegable esperanza de volver a ver Sergio de nuevo.

Capítulo 45

Hace quince años

—Creo que mi relación con Luis se ha acabado —suelta Raquel cuando por fin se encuentra a solas con Susana.

Primero se marcharon Nerea y Álvaro, que se habían pedido algunas horas en el trabajo para estar en casa de los padres de Raquel a su llegada; el siguiente fue Raúl, que abría el taller en breve y esperaba un par de coches a primera hora de la tarde; y luego, fue Luis. Sus ojos habían buscado incansablemente los de Raquel mientras comían, pero ella los había evitado. No quería mantener charlas invisibles e inaudibles ni mostrar que todo iba bien con una sonrisa tranquilizadora, así que no se dio por aludida con esas miradas intensas ni por el apretón de mano que le propinó Luis en el postre. Ella señaló su plato con el trozo de tarta que mostraba la B de Bienvenida derritiéndose en la cubierta de yema tostada y él lo dejó estar. ¿Esperaba que hubiera insistido un poco más? Sí. ¿Quería que insistiera un poco más? No.

—Qué dices, tonta —le reprende su prima y la mira algo irritada. Desde que Raquel tuvo el accidente, su comportamiento dista mucho del comportamiento de la Raquel que ella conoce. Es más insegura, más quejica y no lo soporta. Igual el atropello sí que ha dejado secuelas mentales en su prima.

—Mi relación se ha acabado por unos filetes de pollo. —Y Raquel deja caer la cabeza en el sofá.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Susana comienza a reírse a carcajadas, tanto que Raquel tiene que callarla tapándole la boca con las dos manos para que no despierte a sus padres, que están echando una siesta al fondo del pasillo.

—Discutimos —explica Raquel, pero a ella también se le escapa la risa.

—Por unos filetes de pollo —concluye Susana.

—No exactamente —puntualiza Raquel—. Discutimos por lo que significaban esos filetes de pollo.

—¿Y qué significaban? —pregunta Susana mientras se muerde la uña del pulgar de la mano derecha. En las últimas dos semanas, sus uñas casi han desaparecido y su manicura siempre tan cuidada lo ha hecho con ellas. Ahora solo hay manchitas amarillas, el último color con el que se las pintó la tarde del concierto de Manuel Carrasco.

—Significaban su compromiso en la relación. —Raquel suspira y no acaba de creerse lo que está diciendo.

—Me parece mucha responsabilidad para unos filetes de pollo —bromea Susana, aunque sabe perfectamente a lo que se refiere su prima. Y no es que ella no haya estado viendo la situación desde que se fueron a vivir juntos, pero definitivamente este no es un momento para decir «te lo dije».

—No te burles.

—No me burlo. —Susana hace una pausa—. ¿Y tienes pensado hablar con él? O sea, ¿él sabe que habéis roto?

—No sé si hemos roto, Susana, es todo muy confuso. —Raquel se frota la cara y da las gracias al nuevo aire acondicionado que compraron sus padres en mayo porque mantiene el ambiente del piso en una temperatura que le impide implosionar—. Discutimos hace unas noches, ¿vale? —Susana asiente—. Bien, pues no hemos vuelto a cruzar palabra más que para comunicarle que me daban el alta hoy y que esta última noche sería mi madre quien se quedaría a dormir.

—Entiendo.

—No, creo que no lo entiendes del todo. No quiero verlo, no quiero aclarar las cosas con él. Quiero volver a mi casa y que ya no esté allí. Estoy tan decepcionada que me ahogo. —Raquel termina de hablar con la respiración agitada.

—No te precipites, el accidente te ha trastocado un poco. Creo que debes tomarte un tiempo para reflexionar…

—Un tiempo en casa de mis padres, ¿no? —Susana la mira sin saber qué contestar—. Joder, no quiero que me lleve al baño, pero es que ni se le ha pasado por la cabeza ocuparse de mí. «Ocuparse»

no es la palabra, no quiero que se ocupe, pero es que… —Raquel extiende los brazos y se encoge de hombros—. ¿Qué clase de relación es esta que, a la mínima que hay un contratiempo, le parece bien que me quede en casa de mis padres?

El silencio se instala entre las dos jóvenes. Susana sabe lo que quiere decir, pero también conoce a su tía y las arrolladoras consecuencias de sus decisiones. Lo que ella dice va a misa. No es que quiera defender la inacción de Luis, pero entiende que las cosas no son blancas o negras. Aun así, se calla.

—Me siento muy lejos de él ahora mismo —murmura Raquel—. Y no quiero acortar distancias. —Raquel se gira y mira a su prima, que la observa inquisitiva.

—¿Qué hubieras hecho si no hubieras tenido el accidente y vuelves a casa y ves los filetes de pollo sin hacer sobre la encimera? —El episodio de los filetes de pollo es *vox populi,* no hay nadie de la familia que no sepa que los filetes de pollo acabaron en la basura tan crudos como cuando Raquel los sacó del papel de estraza plastificado de la carnicería—. ¿Hubieras dejado a Luis?

—Probablemente. — Raquel suspira y mira al techo, a las molduras de escayola que su padre ha pintado hace poco y que le dan a ese piso el aspecto de hogar de los ochenta bien mantenido.

—Tienes que hablar con él. —Susana se une a su observación del techo.

—Lo sé —asiente Raquel. Y antes de que Susana pueda volver a hablar, ella gira los ojos y los entrecierra mientras desliza las palabras que ha querido decirle a su prima desde el principio de la conversación, como si todo el tema de Luis hubiera sido solamente una distracción. Es raro, pero para ella eso no es lo realmente importante—. Oye, ¿tú también pensaste que quería suicidarme?

Capítulo 46

Ya estamos en Nochebuena. Durante estos meses, he comenzado a escribir una lista de las cosas que puedo hacer para cambiar el destino. Hay momentos en los que me emociono y pienso de verdad que puedo hacerlo, ignoro a posta la cantidad de veces que lo intenté en el pasado y me digo que, si le pongo ganas y es por una razón tan grande como la vida misma, seguramente tenga éxito. Porque no puede ser lo mismo probar la verosimilitud de una visión de forma caprichosa a luchar por tu vida, ¿verdad? Así que ese pensamiento es el que me anima a continuar aumentando la lista que guardo bajo las bragas de mi mesita de noche. Algunas entradas las he desechado porque sé que son inviables; otras son bastante inasequibles, aunque válidas si las comparamos con el modo en el que voy a morir, *a priori* bastante improbable, pero ahí estoy, muriendo así. Hay puntos que releo cada noche, no me queda otra si quiero experimentar la sensación de que estoy haciendo algo por salvarme y evitar, de ese modo, volverme loca. Todos ellos están basados en que sé, así me lo dicen las tripas, que el apremio que me impele a correr por los pasillos de urgencias del hospital donde trabaja Sergio es precisamente él; y si no hay un Sergio en el hospital, no hay una yo que se encuentre allí el 17 de marzo de 2025. Este es, por tanto, mi top cinco, aunque son cuatro:

- Entretener a Sergio para que llegue tarde (o directamente no llegue) al hospital.

Es el punto al que le doy más vueltas. Es un bucle en mi cabeza, me acuesto y me levanto ideando formas de retrasarlo en su salida: sexo, enfermedad, esconder el móvil para que no suene la alarma.

No, no y no.

Sergio nunca se ha dejado llevar por el sexo en lo que respecta a su trabajo, es decir, un turno en el hospital es sagrado y más cuando su tarea es sustituir a los que han estado toda la noche en urgencias. Verme desnuda le pone mucho, doy fe, pero ni de novios

dejó que un calentón lo retrasara. Y si estuviera enferma, me tendría que estar pasando algo muy gordo, una crisis de dolor agudo en una parte de mi cuerpo que comprometiera alguna función vital. Y aun así, me acompañaría él mismo a urgencias. De todas formas, es una circunstancia que no me desagrada. El apéndice me lo quitaron de pequeña, no puedo jugar esa baza, pero sí hacer algunas búsquedas en Google, a lo mejor fingir un dolor no se me hace tan complicado. Y por último, manipular su móvil para que no suene la alarma, ya sea porque la desactive o porque esconda el teléfono. Enseguida llego a la conclusión de que no procede: Sergio siempre se levanta antes de su hora, activar la alarma es una cuestión de protocolo.

- Hacer que cambie el turno.

Puede ser por una celebración familiar, una cita médica, una actividad de las niñas en el colegio. Para la celebración familiar, podría contar con la ayuda de Susana, que para ese entonces espero que ya se encuentre de vuelta. Pero eso me obligaría a contarle el final de mi visión y no estoy del todo segura de que, en esta ocasión, me guarde el secreto. La cita médica es más complicada, tendría que ser con un especialista o para una prueba tan poco rutinaria que supusiera motivación suficiente como para que Sergio cambiara el turno y me acompañara. Y a no ser que desarrolle una enfermedad grave en los próximos seis meses, poco puedo hacer. Creo que las alternativas médicas las voy a dejar de lado. Entonces, ¿una actividad con las niñas? Sergio no cambiaría un turno a no ser que se tratara de un evento realmente importante, como una graduación o una función teatral, ¿y esas cosas no son siempre por la tarde?

- Provocar un accidente.

Días antes, puedo provocar que se rompa una pierna o un brazo; un empujón aquí, una zancadilla allá, lo que sea, pero que las consecuencias lo obliguen a tomarse una baja. Da igual si pequeña o grande, pero que haga que ese 17 de marzo se quede en casa, a salvo. Que estemos todos a salvo. Ese día, las niñas también se quedarían en casa, bajaría las persianas y cerraría las ventanas, no abriríamos a nadie, no haríamos un solo ruido que indicara que estamos en el piso. Crear un agujero en el cuadradito del calendario

que alberga el número 17 del mes de marzo, que ahí no haya nada, que ese 17 de marzo no exista en nuestras vidas. Desvarío.

- *Irnos de viaje.*

¿Propongo un viaje? No hay festivos alrededor, pero Sergio siempre se puede coger unos días y las niñas no están aún en el instituto; alguna vez hemos hecho una escapada que se ha extendido hasta el lunes y no han ido al cole. *Un fin de semana largo,* esa es la expresión que se usa ahora. Lo marco con un tic verde para darle una vuelta.

La lista continúa y tengo ya una página completa solo con la enumeración y otra con el desarrollo de diferentes puntos. Sergio me preguntó anoche qué me traía entre manos, que me veía muy absorta y que le encantaría saber qué escribo en esa libreta que *escondo* en el cajón de mi ropa interior (sí, usó el verbo «esconder»). Primero me sorprendió porque yo pensaba que no se había dado cuenta de la existencia del cuaderno. Y segundo, ahora cree que estoy recopilando ideas para escribir un libro. ¿De qué? Aún no lo sé, pero parece que a mi trabajo de intentar salvarnos a todos se ha sumado la tarea de crear una historia creíble. Según sus palabras textuales: «Espero que algo tan importante como escribir un libro sea del dominio de la pareja».

Es cierto que estoy más despistada de lo normal, mi resiliencia ha estallado por los aires, he dejado de aceptarlo y me rebelo. Y pensar en modos de cambiar el futuro tiene una cara oscura teñida de culpabilidad por la que a veces me dejo llevar. Especialmente, en días como hoy. Porque no puedo evitar considerar que, si consigo forzar que ni Sergio ni yo nos encontremos ese 17 de marzo en una consulta de las urgencias del hospital, probablemente otra persona ocupará nuestro lugar. O más bien, mi lugar. Y esa persona, entonces, dejaría de asistir a las cenas de Nochebuena con su familia, no habría más regalos de Navidad para ella, no habría más bromas sobre el número de copas que lleva ni pediría más antiácidos por la cantidad de encurtidos que se ha comido. ¿Y me importaría ser la responsable de arrebatarle todas esas cosas a otra persona? Lo más delirante es que conozco a quienes podrían sustituir a Sergio por una baja, un retraso o un cambio de turno y tal vez soy

mezquina porque este hecho me supone un quebradero de cabeza más molesto que si no los conociera de nada. He comido con ellos; cuando las niñas eran más pequeñas, hemos alquilado casas rurales para pasar puentes y fines de semana; Esther y Miriam son amigas de sus hijos. Saúl es el padrino de Esther y Lorena la madrina de Miriam. Hace tres meses que no nos vemos, pero sé de sus vidas. Entonces, la pregunta es: ¿soportaría ser la responsable de la muerte de Saúl o Lorena? Cuando mi interior es como una olla a presión a punto de explotar, mi mente toma un desvío para evitar el colapso: nada ni nadie, ni incluso *eso,* puede garantizarme que realmente el 17 de marzo de 2025 alguien vaya a recibir la bala que yo he esquivado. Bien podremos seguir todos a bordo de la vida y ser felices y comer perdices. Aunque si pienso en aquella agresión sexual que íbamos a sufrir Susana y yo que finalmente… No, no, desecho los derroteros por los que se quiere ir mi memoria y me quedo en mi agradable ignorancia; quién me garantiza que, si yo falto de ese hospital, alguien va a recibir la bala en mi lugar. Nadie.

Pero mi dilema moral ya se ha desplegado como un abanico y me conduce sin remedio a otra noche de insomnio, donde ni las pastillas para dormir que me ha recetado mi médico de cabecera tienen efecto. ¿Dónde quedó esa aceptación que venía con el pack? Tengo que reconocer que la perdí por el camino, se fue haciendo jirones y no queda de ella más que un recuerdo que en ocasiones resurge, pero que vuelve a desaparecer tan pronto como se asoma. Sergio me mira desde su lado de la cama. Estamos cansados porque venimos de su casa y allí la fiesta siempre se alarga demasiado; ha sido una de esas celebraciones grandes en las que se juntan tíos, primos y gente de cuya relación familiar no estoy muy segura.

—Te contaré de qué va la historia si me prometes no cotillear. —Observo mi cajón con sospecha, ¿habrá mirado ya? Estoy convencida de que no, nunca invadiría así mi intimidad.

—Me ofendes. —Lo dice en broma, pero identifico una pizca de verdad. Le sonrío.

—Estoy cansadísima —le suelto cambiando rápidamente de tema —. Mañana mientras desayunamos te hago un resumen.

—Sí, ha sido un día largo… —Me sonríe mientras se tumba en el colchón—. Ah, y la carne te salió espectacular.

—¿Por qué eres tan tonto? —La carne la he comprado en una tienda de comidas para llevar, yo solo he hecho la salsa con la receta de mi madre.

Y me vuelve a sonreír, tapado hasta el cuello con el edredón nórdico verde, alargando sus manos frías a mi abdomen, rebuscando entre mi ropa para meterlas por debajo y acercarme a él tocándome la piel. Y me gustaría meter este momento en una burbuja y llevármela conmigo. Y odio más que nunca haber recuperado la memoria porque, en contra de lo que la gente pueda pensar, saber la fecha de tu muerte no es nada práctico: te hace vivir con un estrés innecesario, echando de menos cada cosa que tienes en el presente y sintiendo cómo cada momento se desliza entre tus manos irremediablemente, como el agua de una fuente.

Me acomodo de espaldas a él y siento su aliento en mi nuca. Apago la luz antes de que me vea llorar, porque ahora es uno de esos momentos en los que creo que la lista es una soberana tontería.

Capítulo 47

Susana nos sorprendió volviendo por Año Nuevo. Se trajo a uno de sus numerosos sobrinos y lo empadronó en su casa; luego, lo matriculó en un instituto y en una academia de idiomas para que aprendiera español. Afirma que tiene quince años, pero no estoy tan segura, probablemente cumpla veinte más pronto que tarde. En cuanto me vio al llegar de su viaje, supo que me pasaba algo. Si es que a mi prima nunca le he podido ocultar nada. Lo único positivo es que tiene tanto trabajo con ese sobrino suyo que no puede sacar un segundo libre para estar conmigo y adentrarse en mis circunstancias, porque las suyas ya son lo suficientemente complicadas y absorbentes como para preocuparse por otras. Y yo lo agradezco tantísimo. Sin embargo, era cuestión de tiempo que sacáramos hueco para un café y así pudiéramos estirar la conversación sobre mis futuros alternativos y la vida de Luis, algo que, a estas alturas, ya no enmascara mis verdaderas preocupaciones.

—Recibiste mi *mail,* ¿verdad? —le pregunto tomando un sorbo de mi café ardiente. Estamos a principios de enero, en una cafetería junto a la academia de Roco, su sobrino. No se llama así de verdad, pero es lo más parecido a su nombre real, así que la familia ha apostado por esa pronunciación. Y como el chico ya responde a ese nombre, le guste o no, está bautizado. Y el *mail* al que me refiero es el largo texto que le envié hace unas semanas contándole el futuro alternativo que me trajo consigo la recuperación de la memoria.

—Sí —murmura. Y me tenso, porque es muy poca respuesta para algo tan gordo. No creo que vaya a ir al grano tan pronto, es decir, a mi mentira o a su sospecha de que escondo algo, no decir no es mentir; pero Susana tiene ese poder, es imprevisible—. Esta infusión quema como el demonio, voy a tener que esperar. —Observo cómo sopla sobre el líquido de su taza y el humo sale disparado hacia su cara, empañándole las gafas. Ella parpadea un par de veces

mientras las gafas se vuelven nítidas de nuevo y me puede mirar a través de ellas—. Todavía no me puedo creer que Luis sea un magnate del videojuego. —Respiro aliviada, solo estaba valorando si tomarse su infusión y quemarse el esófago o esperar.

—Ya ves, pero yo sí que creía que fuera a llegar lejos, quiero decir, ¿no recuerdas cómo era? Tenía tres ordenadores montados en mi despacho y esa maldita ¡bombilla roja! —Susana me acompaña en la exclamación y las dos nos echamos a reír como posesas. La maldita bombilla roja ha sido utilizada como sinónimo de todas las cosas que han ido mal en nuestras vidas desde entonces—. Ahora sería una mujer divorciada. Y sin hijos.

—Y con una abultada cuenta corriente —apunta mientras le da el primer sorbo a su infusión.

—Correcto, tendría un montón de dinero en el banco. A no ser que nos casáramos con separación de bienes —le rebato señalándola.

—Con todo lo que tú habrías contribuido a su carrera, ni de coña, raro me resulta que no te deba algo de dinero ahora mismo. —Y me río con su ocurrencia, aunque quizá sí que debería estar presente en su testamento—. ¿Y Sergio sabe que esa visión tuya sobre vuestra vida no termina firmando unas autorizaciones de las niñas?

Me suelta esa pregunta como si fuera lo más normal del mundo, como si lo hubiéramos hablado antes por teléfono y ahora estuviéramos concretando detalles. Parece que las dos seguimos los mismos patrones a la hora de abordar los temas peliagudos, preguntamos como quien no quiere la cosa y esperamos la reacción. Entonces, se lleva su taza a la boca y bebe otro sorbo de infusión, que ahora parece tener la temperatura adecuada porque se demora bastante más de lo normal en saborear el líquido verde aguado. Y luego, deja la taza con parsimonia sobre el platillo y me mira. Creo que se ha terminado quemando un poco el esófago solo por darme algo de tiempo para que me reponga y sea capaz de darle una respuesta sincera. Se lo agradezco mentalmente. En ese tiempo que me ha regalado, he sopesado en mi cabeza varias opciones: hacerme la loca y parecer convincente cuando le diga que no sé de qué está hablando; inventar una mentira sobre el futuro de mi visión; o simplemente decir la verdad. Para la primera opción es ya

demasiado tarde, si ahora me hiciera la sorprendida no se lo creería ni un niño de tres años. Así que la lucha que se libra en mi interior es entre decir la verdad, que muero en apenas dos meses; o inventar algo lo suficientemente gordo como para no contárselo a Sergio, pero que no tenga que ver con mi abandono de este mundo. ¿Un embarazo? ¿Una infidelidad? ¿Vuelvo con Luis? ¿Volvería con Luis?

—Muero el próximo 17 de marzo. —Decido ser sincera.

No solo es que Susana no se va a creer ninguna trola, aunque lo de que le soy infiel a Sergio con Luis hubiera sido una buena jugada; también es que necesito que haya alguien que conozca la historia completa y comprenda por lo que estoy pasando. Desde diciembre, una vez superado el periodo de meseta, en el que los sentimientos se adormecieron y dejé atrás un pequeño oasis de aceptación, mi insomnio ha empeorado; tengo pequeñas crisis de ansiedad que camuflo con estrés laboral; mi carácter se ha agriado y los cambios de humor mantienen en vilo a Sergio y a las niñas, que ya no saben qué Raquel se van a encontrar a lo largo del día. Y apelar a la perimenopausia huele ya demasiado a excusa. Todo eso me hace sentir culpable porque estoy pasando los últimos meses de mi vida amargada y amargando la vida de los que más quiero. Soltar esas seis palabras me ha liberado; mis pulmones se han expandido cuando no sabía siquiera que estaban tan constreñidos. Solo siento que Susana ahora tenga que soportar ese peso conmigo, pero yo también soportaría ese peso con ella, ¿no? Susana siempre ha estado ahí para mí, ha sido mi segunda al mando, mi persona de confianza; sin embargo, su silencio me deja otras pistas, igual me he equivocado y la opción de la infidelidad con Luis hubiera sido más acertada.

—Lo siento, Susana, no te lo tenía que haber dicho, ha sido muy egoísta por mi parte. —Bajo la cabeza y me froto el cuero cabelludo. Me rasco como si un ejército de piojos estuviera conquistándolo e inspiro hondo.

Pero Susana sigue sin hablar. Cuando liberé la verdad, dejó la taza en el platillo con cuidado, haciendo un mínimo ruido, y fijó su vista en la calle. Ahora sigue así, mirando fijamente a través de la

cristalera. La observo insegura y reparo en una bolsa acuosa en sus ojos. Cuando parpadea, no se preocupa por limpiarse las lágrimas y una cae directamente en la mesa, plof, dejando un goterón grueso. Entonces sí, inspira para sorber los mocos que se han creado a causa de la angustia y se pasa el dorso de la mano por los ojos con más fuerza de la necesaria para limpiarse.

—Me lo tenías que haber contado antes, hubiera venido inmediatamente. —Se gira y me mira con dolor y culpabilidad.

—He hecho una lista —le suelto de repente y cambiando de tema, porque no quiero ir por ahí, no quiero hablar de responsabilidades, de «yo tendría que» o «hubiera sido mejor si». Lo cierto es que no tengo respuesta para su demanda y lo único que puedo hacer es involucrarla en mi delirio.

—¿Una lista? —pregunta confundida. Tan confundida como lo estuve yo las primeras horas tras mi recuperación de la memoria.

—Sí. —Y sorbo por la nariz intentando sonar animada, aunque lo que le vaya a explicar sean modos de intentar cambiar mi futuro para no morir el próximo 17 de marzo—. Una lista de formas de cambiar el futuro. —Intento sonar esperanzada y muevo la palma de las manos por encima de la mesa como si allí estuviera ese destino que necesito despejar—. Por ahora, la que más factible me parece es hacer que Sergio cambie el turno para que nos vayamos de viaje.

—Pero… —Ahora estamos las dos desconcertadas y nos quedamos mirándonos en silencio—. Cuéntame cómo mueres —me pide en tono exigente.

Para mí, que he revivido ya cientos de veces mi último día de vida, es algo familiar, pero Susana no sabe nada y eso me da la posibilidad de reproducir en voz alta el curso de los acontecimientos de ese 17 de marzo. Me reclino en mi sitio y la miro. Es como si mi prima hubiera envejecido cinco años de repente, o no me había dado cuenta hasta ahora que está así de demacrada después de pasarse meses viajando por un lugar del mundo donde cuidarse la piel no es un hábito de primera necesidad. O quizá es porque las malas noticias tienen la capacidad de afectar al aspecto de las personas desde el mismo momento en que entran en tu organismo a través del oído, como en este caso.

—Sí, claro, tienes razón… Pues… —Titubeo porque no sé por dónde empezar—. Esa mañana voy en el autobús… —Y lo hago así porque por algún sitio hay que hacerlo.

—¿En el autobús? ¿Tú? —me interrumpe Susana de inmediato.

—¿Verdad? ¡En el autobús, yo! Me he exprimido el cerebro intentando adivinar la razón por la que voy en un autobús de línea, pero no se me ocurre nada. Porque si lo supiera, a lo mejor podría idear más modos de cambiar… —Miro los labios fruncidos de mi prima. Ella sabe tan bien como yo que ese sueño de cambiar el futuro es solo eso, un sueño, porque ella ha estado ahí en mi fase rebelde, me ha ayudado a boicotear mi propio destino en más de una ocasión, sin éxito. Sé que está pensando eso. Carraspeo y sigo —. En fin, eso, yo, eh… Voy en el autobús al hospital. Sé la fecha por las pantallas esas que instalaron hace años y que te informan del tiempo que va a hacer en el día o te dan noticias amables del corazón.

—Esas pantallas son una mierda —espeta Susana con odio, como si esas pantallas del autobús tuvieran la culpa de algo.

—Pero muy necesarias; gracias a una de ellas, sé el día y la hora de lo que me está pasando. —Aunque también se puede interpretar como lo contrario: si no hubiera visto la fecha y la hora, tal vez ahora estaría teniendo una existencia más despreocupada.

Yo me tomo un segundo café y Susana se pide un carajillo. Nunca se había tomado uno, pero dice que necesita alcohol y no le parece de recibo pedirse un *gin-tonic* a las cinco y media de la tarde, qué va a pensar la gente cuando la vean recoger a un adolescente de la academia de idiomas después de pimplarse una copa. No me hace muchas preguntas durante el tiempo que tardo en narrarle mi historia y, a veces, no sé si me está escuchando o su conciencia ha abandonado su cuerpo y flota a nuestro alrededor buscando una persona mejor en la que meterse.

Roco sale una hora más tarde y llega feliz a la cafetería. Es increíble cómo alguien con una vida totalmente diferente hasta hace un mes es capaz de adaptarse a sus nuevas circunstancias y

aprender un idioma tan distinto al suyo en tan poco tiempo. Venía ya con algunas nociones porque Susana le había dado clases antes de viajar aquí, pero la perfección de su uso del idioma me pasma, sobre todo, en la conjugación de verbos.

—Enséñame esa lista cuando puedas —me dice Susana cuando estamos en la puerta de la cafetería. Ya tenemos los abrigos abrochados hasta el cuello y nos ponemos los guantes—. Y no se lo digas a Sergio, por Dios, esto lo destrozaría.

—Entonces, ¿estoy haciendo bien ocultándoselo? —le pregunto esperanzada por que una sola cosa de las que estoy haciendo sea la correcta. Todas las emociones y sentimientos que me provoca mi visión han hecho cola para mostrarse en algún momento de la tarde; y ahora le toca de nuevo a la esperanza.

—A mi parecer, absolutamente —asegura mientras asiente.

—¿Te lo tenía que haber seguido ocultando a ti?

—Ahí has patinado —espeta convencida antes de girar la cabeza —. ¡Roco! —Susana se vuelve cuando ve aparecer al chico por el fondo de la cafetería, desde los baños—. Hablamos esta noche.

—¿Ahora vamos a hablar cada noche? —le pregunto entre divertida y nostálgica.

—Cada *puta* noche. —Y me da un beso y un abrazo que me encoge el corazón.

Capítulo 48

Hace quince años

—No.

Susana ha tardado tanto en responder a la pregunta de Raquel sobre su intento de suicidio que Raquel piensa que se ha dormido, porque cuando la miró a los pocos segundos de haberle preguntado, estaba con los ojos cerrados. Pero no duda ni por un momento en la veracidad de ese *no*. La relación entre ambas, desde que eran pequeñas, se ha basado en la sinceridad. Cuando tenían diez años, se hicieron una herida dolorosa en la palma de la mano con la navaja suiza de Juan para sellar su compromiso a través de su sangre. Luego, cuando descubrieron que estaba oxidada, se vieron obligadas a decírselo a Isabel, que las llevó inmediatamente a urgencias, donde les pusieron la inyección del tétanos. Para Raquel habían ido demasiado lejos; pero para Susana, eso no había hecho más que intensificar su acuerdo. Por eso, Susana también fue la que aguantó con más estoicismo el castigo de toda una semana sin verse. En una época donde no había móviles ni Internet y el acceso al teléfono de casa estaba fuertemente vigilado, esa semana resultó ser realmente dura para ambas.

Por eso las dos siempre esperan la verdad la una de la otra; no medias verdades como las que lanza Isabel, que, como buena madre, protege todo lo que puede a sus hijos; ni tampoco silencios pronunciados, como los de Juan y Nacho, que soslayan los temas que consideran incómodos.

—Bien, me alegro —le responde Raquel realmente aliviada. Al menos, uno de sus seres más queridos no ha pasado por ese calvario—. Porque no es verdad —apostilla, por si acaso no ha quedado claro.

—Claro, no es verdad —coincide curiosa Susana, girándose hacia su prima. Ahora las dos están frente a frente y, mientras Raquel

muestra desconcierto en sus ojos, Susana transmite recelo.

—¿Qué significa eso? ¿No acabas de decirme que no lo has pensado nunca?

—Y, de hecho, así ha sido. Pero… —Susana duda un poco en continuar con lo que ha martilleado su mente desde el mismo momento en que se enteró de que habían atropellado a su prima.

Durante las dos semanas anteriores, ha buscado incansable un momento para abordar a solas a Raquel. Pero al principio, le indujeron el coma y eso la dejó fuera de juego varios días; más tarde, no era adecuado porque Raquel tenía que asimilar que había tenido un accidente, con todas sus consecuencias, y qué persona podría soportar una conversación de semejante calibre en esas circunstancias; luego, la habitación de Raquel parecía el camarote de los hermanos Marx, un ir y venir de gente, de visitas para Raquel y visitas para su acompañante, no había la intimidad ni el tiempo necesarios para hacerlo. Pero ahora… Ahora bien podría ser un buen momento.

—¿Puede haber tenido *eso* algo que ver con todo *esto*? —Susana acompaña las palabras *eso* y *esto* del gesto de las comillas con sus dedos y con una elevación evidente de sus cejas. Por fin le ha preguntado a Raquel lo que quería, pero se decepciona al no sentir el consuelo que esperaba.

—¿Qué dices? —responde Raquel alzando la voz—. ¿Qué dices? —repite en un susurro cuando su prima sisea y señala con la cabeza la puerta del pasillo que lleva a la habitación de sus tíos.

—¿Qué crees que quiero decir? —continúa Susana en ese mismo tono de voz, un murmullo que solo ellas pueden escuchar y que es más tenso y belicoso que si discutieran en un tono normal.

—No sé, ¿me estás diciendo que me he tirado delante de un coche en marcha porque he tenido una visión?

—Exactamente, eso mismo quería decir. No es tan complicado.

—Estás loca.

—No, yo no estoy loca. Yo he vivido contigo muchas visiones, no lo olvides. Algunas me han llevado a dar un rodeo de media hora para llegar a casa y evitar una violación y otras… —Susana para un

momento y coge aire frustrada, ¿cómo es posible que Raquel deseche tan rápidamente esa posibilidad?

—Mira —Raquel impide que su prima continúe con un gesto de la mano—, sigo sin recordar nada de los momentos anteriores y posteriores del accidente, pero te aseguro con todas mis fuerzas —y mira a Susana profundamente cansada y enfadada— que yo nunca hubiera elegido esta mierda. Pero ¿tú te das cuenta de lo que estoy viviendo? ¿Y de lo que les he hecho vivir a los demás? Me duele cada puto nervio de mi cadera. Cada vez que doy un paso, siento como si se me fuera a romper, pero, según los médicos, es normal. «Oye, es muy normal, ya te acostumbrarás». —Raquel gesticula con los brazos y hace muecas con la cara—. Y estoy sin bazo, que no sé para qué coño sirve el bazo, pero si estaba ahí era por algo, y ya no lo tengo. ¿Qué persona en su sano juicio elegiría esta mierda de alternativa?

—Tenía que preguntártelo, lo siento —espeta Susana, más brusca de lo que esperaba y sin sentirlo en absoluto. Le es inevitable seguir sospechando. Y Raquel lo nota.

—Pero sigues pensando que pudo haber sido *eso,* ¿verdad?

—A ver, no puedo no pensarlo, ¿vale? Tú misma has dicho que no recuerdas nada entre el accidente y los filetes de pollo. —Raquel mira con ira a su prima, sabe que habla con ese retintín suyo que tanta gracia le hace cuando lo usa con una persona que no es ella—. Es que, es que… —Susana rebufa frustrada buscando las palabras adecuadas; o no se ha dado cuenta de la mirada asesina de Raquel, o la ha obviado—. Los testigos contaron cómo fue todo, o sea, dijeron *literalmente* que te tiraste encima del coche.

—Iría distraída…

—Ya, bueno, es una posibilidad, aunque remota. Y como el intento de suicidio quedaba descartado desde el principio, lo único que me quedaba era *eso*. —Y vuelve a hacer el gesto de las comillas.

—¿Lo has hablado con mi madre? —Raquel se pregunta por qué su madre no le ha insinuado en ningún momento esa posibilidad. Aunque desde luego, si a ella no se le ha pasado por la cabeza, no tiene por qué pasársele a su madre.

—Sí, a ella fue a la primera a la que acudí. —Susana suspira y se reclina en el sofá, echa la cabeza atrás y la apoya en el cojín, las molduras del techo tienen otra vez mucho éxito—. Estabas en coma, así que poco podía hacer. Y la policía y todo el mundo estaban hablando de la teoría del suicidio. Hablaron con todos, que cuánto te conocíamos, que si estabas pasando por un mal momento…

—Cómo por un mal momento.

—Por un mal momento laboral o personal que te provocara…, no sé, que te quitara las ganas de vivir. —Susana ha ido hablando cada vez más bajito, hasta que su murmullo casi ha terminado en vocalización.

—Por Dios. —Raquel se restriega la cara con las manos. La punzada de la pelvis está agudizándose y nota que necesitará un analgésico en breve—. ¿Y tú qué contestaste? —A Raquel le gustaría saber qué contestaron todos, pero sabe que no puede hacerles esa pregunta. Tal vez Susana sí pueda responderla.

—O sea, yo… —Susana se encoge de hombros—. Yo les dije que no. Que aunque ganas una mierda, tu trabajo te encanta y que… O sea, tu relación con Luis no es la relación del año, pero no creía que supusiera un motivo para quitarte la vida, la verdad.

—¿Eso piensas?

—¿De qué? —Susana baja sus ojos de las molduras hacia Raquel.

—De mi relación con Luis. —Raquel se ha inclinado sobre Susana y la observa expectante.

—Ya sabes lo que pienso de tu relación con Luis, no me hagas repetírtelo.

—Creo que sí voy a hacer que lo repitas, si no te importa.

Susana la mira concentrada, retándola e invitándola a que retire su petición. Pero Raquel no lo hace y Susana cede dando una palmada en sus muslos.

—Bien… —Carraspea y extiende las manos—. No pienso que quieras a Luis, ¿vale? Solo pienso que es un arreglo temporal.

—¿Un arreglo temporal con el que decido irme a vivir? —exclama en el mismo tono susurrante una Raquel desconcertada—. Estaba convencida de que, después de esa decisión, tu visión de mi relación habría cambiado.

—Pues ya ves que no.

—Ya veo que no. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿El qué? ¿Que creía que estabas cometiendo un error?

—¿Creías que estaba cometiendo un error? —La incredulidad de Raquel crece por momentos.

—Y todavía lo creo. Y te lo dije, quizá no de esta forma tan directa, pero cuando hablaste conmigo recuerdo que te aconsejé que te tomaras tu tiempo. Luis era tan diferente de…

—No digas su nombre.

—¿Ves? ¿Por qué no? Pablo. Pa-blo.

—Vete a la mierda, Susana. —Raquel contesta olvidando susurrar y Susana no la corrige; de hecho, ella le replica del mismo modo.

—Oh, estoy en la mierda desde hace dos semanas, no te preocupes.

—¿Estás enfadada conmigo porque he tenido un accidente? ¡No lo he hecho queriendo!

—Chicas, chicas… —Isabel ha salido al salón y mira a su hija y a su sobrina frunciendo el ceño. Las dos callan de repente, como si se hubieran tragado un sapo.

—*Eso* no ha tenido nada que ver en todo *esto*. —Raquel imita a Susana con el gesto de las comillas y habla tanto para su prima como para su madre.

—Yo no lo había dudado ni un momento, hija mía. —Isabel se sienta a su lado y le coge la mano. Nadie mejor que ella puede entenderlo y siente un alivio inmenso cuando la escucha.

—Y no intenté suicidarme. —Raquel habla mirándose las manos—. Como has dicho, me encanta mi trabajo de mierda y Luis no es lo suficientemente importante como para quitarme las ganas de vivir.

Capítulo 49

Hace quince años

Tras el desliz lingüístico de Raquel, su prima y su madre se quedan muy calladas, esperando que lo retire. Cuando queda patente que no lo va a hacer, Isabel besa la mejilla de su hija y desaparece de nuevo por el pasillo que lleva a su habitación. El silencio con Susana continúa y se hace tan pesado que Raquel se remueve en su asiento, haciendo que la pelvis le mande una nueva señal, esta vez un poco más contundente, de que necesita analgésicos.

—Creo que Pablo y Luis no son tan diferentes —comienza Raquel, ignorando el dolor que empieza a convertirse en algo casi tangible.

—Pues yo no los puedo ver más en las antípodas. —Susana rebufa y gesticula poniendo sus manos muy muy separadas.

—En realidad, los dos son tan egoístas…

—Bueno… —Susana no sabe cómo contestar a eso. Ella no ha analizado en profundidad las relaciones de su prima. Es decir, solo piensa que Pablo era un gilipollas egocéntrico y que Luis… Bueno, que Luis es otro gilipollas egocéntrico—. Te rodeas de gilipollas egocéntricos, eso sí.

—Ambos se quieren demasiado. —Raquel juguetea con el anillo de *no compromiso* que le regaló Luis hace un par de meses—. Y no creo que eso sea malo, a lo mejor la que no me quiero lo suficiente soy yo a mí misma.

—Ay, Raquel. No soy capaz de responderte con la intensidad que te mereces en este momento.

—No hace falta.

—Ya. —Susana deja pasar unos segundos. Entonces, coge la mano de su prima y suspira—. Me tengo que ir, pero no quiero.

—No te preocupes, necesito dormir un rato. Tráeme las pastillas antes de irte, por favor. —Raquel le devuelve el apretón y se tumba hacia un lado.

—¿Te apetece otra cosa? —Susana levanta las cejas divertida.

—¿Me estás ofreciendo un porro, prima?

—Tengo buen material, si tú quieres.

—Ven esta noche, ¿vale? A ver si convencemos a mis padres de que salgan a dar una vuelta. —Raquel sonríe. Si estuviera en su piso, no lo hubiera dudado ni por un momento, pero en casa de sus padres se obliga a tener más cuidado.

—Vale. —Susana se lleva la mano de Raquel a los labios y le da un sonoro beso. Luego se levanta, le deja las pastillas en la mesa y Raquel se queda por fin a solas consigo misma en el salón, al fresco del aire acondicionado y a la sombra de las persianas bajadas.

A Raquel no le hubiera hecho falta un accidente para darse cuenta de que algo andaba mal en su vida. El accidente solo adelantó la conclusión a la que seguramente hubiera llegado de todas formas, aunque a ella no le habría importado tardar un poco más. Se recrea en pensar que el desliz lingüístico no ha sido tal, sino que se ha tratado solo de su subconsciente gritándole que espabilara. La conclusión se ha desvelado pues tan nítida como borroso se encuentra todo lo que tiene que ver con el atropello: Luis es lo primero que anda mal en su vida. Está mal que convirtiera una relación destinada a ser casual en temporal; pero una vez convertida, está mal que decidieran irse a vivir juntos tan pronto. Y una vez viviendo juntos, está mal que lo dejara colonizar cada rincón de su pequeño piso, hasta el punto de expropiarle su propio despacho porque, «total, mi capacidad de concentración es tal que puedo trabajar en cualquier sitio». La bombilla roja debió significar una *red flag* tan grande que se hubiera visto a kilómetros de distancia, pero en ese momento, ella solo se rio de la ocurrencia. Fue más tarde cuando empezó a odiarla.

Susana tiene razón, como casi siempre: Luis y Pablo son muy diferentes. Pero ella, por una vez, también tiene razón: a la vez, son tan iguales que asusta, porque se da cuenta de que parece repetir un patrón en sus relaciones. El efecto de los analgésicos, aún muy fuertes, la lleva hasta teorías abstractas y se siente tan satisfecha cuando concluye algo con lo que cree que podría escribir un libro y venderlo en las secciones de autoayuda de las librerías que sonríe

para sí antes de terminar cayendo dormida: al final, el egoísmo es el mismo. Pablo y Luis son personas egoístas y egocéntricas, la diferencia entre ambos se encuentra en cómo ejercen ese egoísmo con los demás.

Con Pablo se sentía absorbida por completo; y con Luis, apartada. Con Luis encontró lo que no tenía con Pablo, tiempo y libertad, pero también soledad. Con Pablo, se iba a la cama y reparaba, de repente, en que, en todo el día, no había hecho nada que tuviera que ver con ella misma y sus sueños en la vida; pero le parecía bien, porque estaba contribuyendo al arte de alguien llamado a ser un icono de su generación. Con él, siempre había materiales que comprar, momentos en los que posar, como aquel día que se pasó seis horas con las manos sobre una mesa para que Pablo captara cada vena que surcaba su piel; había duras y rebuscadas críticas y consejos que elaborar que no hiriesen los sentimientos del artista, cócteles a los que asistir, personas a las que llamar. Raquel se pregunta si no tendría que haber cobrado un sueldo por sus servicios de asistente en todo el tiempo que estuvo con él. Quizá se lo hubiera reclamado si no se hubiese sentido tan especial desde el mismo momento en que la abordó en aquella estúpida reunión de antiguos alumnos. Y con Luis, se iba a la cama con la sensación de que quizá el sueldo se lo tendría que pedir por asistenta del hogar. De todos modos, si Luis le hubiese pedido opinión sobre su trabajo tampoco habría sido de mucha ayuda. Con Pablo, era un *nosotros* todo el tiempo, hasta en la más mínima cena con amigos. Con Luis, había recuperado parte de su *yo,* pero ¿había un *nosotros*? Entonces, ¿existiría esa relación capaz de reunir un *yo* y un *nosotros* alguna vez en la vida?

Raquel se da cuenta de que divaga. Se revuelve en el sofá y nota que el cojín del medio está un poco hundido, lo mejor hubiera sido irse a dormir a la cama, pero se siente incapaz de incorporarse, como si la energía se hubiese escapado por una grieta. Es el efecto de las pastillas, no hay duda, pero también hay un poquito de esa apatía que la inunda cada vez con más asiduidad, incluso antes del accidente ya le ocurría: un intenso vacío le perfora el estómago y no sabe con qué llenarlo, ¿con más trabajo, con más deporte, con más

salidas al cine con su prima? Antes hubiera jurado que *con más Luis,* pero ahora no. El sueño, aunque sea un poquito artificial, se va apoderando de sus sentidos y, antes de que la inconsciencia sea total, una voz familiar se cuela en su mente: «¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?».

Capítulo 50

Es 17 de febrero. Me queda un mes exacto de vida y he decidido guardar ese conocimiento al fondo de un cajón de la gran cómoda que imagino es mi cabeza. Cuando, a principios de mes, me llevé un mechón de pelo al pasarme el cepillo, me convencí de que no podía seguir por ese camino. A este paso, sí iba a tener una razón médica real para que Sergio se tomara libre el día D. Pero los tiempos de la Seguridad Social, de la que somos férreos defensores, no nos iban a dar el margen de tiempo suficiente para que eso sucediera, así que he decidido ser yo la que ponga pies en pared: he retomado el proceso de aceptación. Me arrepiento mucho de no haberlo hecho mucho antes porque me ha impedido vivir mejor, pero es lo que tiene el tiempo y lo que haces y dejas de hacer, no hay devoluciones y llega un momento en que no se puede recuperar nada. Por eso la ignorancia sobre tu momento final es tan importante, porque te permite conservar esa chispa de esperanza, te permite creer que le puedes ganar la batalla al tiempo. Una completa estupidez.

Con el paso de los días, la lista ha perdido fuelle. Mi confianza en ella se ha ido desvaneciendo y ya son muy pocos los momentos en los que pienso que puede tener algo de utilidad, que realmente podría cambiar las cosas. Esos momentos suelen coincidir con las primeras horas de la mañana, cuando el sueño todavía manda en mi conciencia y todo es posible. De vez en cuando, saco el cuaderno, que no cambié de sitio, sigue ahí, bajo las bragas de mi mesita de noche, y releo los puntos de mi lista. Me gusta pensar que, en un momento dado, di por factibles algunas de esas locuras. ¿En serio iba a buscar en Google un dolor que afectara a algún órgano vital? Me río de pura desesperación y me toco la pequeña calva en la parte inferior de mi cuero cabelludo. Menos mal que no se ve, es más, es tan pequeña que solo yo conozco su existencia.

Sergio ha notado el cambio en mí. Sospecha que he pasado por una crisis existencial y sé de su impotencia por no haber podido

ayudarme a superarla. Espero que piense que es una crisis de edad, no llevé muy bien cumplir cuarenta, le hice jurar que no me organizaría una fiesta sorpresa como las que ahora hace todo el mundo para celebrar el número redondo. No me arrepiento de eso, pero quizá si cumpliera cincuenta, sí que montaría un gran sarao. Aunque es muy fácil desearlo ahora que sé que no voy a llegar a esa edad. La cuestión es que no me ha pillado fumando de nuevo, pero como si lo hubiera hecho. Y si bien antes tenía una buena historia que contarle, esta que me invade ahora mismo, que es muchísimo mejor, no se la puedo desvelar de ninguna de las maneras. Así que miento como una condenada o me quedo callada, básicamente lo que estoy haciendo cada día.

—¿Un piti? —me ofrece esa noche de febrero, los dos asomados en la terraza de nuestro piso. Esta vez no hay luna, sino unos nubarrones que se vuelven rojos con la noche.

—¿Cómo sabes que necesito uno? —Y es que es verdad, necesito uno con urgencia, sentir cómo la nicotina se distribuye por todo mi sistema respiratorio sería tan satisfactorio en este momento como un orgasmo en mitad de una noche de pasión. Él siempre ha sabido darme las dos cosas, el piti y el orgasmo.

—Creo que necesitas uno desde hace días. Y creo… —Aquí duda un momento, pero sigue. Puedo adivinar el momento en que toma la decisión—. Y creo que has estado fumando los últimos meses. —La cajetilla que guardo bajo los trapos de cocina está casi vacía, aunque puedo decir a mi favor que he fumado menos de lo que esperaba. Como decía, no me ha pillado, pero como si lo hubiera hecho.

Sergio saca un par de cigarrillos de una cajetilla que guarda en el bolsillo trasero de su pantalón. Están un poco aplastados. Me sorprende que se encienda uno él también una vez que hace lo propio con el mío. Los dos espiramos el humo hacia el cielo. Habré visto fumar a Sergio como cinco veces desde que lo conozco. Una de ellas fue en el funeral de mi madre; otra, cuando a un compañero le dio un infarto en pleno turno de urgencias y no pudieron reanimarlo. Parece que siempre que fuma hay una muerte de por medio, qué casualidad más macabra.

—¿Y las niñas? —pregunto con preocupación real. Si ya es malo que cojan a uno de sus padres fumando, que pillen a los dos sería desastroso.

—Las he castigado. —Lo suelta con una sonrisa de medio lado. Tan sexi, siempre tan sexi.

—¿Las has castigado para poder fumar? —Me alejo el cigarro de la boca con culpabilidad y sorpresa.

—No. Pero ha venido de perlas, ¿verdad?

—¿De perlas?

Sergio asiente con la cabeza. Parece que cree que le he hecho una pregunta retórica cuando lo que me pregunto es por qué utiliza esa expresión de abuela de ochenta años.

—Les he dicho que, si salen de la habitación sin permiso, se quedan sin ir al cumpleaños de esa niña pelirroja este fin de semana.

Se refiere a Ramona. Un nombre horroroso. Y la razón de que se llame así no tiene que ver con que sus padres esperaran un niño y lo pensaran llamar Ramón, pero al venir niña, pues Ramona. Es que a su madre le encantó ese nombre por un libro que había leído de joven. Y ahora la pobre niña tendrá que cargar con él toda su vida, porque ni el diminutivo, Mona, es mínimamente adecuado.

—Eres un sádico. —Como los padres de Ramona, pero me muerdo la lengua.

—Como los padres de Ramona. —Me guiña un ojo porque sabe que yo he pensado lo mismo—. Me encanta serlo.

Suelto una carcajada a modo de respuesta. Me fascina esa conexión que tenemos los dos, ¿cómo habría podido vivir sin él? ¿Qué clase de vida hubiera llevado si no hubiera tenido la oportunidad de experimentar esta conexión? Sergio deja pasar unos segundos y tose. Yo lo miro a través del humo y reconozco las señales, tampoco hay que ser muy lista para sumar dos más dos: cigarrillo, charla relajada e insustancial, sonrisa ladeada. Espero con impaciencia, es peor la expectativa que el resultado. Entonces, apoya los antebrazos en la barandilla de la terraza y me mira.

—¿Me vas a contar lo que pasa?

Yo pego una calada tan fuerte al cigarro que casi lo dejo seco de una sola vez. Observo el cielo encapotado y pienso que el mundo es muy grande y yo muy pequeña como para ser merecedora de este don, podría haber vivido sin él perfectamente. Para poder sobrehumano, el teletransporte o la invisibilidad, aunque con el teletransporte estaría más agradecida. Suelto una enorme vaharada de humo y disfruto de la visión difuminada que me ofrece de la realidad. Me pregunto si mi madre también vio su propia muerte y por eso estuvo dos años enteros dándonos la lata con eso de que no debíamos estar tristes. En ese tiempo, viajó y salió a cenar más veces de las que lo había hecho en toda su vida. Desprendo de todo ello que mi padre estaba al tanto. Me sorprendo a mí misma por no habérmelo preguntado jamás, ¿sabía mi padre del don de mi madre? ¿Sabe mi padre de mi don heredado? Y ahora, sin embargo, pongo en pie tantas circunstancias que no se explicarían sin que él lo supiera. Pero, *joder,* yo no tengo tanto tiempo, solo he tenido seis meses y la mayor parte de ellos los he malgastado ideando formas imposibles de cambiar el destino. Y ahora Sergio y yo tenemos un mes para hacer cosas que siempre hemos ido posponiendo porque la *vida*.

Le pego otra calada al cigarro y, de esta, sí que lo dejo seco y lo tiro a la calle. Sigo de nuevo el puntito de luz que va apagándose conforme se acerca al suelo y espiro con fuerza.

—¿Otro? —me pregunta Sergio, con la paciencia que lo caracteriza. Él todavía tiene su cigarrillo a la mitad, nunca ha fumado deprisa, sus cigarrillos se han consumido más por estar encendidos que porque él los aspirara.

Entonces lo miro y lo de redescubro. Es como si él me conociera tan bien que ha elegido el momento justo para poner en marcha el mecanismo de mi cabeza por el cual yo decido *motu proprio* contarle lo que me pasa. Como si supiera encajar las piezas de ese puzle mental que me atenaza para que confiese. Asiento y acepto otro cigarro del paquete que guarda en sus pantalones. Me lo enciende y la sensación de libertad que me da la nicotina ya no es la misma. Eso es lo que separa mi consumo esporádico de la adicción. Sin embargo, vuelvo a darle una calada y, asintiendo de nuevo, le digo:

—Te mentí, Sergio. —Al final, no ha sido tan difícil cambiar de opinión. Hablo bajo, pero no lo suficiente como para que no me escuche. Me froto las manos antes de seguir, hace frío, pero no tiemblo por eso—. La visión no terminó conmigo firmando las autorizaciones para la excursión de las niñas. —Excursión que ya ha sido y de la que vinieron muy contentas, aunque supusiera limpiar mierda de caballo en una granja.

Él no habla y deja que sea yo quien continúe, entonces detecto que mi temblor también lo ha alcanzado a él, como si se tratara de un virus invisible capaz de saltar de un cuerpo a otro con pasmosa facilidad y rapidez. Mi temblor se convierte en el virus más mortal de todos, es el virus del miedo. Sé que él ya presiente lo que le voy a decir, porque si no fuera eso, no se lo hubiera ocultado.

—He visto mi muerte. —Lo digo con más serenidad de la que me esperaba. Sergio no se mueve y observo cómo el cigarro que sostiene entre sus dedos se ha consumido tanto que la llama lo quema. Lo tira a la calle con fuerza, esa es la única pista que me da de lo que está pasando en su interior ahora mismo. Mientras, mi temblor se ha intensificado y noto cómo me muevo. ¿O es mi alrededor el que se mueve?

—¿Cuándo? —pregunta finalmente. Se coge las manos y carraspea. Y yo miro la punta de mi cigarro tan fijamente que se convierte en un punto luminoso abstracto para mis ojos.

—Dentro de un mes —suelto a bocajarro, pero antes de que me pregunte detalles como, por ejemplo, el día, continúo—. Y no me preguntes por el día porque no te lo voy a decir, eso no puedo decírtelo.

—¿No lo sabes? —Ha hecho la pregunta para pillarme.

Muevo la cabeza como si dijera que no, pero sin hacerlo, emitiendo un sonido seco con la garganta. Le doy una calada al cigarro y lo tiro casi entero, ya no me sirve, la nicotina ahora me da náuseas. Me alejo de la baranda de la terraza y me froto el pelo con tanta intensidad que, cuando retiro las manos, temo haberme traído conmigo algo más que un mechón. Pero cuando miro mis manos, están vacías. Menos mal.

—Sergio… —Pero no puedo continuar, un nudo tan grande como mi estómago me ha subido por la garganta y amenaza con dejarme sin respiración. Boqueo un par de veces totalmente desconcertada conmigo misma.

Y mi marido da un paso adelante y me abraza.

Capítulo 51

El abrazo de Sergio es lo más vivificante y, a la vez, demoledor que he sentido en mi vida. Quizá no haya gestionado bien los tiempos, pero este momento es tan liberador que me siento flotar: soy humo, soy polvo y las lágrimas salen sin apenas esfuerzo. No me siento culpable por haberle ocultado esto durante meses, porque ha estado preocupado por mí, sí, pero creyendo que era una crisis de edad, existencial o de objetivos no cumplidos en la vida. Situaciones que se pueden abordar con un poco de tesón y algo de terapia llegado el caso. Sin embargo, lo que le acabo de contar no hay terapia que pueda solucionarlo.

—¿No podemos hacer nada? —Me enternece ese uso del plural y lo miro acongojada. «No, no podemos hacer nada. *Yo* no puedo hacer nada y *tú* tampoco».

Ahora tirito, pero ya es por el frío que está cayendo en la terraza.

—Vamos dentro, anda. —Y le cojo de la mano. Una vez sentados en el sofá, no puede dejar de tocarme. Yo tampoco puedo dejar de tocarlo a él, pero eso es algo que me ha pasado desde el mismo momento en que recobré la memoria, así que le llevo ventaja.

—¿Me vas a contar entonces cómo mueres? ¿Y cuándo exactamente mueres? Dos cabezas piensan más que una, seguro que le has estado dando vueltas a cómo cambiar el destino. Ya sabes que yo soy pro libre albedrío, pienso que… —Habla tan rápido que no respira entre frase y frase y yo lo observo cansada, estoy cansada después de todo.

—Sergio, escúchame. —Y él se calla de inmediato, como si mis intervenciones tuvieran la importancia de una revelación divina—. No te voy a decir el día que muero… —Dudo un momento y por el bien de la convivencia, añado—: Porque exactamente no lo sé, solo sé que es el mes que viene. Vi un calendario abierto por la hoja de marzo, pero nada más. —Ha quedado bastante convincente, a pesar de mi pésima habilidad para mentir. En cualquier caso, como no me

voy a bajar de ese burro, se va a tener que aguantar: hay cosas innegociables y esta es una de ellas.

—Vale, de acuerdo —dice entre dientes—. Y cómo. —Ahora exige, yo haría lo mismo, así que pienso rápido.

Dicen que la forma más adecuada de actuar en un interrogatorio es responder con cuanta más verdad mejor. No tiene que ser exacta, pero se nota menos la mentira o la ausencia deliberada de detalles verdaderos. Me hago una cola mientras inspiro fuerte y hago trabajar a marchas forzadas a mi imaginación, necesito una historia convincente y la necesito ya.

—De un disparo.

—¿De un disparo? —Parece que ese mismo disparo que me va a matar a mí dentro de un mes exacto lo ha lanzado a él hacia el respaldo del sofá—. No me lo puedo creer, ¿estás segura?

Todavía siento la quemazón en mi vientre. Y el dolor posterior es insoportable. Así que sí, estoy segura. Asiento y me dejo caer también en el respaldo.

—¿No me puedes dar más detalles? —pregunta exasperado por mi silencio. Y yo niego, porque por nada del mundo voy a dejar que él se pueda poner en peligro. De hecho, lo estará también y puede que intente hacer algo, aunque si no sabe el día…

—La experiencia me dice que lo mejor es hacer nuestra vida normal. —Intento sonar calmada, igual que una profesora de yoga que ha asegurado y patentado su tono de voz porque es la herramienta que hace que millones de personas en el mundo se compren sus cursos de meditación.

—Nuestra vida no es normal desde el momento en que supiste la fecha en que ibas a morir —espeta enfadado, sin poder esconder que me culpa de la situación—. Y no me lo dijiste —apostilla.

Reflexiono y, desde su perspectiva, soy totalmente responsable, así que no se lo tengo en cuenta. Además, él ahora tiene que pasar todas las fases que he atravesado yo en tiempo récord. Son etapas, como las del duelo. La primera ha sido la conmoción, pero una vez asimilada, viene el enfado, espero que no le dure mucho.

—No sé la fecha. —Mentira—. Solo el mes. —Más mentira.

Mi silencio posterior lo solivianta, espera que le cuente cómo va a ser. Entonces, una idea brota dentro de mí y empieza a crecer, tiene ramificaciones y las flores se abren. Puede que no tenga que mentir mucho más, tampoco se lo merece y eso me mata de otras formas que la bala no hace. Además, recuerdo, cuanto más cercano a la verdad o más verdad haya en lo que dices…

—Es en el hospital —digo escuetamente.

—¿En el hospital? —Que pregunte lo que le acabo de decir me pone nerviosa, estoy haciendo un gran ejercicio de contención porque me he visto obligada no sé por qué razón a contarle algo de esto, pero estoy volviendo a la fase de enfado por identificarme con él y no estoy segura de poder controlarme.

—Sí, en el hospital, Sergio, no me preguntes lo que te estoy diciendo ya, por favor.

Él respira hondo. Pero no se para ahí, claro, cómo va a parar.

—¿Cuándo? Por la mañana, por la tarde… —Abre las manos y cree que investigando cada detalle podrá solucionar algo, como si yo no lo hubiese hecho teniendo más datos que él.

—Es de día. —No estoy mintiendo—. Y llevo mis vaqueros de lechuga y la gabardina beis que me regalaste por nuestro aniversario.

—Si llevas ese vaquero, será un viernes por la tarde o algo así…

Entonces se levanta y va a la cocina como si en su cabeza hubieran estallado fuegos artificiales porque ha descubierto algo. Cuando vuelve, lo hace mirando la pantalla de su móvil y manipulándolo, concentrado, con el ceño fruncido.

—En marzo, no tengo turnos de tarde, así que si vas al hospital es por una urgencia —dice sentándose a mi lado, pegando su muslo con el mío y mostrándome la pantalla de su iPhone.

—Supongo, sí. —Cuanto menos diga, menos podrá darse cuenta de que hay mucho más.

—Así que tiene que ser por una urgencia, o sea, por algo excepcional, o porque vengas a verme —elucubra, todavía mirando su plantilla de turnos, como si ahí estuvieran las respuestas a todas sus dudas. Yo asiento distraída—. No vayas.

—¿Cómo? —Esto me toma por sorpresa.

—Que no vayas —vuelve a decir convencido—. No vayas al hospital. Es decir, ni un viernes por la tarde… —Piensa un poco y continúa—: Ni en fin de semana, te encanta ponerte ese vaquero el fin de semana. —Y sigue pensando mientras yo lo miro ensimismada, mira qué fácil todo—. En realidad, te diría que no fueras al hospital en todo el mes de marzo. Queda vetado para ti. Si hay una urgencia, ya voy yo.

—¿Y si mi padre se ha caído, no sé, en casa y lo llevan al hospital? —pregunto enfurruñada porque no se me haya ocurrido eso de no ir como una opción viable.

—Nos inventamos una excusa.

—¿Y si Esther o Miriam tienen apendicitis y las tienen que operar de urgencias? —inquiero con ahínco.

—Ya me encargo yo.

—Sí, hombre, voy a estar yo en casa mientras una hija mía está en el quirófano. —Vuelvo la cara incrédula.

—Si de ello depende que no mueras, sí, te quedas en casa.

Sergio suelta el teléfono en la mesilla de centro y el golpe sordo me sobresalta. «Si de ello depende que no mueras, sí, te quedas en casa», ni que fuera tan sencillo.

Capítulo 52

Hace quince años

Sergio no duerme bien desde hace una semana, exactamente desde el día en que le confesó a Raquel que él había sido quien la atropelló. No estaba premeditado, tampoco había pensado cuándo o cómo contárselo, simplemente surgió la oportunidad. O lo que para él había sido una gran oportunidad, porque ahora entiende que no lo fue. De hecho, si se detiene a reflexionar, algo que no ha dejado de hacer, eligió el peor momento de todos. ¿Cómo se le había ocurrido confesar su autoría y sus sospechas el mismo día que ella acudía a él para transmitirle su preocupación sobre que la policía barajara que había sido un intento de suicidio? Por el tono y la angustia, es evidente que ella no lo creía.

La última palabra que había escuchado de Raquel fue *no* y eso lo dejó devastado. Si el Sergio de ahora fuera el de justo después del accidente, seguramente se sentiría liberado; de alguna forma, se habría quitado de encima parte del peso de la culpa. El Sergio posaccidente estaba enfadado, lleno de ira contra esa chica que había saltado sobre su coche y se había cargado un día estupendo y una existencia sin problemas; y lo había dejado sin capacidad para conducir su coche nuevo, sufriendo crisis de ansiedad día sí y día también y con una primera cita con la terapeuta para el siguiente viernes. Cita que probablemente se convertiría en semanal. Sin embargo, el Sergio de ahora, que sigue con las crisis de ansiedad diarias, que tiene una cita fija con la terapeuta los viernes y un coche aparcado en el garaje de sus padres, no siente liberación, sino preocupación.

Le ha preguntado a Alba todos los días de la última semana. La excusa es su interés por los progresos en la rehabilitación, pero en realidad, cada vez que Alba habla, se encuentra buscando el más mínimo detalle en sus palabras que le transmita algo más sobre

Raquel y su estado de ánimo. Ya no se esconde de sí mismo cuando se confiesa que lo que de verdad quiere saber es de qué charlan en las sesiones, si con ella mantiene las mismas conversaciones divertidas y llenas de ironías que con él. En el fondo, espera que no. Más que sus progresos físicos, que sabe que son los esperados, le gustaría estar al tanto de sus progresos psicológicos. No le pareció una chica frágil, pero la amnesia puede convertirse en una complicada compañera de viaje. ¿Ha recuperado ya la memoria? Si lo hubiera hecho, Alba se lo hubiera contado inmediatamente.

—Estás muy callado. —Ana entra en la cocina, seguramente atraída por el olor a café que despide la cafetera todavía caliente que está sobre la vitrocerámica. Va en bragas y la camiseta de tirantes le tapa solo medio trasero. Tiene el pelo enmarañado después de una noche en la que han hecho el amor dos veces, la última hace apenas quince minutos, y estira los brazos por encima de su cabeza, desperezándose, antes de rodear el cuello de Sergio y estamparle un beso en la coronilla. Luego, él la observa llenarse una taza de café hasta arriba y entiende perfectamente por qué Fermín está dolido con él por haberle pasado por la derecha.

—Nada, estaba pensando… —No puede decirle que pensaba en Raquel y en las conversaciones cargadas de chispa que tenían, no después de tener su sabor aún en la lengua tras haberle recorrido el cuerpo con ella, así que se le ocurre contestar con algo totalmente diferente—. En la cena familiar del fin de semana, no tengo ganas de ir.

—No seas mentiroso, no estabas pensando en eso. —Ana se gira hacia él y se apoya en la encimera sosteniendo su taza de café. Lo mira divertida porque sabe exactamente qué ocupaba la cabeza de su novio, parece que Sergio no ha visto muchas películas de espías y eso de que mejor contestar con lo más cercano a la verdad no entra dentro de sus conocimientos—. Sé que tienes cero ganas de la comida familiar de este fin de semana, sobre todo, porque todo el mundo te va a preguntar qué tal en el *loquero,* pero ahora, estabas pensando en Raquel. —Ella también ha empezado a llamarla por su nombre porque «la chica del atropello» o «la chica del accidente»

queda tremendamente largo y han sido muchas conversaciones las que han mantenido sobre ella en los últimos días.

—Qué avispada —responde con retintín Sergio, que cada vez se esconde menos.

—No soy avispada, te conozco. —Y a Sergio se le pasa por la cabeza que quizá no le gusta que lo conozca tanto. O que, si de verdad lo conociera tan bien, sabría que a lo mejor prefiere que se calle sus teorías sobre lo que está pensando y que deje de sacar el *maldito* tema cada vez que lo ve taciturno. Sin embargo…

—Pues ya tienes tu medalla, sí, estaba pensando en Raquel. —Sergio toma un sorbo de café, el suyo con leche y más azúcar de la recomendable, y lo deja en la encimera de la mesa con más fuerza de la necesaria—. Por cierto, ¿has sabido algo de ella? ¿Ha recuperado la memoria? —Sergio suena más desafiante de lo que hubiera querido, pero ya no puede volver a guardarse las palabras.

—No, no he sabido nada de ella. —Ana suspira, obviando el tono beligerante de Sergio—. Y si supiera algo…

—Ya lo sé, no me lo contarías. —Sergio se levanta y se despereza, eleva los brazos hasta casi tocar el techo, se estira tanto que ocupa una cantidad increíble del espacio de la pequeña cocina. Ana lo admira, le gusta casi todo de él: su cara, su cuerpo, su humor, su conversación infinita sobre cualquier tema, le sigue sorprendiendo su generosidad; y es adicta a su forma de *follar* y de *hacer el amor,* son cosas tan diferentes y él domina ambas a la perfección. Cree que en toda su vida nadie le ha hecho sexo oral como se lo ha hecho él y además tiene unos dedos maravillosos. Ahora mismo, todo eso pesa más en la balanza que la tozudez y esa responsabilidad exacerbada por todo lo que lo rodea. A veces le dan ganas de gritarle que se relaje, que no se puede vivir de esa forma tan intensa, que todo es más sencillo de lo que piensa.

—¿Por qué eres tan complicado? —le pregunta a la espalda de Sergio cuando él ya sale de la cocina después de haber dejado la taza en el fregadero.

Sergio no le contesta. Tampoco es que Ana esperara respuesta, pero reconoce que empiezan a molestarle también esas formas. Con ello, acaba de aumentar la lista de cosas que no le gustan de Sergio.

Aun así, sigue pesando más todo lo bueno que le da. Y su mayor problema es que encabezando esa lista está, por supuesto, que se ha enamorado como una tonta y casi sin darse cuenta de él. ¿Qué hubiera sido de su vida si no hubieran atropellado a Raquel? Seguramente serían más felices. Ella sería más feliz.

Capítulo 53

10 de marzo de 2025

—Que no vaya, me dice —susurro al teléfono—. Cada vez que nos acostamos, me lo repite.

Susana me ha estado llamando cada *puta* noche desde que se lo conté en enero. Dice que necesita escuchar mi voz.

—Esa puede ser una buena idea —me responde Susana también a media voz. Y no sé la razón, porque a ella no hay peligro de que la escuche nadie. Y Roco es bueno con el idioma, pero no creo que sea capaz de seguir una conversación a la velocidad normal.

—Dejando al margen la de veces que no ha resultado dejar de hacer algo para que las consecuencias sean las mismas, siento que voy al hospital ese día por una razón importante; de hecho, creo que la razón es Sergio. —Suelto la reflexión en voz alta porque quiero que Susana también la valore y la piense.

—Ya, pero esas consecuencias son que mueres tú; y de un disparo, ¿no? —Se escucha ruido por detrás y entonces…—. Un momento, Raquel. —La voz de mi prima suena ahora amortiguada, son unas órdenes muy precisas: «Sí, hay que ducharse todos los días»—. Ya estoy contigo de nuevo. A lo que iba, coincidirás conmigo en que es muy improbable que alguien vaya a tu casa a matarte con una pistola.

—A lo mejor voy a la cooperativa —medito en voz alta, sin pensar si lo que digo tiene sentido o no.

—Pero no vas a ir a la cooperativa, vas a quedarte en casa, sin abrirle a nadie, encendiendo las luces para que los ladrones sepan que el piso está ocupado. Y conmigo. Me pondré enferma ese día, no te preocupes, estaré allí.

—No sé, Susana, esto es una locura. —Me restriego la cara y me miro en el espejo del baño.

Estoy sentada en el váter y observo los restos de leche limpiadora de maquillaje que no he podido retirar de las cejas antes de contestar la llamada de Susana. El ruido del agua mantiene un runrún constante de fondo que me altera los nervios porque voy a abandonar este mundo desperdiciando recursos naturales; pero no tengo otra opción, desde la segunda noche que me llamó, me he visto obligada a abrir el grifo del lavabo para que oculte mi conversación con ella. Porque todas las noches trata de lo mismo, una y otra vez, y estoy cansada, pero no quiero decírselo porque heriría sus sentimientos y no me puedo morir siendo una desagradecida.

—Es que no sé cómo no lo hemos pensado antes, o sea, es tan fácil, ¡no vayas! —grita Susana al teléfono, olvidando esa media voz que ha mantenido hasta el momento y sorprendiéndome tanto que casi dejo caer mi móvil al suelo.

Debo reconocer que no esperaba este giro de los acontecimientos. Susana no me está escuchando y, además, actúa como si no conociera mi historia desde el principio. Para colmo, identifico en ella algo sorprendente: Susana está perdida en la esperanza. Ay, la esperanza.

—No termino de verlo, hay algo más, lo sé —insisto, aunque considero que tengo la batalla perdida.

—Ya, pero como no lo sabes ahora, el plan será este: no salgas de casa para nada y espera a que yo esté contigo. ¿No tienes un chaleco antibalas? —pregunta con ansiedad, como si de repente ese pensamiento se le hubiera cruzado por la cabeza y ella lo hubiera cazado y me lo hubiera ofrecido en sacrificio.

—¿Y dónde demonios consigo un chaleco antibalas? —pregunto irritada. Aunque no va demasiado desencaminada, todavía recuerdo esa escena de *Regreso al futuro* en la que…

—¿Y qué más da? ¡Como si tienes que comprarlo en la *dark web*! ¡Se trata de tu vida, Raquel! —Si yo he sonado irritada, lo suyo ha sido de récord.

Murmuro un «tienes razón» y una despedida precipitada. Pongo como excusa que Sergio y las niñas están ya listos para cenar, pero también es la verdad, así que no me siento demasiado mal. Las

conversaciones con Susana me dejan exhausta, me drenan la última energía del día. Entiendo que ella está atravesando esa fase que yo ya dejé atrás, una en la que la cabeza me iba a mil por hora ideando formas, a cada cual más absurda, de engañar a mi destino. De todas formas, eso que ha dicho del chaleco antibalas me deja rumiando el concepto como una vaca rumia la hierba. Así que esa noche, en la cama y mientras Sergio está en el baño, abro el cajón de mi mesita de noche y meto la mano debajo de las bragas; saco el cuaderno y lo observo con desazón. Cuando lo abro, todo lo que leo son acciones para cambiar algo, pero ¿y si hago una lista con lo que sé que va a pasar? Y prepararme entonces para ello, lo del chaleco antibalas no está nada mal. De todas formas, no creo que sea fácil de conseguir, pero cuando se trata de vida o muerte, lo difícil no es imposible. Al final, Susana tenía razón. ¿Lo malo? Me queda una semana. Tengo una semana. Qué ciega he estado.

Cojo el móvil y abro WhatsApp. Busco a Susana, que está la tercera en mis chats recientes, detrás de Sergio y de una compañera de la cooperativa. Entro en nuestra conversación y pulso el micrófono: «Me ha gustado la idea del chaleco antibalas. Te quiero». Sin que ella me lo haya pedido, sin que nadie me lo haya pedido, he comenzado a mandar más notas de voz por WhatsApp y menos texto. Un día, recordé la carpeta que guardo con los mensajes de mi madre; en ellos, me daba los buenos días; me preguntaba tonterías, como la marca de la mermelada que comió un día en mi casa, solo por ver si también la traía el supermercado del barrio; o me decía que me quería después de contarme que se había comprado una chaqueta nueva. Y como escuchar a mi madre de vez en cuando me reconforta, pienso que en un futuro escuchar mi voz puede reconfortar a los demás. Así que me he vuelto adicta a las notas de voz, para que me guarden en una carpeta en el móvil y vuelvan a mí cada vez que me necesiten.

Capítulo 54

Hace quince años

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?».

Raquel vuelve a despertarse sobresaltada. No puede decir que sea una pesadilla: no tiene sudores, no siente miedo ni palpitaciones; no piensa que vaya a morirse, así que no se trata de otro de esos ataques de ansiedad nocturnos a los que está tan acostumbrada. Solo son esas palabras que se repiten en bucle y que invaden como intrusas su sueño. Saltan a la superficie en cuanto su conciencia da por terminada la jornada y comienza a relajarse. Esa conciencia culpable de que se machaque en el gimnasio con el objetivo de *fortalecer* la zona, tal como le indicó Alba; la conciencia responsable de que corrija cada paso que da para que no se le note la cojera que dijeron que se resolvería sola y con la que aún está lidiando. Piensa que tuvieras que dar una orden para cada una de las inspiraciones y espiraciones que te permiten respirar, en eso se ha convertido para ella andar: su mente consciente es un general que mantiene a raya el dolor y la incomodidad de su cadera, obligándola a caminar sin ceder ni un solo movimiento al alivio.

Hace cinco meses que dejó la rehabilitación en el hospital y han cambiado tantas cosas en su vida que no sabe ni por dónde empezar a dibujar su nuevo mapa. Dos semanas atrás, volvió a su piso y lo encontró vacío. Nunca imaginó la desazón que sentiría al verlo así, a pesar de que no dudó ni por un solo segundo de que eso era lo que realmente quería. Anecdóticamente, suele contar que unos filetes de pollo terminaron de romper su relación, pero muy en el fondo sabe que, más allá de la broma, ese fue el último síntoma que le hizo diagnosticar el desequilibrio que todo el mundo a su alrededor parecía conocer y que ella se negaba a ver. Cronológicamente, el evento de los filetes se produjo antes que el paso atrás de Luis a la hora de ser hogar y refugio después de un

accidente, pero su constatación fue más tarde, así que ella, Susana y Nerea lo convirtieron para siempre en la ruptura de los filetes de pollo. La conversación con Luis fue más sencilla de lo que esperaba, sin lágrimas ni dramas, una consecuencia lógica a la que ella había llegado y que expuso tan bien que él no pudo sino llegar a la misma conclusión.

El silencio se estaba haciendo ensordecedor después de acordar que Luis tendría una semana para abandonar el piso de Raquel. No sabían en qué momento habían dejado de llamarlo «casa» para denominarlo así, pero vocalizarlo sonaba extraño, como la primera vez que dices una palabrota de niño.

—No vamos a poder ni echar un polvo de despedida —espetó Raquel en un intento bastante certero de distender el ambiente.

Luis, que estaba reclinado junto a ella en el sofá del piso de los que hasta hacía escasos minutos habían sido sus suegros, con la cabeza apoyada en el cojín, abrió los ojos y se incorporó como un resorte.

—Solo tú podrías decir algo así en un momento como este. — Nunca había soportado la ironía, pero escuchar eso le provocó un pequeño ataque de risa, quizá fueran los nervios.

Cuando paró, le cruzó por la cabeza la posibilidad de dar marcha atrás e intentar convencer a Raquel de que lo suyo podía funcionar. Quería a Raquel, de verdad que la quería, pero tal vez no tanto como a su trabajo y eso lo soliviantaba, lo enfrentaba a un reflejo de sí mismo que no le gustaba ni una pizca porque, si era incapaz de poner por delante a esta mujer de la que estaba enamorado, a la que quería hasta que el corazón daba pellizcos, ¿qué significaba entonces, que había algo mal en él? Pero no volvería a caer en esos pensamientos de nuevo, ya lo habían hablado, estaba muy trillado. Suspiró y estiró el brazo hasta acariciar un mechón de pelo rizado de Raquel que se había soltado de la coleta y que le caía húmedo por el sudor a lo largo del cuello.

—Siempre me gustó cogerte del pelo mientras hacíamos el amor —dijo pensativo Luis—. Tus rizos siempre han sido una debilidad. —

Sus ojos se veían turbios a través de las gafas mientras se perdía en el mechón de pelo que tenía en la mano y desechaba volver a enumerar las razones por las que a lo mejor deberían seguir juntos.

—Como sigas así, me tomo una pastilla para el dolor de cadera, llamo a mis padres para que no vuelvan en dos horas y te llevo a mi cuarto. —Raquel intentó sonar divertida, pero el pinchazo entre sus piernas le comunicaba que hablaba muy en serio. Luis nunca había sido locuaz y aquello era lo más erótico que le había dicho en todos los años de relación.

—¿Dos horas? ¿Estás de broma o hablas en serio?

—¿Y tú acabas de hacer un chiste? —Raquel cogió la mano de Luis y se la colocó en la mejilla—. Te voy a echar de menos.

Porque, a pesar de todo, lo iba a echar de menos.

—Y yo a ti —susurró Luis poniendo la frente sobre la de Raquel.

—Tú vas a echar de menos que te haga la comida todos los días —continuó con tono jocoso Raquel.

—No sigas por ahí, Raquel. —Tenía que reconocer que le dolía ese tipo de bromas, pero ya era demasiado tarde para echárselo en cara, así que optó por continuar por la vía que ella había abierto y por la que se sentía más inseguro—. Además, ahora será mi madre quien me la haga. —Sonrió sin ganas.

—Qué capullo eres. Vete antes de que acabemos mal, la ironía no es algo que se te dé bien.

El beso de Luis se demoró un poco más de la cuenta y Raquel lo agradeció. Cuando escuchó el portazo, se permitió llorar durante media hora, no más, su conciencia tenía un plan de acción muy meticuloso para sacarla de ese estado en el que se encontraba.

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?».

Lleva seis meses escuchando esas palabras en su cabeza y, por mucho que lo haga, no logra desentrañar el misterio. Al principio, solo saltaban a sus sueños, ahora ella misma las trae cuando está despierta. Su terapeuta dice que existe una posibilidad remota de que su subconsciente haya dejado esas migas de pan —así de gráfica es a veces— hacia algún recuerdo de los días en los que estuvo en coma. Pero ella le ha preguntado a su madre y le ha

asegurado que no la visitó nadie ajeno, ni siquiera la policía; de todos los que estuvieron con ella, fue la única que le *habló* durante su pequeño viaje en el tiempo y esas palabras jamás salieron de su boca. Cada vez que Raquel le propone a la terapeuta el hecho de que pueda ser una especie de reproche personal por no recordar nada sobre el accidente mezclado con el dolor que le causó saber que el suicidio se había barajado como una de las causas del atropello, ella lo desecha con una negación de cabeza condescendiente. Solo le falta preguntarle en qué momento se ha sacado la carrera de Psicología.

Así que sigue refugiándose en esas palabras, en esa voz que le resulta familiar y que está a punto de saber a quién pertenece como cien veces al día, pero nunca lo consigue. Es el motivo por el que comenzó a pensar en ellas tan a menudo, porque la consuelan y la protegen. A veces, imagina cómo continúa la conversación y se escucha contestando que no se tiró, que fue un descuido; otras, aparecen frases que cree que ha creado ella, pero tiene sus dudas: «Te vi los ojos». «A veces estoy enfadado contigo. Pero luego, cuando te veo aquí, se me pasa». «Solo espero poder ayudarte».

Al final, su conciencia vuelve a tomar las riendas y se pone a trabajar en sacar adelante una cooperativa que parecía haber languidecido desde su accidente. Cuando volvió al trabajo, encontró que habían volado proyectos importantes y que sus compañeros iban por libre centrándose en trabajos pequeños que les salvaran el mes. Encapsula las palabras de nuevo y se promete que volverá a ellas más adelante, cuando acabe ciertas tareas, como si se trataran de un premio. Fantasear con ellas y con el dueño de la voz se ha convertido en un pasatiempo demasiado placentero como para dejarlo tan a la ligera. Precisamente eso no se lo dice a su terapeuta porque, con total seguridad, la obligaría a abandonar tal comportamiento obsesivo; por ahora, no quiere negarse el gusto de ser un adulto no funcional durante unos momentos al día, no le hace daño a nadie. Y aquí está el otro gran cambio en su vida: conseguir proyectos potentes y ser algo más que una autónoma que se encargue de los folletos de las rebajas a principios de verano, aunque no deje de hacerlos. Ha revitalizado la cooperativa y ya son

los flamantes adjudicatarios del proyecto de diseño del nuevo logotipo de una gran empresa energética que está en plena transición *hacia la sostenibilidad*. Todo un reto que les dará más nombre que beneficio económico.

Capítulo 55

¿Por qué sé que muero? Desearía que la visión se acabara con el disparo, pero la visión tampoco acaba con él. Tengo la sensación de que la visión no termina nunca, es eterna.

Después del disparo, el dolor no es inmediato. Pasan unos segundos o unos minutos o unas horas, entonces, una quemazón hiperbólica me invade como nunca nada me ha invadido antes. Y me veo caer, incapaz; y me siento cansada, sin energía, consternada porque mi cuerpo no responde a mis órdenes.

Y luego, el ángulo cambia. El dolor ha desaparecido y ahora no veo lo que me pasa como si viera a través de mis propios ojos, sino como si de repente el director hubiera decidido que es buena idea tomar imágenes aéreas con un dron. No tengo que ser muy lista para saber que los drones no han llegado a *eso*. Y me encuentro con la primera vez que cruzo la mirada conmigo misma y no a través de un reflejo. Y sonrío; desde arriba, me respondo con otra sonrisa y me dejo ir. Cada vez estoy más lejos de toda la actividad que se ha desatado en la consulta, de los gritos de las enfermeras, de las órdenes de Sergio, de los chispazos del desfibrilador. Pero sigo viéndome sonreír, así que me voy tranquila.

Capítulo 56

Día 16 *de marzo. Noche. Cuarto de baño*

Me siento como una delincuente encerrada en el baño, sentada en el váter y hablando bajito por el móvil. Podría serlo, una delincuente o una adúltera, pero es Susana la que está al otro lado de la línea, así que no soy ni una cosa ni otra, sino una mujer desesperada porque le quedan menos de veinticuatro horas de vida y no sabe todavía cómo afrontar esa circunstancia. El plan comienza con algo muy sencillo: Susana llegará a casa a las nueve y media de la mañana del día de autos. Mi prima ha estado tejiendo su historia en la notaría donde trabaja desde el viernes. Entonces, fingió correr al baño a vomitar un par de veces y luego pasó de la hora sagrada del desayuno. No se fue a casa, aparte de porque no se sentía realmente mal, porque tampoco puede tomarse muchas libertades: cuando creía que la excedencia se convertiría felizmente en abandono total, la adopción repentina de un adolescente de quince años la ha obligado a retomar su actividad laboral, pero esa es otra historia. Más tarde, se encerró en casa el fin de semana y se disculpó con sus compañeros de oficina, que iban en grupo a la fiesta de cumpleaños de uno de los jefes. Ella había estado inflando las expectativas de esa salida durante todo el mes para luego, cuando se descolgara del plan, alimentar su credibilidad. Yo escucho toda esta retahíla que ya conozco con el mismo interés que la primera vez y suelto «ajás» y «uhum» por doquier. Y ya, por fin, estamos terminando de delinear el plan como si fuéramos a robar el Banco Central, determinando horas y actitudes.

—Y te llevo el chaleco antibalas —exclama roncamente, casi sin voz y como si le faltara el aire.

—¿Cómo lo has conseguido? —Mi pulso se desata, estoy emocionada y, de nuevo, esperanzada. Yo lo he estado buscando

incansablemente, pero conseguir un chaleco antibalas no es tan fácil como parece.

—¿Recuerdas aquella policía que conocí la semana pasada? —Claro que me acuerdo, una rubia espectacular, según palabras de Susana, que había ido a la notaría a arreglar no sé qué de la herencia de su tía.

—No me digas que te has tirado a la chica solo por conseguir un chaleco antibalas. —Susana acaba de descubrir su lado gay, ella dice que es bisexual. El caso es que en Tailandia tuvo una compañera de aventura durante algunas semanas y lo que comenzó como un viaje de exploración se convirtió en toda una experiencia de vida que cambió los cimientos de mi prima. Y ahora igual se casaba con un hombre que con una mujer. Y era maravilloso verla tan feliz.

—Sabes que por ti haría lo que fuera, pero Mar no fue un sacrificio en absoluto, créeme. —Carraspeó y enumeró—: Entonces, mañana llego a tu casa a eso de las nueve y media. No necesito que me abras, ya llevo yo las llaves de tu casa. En cuanto entre, te colocas el chaleco antibalas… —La escucho pensar, porque Susana piensa tan alto que soy capaz de oírla—. Porque estamos seguras de que el balazo es en el vientre, ¿verdad?

—Sí, lo estoy —confirmo segura. Mi cuerpo rememora el resquemor en esa zona y me la toco como si la bala estuviera ya alojada ahí. Se me corta un poco la respiración.

—Me he probado el chaleco, así que no debe haber problemas con eso.

Como Susana ha estado conmigo desde el principio de todo, sabe que *eso* es muy exacto, y si muestra que me van a dar un balazo en el vientre, Susana se comporta como si de verdad me fueran a dar un balazo en el vientre. Así que, para ella, una ranura en la puerta abierta o una ventana son tan peligrosas como el arma en sí.

—Quiero minimizar el riesgo todo lo posible, así que si te tienes que pasear todo el día con esa cosa puesta, te paseas —me dice, adivinando el hilo de mis pensamientos.

—¿Y cómo se lo voy a explicar a Sergio y a las niñas?

—Por Dios, Raquel, es el día D. Cuando Sergio llegue de trabajar por la noche y estés sana y salva con tu chaleco antibalas puesto, no

habrá nada que explicar.

—Ya. ¿Lo has robado? —pregunto intrigada.

—¿Cómo?

—Que si lo has robado, el chaleco.

—¿Qué importa eso? —Mi silencio la obliga a continuar—. Pero si te ayuda a vivir mejor, no, no lo he robado, aunque tienes otras cosas más importantes de las que preocuparte.

—Que te vaya a dejar en la entrada de la cárcel justo antes de morir no me deja nada tranquila —le espeto.

—No digas eso, no vas a morir.

Es asombroso cómo ha obviado el comentario de la cárcel y la seguridad que muestra en su afirmación porque yo me encuentro al otro lado de su arco de confianza. Lo siento en la cabeza, que durante todo el día me ha estado zumbando como si un enjambre de abejas hubiese anidado en ella; lo siento en la sangre, que ha acelerado su velocidad a través de mis venas y parece que de un momento a otro fuera a desbordarse; lo noto en los ojos, que me escuecen; y en mi piel, porque todo me molesta, hasta el tacto de la camiseta de algodón que llevo puesta. Igual un virus genial me va a dejar KO y no hará falta que me plantee obligarme a estar en casa, porque sencillamente no voy a poder salir de ella.

—Te dejo, Susana, Sergio ha llamado porque la cena está lista. —Es mentira, Sergio no ha llamado ni la cena está lista porque la tengo que preparar yo. Pero estoy despachando a mi prima, porque, aunque lo está dando todo por mí, no puedo más, el cuerpo me va a explotar en mil pedazos. O me voy a caer en redondo en el suelo del baño. O voy a desvanecerme y darme un golpe con el bidé. El 75 % de los accidentes domésticos que acaban en muerte ocurren en el baño y no es de extrañar. ¿El 75 %? Puede que el 80. Pero si muero no será por un accidente doméstico en el baño, eso ya lo tengo visto.

—Escúchame. —Agudizo el oído para no perderme nada de lo que pueda decirme, no hay mucho más que desmenuzar del plan, pero igual se le ha ocurrido algo de última hora que pueda salvarme la vida—. Te quiero, Raquel. Somos hermanas.

—Sabes que también te quiero, siempre. —Y cuelgo.

Se me salta una lágrima, pero detengo todas las que vienen detrás porque no puedo salir del baño con los ojos rojos como tomates, Sergio sospecharía algo y eso no lo puedo permitir. Ya hemos tenido un mes intenso de hablar una y otra vez para intentar extraer los pormenores de una visión que no es como él cree que es; pensando que algún detalle pudiera darnos la clave para escapar de la muerte. Un mes donde hemos condensado en unos pocos fines de semana todo lo que hemos ido postergando porque nunca había tiempo y siempre lo habría más adelante. Una escapada a una casa rural, una visita a sus padres, varias a mi padre, un paseo por el cementerio donde está enterrada mi madre, un cine con las niñas, un partido de fútbol con Esther, otro de pádel con Miriam. Quizá la tarea más incómoda fue la del notario, para firmar el testamento, no solo porque el acto en sí significaba muchas cosas. Claro, la muerte siempre ha estado lejos: somos jóvenes, estamos sanos, no vivimos en una zona de riesgo, no hay guerras en nuestro país, «No has tenido más visiones extrañas, ¿verdad?», «Verdad». Y ahora, aunque todo se vaya a solucionar simplemente no saliendo de casa, hay que ser precavidos y, total, esto era algo que teníamos en mente hacía mucho. Y aun así, pagamos algo más por adelantar la cita todo lo posible. No sabía que los notarios estuvieran tan solicitados. Sin embargo, esa tarde fue complicada porque mi prima nos siguió con la mirada durante toda la visita y aquello se convirtió en un trabalenguas: Sergio no sabía que Susana sabía lo de la visión y, a la vez, Susana sabía que Sergio conocía una versión edulcorada de la misma. Siempre, siempre habíamos hablado sobre ello, pero nunca, nunca lo habíamos hecho.

Capítulo 57

Hace quince años

Alba lleva a Raquel a un nuevo gimnasio. En los últimos meses, ha visitado más gimnasios que en toda su vida, teniendo en cuenta que su única experiencia en un establecimiento de ese tipo fue a los diecisiete años para hacer aerobic con Susana y Nerea. Duraron un mes.

Al principio, cuando se acabaron las sesiones de rehabilitación del hospital, Alba se ofreció a ayudarla con sus entrenamientos en casa. Habían intimado lo suficiente como para que Raquel se siguiera poniendo en manos de ella fuera del hospital. Luego, Alba la animó a salir de casa de sus padres y probar en un gimnasio, se trataba de estar en un lugar mejor adaptado, socializar y sonreír a la gente que la rodeaba. Alba no había estudiado psicología, pero intuía que a Raquel le hacía falta algo más que trabajo físico. Con el paso de las semanas, Raquel había comenzado a ir sola al gimnasio cuando Alba no podía acompañarla por sus turnos de trabajo y a veces, incluso, se llevaba a Susana.

Lo primero que hace Alba es hablar con el monitor y contarle pormenorizadamente, con rigor de profesional, la situación de Raquel. Y Raquel ya ha visitado los suficientes gimnasios una primera vez como para saber que esa sesión será gratuita y que el monitor va a tratarla como nunca lo hará más tarde, así que está dispuesta a aprovecharlo. Mientras ella asiste a la conversación entre Alba y Jorge, el coordinador de la tarde, como si estuviera entendiendo algo —hablan de ejercicios de fuerza, rutinas y repeticiones—, lo que realmente hace es desconectar y mirar alrededor. Entonces una imagen llama su atención y se queda embelesada. Es su propio reflejo en el espejo del fondo. A ella siempre le ha gustado su cuerpo, no se plantea que podría haber tenido otro y que le hubiera gustado igualmente, simplemente se

encuentra cómoda siendo así de menuda. Digamos que es pequeña, en comparación, por ejemplo, con Nerea, que mide casi dos metros —una de las razones por las que deambulaba sola en los recreos del colegio, era demasiado alta para el gusto de las demás niñas—. Su busto pequeño contrasta con su culo respingón, más respingón que nunca ahora que se ejercita de forma regular. Y sus piernas está torneadas bajo esas mallas color flúor que le han llegado junto a un top a juego en un pedido de Shein que incluía más ropa deportiva de la que está dispuesta a admitir. Se ha vuelto adicta no solo a los gimnasios, sino a todo lo que los rodea: la ropa, el calzado, los complementos para el pelo. Complementos como esa gomilla gruesa que retiene sus rizos de forma tan rotunda como ella retiene sus ganas de aliviar su dolor dejando que sus pierna cojee, aunque sea solo durante un par de pasos. Ahora está estudiando esa pierna, la de la cadera que se fracturó. Se mira e intenta discernir si hay alguna pista que dé una idea de todo lo que ha pasado para volver a estar así, de pie, y caminar como si eso fuera lo más natural del mundo. Cuando no lo ha sido. Volver a caminar le ha costado lo que nunca verbalizará: se ha hecho sangre en el labio mordiéndolo para aguantar las punzadas mientras fiaba su recuperación a otro paso más en las paralelas; se ha mareado de dolor, cuando ella nunca pensaba que eso pudiera suceder. Así que no, caminar no es lo más natural del mundo, caminar es un mecanismo altamente complejo y quien lo tiene como algo seguro está muy equivocado. En un pispás tu vida cambia y tienes que empezar de cero, como le pasó a ella. Mirándose fijamente, comprueba que la cadera esté recta, mentalmente traza una línea paralela al suelo y planta bien los pies en la tarima en la que se encuentra, no quiere darle más trabajo a una pierna que a otra. Si quiere recuperar completamente la normalidad tiene que obligarse a ser así de intransigente consigo misma.

Entonces, desvía la mirada a la derecha y allí, detrás de ella, otro par de ojos no la pierde de vista. Y los vellos de todo su cuerpo se erizan y el corazón empieza a latirle con fuerza. La respiración se le agita porque su mente necesita más oxígeno, es lo que tiene buscar desesperadamente las palabras adecuadas para una situación como

esa. Pero la realidad es que no hay palabras adecuadas para una situación como esa: ¿qué le dices al chico que te atropelló y que además piensa que te intentaste suicidar utilizándolo a él como gatillo? Existe la posibilidad de no saludarlo, de volver la vista y hacer como que no ha reparado en él, aunque es un poco tarde para eso, han sido demasiados los segundos que se han mantenido la mirada a través del espejo. No sabe cuánto tiempo más va a poder conservar su cara de póquer sin reaccionar hacia un saludo o hacia un mutis por el foro, cuando Alba decide por ella.

—¡Sergio! —Su fisioterapeuta particular ha dejado de hablar con el coordinador de la tarde en algún momento entre que Raquel estudiaba su cuerpo y descubría a Sergio sentado en una de las máquinas de pesas; y ahora avanza con grandes zancadas hacia él, porque Alba nunca ha sido muy femenina en sus formas, pero es una de las mujeres más atractivas que ha conocido en su vida. Un reguero de miradas la sigue embobado. Hombres y mujeres por igual.

Sergio se levanta y esboza un amago de sonrisa porque él todavía está conmocionado y no puede disimularlo. Sus ojos viajan de Alba a Raquel y de Raquel a Alba de forma intermitente cuando se deja abrazar por su amiga. Un abrazo tan grande y duradero que parece que esa mañana no hayan compartido un café y un dónut en la sala de personal del hospital. A pesar de que no lo parece, Alba es consciente de la situación tan incómoda que está viviendo, pero no encuentra otro modo de afrontarla que comportándose lo más normal posible; al fin y al cabo, no puede dejar de saludar a su mejor amigo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Alba quizá demasiado animada, demasiado entusiasta.

—Este es mi gimnasio, vivo a dos calles de aquí. —Sergio está tan nervioso que le sale esa estupidez, lo que realmente está a dos calles de allí es el piso de Ana, pero últimamente pasa tanto tiempo en él que está considerando mudarse definitivamente y dejar el suyo.

—¿A dos calles de aquí? —Alba frunce el ceño porque ella ha estado en el piso de Sergio y desde luego que no está a dos calles

de allí.

—Bueno, el piso de Ana es el que está a dos calles de aquí —se ve obligado a puntualizar Sergio, limpiándose con disimulo el sudor de la palma de las manos en los pantalones cortos.

—¿Cómo está, por cierto? —Alba pregunta un tanto apremiada porque Ana lleva una semana de baja y esa mañana ha olvidado por completo hacerlo. Nunca ha sabido por qué Ana ha estado de baja, Sergio no se lo ha contado y ella no ha preguntado.

—Bien, bien, se incorpora en un par de días.

—Me alegro.

—Sí, claro. —Nunca hablar con Alba ha sido tan incómodo. Se pregunta si debe saludar a Raquel, si debe esperar un saludo por su parte, si está bien esperarlo o es mejor dejarlo pasar, parece que le está dando la oportunidad al tiempo para que actúe en consecuencia, como si el tiempo tuviera la capacidad de arreglar las cosas y no las personas.

—Eh… ¿Recuerdas a Raquel? —Alba se da cuenta de lo absurda que es su pregunta en el mismo momento en que la formula, pero esto no es un vídeo que se pueda editar, así que sigue sonriendo como si no hubiera soltado la idiotez más grande de su vida.

—Claro, cómo no —confirma Sergio. Y siente que le han quitado un gran peso de encima, porque por fin le han dado la oportunidad de centrar toda su atención en Raquel y no tiene que espiarla. Su gesto se ablanda y retiene un poco la respiración—. ¿Cómo estás?

—Bien —atina a responder Raquel, cuya cabeza reproduce ahora varias pistas de audio: por un lado, una en la que Sergio le está preguntado cómo está; por otro, esa en la que se reproduce algo que se sabe ya de memoria: «¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?»—. Ya ando sola. Y sin bastón. —Raquel sonríe y extiende los brazos, mostrando sus avances e intentando ocultar su estupor.

—Ya lo veo, me alegro muchísimo. —Sergio se muerde la lengua porque quiere preguntarle más cosas, se le nota en su tono contenido y en su mirada.

Capítulo 58

Salgo tambaleándome del baño. Realmente estoy enferma. Pienso que no puede ser nada físico, sino que es la somatización de mis sentimientos y sensaciones. O sea, sé que voy a morir mañana y el cuerpo reacciona enfermándose, rechazándolo igual que rechaza un virus o una bacteria. Es que lo de saber la fecha de tu muerte no es natural. Cuando me llevo la mano a la frente, siento que ardo y llego al salón como en trance. Sergio está mirando su móvil apoyado en el sofá y me pongo delante de él como una marioneta.

—¿Estás mala, mamá? —Miriam me mira desde el sofá con cara de asco. Cree, siempre lo ha creído, que los virus saltan de una persona a otra con extrema facilidad, a pesar de que, por ejemplo, ella nunca ha pasado la covid, cuando su padre y yo la hemos tenido varias veces.

—Sí, cariño, pero tranquila, no es algo que te vaya a pegar —logro decir para tranquilizarla, porque ya se ha levantado de su sitio y se ha colocado lo más alejada posible de mí. Y claro que no se lo voy a pegar, esto que tengo es la enfermedad de la preocupación.

—Raquel, vete a la cama, ya preparo yo algo para nosotros —me dice Sergio, poniéndome la mano en la frente y comprobando que, efectivamente, debo tener fiebre. Va al armario de las medicinas y coge el termómetro—. Vamos. —Me toma del brazo y me guía por el pasillo hasta nuestra habitación.

Es muy irritante que la posible última noche que pueda estar con mi familia la vaya a pasar de este modo. Haría el esfuerzo si no tuviera serias dudas sobre la estabilidad de mi estómago. Desde luego es mejor que, si me muero mañana, me recuerden enferma la noche anterior, retirada en la cama, y no vomitando en su cena. Así que dejo que Sergio me arrope entre las sábanas, que siento frías al tacto. Sin embargo, eso no me relaja como habitualmente, sino que potencia un vacío tan grande en el estómago que tengo que taparme la cara con la manta para que no se asuste.

—Si quieres algo de comer, me avisas —susurra Sergio antes de darme un beso en la coronilla. De ese beso, se me quedan grabados su presión, su olor y su ternura. Yo solo atino a asentir lo suficientemente fuerte como para que note el movimiento a través de las mantas y a sacar la mano para que me pase el termómetro.

Cuando minutos más tarde, la alarma del termómetro pita, compruebo en la pantalla iluminada que mi temperatura es de 39. Nunca he tenido tanta, ¿será verdad que la muerte es la peor enfermedad de todas? Qué tonterías pienso, no es que sea la peor, es que es la definitiva. Igual ahora, aparte de tener 39 de fiebre, se me parten los huesos solos o se me empieza a caer el pelo súbitamente. Lo veo como una posibilidad tan real que el miedo me atenaza la garganta y por unos segundos creo que no podré llegar a la siguiente inhalación. Debe ser que desvarío por la fiebre. De repente, me invade un cansancio tan grande que me obliga a cerrar los ojos, ¿sabes eso que lees o escuchas de que los párpados pesan como piedras? Pues pasa; de hecho, creo que se me han cerrado solos siguiendo su propia inercia.

Al poco, es otra voz, no la mía, no la de mi cabeza que sigue hablándome en bucle, la que me despierta.

—Mamá, yo sí puedo cuidarte, me quedo un poquito contigo. —Y Esther se sienta en mi almohada y comienza a acariciarme el pelo.

En otras circunstancias, le hubiera dicho que mejor se fuera ya para su cama, que al día siguiente había cole y que descansara todo lo posible. También le diría que se fuera por mi propia comodidad, porque al posar su culo de niña de once años en la almohada, mi cabeza ha saltado y me he mareado, mi estómago ha pegado tal bote que casi tengo que salir corriendo al baño a vomitar. Y ahora no cojo el sitio. Además, nunca me ha gustado que me acaricien el pelo, pero sentir los dedos de Esther en mi cabeza me está sacando de este estado catatónico en el que me encuentro. Yo necesito tanto este momento como ella lo necesitará en el futuro si finalmente mañana pasa lo que *eso* ha predicho. Así que me dejo hacer, disfruto infinitamente de este momento en silencio con mi hija y pienso si debo añadir algo más a aquella conversación que mantuvimos en la que me confesó «esas cosas extrañas que le están pasando».

Cuando me contó que *había elegido* a su nueva amiga, le confesé que yo *había elegido* a Nerea. Esther abrió mucho los ojos, yo sabía que con eso me quería preguntar si con *elegir* quería decir lo que ella estaba pensando. Y le asentí. Se quedó callada un momento, valorando la nueva información de la que disponía, y me volvió a mirar.

—Mamá, ¿tú también eliges otras cosas? —Esa era una nueva forma de verlo, aunque, al fin y al cabo, siempre se había tratado de elegir, ¿verdad?

—Yo he elegido muchas veces a lo largo de mi vida…

—Pero elegir elegir. —Ni ella quería decirlo abiertamente ni yo podía hacerlo tampoco, así que no se lo puse fácil: si quería contarme algo, tendría que hacerlo por ella misma.

Y como los recursos de una niña de once años no son demasiados, y la paciencia tampoco es mucha, explotó.

—Mamá, ¿sabes por qué quise las sábanas rosas? —preguntó de repente y me dejó totalmente descolocada. No sabía a qué sabanas se refería—. Sí, las nuevas. Comprasteis unas rosas y otras amarillas. —Asentí porque ya sabía a dónde quería llegar—. Sabes que a mí no me gusta el rosa. —Para nada. Le tiene aversión. Cualquier detalle rosa en cualquier prenda, por mínimo e invisible que parezca, es motivo para que quede relegada para siempre al fondo del armario o viajando de por vida al cajón de su hermana. Así que sí, cabeceo arriba y abajo porque sé que a ella el rosa le horroriza—. Las escogí porque sabía que las sábanas amarillas se engancharían en el tendedero y tendrían un agujero en la esquina para siempre. Y prefiero unas sábanas rosas a unas sábanas amarillas con un agujero.

Quizá sus sábanas con agujeros fueron su helado espachurrado en el suelo. Me quedé mirándola y asentí de nuevo, pensando bien qué decir; pero como tardaba más de la cuenta, ella continuó, porque quería respuestas, lo podía notar en su urgencia y en su tono.

—Mamá, hay veces que he visto lo que pasa si elijo una cosa o elijo otra. ¿Es normal? —¿Es normal? En mi cabeza hubo una pequeña explosión. Lo último que quería era que ella sintiese que no era normal.

—Solo te diré que esto que nos pasa es normal para nosotras y que no debes sentirte para nada como un bicho raro. —Utilicé el *nos* con intención, expresando sin hacerlo abiertamente que ella y yo pertenecíamos al mismo grupo—. Utiliza eso para tu propio beneficio, pero no dejes de hacer nunca lo que te apetece, lo que es tu vocación, porque *eso* te muestre que el otro camino te va a reportar cosas más jugosas.

La miré a través de la oscuridad e identifiqué el gesto desconcertado, su ceño fruncido y sus labios cerrados con fuerza. No iba a admitir que no me entendía, pero no pasaba nada.

—Sé que no me entiendes ahora mismo, pero ya lo harás —le dije bajito, cogiéndole la mano que ahora me mesa el pelo y estrechándola con fuerza.

—Vale. —Esa fue una respuesta tan vaga que no supe, y no sé a día de hoy, lo que quiso decir con ella. Es decir, que tengamos el mismo don no quiere decir que Esther y yo seamos exactamente iguales. Ella es más misteriosa, más difícil de interpretar, a mí se me ve venir de lejos. Yo nunca respondería «vale» a algo tan vital, y ella resumió con esa palabra todo lo que quería transmitirme. Si no fuera porque teníamos tan poco tiempo para ahondar en el tema, no me hubiera dolido tanto no llegar a saber del todo lo que necesitaba.

Si al día siguiente yo moría, se tendría que contentar con la larga carta que le había escrito y que guardaba en el cajón, en este caso, no el de las bragas, sino el de las sábanas.

Capítulo 59

Hace quince años

Sergio ha soñado con este momento un millón de veces. Un encuentro casual en un centro comercial, en una cafetería, incluso de turismo por otra ciudad a miles de kilómetros de allí. Lo cierto es que nunca su fantasía lo llevó al gimnasio al que va desde hace unos meses. De todas formas, la situación se desarrolla poco más o menos como lo viene haciendo esta: él le pregunta a ella cómo está, ella le contesta que bien, él puede comprobar que así es. Y le sonríe y aquel *no* que selló su relación hace meses va desapareciendo poco a poco de la ecuación. Primero será como la mosca de la vista, que está ahí mires donde mires; hasta que llegue un momento en que te olvides de ella y ya no la identifiques. Sergio quiere que ese momento llegue cuanto antes.

En su cabeza, las veces que se la encontraba en una cafetería, acababan tomando algo y poniéndose al día sobre la recuperación de Raquel. Aunque él conoce cada detalle porque nunca ha dejado de preocuparse en todo este tiempo. Sin embargo, encontrará satisfacción en escucharlo de su boca, la misma satisfacción real que siente cuando ve ahora a Raquel extender sus brazos y mostrarse, no hay ni rastro de la persona dolorida y enfadada con el mundo que se encontró los primeros días de su recuperación. El color de su piel es sonrosado y no pálido; y su mirada es chispeante. Aunque esas chispas ya las pudo intuir entonces.

De vuelta a la realidad, a Sergio le hubiera encantado continuar la conversación, ha estado a punto de proponer tomarse algo en el bar de la esquina, pero Jorge llega con una bolsa de red llena de gomas y bandas y llama a Raquel por su nombre, con una familiaridad que le resulta casi insultante.

—¿Lista, Raquel? —Jorge sonríe ampliamente y le echa un vistazo nada disimulado a su cuerpo, aunque quizá lo haga con ojo

profesional. Sergio lo duda.

—Lista. —La sonrisa le sale natural. Eso de sonreír a la gente que tiene a su alrededor es una enseñanza de Alba que le ha ayudado mucho a ahuyentar los malos pensamientos que la continúan persiguiendo, sobre todo, cuando se hunde en el pozo de la amnesia —. Sergio… —Raquel se gira de modo demasiado brusco y Sergio nota una mueca pequeña, minúscula, que cruza su rostro. Si no hubiera estado atento al cien por cien, ni hubiera reparado en ella. Pero sí lo ha hecho y adivina que Raquel sigue padeciendo mucho dolor y que las chispas de sus ojos significan algo más que vivacidad, seguramente sean tenacidad, quizá intransigencia. Sin embargo, no le dice nada, reprime en su garganta las pregunta que le iba a salir, *¿estás bien?* Después de esa pregunta, teme no encontrar las palabras adecuadas, que su comportamiento vaya más allá de lo aceptable; la última vez que creyó tener la confianza suficiente como para hablarle así de íntimamente se equivocó tanto que hasta hoy no ha vuelto a relacionarse con ella. Así que se limita a mirarla, al menos que sepa que tiene toda su atención—. Me alegro mucho de haberte visto —sonríe Raquel con sinceridad. Y por si no la fuera a creer, añade: —De verdad.

Raquel se va con Jorge y Sergio la observa como quien ve escaparse la oportunidad de su vida, las ganas de más son casi inaguantables.

—¿Estás bien? —Alba lo saca de su ensimismamiento y él la mira un poco abochornado.

—Sí, sí, simplemente no esperaba verla por aquí. —Se rasca la nuca y señala con la barbilla la máquina de pesas.

—Perdona por haberla traído, no sabía que venías a este gimnasio.

—No, no, ha sido raro, pero ha sido… Bueno. —La expresión de Sergio se suaviza—. Me alegro de que nos hayamos visto. —Y toma asiento de nuevo en la máquina de pesas.

—Por cierto, ¿desde cuándo vienes aquí? —Sergio se tumba y Alba lo ayuda con las pesas.

—Unos cuatro meses.

—¿Cuatro meses? Y yo sin saberlo, ya no tenemos tanta comunicación —le recrimina dolida Alba.

—Nos hemos visto esta misma mañana. —Sergio coge la barra y sopesa el peso antes de comenzar a hacer una rutina de cinco levantamientos.

—Sí, ¿y de qué hemos hablado? —Alba lo mira desde arriba y Sergio no tiene más que confirmar que es una pasada de tía, seguro que todos a su alrededor se darían de bofetadas por estar en su lugar ahora mismo. Aunque a él lo que le gustaría es estar en el lugar de Jorge. De alguna forma, estar tumbado levantando pesas le impide hacer lo que desea pero que no está bien: mirar y analizar cada movimiento de la chica a la que atropelló.

—De las croquetas de mi madre —dice Sergio con tono divertido.

—Riquísimas, por cierto, pero estarás de acuerdo conmigo en que no es normal que no sepa en qué gimnasio entrenas, ¿verdad? ¿Por qué vienes tan lejos de tu casa? —Alba intuye la respuesta, pero no se las quiere dar de lista y prefiere que Sergio sea el que se lo diga.

—Cada vez paso más tiempo en el piso de Ana, así que necesitaba un sitio cerca. —Sergio ya ha terminado su rutina y ahora intercambian el lugar.

—¿Ya tienes un cepillo de dientes en su baño? —bromea Alba mientras espera a que Sergio le quite un poco de peso para comenzar su rutina.

—Hace meses que tengo un cepillo de dientes en su baño —confirma Sergio, esperando que no se note lo molesto que le resulta hablar de eso.

—¿Quieres que te sea sincera? —Alba lo pregunta, pero lo será de todas formas, aunque Sergio se niegue a escucharla.

—Por favor, a ver si te va a salir una úlcera por no serlo. —Alba se ríe y atrae más miradas, Sergio tiene la sensación de ser el centro de atención de toda la sala, es incómodo.

—No pensé que lo tuyo con Ana fuera a durar tanto. —Alba comienza a levantar las pesas analizando el gesto de su amigo. Pero Sergio está pendiente de otra cosa y ella lo sabe.

—¿Te soy sincero yo? —Alba asiente, no puede hablar ahora mismo, su corazón ha ido de cero a cien en un muy corto espacio de tiempo. No ha calentado y tendría que haberlo hecho—. Yo tampoco.

Sergio la ayuda a dejar la barra sobre el apoyo y ella inspira fuerte antes de levantarse y dejarle el sitio a una chica que suma varias pesas a las que ha levantado ella. Caminan juntos hasta el rincón de la cafetería, por llamarlo de algún modo porque, más que café, solo hay zumos de proteínas, y Alba da por perdido su día de ejercicio.

—Entonces, ¿por qué sigues con ella? —Esa es una pregunta que ha querido hacerle hace mucho tiempo. O sea, de las pocas cosas que se pueden controlar en la vida es la persona con la que se comparte el día a día, ¿por qué hacerlo con una que no te llena y que no te hace feliz? Alba abre una botella de agua y le da un largo trago.

—Ana está de baja porque abortó. —Sergio no tenía pensado soltarlo tan de sopetón, pero le ha salido porque es la respuesta correcta y la que, en definitiva, resume su situación. Y Alba se atraganta y después tose dramáticamente. Sergio comienza a palmearle la espalda, pero ella se revuelve y se aparta de él.

Hace tres meses, iba a dejarlo con Ana, iba a recoger su cepillo de dientes de su baño, los vaqueros y las camisetas que guarda en el cajón de su cómoda y los tápers de su madre que se han ido acumulando en la cocina de su piso. Pero ella se le adelantó y le dijo que estaba embarazada. Claro que no había sido buscado, Ana había tenido gripe hacía un tiempo y seguramente las pastillas anticonceptivas dejaron de hacer efecto durante los días que se estuvo medicando. La primera sorprendida fue ella, pero tras los momentos iniciales de desconcierto, decidieron seguir adelante con el embarazo, con todo lo que ello conllevaba.

Y ahora había abortado y lo que lo unía a Ana había desaparecido, pero qué mezquino por su parte hubiera sido dejarla en pleno duelo. Aunque tal vez hubiera sido más honesto si hubiera seguido con su plan de dejar la relación, a pesar del embarazo. Qué difícil tomar una decisión correcta, nunca la hay; y sea como sea, terminas siendo un cabrón.

—Joder, lo siento. —Alba se ha recuperado por fin y lo mira con los ojos tan abiertos que asusta.

—No me mires así, que parece que has visto un fantasma —le espeta Sergio divertido.

—Es que es como si lo hubiera visto. Y… —Alba no sabe si formular la pregunta, pero Sergio se le adelanta.

—¿Si ahora la voy a dejar? —Alba asiente, avergonzada—. Eso sería muy cruel, ¿no? No soy un referente de ejemplaridad, pero no puedo caer tan bajo.

—Pero no la quieres.

—Sí, la quiero, Alba, la quiero un montón —contesta exasperado. Lo último que necesita es otra persona que lo ponga delante de sus problemas y lo obligue a tomar decisiones que no quiere tomar.

—Pero no para formar una vida con ella.

—Pero ¿tú quién coño te crees para decirme eso? —Para decirle la verdad, se confiesa a sí mismo. Pero es más fácil enfadarse con Alba que consigo mismo.

—Pues tu amiga, pero ya veo que no estás listo para…

—Tienes razón, no estoy listo. —Sergio se termina su botella de agua, la tira de mala manera en la papelera de debajo de la barra y se va sacándole el dedo corazón de la mano derecha. Alba suelta una carcajada, no es la primera vez.

Y como no es la primera vez, no hace el intento de seguirlo, lo conoce demasiado bien como para saber que en ese momento no hay nada que hacer con él. Con la sonrisa todavía asomando a sus labios, lo observa desaparecer por el pasillo que da a los vestuarios; veinte minutos más tarde lo ve salir del gimnasio sin despedirse. Si fuera otro tipo de persona, Alba no le volvería a hablar hasta que se disculpara, ¿o debería ser ella quien lo hiciera? En cualquier caso, llevaría cruasanes de chocolate al día siguiente para desayunar y ambos actuarían como si no hubiera pasado nada y ella esperaría hasta que él estuviera listo para hablar y enfrentarse a lo evidente.

Capítulo 60

He escrito una carta para cada uno de los miembros de mi familia. Lo vi en una película o lo leí en un libro o lo escuché en un pódcast, qué más da, el caso es que creo firmemente en el hecho de que dejar una carta mitigará el dolor de la pérdida. No es que el dolor no vaya a convertirse en una losa de mil kilos que caiga a plomo y destroce todo, pero creo que la carta será como un último rescoldo en la hoguera, como la rendija por la que entra luz en una habitación cerrada. Es un último contacto con la persona que ya se ha ido y eso me reconforta. A mí me hubiese reconfortado tener una última carta de mi madre, pero no tuvo ese detalle. Reconozco que busqué por su casa y por la mía algo que se pudiera parecer a un mensaje posmuerte, pero no hubo nada, ni una mísera postal. Así que encendí un cigarro que no fumé para despejar la frustración de saber que mi última interacción con ella fue un apresurado *te quiero* dicho a media voz, antes de salir de la habitación del hospital. Al menos fue un *te quiero* y no un *me voy que me estoy haciendo pipí*. Deberían dejarnos tener más tiempo para pensar qué últimas palabras decirles a las personas que queremos porque luego eso se puede convertir en un bucle infinito en tu cabeza.

No he querido ser muy pesada y tampoco he querido dejar sin carta a alguien que realmente la esperara si veía que a su alrededor algunas personas recibían una, así que el listado ha quedado de la siguiente forma:

- Sergio.
- Miriam.
- Esther.
- Papá.
- Susana.
- Raúl.
- Tío Nacho.

- Nerea.

Ocho cartas fueron muchas para volver a ejercitarme en la olvidada costumbre de escribir a mano y, de hecho, valoré la opción de enviar a algunos de ellos un *email,* pero me pareció tan impersonal que la idea pasó apenas como una ráfaga por mi cabeza. Además, lo pensé bien y una hoja de papel se puede llevar, palpar, oler: tocas el papel que sabes que la persona que la ha escrito ha tocado antes; si estás muy sugestionado, puedes llegar a percibir incluso su olor. Los dobleces en el folio son los que ella decidió, el tachón de la tercera línea es por algo que ella repensó. La letra casi ininteligible es la suya. No, para nada, una carta escrita a mano no tiene ni punto de comparación con un correo electrónico; así que compré un paquete de cien folios porque igual me salían cartas de diez páginas, o me equivocaba y tenía que volver a empezar varias veces. Estuve a muy poco de comprar un segundo paquete.

Sorpresivamente, la que menos me costó escribir fue la de Sergio. Cuando sabes que harías cualquier cosa por alguien, incluso tirarte sobre un coche que va a destrozarte física y mentalmente, eres más que consciente de que esa persona es el amor de tu vida. Lo que yo vi en aquel instante antes de bajar el escalón de la acera fue tan grande que no dudé ni un momento, pasaría por todo el proceso mil veces si mil veces hiciera falta eso para crear una vida con él. Me llevo conmigo la curva de sus labios, sus cejas pobladas, su pelo alborotado, sus dedos largos y mágicos, su atrevimiento, su confianza; el largo de sus pantalones, perfectos siempre, nunca había que cogerles el bajo; sus temporadas con barba y su año del pendiente en la oreja izquierda (un horror). Me llevo su mal humor por las mañanas, pero su gusto por despertarme con un orgasmo antes de que salga el sol; su amor por el reproche y los *te lo dije*. Sus viajes planeados al milímetro y su practicidad. Se quedan conmigo sus camisetas gastadas y su orden, su colección de zapatillas y esa pasión por las películas de terror, que veía él solo, claro. Me llevo su pasión por la comida mexicana y el picante y por la música también de México, me pregunto por qué no habremos ido nunca. Su a veces críptico sentido del humor. ¿Cuánto hace a una

persona? Podría estar recitando detalles de Sergio hasta que saliera el sol y no terminaría nunca. ¿He hablado del hoyuelo en la mejilla derecha? También me quedo con eso. Todo eso es mío, me pertenece, lo guardo en un cofre en mi memoria. Mis manos recuerdan su tacto, y mi nariz, su olor. Su forma me es tan familiar, que podría dibujarlo en una de las cien páginas del paquete de folios que compré. Me duele desaparecer de su vida y no estar ahí para ver cómo se hace mayor; cómo, al final, se le pone todo el pelo blanco, pero sigue usando las mismas camisetas gastadas que tenía cuando iba a la universidad, como si fuera lo más normal del mundo guardar ropa de hace veinte años. Me duele no verlo a él.

Pero no sé si me duele más no ver a mis hijas crecer. Quizá soy egoísta, pero disfrutaría tanto verlas convertirse en adultas, presenciar si logran o no alcanzar sus sueños. Mi curiosidad y mi angustia por probablemente no ver cómo serán de mayores me ha llevado a meter sus imágenes en una de esas aplicaciones de inteligencia artificial que muestran el aspecto de una persona a lo largo de los años. Así que ahora las imágenes de mis hijas están en la nube de Internet, pero yo he podido satisfacer un poco mi frustración comprobando lo que ya sabía: que se convertirán en dos mujeres preciosas. Quizá la naturaleza no las lleve por ahí, pero no tengo otra opción más que creérmelo, así que de vez en cuando he mirado las fotos que guardo en mi móvil, identificando los rasgos que conozco hoy en los que parece que serán su mañana. Sus cartas tienen un montón de lugares comunes, pero si son comunes es porque son así para mucha gente: las animo a ir a por sus sueños y a ser buenas personas, como si diciéndoselo me asegurara de que actuarán en consecuencia. No puedo no pensar en eso.

A mi padre le doy un abrazo larguísimo durante toda la carta; le desvelo que sé que él lo sabía, lo de mi madre, quiero decir. Y le dejo encomendado que hable mucho con Esther porque yo no estaré ahí para hacerlo. Es una tarea importante, tal vez él y Susana sean las únicas personas que puedan guiar a mi hija en ese aspecto y, sin duda, es uno de los temas que más desquiciada me tiene. Aunque, bueno, yo no he salido tan mal. Confío en ella. Igual que confío en mi hermano para que las ayude a encontrar un coche bueno, bonito

y barato cuando se saquen el carné. Mi carta para él está llena de ironías y bromas, casi como ha sido nuestra relación toda la vida, así que aquí no cabía una carta triste ni profunda. Tal vez, lo más anecdótico de ella es el *te quiero* del final, porque a mi hermano se lo he dicho pocas veces. Podría pensar que demasiado pocas, pero realmente, si no muriera próximamente, tampoco sumaría muchas más ocasiones.

Y el tío Nacho. Es esa persona a la que le escribo una carta porque si ve que todos a su alrededor tienen una y él no, se sentirá mal y lo que menos quiero provocar después de muerta es dolor innecesario. Solo le pido que, si sigue viviendo con mi padre, deje de pelearse con él, por lo que más quiera; y que acepte que Susana es más parecida a su madre de lo que a él le gustaría. Al final, se enamoró de ella y tuvieron una hija, ¿no? Tan mala no sería. Por eso le animo a que disfrute de todo, porque si no, se pierde cosas y esas cosas que se pierde no se encuentran de nuevo, salvo en raras ocasiones. Tan raras y escasas que ni se observan.

A Nerea le escribí que se enrollara de una vez con su compañero de trabajo y dejara de marear la perdiz: su exmarido estaría bien, sus hijos estarían bien, nadie se vería afectado si de una vez por todas se iba a la cama con ese yogurín que no hace más que rondarle.

Y la que más me costó escribir fue la de Susana. Es extraño, tendrían que haber sido las cartas de mis hijas, la de Sergio, la de mi padre, pero no, fue la de mi prima. Porque ¿qué le dices a la persona que ha estado contigo toda la vida? A la persona que te ha apoyado en todo, incluso en lo que no tenía sentido; que te ha seguido con fe ciega en todas tus locuras, dándoles consistencia. Qué se le dice a la persona que leyó mi lista de posibles acciones para cambiar el futuro y las corrigió o desechó con total seriedad, sin perder en ningún momento la compostura. Dios, qué se le escribe a la persona que sabe la fecha y casi la hora de tu muerte y que se ha acostado con una mujer policía para tener acceso a un chaleco antibalas (por mucho que ella asegure que no fue un sacrificio). Que me ha estado llamando todas las *putas* noches desde que se lo dije en enero solo para escuchar mi voz. A ella solo le pude escribir: «Mi

vida hubiera sido más fea y banal, menos intensa; hubiera sido apagada, desconcertante y confusa sin ti. Qué suerte la mía haberte tenido. Gracias y te quiero».

Capítulo 61

Hace quince años

Raquel ha tenido una primera sesión de entrenamiento *de mierda,* según sus propias palabras. Alba la ha estado observando y se notaba de lejos que estaba distraída, en otra cosa, y eso no es buena señal: tiene que tomarse en serio sus rutinas si quiere recuperar la movilidad al cien por cien, aunque tiene que reconocer que su cuerpo ahora es mucho más fibroso y está en mejor forma que antes del accidente.

Pero es que mientras Jorge le daba las instrucciones para realizar los ejercicios, el interior de la cabeza de Raquel era una habitación donde un gran elefante gris y torpe había arramplado con todo. No podía dejar de mirar a Sergio, que primero levantó unas pesas como si fueran hojas de papel y luego se tomó una botella de agua de un solo trago antes de irse. Lo ha pillado mirándola en alguna ocasión, aunque no puede reprochárselo, ella haría lo mismo si estuviera en su lugar. Pero es que no puede quitarse de la cabeza la voz de Sergio porque, si la superpone a esa otra voz que la acompaña hace meses, podría jurar sin ninguna duda que son la misma. ¿Y a quién puede preguntarle semejante estupidez? Cualquier persona la mandaría de nuevo a la psicóloga, y ya está harta: ha estado yendo durante meses y, aun admitiendo que la ha ayudado bastante, ya no quiere ir más. Jorge la mira con una sonrisa arrogante y no lo aguanta. Si no fuera porque tiene pensado seguir asistiendo a ese gimnasio por razones muy diferentes a su recuperación, sería la última vez que lo vería.

—¿Qué tal el entreno? —le pregunta Alba cuando Raquel llega a la *cafetería* y mete unas monedas en la máquina para que le salga una botella de agua, cuanto más fría mejor.

—No muy bien. —Y la voz de Raquel se pierde en el golpe de la botella de agua contra la mampara al salir disparada del vial en el

que se encuentra.

—Ya te he visto, no estabas muy concentrada.

Raquel se gira y se sienta en uno de los taburetes porque, aunque no ha sido una buena sesión, se ha esforzado y está cansada y sudando y el corazón necesita un momento para apaciguar sus latidos. Abre la botella y da un trago de agua, pero no tan largo como le hubiese gustado; al final, está más fría de lo que puede tolerar. Hace una mueca y mira a Alba.

—¿Te puedo preguntar algo? —Raquel respira agitada, le cuesta recuperar el aliento y el agua fría no ha sido de gran ayuda.

—Dispara. —El gesto de Alba no le dice nada, aunque ella intuye sobre qué va a versar la pregunta: Sergio. Lo que no puede adivinar es qué aspecto de él va a tocar, está realmente intrigada porque sabe cómo acabó la relación entre ambos hace meses y la conversación tan natural que ha surgido antes la ha dejado tan pasmada como expectante.

—¿Sergio viene aquí a menudo? —Raquel no es de las que se avergüenza por preguntar directamente lo que quiere saber, así que después de formular la pregunta, mira fijamente a Alba a los ojos, como desafiándola a que le salga con alguna impertinencia tipo *¿y para qué quieres saberlo?*

—Por lo visto es el gimnasio al que viene normalmente. —Raquel asiente. Y Alba, no sabe por qué, se siente obligada a añadir—: Es el que está más cerca del piso de su novia.

Es curioso, eso último no parece haber hecho mella en el gesto de Raquel. Alba da un respiro virtual, dando gracias por que el interés de Raquel no sea nada romántico. Aunque la cosa terminó de la forma en que lo hizo y ha pasado mucho tiempo desde entonces, es muy normal que haya cierta tendencia a idealizar relaciones con los profesionales que te ayudan a salir de una complicada situación médica. Y bueno, Sergio lo tiene todo para protagonizar cualquier fantasía de ese tipo; de hecho, sería el protagonista perfecto de cualquier libro romántico: alto y guapo, pero con la actitud de quien no sabe que lo es. Y ese pelo, ella puede admitir sin vergüenza que ha soñado alguna vez con tirar de sus mechones castaños mientras gritaba su nombre en una tórrida noche de verano en su habitación.

O en la cocina. O en el baño. O en el coche. El escenario da igual si el protagonista es el mismo.

—¿Nos vamos? —Raquel se levanta dando una palmada en la encimera. Ya se ha bebido media botella de agua a pequeños sorbos y zarandea el líquido restante con dejadez.

—Vale, pero ¿no me vas a decir nada más?

—No me ha gustado Jorge, es gilipollas —dice Raquel bajando la voz y mirando de reojo al monitor, que ahora se ocupa de una mujer de mediana edad entre risas y toqueteos innecesarios—. ¿Ves? Toca demasiado. A este le traía yo a mi prima Susana, se iba a enterar.

—*Vaaale* —responde Alba, alargando la primera sílaba con humor. Las dos están ya camino de los vestuarios—. Entonces, ¿por qué no le has dicho nada?

—Porque quiero seguir viniendo —responde Raquel como un resorte. Alba la mira sin comprender lo que acaba de pasar y espera a que Raquel se explique—. Ya le pararé los pies el próximo día.

Alba no manifiesta que esperaba otra explicación o una ampliación de su respuesta o, en cualquier caso, algo más. Las dos llegan a los vestuarios y se duchan en silencio, perdidas en el parloteo incesante de las mujeres de la clase de pilates que ya se están vistiendo. Raquel piensa que tal vez se apunte a la próxima clase con esas mujeres, no parece mala idea; y Alba se lava el pelo asombrada de que Raquel todavía la siga sorprendiendo. Cuando el ruido de las voces desaparece como si fuera una radio con pocas pilas y en el vestuario solo queda una nube de aromas sintéticos a fresa, melocotón y, principalmente, coco, Raquel por fin tiene la oportunidad de confesarse a sí misma sus verdaderas intenciones. Pero, aunque Alba se encuentra justo allí, no tiene ganas de hablar del tema de las voces, de la sensación de *déjà vu* al ver a Sergio, del escalofrío que le subió por la espalda y la calidez que inundó su cuerpo inmediatamente después de descubrir sus ojos al otro lado del espejo. Desde luego, si expresara en voz alta todo esto, Alba no estaría tan tranquila.

Capítulo 62

No sé el tiempo que Esther pasa conmigo, pero la próxima vez que despierto, todo en casa está oscuro y es Sergio quien se encuentra junto a mí. Me vuelvo y lo miro, y aunque solo puedo intuir su silueta, esta, junto con el sonido de su respiración, es suficiente para reconfortarme. Me deslizo por el colchón y me pego a él cuan larga soy. Tengo una sensación de inevitabilidad que me desborda y amenaza con hacerme gritar en mitad de la noche, así que paso los brazos por su cuerpo e intento tranquilizarme con el calor que desprende. Él, sintiéndome, me estrecha. «Mañana, Susana vendrá con un chaleco antibalas y todo estará bien», convierto esa frase en mantra. Además, si a estas alturas no existe una razón plausible por la que ir al hospital por la mañana es que a lo mejor algo ya ha pasado para que eso no ocurra. Ese pensamiento me llena de esperanza, de nuevo, la maldita esperanza, como si yo no conociera *eso* tan bien como para saber que nunca se equivoca.

Sergio se remueve y me abraza. Ni que decir tiene que yo ya no duermo en lo que resta de noche.

17 de marzo

—Cariño, ¿te encuentras mejor? —Sergio está de pie al lado de la cama y me posa la mano en la frente—. Al menos, parece que ya no tienes fiebre.

Son las seis de la mañana y se está vistiendo para ir al hospital; tiene que llegar allí a las ocho, pero a él le gusta ir con tiempo, desayunar en el bar de enfrente, normalmente churros con café negro (he olvidado las veces que le he advertido de que es una mezcla peligrosa, pero no me hace caso y sigue llegando a casa con dolor de estómago).

—Les dije anoche a las niñas que se arreglaran solas y fueran a casa de Ramona, también mandé un mensaje a su madre para que

las llevara al colegio. —No espera a que le conteste y me da un ligero beso en los labios. ¿Ese puede ser el último beso que nos demos? Me incorporo como un relámpago y lo abrazo atrayéndolo hacia mí y metiéndole la lengua hasta la garganta. Él sonríe y se deja caer en la cama.

—¡Eh, no esperaba esta efusividad! Teniendo en cuenta cómo estabas anoche. —Pero yo ya no atiendo a sus palabras y lo acomodo entre mis piernas—. Espera.

Me deja un poco desconcertada cuando se levanta de un salto y va a cerrar la puerta de la habitación. Entonces, apaga la luz del baño y el dormitorio se torna de nuevo en penumbra. Se acerca desabrochándose el vaquero y vuelve a colocarse entre mis piernas. Ahora puedo sentir su erección en mi pubis y eso me vuelve loca. Es tanta la necesidad que tengo de él que lo abrazo e intento fundirme con su cuerpo, ojalá este momento durara toda la vida. Aquí no hay balas ni peligros, solo estamos él y yo y tenemos todo el tiempo del mundo por delante. Noto cómo manipula su ropa interior y luego aparta la mía a un lado. Su embestida me pilla, pese a todo, por sorpresa y gimo sordamente, porque no se me puede olvidar que hay dos niñas de once años durmiendo a pocos metros de nosotros. Se suele decir que hacer el amor en los momentos más desesperados es normal, que es una forma de sentirse vivo frente a la adversidad, así que me entrego a este instante. Y aunque es difícil desconectar la mente, enajenarse de la situación y el contexto y actuar sin interferencias, lo consigo durante unos segundos en los que solo somos Sergio y yo, y besos, saliva, sudor y piel. Clavo los dedos en su espalda con cada arremetida y, cuando está hundido en mí, aprieto mis piernas alrededor de su cintura hasta que me duelen las caderas. Todo pasa muy rápido, pero puedo asegurar que es el orgasmo más salvaje que he sentido en toda mi vida. Me cuesta un poco recuperarme.

Sergio levanta la cabeza y pone su frente sobre la mía, respira agitado sobre mi boca y recuerdo de repente que mi aliento debe oler fatal.

—Joder, eso ha sido intenso. —Yo todavía tengo espasmos ahí abajo, así que supongo que él tiene que notarlos. Sonríe. Me resisto

un poco a que se aleje de mí, pero no hay forma de retenerlo.

Se desliza fuera de mí y de la cama y va al baño. Yo lo seguiría, pero quiero mirarlo, quiero ver cómo me sonríe, cómo me dice que volverá luego, cómo me besa, cómo se va con las mejillas rojas de postsexo.

Y es exactamente lo que hace, sale del baño, me sonríe y me dice:

—Nos vemos esta tarde, ¿vale? —El hoyuelo le marca la mejilla mientras se abrocha los pantalones—. Ahora voy a tener que ducharme en el hospital… —afirma con fingida molestia mientras camina hacia la cama y se arrodilla en el colchón, junto a mí—. Escucha, si te encuentras peor, llámame, ¿eh? No te acerques por el hospital, ¿entendido? Y si necesitas que te vea un médico, ve al centro de salud. —Yo lo que necesito es no morir hoy. Me parece tan increíble, tan surrealista que ya sea 17 de marzo, que incluso me cuesta encajar las imágenes que entran por mis ojos y se transmiten a mi cerebro: Sergio inclinado sobre mí, la lámpara del techo, el color beis de las paredes…—. ¿Te has enterado? —me pregunta de nuevo.

—¿Qué? ¡Ah, sí, sí! Al centro de salud, no te preocupes. —Vuelvo a tener mucho frío y juraría que de nuevo me ha subido la fiebre.

—En la mesita tienes otro paracetamol, tómatelo cuando te levantes. O mejor, tómatelo ya, no creo que lo caliente que estás ahora sea por lo de antes. —Y levanta varias veces las cejas.

—Te quiero —atino a decirle acariciándole el pelo. Ahora recuerdo cuando Alba me dijo hace años que había soñado con coger puñados de ese pelo mientras gritaba el nombre de Sergio. Fue justo al principio de nuestra relación, cuando nadie imaginaba que llegaríamos tan lejos, cuando era divertido escuchar a una amiga hablar de las fantasías sexuales que había tenido con tu *novio*. Me pregunto por un instante que estará haciendo ahora y qué bueno hubiera sido compartir con ella todo lo que me está pasando ahora. Alba nunca supo de la existencia de *eso,* pero sospecho que intuía que había algo que se escapaba de lo normal.

—Te quiero —me responde Sergio. Y me parece tan sorprendente que no se haya dado cuenta de nada, que no haya visto en mi cara el miedo, la nostalgia, la urgencia y el pánico, que aguanto la

respiración para que siga siendo así. De esa forma lo veo irse, con las mejillas rojas y el corazón lleno. Como el mío.

Capítulo 63

Hace quince años

Raquel no ve de nuevo a Sergio hasta la tercera visita al gimnasio. Durante ese tiempo ha tenido que soportar los evidentes coqueteos de Jorge. El segundo día que fue allí, le dijo alto y claro: «No me gusta que me toquen» y Jorge levantó las manos con gesto divertido, como si se estuviera rindiendo. Alrededor se hizo un silencio que no supo distinguir si se producía porque se había convertido en una heroína o en todo lo contrario. Tampoco le importaba, solo estaba en ese gimnasio por una persona.

Durante dos semanas había fantaseado tanto con Sergio como Sergio lo había hecho con ella, pero, claro, eso Raquel no lo sabía. Se había devanado los sesos superponiendo las dos voces en su cabeza una y otra vez. Y además, la voz de su memoria había vuelto con más fuerza que nunca, perdiendo toda precaución y asaltándola en cualquier momento, hasta en los más inoportunos. Ella pensaba que eso debía significar algo, es decir, como si haber escuchado la voz verdadera hubiera puesto en funcionamiento algún mecanismo en su cerebro que fuera a devolverle sus recuerdos. Creía, con una fe que le costaba gestionar, que si hablaba de nuevo con Sergio, si descubría que la voz de su memoria era la suya y la escuchaba de nuevo en directo, la neblina en la que se había convertido ese acontecimiento vital de su pasado desaparecería. La voz de Sergio sería una suerte de aspirador que dejaría el cielo despejado y su mente limpia y resplandeciente. Lo que la voz de su memoria decía era en esos momentos irrelevante, algo que ya solucionaría más tarde.

En las tediosas rutinas que Jorge le imponía, porque aparte de ser empalagoso, era un monitor plano, tirando a malo, no se planteó que podría haber evitado esa parte de su plan pidiéndole su número a Alba. Podría haber puesto como excusa disculparse con Sergio por

la forma abrupta en que terminó su relación hace meses, pero no se sentía bien mintiendo. Especialmente porque ella no se consideraba culpable: realmente pensaba que Sergio se sobrepasó y que le tendría que haber contado todo desde el principio.

Raquel levanta unas pesas de cinco kilos, el peso máximo que está dispuesta a manejar, por encima de su cabeza. Ha dejado las de cuatro kilos hace una semana y todavía no se ha adaptado a ese kilo de más que tiene que mover, el corazón le va por tanto más acelerado de lo que está acostumbrada y los bíceps parecen a punto de romperse en cualquier momento. Puede oler su propio sudor cada vez que planta su axila junto a la nariz y nota cómo el sujetador deportivo se adhiere a su cuerpo con una pátina de humedad que la incomoda tanto como le da placer, porque en su mente, sudar es hacer un buen trabajo. Se observa en el enorme espejo que ocupa toda una pared del gimnasio comprobando su postura, la altura de sus caderas y, por qué no, sus zapatillas rosa fluorescente, regalo de Susana por su cumpleaños. Su prima aún no se explica esa nueva afición por el gimnasio más allá de su rehabilitación, pero como siempre dice, *quién soy yo para apartarte de la salud*. Mira a su derecha, Jorge charla con otra chica que está levantando una pesa rusa. Ella no parece prestar mucha atención, pero él insiste e insiste, es muy pesado. Raquel pone los ojos en blanco y seguidamente concentra su atención en una gota de sudor que le cae por la mejilla, alcanza su cuello y recorre misteriosamente el camino hasta su canalillo. Y en ese momento, lo ve y lo que la rodea desaparece.

Sergio entra con la mochila colgada al hombro, viste unos vaqueros que quizá en el próximo lavado se disuelvan en el agua, y una camiseta de manga larga que ha conocido días mejores. Se detiene en la recepción y habla durante unos segundos con la administrativa, que seguramente le hace ojitos detrás de ese flequillo pasado de moda. La impresión de verlo, a pesar de que es lo que ha estado esperando durante semanas, hace que pierda toda coordinación en el levantamiento de pesas y los cinco kilos se convierten de repente en diez. Tira las pesas al suelo acolchado como si fueran dos grandes sacos de patatas, provocando un ruido

sordo que no desentona en la banda sonora de lo que es el gimnasio a esa hora de la tarde. Comienza a respirar cada vez más rápido y desde luego que aquello no es producto del ejercicio, la presencia de Sergio la pone tan nerviosa que no la deja pensar. Pero no puede hacer nada por evitarlo, su pecho sube y baja al ritmo de un tambor de guerra y sus intentos por serenarse son totalmente infructuosos. Los brazos descansan a cada lado de su cuerpo y piensa que el destino bien podría ocuparse también de hacer que Sergio se le acerque y, de paso, comenzar la conversación, porque ella no da para más. Cuando Sergio la ve en el reflejo del espejo, Raquel ha logrado controlar a medias su respiración y el corazón ha bajado unas octavas su ritmo. Aun así, ella solo puede responderle con una amplia y verdadera sonrisa, como si esa fuera la única opción en todo su repertorio para darle la bienvenida a lo que ha esperado toda su vida.

—¿Te encuentras bien, Raquel? —La voz que le saca de su estado catatónico no es la de Sergio, sino la de Jorge, que sostiene delante de ella las dos pesas de cinco kilos como si no fueran más que dos paquetes pequeños de patatas fritas. Le molesta tanto que interrumpa la conexión visual que ha establecido con Sergio que la mirada que le dedica al monitor está impregnada de todo el desdén que es capaz de reunir. Y es mucho.

—Perfectamente —contesta Raquel. Es escueta con intención, pero luego se siente mal porque, al fin y al cabo, Jorge no está haciendo más que su trabajo, así que se obliga a sonreír—. No termino de acostumbrarme a los cinco kilos, tú sabes.

—Si quieres, coge las pesas de cuatro para los próximos ejercicios —ofrece un Jorge que afortunadamente ya siempre guarda las distancias con ella.

—No, creo que lo dejo por hoy. —Raquel da por terminada la conversación con un par de palmadas y, aunque comienza a girarse, Jorge no se da por vencido.

—Pero si no has hecho ni la mitad de la rutina.

Raquel resopla imperceptiblemente y reprime las ganas de gritar. Cuando abre los ojos, que no se había dado cuenta de que había cerrado, ve a Sergio delante de ella.

—No te preocupes, Jorge, ya me quedo yo con ella. —Sergio le posa una mano en el brazo a Jorge y el monitor fuerza una sonrisa.

—Sergio, tú no trabajas aquí… —comienza a discrepar Jorge, pero Raquel lo corta.

—No te preocupes. —Mira a Sergio con nuevos ojos, expectante—. ¿Un café?

Jorge es lo suficientemente inteligente como para alejarse de la pareja y continuar con la mentoría a la chica de las pesas rusas, y Sergio y Raquel se quedan en mitad del gimnasio mirándose como si hubieran encontrado aquello que habían estado buscando desde hacía mucho tiempo, aunque para cada uno de ellos sea algo diferente.

Capítulo 64

17 de marzo

Las niñas me dan un beso en la cocina antes de irse a casa de Ramona, que vive dos bloques más abajo. Me hubiera gustado llevarlas yo al cole, pero no puedo deshacer todo lo que ha hecho Sergio, así que me conformo con desayunar con ellas y prepararles el sándwich para el recreo. Las he estado observando con detenimiento, absorbiendo cada gesto, cada movimiento de sus manos y cada rutina que han creado para ellas mismas a lo largo de los años. Esther suele poner el ColaCao en el vaso antes de verter la leche y Miriam no toma ColaCao porque se llena el vaso de cereales con miel. Esther es la que se encarga de sacar las dos botellas de agua del frigorífico y Miriam la que acerca los sándwiches a las mochilas. Miriam dejó de usar carro para la mochila el año pasado, Esther todavía lo utiliza porque dice que prefiere parecer una niña —lo que es— a echarse la espalda a perder. No creo que hayan notado nada especial cuando las he abrazado y besado unos segundos más de lo normal.

—Mamá, mejórate —me suelta Miriam, que ha aceptado con estoicidad esos segundos de más de abrazo.

—Te quiero, mamá —me dice Esther al oído antes de separarse de mí. Es algo tan natural y críptico a la vez que no tengo energía ni capacidad para intentar desentrañar la intensidad de esas dos palabras que en casa son tan normales. Nos miramos fugazmente a los ojos y creo vislumbrar un significado que se me pone a tiro de piedra, pero que no soy capaz de descifrar. Para cuando me quiero dar cuenta, escucho la puerta de la entrada cerrarse con un ruido fuerte. Y ese portazo me recuerda que esto lo he vivido antes; tanto lo recuerdo que, en el intento por evitar darme en el pie con la pata de la mesa, doblo uno de los dedos y el dolor es aún mayor. No sé en qué estaba pensando, *eso* nunca se equivoca: si voy a sufrir

dolor en el pie, lo voy a sufrir por un motivo u otro, por mucho que yo haga por esquivarlo. Así que me detengo en la puerta de la cocina sobrecogida porque todo apunta a que sí que voy a morir de un disparo esa misma mañana, ¿verdad? O sea, no hay forma de sortear ni de engañar a mi destino. Se me cae la taza de café de las manos y estalla en mil pedazos en el suelo. Pero da igual, sé que, aunque parezca mentira, ninguna lasca de cerámica se me va a clavar en el pie.

Son las nueve y cinco y llego tambaleándome a la cama. La fiebre me está subiendo y me estoy planteando seriamente lo de ir al centro de salud, tengo la garganta tan reseca que ni el agua me calma, es más, el líquido hace el papel de un estropajo que ralla con saña la superficie de la mucosa. Solo quiero estar tumbada debajo de las mantas, cerrar los ojos y dejar que pase el tiempo. Que de repente sea 17 de marzo por la noche y estemos todos cenando tortilla. O mejor, que sea 18 de marzo y, a esta hora, esté volviendo de dejar a las niñas en el colegio y vaya camino de la cafetería a por un desayuno doble, como casi cada martes de mi vida. En menos de media hora, llegará Susana y podré aferrarme a ella como un niño a su madre el primer día de colegio.

Pero cuando cierro los ojos, un escalofrío me recorre entera, desde la punta de los pies a la punta del pelo. Una sensación de vértigo me embarga y parece que caigo. Y en cuestión de milésimas de segundos, diría que *eso* se desarrolla fuera del espacio-tiempo, se suceden dos películas delante de mis ojos cerrados. Mentiría si dijera que no titubeo, pero la razón no es el egoísmo, es el desconcierto: nunca había sentido físicamente la llegada de una visión, pero se ve que cuando a lo que asistes es a tu propia muerte, *eso* te avisa de una forma diferente. Sin embargo, sé que la decisión debe ser inmediata y que está tomada desde antes de que yo misma me dé cuenta de ello, así que me levanto de un salto. Cojo de un manotazo la ropa colgada detrás de la puerta: mis vaqueros de lechuga y mi camisa azul cielo. No quiero pararme a saborear todo lo que eso implica. En el lavadero me calzo mis Converse y del perchero de la

entrada agarro mi gabardina y mi bolso, el grandote, el que tenía preparado porque es el único en el que cabe mi portátil personal e igual tenía que llevarlo a una presentación para un posible nuevo cliente de la cooperativa. Eso sí que no me lo esperaba.

Salgo de casa y el portazo resuena en todo el edificio, haciendo vibrar las ventanas de los rellanos, puedo imaginar a la vecina de arriba maldiciendo entre susurros. Bajo las escaleras de dos en dos porque sé que no voy a sufrir ningún accidente que me deje incapacitada para llegar a mi destino y encuentro la puerta del portal abierta porque la limpiadora acaba de dejarla así. La saludo fugazmente y sigo mi camino. En el trayecto hacia la parada de taxis, porque aún creo que hay cosas que puedo cambiar, llamo a Susana. Responde a la primera.

—Susana, voy para el hospital. —Apenas me sale la voz porque estoy asfixiada; hace mucho que no hago ejercicio, mi época en el gimnasio quedó tan atrás que es casi una anécdota en mi vida; y correr cien metros seguidos a toda velocidad, a toda la velocidad que mis piernas me permiten, hace que el corazón vaya camino de la boca impulsado por mis pulmones, que también parecen estar encantados de salir de mi cuerpo.

—Pero ¿qué dices, loca? Estoy a menos de veinte minutos de tu casa, espérame. —A ella también la noto asfixiada, pero va en coche, así que no puede ser por las mismas razones que las mías.

—No, Susana, no lo entiendes, he tenido una visión…

Entonces llego a la parada de taxis. Y está vacía. Al menos, han tenido la delicadeza de pegar un cartel que anuncia que están de huelga y me da la oportunidad de no perder tiempo esperando en vano. Aunque, qué demonios, todo esto estaba ya escrito, ¿verdad? Miro alrededor desesperada mientras Susana me grita por teléfono que me quede donde estoy. Pero yo ya tengo mucha experiencia, no puedo perder ni un segundo, sobre todo, en una visión como esta, así que cuando veo un autobús transitar por la avenida principal, corro de nuevo. La parada de autobús, a pesar de que uno se acaba de ir, está repleta. Se me escapan unas pocas lágrimas de impotencia; aunque quisiera, igual no entro ni en el próximo vehículo. Una mujer me mira y me dice: «A estas horas, suelen venir

muy seguidos, no te preocupes». Y veo en la pantalla de espera que el próximo llega en tres minutos.

No llega en tres minutos, sino en cinco, y efectivamente se llena antes de que yo pueda subir a él. Pero en el siguiente, seguro que entro. La mente me va a mil por hora, la brisa de la mañana me enfría el sudor producido por la fiebre y siento una película húmeda por todo mi cuerpo. Me dan ganas de gritar. Cuando me palpo el bolsillo de la gabardina, toco algo duro, las llaves del coche. Entonces me da un ataque de risa. Una risa histérica y algo demencial, tanto que la mujer que antes ha querido tranquilizarme se aleja unos pasos. Me río porque esa llave pertenece a un coche que está sin batería en el parquin de casa, me río porque los astros sí que pueden alinearse para que ocurran las cosas tal y como están escritas. Me río porque voy hacia mi propia muerte y lo hago angustiada, pero también decidida. Cuando llega el siguiente autobús, me fascina cómo este no va completamente lleno porque el grueso de la gente se lo han llevado los dos anteriores. Aquí hay mucho espacio y me coloco en medio, junto a la ventana. Levanto la vista y me topo con la estúpida pantalla del autobús, la pregunta que hace es: «¿Con qué cantante melódico estuvo casada Paula Echevarría?». Y después aparecen varias fotos de una Paula Echevarría de otros tiempos junto a… David Bustamante. Su nombre aparece en una nube rosa que vuela hasta el lateral de la pantalla. Luego, un sol enorme y unas cifras nada comunes para las fechas en las que nos movemos se mantienen estáticas durante unos segundos. El tiempo para hoy, un sol de verano y un calor inusitado; ya lo estoy notando y me arremango la gabardina, llevándome a la vez las de la camisa. Después aparece la hora en una fuente de letra que imita los relojes digitales: son las diez y veinte, ¿cómo ha podido pasar tanto tiempo? Exhalo e ignoro el móvil, que suena y vibra en mi bolso como un artefacto a punto de explotar. La poca gente que me rodea me mira, esperando a que lo atienda, pero no lo hago. No está bien que deje que la desesperación se apodere de Susana, pero ya se lo he explicado y que ella no lo quiera entender no me va a frenar. En realidad, ya lo sabía, es decir, en mi interior sabía que esto era inevitable porque había algo que lo hacía inevitable. Y si todos

los puntos de esa lista que hice hace meses versaban sobre la posibilidad de que Sergio no estuviera en el hospital, era por alguna razón. Todas las células de mi cuerpo estaban preparadas para el día de hoy. O es él o soy yo.

Miro por última vez la pantalla del autobús: 17 de marzo de 2025, 10:30. Y justo cuando pasa a la siguiente noticia, algo sobre una investigación contra el cáncer, el autobús se detiene en la parada junto al hospital. Bajo de un salto y me apresuro a cruzar por el semáforo antes de que se ponga en rojo, vuelvo a arremangarme la gabardina porque vuelvo a tener las mangas a la altura de las muñecas y siento un bochorno asfixiante. La gabardina ondea tras de mí cuando cruzo el jardín. Está cambiado, de hecho, ya no se parece en nada al jardín por el que paseé los primeros días tras mi accidente, pero ya he reflexionado sobre eso durante meses, ahora no tengo tiempo de fijarme en detalles. Aun así, mi visión periférica detecta el rosal nuevo y, como corro el peligro de llorar, carraspeo y aprieto el paso.

Cuando llego a la puerta de urgencias, los dos coches de policía que ya sabía que estarían allí bloquean el paso. Un par de agentes charlan a un lado, mientras que otros dos sacan a un joven con la cara desfigurada por una paliza y los ojos tan rojos y saltones que así, al natural, parece más drogado incluso que en mi visión. En vivo, sus movimientos enérgicos y violentos me acongojan y me apresuro a pasar junto a ellos como una exhalación, no sin antes deslumbrarme con las esposas. *Eso* es concreto hasta en ese puto detalle. Voy al mostrador de entrada, donde, como siempre, no hay nadie. Sé que no puedo quejarme, que mi marido es personal médico y conozco de primera mano todos los problemas, recortes y escasez con los que tienen que lidiar los hospitales, pero que no haya nadie en el mostrador me llena de frustración y empatizo con toda esa otra parte de la ciudadanía que pone a parir al sistema. «¡Hola, hola!», exclamo fuerte. Y veo cómo los policías llevan al chico joven al interior del hospital, sin esperar que el celador les franquee el paso. Me sorprendo porque, a pesar de la inevitabilidad que siento que vivo, un rescoldo de esperanza se remueve ahí dentro, en el fondo de mi ser, iluminando la oscuridad: si encuentro

a Sergio a tiempo, si lo aviso, solo cinco segundos, no necesito más. Por fin sale alguien a atenderme.

—Hola, Raquel, ¿qué tal? —me pregunta una persona cuya cara me suena, pero que no tengo ni idea de cómo se llama.

—Busco a Sergio —espeto sin educación, y noto cómo abre los ojos sorprendida, noto cómo me juzga y paso a formar parte de su lista de gilipollas. Todos tenemos una lista de gilipollas y yo ya ocupo seguramente el primer lugar en la de esta persona.

—La última vez que lo vi, estaba tomando un café en la sala común. —El tono solícito y agradable ha sido sustituido por uno lleno de hartazgo y estupidez. No se lo tengo en cuenta.

—Gracias —exclamo cuando ya me estoy alejando del mostrador.

Me miro los brazos y otra vez se me han bajado las mangas de la gabardina, pero ya no tengo fuerzas para subirlas, así que tendré que aguantar el calor, que allí dentro es más denso. Cuando llego al guarda de seguridad que custodia la entrada a urgencias, escucho desde el mostrador: «Déjala pasar, es la mujer de Sergio». Giro la cabeza y articulo un gracias sincero. Y entonces corro.

No suelo visitar mucho a Sergio en urgencias. No me gustan los hospitales en general y no me gusta urgencias en particular. Aquí la desazón es más acentuada. De todas formas, he estado las suficientes veces como para recordar los pasillos y me guío por ellos con cierta fluidez. Llego a la sala común y abro con brusquedad. Ya he pensado que, si encuentro a Sergio ahí, nos mantendremos allí encerrados lo que queda de día. ¿Cómo? No lo sé, mejor que la gente piense que estoy loca a morir, ¿no? Pero Sergio no está. Dos caras se han vuelto hacia mí, asombradas y expectantes.

—Estoy buscando a Sergio. —Casi grito. Pero no me responden—. Soy su mujer. —Espero que con eso dejen de lado sus reticencias.

—¿Raquel? —Y la cara que me habla tampoco la reconozco, pero no tengo ganas de saludar a nadie, de hablar del tiempo que hace que no nos vemos, que nos tendríamos que ver más, que…

—Por favor, necesito encontrarlo ya. —He incluido el «por favor» porque no quiero sonar muy maleducada.

—Claro, se acaba de ir, pasa urgencias por la consulta 2…

Me marcho y dejo la puerta abierta. ¿La consulta 2? De repente, los pasillos del hospital se han convertido en un laberinto, toda esa fluidez de la que presumía hace apenas un minuto se ha esfumado. Paso por delante de la consulta 3, pero la que está al lado no es la consulta 2, sino la 4. Las ganas de gritar se hacen más intensas, pero en lugar de dejarme llevar por ellas, me muevo en sentido contrario. Y por fin estoy delante de la consulta 2. La puerta está cerrada, pero escucho ruido proveniente de su interior. No me detengo a pensar en lo que hago, la gente que hay a mi alrededor no parece reparar en mi presencia, como si fuera lo más normal del mundo tener a una mujer ajena al personal merodeando por los pasillos. Así que abro la puerta con un movimiento precipitado y dentro se concatenan los acontecimientos que me han tenido sobrecogida los últimos seis meses.

Capítulo 65

Hace quince años

Sergio y Raquel deciden tomarse un café en un local a la vuelta de la esquina, donde Sergio ha quedado con Ana infinidad de veces después del entreno. Más adelante, se sentirá algo culpable por la elección del lugar, pero ahora no porque no espera de ese café más que una charla *entre amigos*. Él aguarda pacientemente en la acera de enfrente del gimnasio, lejos de la chica de recepción, que esbozó una sonrisa esperanzada cuando lo vio aparecer de nuevo por la puerta. Allí, con el frío arremolinándose en brazos y piernas, se acuerda de su chaqueta, abandonada en el perchero de la entrada del piso de Ana porque en sus planes no entraba pasar demasiado tiempo en la calle. Y piensa con algo de pesar que quizá Ana no esté nada de acuerdo con lo que está a punto de hacer. Si por ella fuera, desterraría todo rastro de Raquel de su vida y de su memoria, pero eso es imposible, desde el mismo momento en que los ojos de esa chica contactaron con los de él justo antes de impactar con el capó de su coche, sus vidas se vieron irremisiblemente unidas por un lazo imposible de romper. Por fin va a escuchar de sus propios labios cómo se encuentra, cómo va la rehabilitación y, sobre todo, qué hay de la amnesia. Quizá eso le ayude a pasar página, a lo mejor esa sea la pieza necesaria definitiva para continuar con su vida.

Entonces, del mismo modo que Raquel especula sobre que esa conversación va a desatascar la tubería de sus recuerdos, Sergio cree que la misma conversación lo liberará de la culpa y la preocupación. Tal vez, solo tal vez, eso les permita vivir su vida sin que parezca que lo hacen a medias, y para Sergio, puede que hasta su relación con Ana se vea afectada positivamente. Todo son ventajas para ambos. Las expectativas que se esperan de esa conversación son tan altas que ninguno de los dos considera que no vayan a cumplirse, al menos, en parte.

La sonrisa de Sergio acompaña la salida de Raquel del gimnasio. Viste otras mallas fluorescentes, parece que todo su atuendo deportivo se mueve en esa paleta de colores llamativos. Un psicólogo cualquiera podría identificar una consecuencia directa del accidente: Raquel usa esos colores con el objetivo de que todos los conductores de la ciudad puedan verla y no atropellarla. La explicación real, y simple, es que a Raquel siempre le han gustado esos tonos. Sergio la observa acercarse y distingue una mínima cojera reprimida que no disminuye en nada el atractivo que desprende; los rizos, sueltos y algo húmedos, saltan alrededor de su rostro como muelles, nunca había visto un pelo así y descubrirse enfocando su atención en semejante detalle hace que enrojezca un poco de vergüenza. El cortaviento, a juego con las mallas, se le sube por el abdomen cuando Raquel se apresura a cruzar la carretera que los separa y sus ojos absorben de una forma que no quiere ni analizar ese trozo de piel pálida que juraría que está erizada a causa del frío.

—No has cruzado por el paso de cebra —sonríe Sergio señalando el asfalto.

—No bromees con eso, han pasado meses antes de que pudiera siquiera atreverme a hacerlo por un semáforo —le dice ella devolviéndole la sonrisa.

—Vale, perdona. —Sergio se gira y comienza a caminar hacia la esquina—. ¿Vamos?

Raquel se une a él y no puede evitar reparar en que Sergio ha adaptado su ritmo al de ella. Interiormente se lo agradece, su tolerancia al dolor y la molestia está rayando lo inaguantable y desea con todas sus fuerzas llegar a donde sea que vayan para sentarse y desmadejarse un poco sobre la silla.

—Te duele, ¿verdad? —pregunta Sergio mirándola de soslayo, y a Raquel no la coge por sorpresa, no sabe por qué, ni tampoco se plantea mentirle.

—Sí. —Suspira y vuelve a reducir el ritmo, a lo que Sergio vuelve a adaptarse—. Al final del día es peor, claro, más si he ido al entreno, aunque hoy no he hecho mucho, la verdad. —Y sonríe recordando el

gesto confundido de Jorge cuando se han marchado los dos sin dar explicaciones.

—Ya, no he visto a Jorge muy contento.

—Debería darle igual, le he pagado la sesión de todas formas. —Y levanta su móvil, dando a entender que le ha hecho un Bizum antes de que se encontrara con él—. Pero será la última.

—¿Y eso?

—¿Y tú me lo preguntas? —Raquel mira a Sergio entre divertida e incrédula. Sergio le responde con un asentimiento leve y una sonrisa de medio lado—. Llevas tiempo en ese gimnasio como para saber que no es el mejor monitor del mundo.

—Entonces, ¿por qué estabas trabajando con él? —El tono de Sergio ahora sí es de curiosidad.

—Porque era la única manera de estar entrenando en ese gimnasio de forma más o menos eficiente mientras esperaba a verte de nuevo.

Han llegado a la puerta de la cafetería y Sergio se ha quedado petrificado con la puerta sujeta para que Raquel entre. Ambos se sostienen la mirada durante unos instantes, dejando que eso último que ha dicho Raquel flote entre ellos el mayor tiempo posible. Una mujer con un niño en brazos espera sin perder la compostura a que esa pareja tan extraña acabe de entrar para poder salir. No quiere molestarlos, algo le dice que esa mirada que se están dedicando quiere decir muchísimo y que no debe romper el hechizo; una electricidad extraña recorre el espacio que aquellos dos ocupan y ella siente, por un breve momento, el sobrecogimiento que ellos están viviendo.

La mujer con el niño se ha ido y Sergio y Raquel ocupan ahora una mesa junto a los baños. Cuando lo recuerden más adelante, desearán que la mesa hubiera estado ubicada junto al ventanal o incluso en mitad del salón, no en aquel lugar donde, a pesar del biombo de madera salpicado con flores de plástico, les llegaba un pequeño tufo a tubería mientras veían salir y entrar gente continuamente. Pero no siempre puedes elegir el lugar adecuado para los momentos importantes de tu vida. Y ellos saben que ese lo es, aunque cada uno tiene razones diferentes y la principal todavía

no es más que un atisbo, un pellizco en el estómago, un cambio inexplicable en la respiración, nada demasiado revelador.

—Creo que te tocaba a ti decir algo más que contribuyera al cambio climático. —Sergio mira a Raquel confundido y poco a poco su gesto se torna en entendimiento.

—¿Sí? No sabría decirte a cuál de los dos le tocaba, la verdad. —El camarero se acerca y observa a Sergio reconociéndolo; esboza una sonrisa socarrona.

—Yo quiero una Coca-Cola —dice Raquel mirándolo y devolviéndole la sonrisa, sin percibir que la del camarero tiene que ver menos con amabilidad y más con que ha visto a Sergio en esa misma mesa con otra mujer en días anteriores.

—¿Cero cero? —pregunta el chico, mientras retira las tazas de otros clientes.

—Normal, por favor.

—Yo quiero una tónica. Si la tienes de limón, mejor. —El camarero asiente y se aleja.

—¿Una tónica? —se burla Raquel cuando se encuentran de nuevo a solas.

—Sí, ¿qué pasa? —Sergio ha cogido una servilleta y está haciendo y deshaciendo dobleces repetitivos que gastan el papel hasta romperlo de forma geométrica.

—Nada, nada, es que no sé, una tónica se toma mi madre cuando tiene el estómago pesado por haber comido demasiado.

—Nunca me habían hecho una comparación tan poco afortunada.

Y ambos se quedan callados, esperando sus bebidas, entonces podrán hablar sin interrupciones.

Capítulo 66

Cuando abro la puerta, todos se giran hacia mí con brusquedad. La sorpresa es común, pero detrás de los ojos de cada uno de ellos bailan emociones muy diferentes. Los policías que intentan mantener quieto sobre la camilla al joven con la cara destrozada me miran enfadados, supongo que por la interrupción. Sergio lo hace con estupor, levantando las cejas hasta casi llegar al nacimiento del pelo, comprendiendo enseguida lo que significa mi presencia allí. Solo el enfermero —¿Rubén, se llamaba?— muestra genuina y pura sorpresa, tanta que se le cae la jeringuilla con la que iba a pinchar el brazo del chico. Y el chico, que se debate contra el agarre de los agentes, me clava una mirada enajenada que mezcla esa sorpresa con oportunidad. Sus ojos me hipnotizan, tan desorbitados que no me explico cómo siguen engastados en sus cuencas; la esclerótica está teñida de un rojo que no había visto en mi vida y el iris es de un azul tan intenso que el contraste con el rojo le hacen parecer todo lo peligroso que seguramente es. Pienso, como si no hubiera nada mejor en lo que reflexionar, que es un delito también condenar a esos ojos a la vida a la que él los ha condenado. El joven se revuelve con más fuerza de la que le creía capaz y consigue liberar uno de sus brazos, ahora sin esposas, de la mano de uno de los policías. Lo golpea con el hombro en la mandíbula y alcanza la pistola que este tiene guardada en la cartuchera, sobre su cadera. La coge como si para él fuera lo más normal del mundo empuñar una, como si esto fuera Estados Unidos y tener armas de uso cotidiano estuviera grabado en su ADN. La eleva y, en el forcejeo que sigue, apunta a Sergio. Yo corro sabiendo que lo voy a conseguir. Sabiendo que voy a lograr que esa bala que va a salir disparada de un momento a otro impacte en mí y no en el corazón de mi marido.

El dolor no llega de inmediato y me hace dudar, quizá *eso* se ha equivocado en esta ocasión y la bala ha salido despedida hacia

cualquier otro sitio que no es mi cuerpo y ahora se halla hundida, no sé, en el mueble de formica que está al fondo de la sala. Con el tiempo, ese agujero de bala será un triste recordatorio de lo que pasó en esa consulta y la historia pasará de residente en residente, de enfermera en enfermera, de celador en celador. Llegará un momento en que el mueble cambie de habitación, porque en un hospital público no se tira nada, y más adelante, nadie conocerá el origen de ese agujero que luce en la parte delantera. Respiro agitada, a la expectativa, pero la esperanza, de nuevo la esperanza, no me dura mucho. Un dolor agudo, como si una granada me estallara en mil pedazos dentro del vientre, hace que escuche un grito tan agudo y salvaje que solo al sentir la garganta seca y afónica me doy cuenta de que es mío. La estancia se ha llenado de ruido y movimiento. Yo tengo la mano en mi vientre e instintivamente la levanto y bajo la cabeza para mirar, pero antes de que pueda echar un vistazo, Sergio ya está arrodillado junto a mí presionándome la barriga. Solo atino a ver mi palma derecha manchada de sangre. Y veo sangre también en mi gabardina. Y, ¡oh, Dios!, mi camisa azul cielo debe estar hecha un desastre, eso no habrá forma humana de arreglarlo. ¿Habrán salido ilesos mis vaqueros? Puede que también tengan un agujero del tamaño de una canica, ¿no? Mi bolso está abierto en mitad de la habitación y se han desperdigado todas mis cosas. Hago recuento de todo con una pulcritud absurda: la cartera, las llaves, dos paquetes de pañuelos, unos tiques, la gamuza para las gafas, una mascarilla que nunca he querido tirar por si acaso otra pandemia me pilla tomando algo en un bar, un par de compresas y un salvaslip que queda rotundamente descartado para su uso. En mi viaje visual por la estancia, de repente, me topo con los ojos del chico, esos ojos azules a los que he tenido lástima casi desde el primer momento en que los vi, hace seis meses. Quizá ya se la tuve hace quince años, pero la recuperación de mi memoria no ha llegado tan lejos. Les sigo teniendo lástima, porque una acción tan sin sentido e influida por las drogas va a estropear el resto de su vida. Debo haberme vuelto magnánima.

Entonces, comienzo a perder las fuerzas, extrañada con mi desconexión física y mental, mi cuerpo no responde a lo que le ordeno y una fuerza gigantesca me empuja contra el suelo. Sin embargo, la satisfacción inunda hasta el último rincón de mi cuerpo, estoy rebosante de dopamina, y sonrío levemente. La última vez que me sentí como me siento ahora fue hace quince años. En aquella ocasión, me había dejado caer delante de un coche para que me atropellara y volaba a varios metros de altura antes de darme un golpe en la cabeza. Lo hice porque esa era la única forma de conocer al hombre de mi vida, con el que formaría una familia, con el que tendría dos hijas estupendas y con el que llevaría una vida plena. En esta ocasión, me he interpuesto en la dirección de una bala que, sin lugar a dudas, iba directa al corazón de ese hombre. A cambio, esa bala impacta en mi vientre y no me mata en el acto, pero sí lo hará poco después, debido a una hemorragia interna imposible de solucionar. Tendré tiempo de despedirme de toda mi familia, ese ha sido el único aspecto que me había guardado para mí, porque ha sido mi pequeño consuelo durante estos seis meses.

Capítulo 67

Hace quince años

—Tengo una pregunta que hacerte —comienza Raquel una vez tienen sus bebidas en la mesa.

Ella le da vueltas al vaso y, por primera vez, le molesta su propia forma de ser, no saber dar un rodeo, introducir un tema con tacto, en cierta forma, no tener la capacidad de manipular una conversación para llevarla donde quiere. Termina de extender la humedad por la superficie del vidrio y levanta la vista para encontrar a Sergio aguardando, atento.

—«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te tiraste delante del coche?». —Sergio agranda los ojos y retiene la respiración—. ¿Estas palabras te suenan de algo?

El silencio se prolonga entre ellos, pero no es pesado. Sergio toma un par de tragos de su tónica de limón e inspira profundamente antes de hablar. Decide ser sincero porque de qué sirve ese encuentro si no es para ser sinceros y expiar todos los demonios que parecen atormentar a ambos desde el accidente.

—Te las pregunté yo cuando estabas en coma. —Raquel no dice nada y entonces Sergio continúa—. Te visité varias veces y hablaba contigo. Nunca he creído en eso de que las personas en coma escuchen, pero a mí me venía bien desahogarme.

—Pues ya ves que sí que escuchamos. Las personas en coma, quiero decir. —Sergio asiente llevándose el botellín de tónica a los labios.

—Creí que intentaste suicidarte hasta el día en que me dejaste con la palabra en la boca cuando confesé que fui yo quien te atropelló. —Ahora es Raquel quien asiente y lo invita a continuar—. Quizá incluso más. —Y Sergio hace una mueca rara con los labios, sintiéndose culpable—. Alba me ha contado suficientes cosas sobre tu rehabilitación como para descartar esa posibilidad.

—No intenté suicidarme —afirma Raquel, como si para ella fuera muy importante el hecho de decirlo y sin pasar por alto que él ha estado preguntando por ella durante todo este tiempo.

Raquel quería, por todos los medios, hacer desaparecer cualquier duda que Sergio pudiera albergar en su ser. Había luchado contra ese estigma desde que se enteró, le había costado mucho trabajo con su terapeuta y con su cabeza llena de cicatrices convivir con la permanente creencia ajena de que había existido un momento en su vida en que ella quiso tirar la toalla de la peor manera posible.

—Lo sé —asegura Sergio con el tono de voz más firme y seguro que es capaz de poner. Y lo que dice es verdad, está convencido de que todo fue un accidente, pero…—. ¿Tú me conocías de algo? —Ya que Raquel ha optado por ser directos, por qué no serlo él también.

—¿Perdona? —Raquel traga un poco de refresco tan bruscamente que se atraganta y le duele el esófago, carraspea para alejar el malestar y mira desubicada a Sergio.

—Que si me conocías de algo. —La mira esperando una respuesta y Raquel niega con la cabeza, encogiéndose de hombros—. Justo cuando… —Sergio duda. ¿Saltaste? ¿Te tiraste? ¿Caíste? Caíste está bien—. Justo cuando caíste sobre mi coche, me miraste y… —¿Seguro que preguntar eso es lo más correcto? Sergio calla indeciso.

—¿Y qué? —inquiere Raquel con una curiosidad insana. Sergio entiende que ya no hay vuelta atrás.

—Me miraste y sonreíste. —Raquel se reclina en su silla como si le hubieran dado una patada en el pecho y la hubieran clavado en su asiento. Por su cabeza pasan muchas cosas, miles, una espiral de pensamientos le nubla la vista y, a través de ella, puede ver a Sergio —. Igual me lo invento, pero cada vez que creo que son imaginaciones mías, vuelvo a ese momento y sí, me sonreíste. Es una locura, ¿verdad?

No es una locura. Raquel sabe que no lo es y un frío que le viene de dentro le pone los vellos de punta. Recuerda lo que le dijo a su prima: «Te aseguro con todas mis fuerzas que yo nunca hubiera elegido esta mierda». Pero ahora no podría decir esa frase con tanta rotundidad. *Eso* ha estado en su vida desde siempre y conoce su funcionamiento, el de *eso* y el de ella. Cierra los ojos con fuerza,

obligándose a recordar. Aprieta el vaso de refresco y el frescor y la humedad se transfieren a sus palmas, es desagradable. Empieza a dolerle la cabeza, tiene la sensación de estar de nuevo al borde de un precipicio con la niebla rodeándolo todo, con miedo de avanzar un paso porque ¿y si cae por él?

—¿Estás bien, Raquel? —Sergio le arranca una de las manos que rodea el vaso y se la coge con preocupación.

Raquel siente consuelo inmediatamente. El tacto de la mano de Sergio sobre la suya la llena de tranquilidad y asiente, aún con los ojos cerrados. El latido en su cabeza baja el ritmo.

—Perdona, no he tenido mucho tacto. —Continúan con las manos tomadas y ninguno de los dos piensa en soltarse del otro. Raquel abre por fin los ojos y lo mira—. O sea, yo lo único que quería era escuchar cómo te encontrabas, comprobar que estás bien y… Bah, olvídalo.

Ni Sergio encuentra que la pieza del puzle haya encajado ni Raquel que la tubería de sus recuerdos haya sido desatascada, es más, ahora tienen más dudas aún que antes y se sienten confundidos por diversos motivos. Pero ambos comparten una misma emoción: van a seguir viéndose.

—Te propongo algo. —Sergio suelta la mano de Raquel y da una palmada en la mesa. El camarero los mira con curiosidad y Raquel comienza a recuperar el color, sonriendo.

—Dime —responde Raquel dubitativa pero divertida.

—Yo seré tu monitor de entreno —suelta Sergio como si hubiera dado con la solución a todos los problemas del mundo.

—¿Cómo? —se carcajea Raquel.

—Sí, ¿por qué no? O sea, tú acabas de abandonar a Jorge, aunque todavía no lo sabe. Y yo necesito ingresos extra. —Es mentira, lo que menos necesita ahora Sergio es una obligación más, está acabando Medicina y no tiene tiempo. Y está el asunto de Ana, ¿cómo se lo contará? O mejor, ¿se lo contará? Pero ni puede ni quiere retirar la proposición.

—Sí, ¿por qué no? —responde Raquel después de pensarlo exactamente media milésima de segundo. Quiere seguir explorando

esa posibilidad—. Pero tendrá que ser en otro gimnasio, aquí no nos dejarían…

—¿Hay alguno cerca de tu casa? —la corta Sergio antes de que puedan surgir contratiempos.

—Sí, claro, raro es el barrio donde no hay un gimnasio, pero…

—Toma. —Le tiende su móvil. Está desbloqueado y la aplicación de llamadas abierta—. Escríbeme tu teléfono y después te mando un mensaje.

Raquel coge el móvil y hace lo que dice Sergio antes de que le entre el miedo y retroceda. Ella quiere seguir indagando, él quiere seguir viéndola. Ambos sospechan que en el otro continúan estando las respuestas a sus preguntas.

Capítulo 68

En la visión alternativa, yo me quedaba dormida en la cama recuperándome de mi aparente virus, sudando la fiebre y chupando caramelos de miel y naranja para aliviar el dolor de garganta. Luego, Susana me despertaba zarandeándome por el hombro de forma desesperada, casi violenta. Yo abría los ojos y tardaba en ubicarme al menos cinco segundos, demasiados en la visión y demasiados también en la vida real.

Susana me miraba con un gesto indescifrable que nunca antes le había visto, y entonces me decía que me habían llamado del hospital. ¿A mí? ¿Del hospital?

—¿Mi padre? —Susana negaba con tristeza—. ¿Las niñas? —Susana volvía a negar y yo rugía de urgencia, ¿por qué no me lo decía y ya?—. Sergio… —Y esta vez no preguntaba.

—Cariño, ha habido un altercado. No sé muy bien qué ha pasado, solo que un chico ha cogido la pistola de un policía y ha disparado y, no sé, Sergio estaba en medio y… —Hablaba tan rápido que sus palabras salían a borbotones, pero yo solo podía pensar en una cosa: que ese chico no era un desconocido para mí.

Yo sabía perfectamente quién era, conocía sus ojos azules y conocía la fuerza que le daban las drogas. Podía describir al menos cinco heridas en su rostro y hasta la rozadura que las esposas le habían hecho en una de las muñecas. Y podía hablar sobre la grasa que empapaba su pelo, largo y oscuro, que lo pegaba a su cabeza; de sus orejas pequeñas y de su nariz aguileña.

El disparo se había producido en la misma consulta 2, pero no fui yo quien entró, sino una enfermera que creía que era allí donde habían solicitado su presencia. Se equivocaba, la había solicitado en la consulta 3. Pero, claro, cuando el yonqui cogió la pistola del policía y apuntó a Sergio, ella no se lanzó sobre él para que la bala no lo alcanzara, porque ella no tenía que salvar a nadie. A lo mejor, si hubiera sido su pareja, sí hubiera saltado. Pero Sergio no era su

pareja, era la mía y solo yo podía saltar sobre él, solo yo daría mi vida por él. Y es lo que haría.

A partir de ahí, las sensaciones que me dejaron huella y que viví una a una fueron estupor, desconcierto, ira, pena, desesperación y tristeza. Y la peor de todas fue el vacío. Un vacío que me acompañó en los pocos momentos que la visión me dejó ver de la vida posterior al tiroteo.

De ahí mi titubeo antes de levantarme de la cama: ¿cómo era posible que *eso* me diera otra oportunidad para elegir? ¿En qué momento se habían cruzado las visiones? ¿También fui consciente de este final hace quince años, cuando bajé el bordillo de la acera y me lancé literalmente al coche de Sergio? ¿Me daba la oportunidad de elegir para compensar la amnesia? ¿O la amnesia había sido un regalo? Porque si ya fue difícil vivir con la fecha de mi muerte durante seis meses, cuanto más lo hubiera sido durante quince años. No había tiempo que perder, así que elegí vestirme con lo primero que pillara (el famoso pantalón lechuga y mi querida camisa azul cielo) y salir sin darle la oportunidad a mi prima de que me diera el chaleco antibalas. Porque esperarla veinte minutos era lo mismo que quedarme en la cama sudando la fiebre y chupando caramelos de miel y naranja.

¿Y mis hijas? Tendrían una madre vacía. Podía asegurarlo, me había visto y así sería: consumida por la pena, la culpa y el arrepentimiento. Ellas no se merecían esa madre y yo no podía obviar que había tenido la oportunidad de salvar a Sergio y no la había escogido.

Porque siempre lo escogería a él.

Capítulo 69

Un mes después

Sergio espera despierto en su lado de la cama a oír los ruidos sordos de sus hijas. Desde hace un mes, las niñas se levantan solas y, sin que nadie lo haya confirmado, la madre de Ramona se encarga de llevarlas al colegio. Sabe que algún que otro día ha sido ella también la que les ha preparado el bocadillo para el recreo y que la mitad de las veces que se han quedado a comer en su casa ha sido sin avisar. Para el otro cincuenta por ciento, ha valido un mensaje que ha visto dos horas después de que se lo enviara.

Cuando escucha la puerta de entrada cerrarse con cuidado, se destapa y se queda mirando el techo, con la misma atención que si fuera la Capilla Sixtina lo que estuviera pintado allá arriba. Al retirar las sábanas y el edredón, deja caer el brazo en el otro lado de la cama, perfectamente hecho, perfectamente frío. Inspira fuerte, preparándose para la batalla que supone cada día desde que le dieron las cenizas de Raquel en un jarrón absurdamente grande y oscuro, que ha guardado en el fondo del armario, dejando pasar el tiempo antes de decidir dónde esparcirlas.

Todavía no ha superado la etapa en la que evoca una y otra vez los momentos estresantes del tiroteo, en la que parece una posibilidad real cambiar algo de lo que pasó. Por sus pacientes, o más bien por los familiares de sus pacientes, sabe que la duración de esa fase es diferente para cada uno: lo que para ti dura un mes, para otro ha durado solo una semana; lo cierto es que no sabe cuánto más estará ahí atascado. Él encuentra cierto regocijo en analizar hasta la extenuación los instantes posteriores a que lograran estabilizar precariamente a Raquel y llevarla a quirófano. Enumera uno a uno sus pasos y comprueba que no se saltó ninguno, que hizo exactamente lo que tenía que hacer. Levanta una mano en la oscuridad de su habitación y es capaz de distinguir la sangre que se

la cubría por completo; abre y cierra los dedos, notando la tirantez que le produjeron los fluidos al secarse. Entonces se echa la mano a la cara y, como todos los días, ahoga un grito contra ella y llora lleno de ira.

Capítulo 70

Tres meses después

A Sergio le da vergüenza admitir que ha tardado tres meses en cambiar las sábanas de su cama. Lo que ha hecho le parece un cliché en el que nunca creía que fuera a caer, pero cada vez que intentaba deshacerse de las últimas sábanas en las que durmió Raquel, se paralizaba. La primera fue a la semana del tiroteo y llegó a arrancar las fundas de las almohadas con decisión. Sin embargo, cuando tuvo la de su mujer en la mano, un leve aroma a ella se le coló por la nariz. Le invadió tal sensación de nostalgia y pena y dolor que, envuelto en lágrimas y con la visión acuosa, volvió a colocar todo en su lugar.

Hoy, por fin, lo ha hecho y del aroma de su mujer ya no queda nada. Más bien las sábanas se han convertido en un barullo de tela que hiede y, al tacto, son ásperas. Cuando las lanza al suelo, piensa seriamente en deshacerse de ellas porque no confía en que la lavadora pueda arreglar semejante desaguisado. Abre el primer cajón de la cómoda y pasa la mano por el segundo juego de sábanas, son de algodón egipcio y Raquel gastó un dineral en comprarlas. Acaricia su superficie suave y se consuela ante la expectativa de dormir esa noche entre ellas porque puede que le conecten con Raquel. Cuando las saca del hueco estrecho del cajón, cae un sobre que se había confundido entre sus dobleces.

Deja las sábanas en el colchón desnudo y mira confuso el sobre de color blanco, un sobre normal y corriente, de los que vienen en paquetes de cincuenta y puedes comprar en cualquier bazar. Lo recoge y distingue un folio dentro, entonces echa un vistazo al interior del cajón, convencido de que no va a ver nada más que el estuche donde guardan los dientes de leche de Esther y Miriam. Sin embargo, la sorpresa le recorre el cuerpo y puede sentir incluso un

cosquilleo en los dedos de los pies cuando descubre lo que hay dentro.

Sentado junto al juego de sábanas, iluminado por los rayos de sol que entran indiscriminadamente por la ventana y que lo ciegan por momentos, pasa uno a uno los sobres en sus manos: Sergio, Susana, Esther, Miriam, Papá, Nerea, Raúl, Tío Nacho. Tiene ganas de abrirlos todos, de hecho, es lo que había pensado hacer en un primer momento hasta que su cabeza ha vuelto a funcionar como el de una persona normal y deduce que todas esas cartas tienen destinatario y que él no puede entrometerse en la correspondencia personal de nadie. Sobre todo, si es la correspondencia de una muerta hacia sus seres queridos. Deja a un lado los sobres y mira por la ventana, dejándose cegar con gusto durante unos segundos, hasta que le pican los ojos y se ve obligado a retirar la mirada.

Si antes estaba enfadado con Raquel, ahora le llevan los demonios. Si la tuviera delante, estarían atravesando la crisis más seria que jamás hubiera vivido su relación. En los tres meses que han transcurrido desde su muerte, ha conseguido adormecer esos sentimientos de ira y frustración hacia ella porque la muerte es algo tan irreversible que cualquier sentimiento resulta superficial y absurdo, incluso superfluo. Pero ahora resurgen como un géiser, embotando su cabeza, hirviéndole la sangre, y por un momento cree que eso es mejor que el dolor y el vacío que lo embargan normalmente.

Sergio se enfadó con Raquel desde el mismo instante en que la vio al otro lado de la puerta de la consulta 2. Abrió tanto los ojos que las cejas desaparecieron bajo su pelo. Daría para un estudio el modo en que se suceden los pensamientos en un momento así, ¿se concatenan? ¿Se solapan? ¿Se simultanean? Sergio pensó, y quizá no en este orden: ¿qué hace aquí?, ¿ha habido una urgencia con las niñas?, es marzo, estamos en el hospital, Raquel va a morir hoy.

Luego vendrían otros pensamientos, ¿me mintió Raquel? ¿Conocía ella el día en que iba a morir? Él sabe lo suficiente sobre *eso* como para estar seguro de que su mujer había visto ya la escena que vivieron. A la pregunta sobre por qué no se quedó en casa si es lo que habían pactado puede responder, aunque sin garantías, que la

bala del yonqui iba dirigida a él y Raquel simplemente lo salvó. Y está enfadado con ella por hacerlo, porque si ella no hubiese entrado en la consulta, no se habría originado esa situación. O sí, quién sabe. De todos modos, no era tarea de Raquel salvarlo, no quería ser salvado, a lo mejor le tendría que haber preguntado a él y él se hubiera negado con rotundidad. Pero no le dio la opción de elegir, esa que ella sí tuvo porque Raquel siempre jugó con ventaja. Tampoco puede soportar que el significado de la sonrisa que percibió en los labios de Raquel tuviera relación con esto, pero ya tiene experiencia sobre los pequeños gestos de su mujer. Y de todos modos, ¿a quién le va a recriminar? Tiene la tentación de coger la urna de las cenizas del fondo del armario y gritarle y gritarle, y gritarle un poco más, hasta quedar ronco o perder la voz, para desahogarse y dejar que la adrenalina se disuelva. Cuando visualiza la escena en su cabeza, decide dejar las cenizas donde están y, a cambio, respira hondo, contando lentamente como le ha enseñado su terapeuta, hasta que los niveles de cortisol bajen lo suficiente como para permitirle volver a ser un ser humano funcional.

Entonces, cuando cree que se ha serenado, busca el sobre con su nombre y lo abre. A partir de ahí, su cuerpo sufrirá impactos cada poco: por la expectación, por reconocer la letra de Raquel, por imaginar el momento en que la escribió, por lo que dice. Porque es la última conexión que ha tenido con ella; en cierta forma, la carta es un regalo y deseará volver a leerla con la misma curiosidad que la primera vez, aunque ya nunca pueda hacerlo.

—Papá, ¿qué haces así? —Miriam pregunta a su padre desde la puerta del dormitorio, haciendo todo lo posible por no verse obligada a entrar.

Últimamente el comportamiento de Sergio la perturba porque se tratan casi como extraños y, cuando están en el salón todos juntos, es como si fueran islas que flotan en un mismo mar, pero que no tienen relación alguna entre sí. Así que verlo tumbado sobre la cama sin hacer, enroscado y con un papel aferrado en sus manos no le da lo que se dice mucha confianza.

—Iba a vestir la cama de limpio. —Sergio busca a su alrededor y fija su mirada en las sábanas.

—¿Quieres… quieres que te ayude? —inquiere insegura Miriam.

Ella discierne que en algún momento entre que pensó en vestir la cama de limpio y hacerlo, su padre ha sufrido otra de sus conmociones y ha abierto un paréntesis más en su vida que debe cerrar. En realidad, no quiere ayudarle, no quiere entrar en la habitación y hacer la cama donde dormía su madre, pero esas majaderías las deja para niñas pequeñas. Si en el colegio ha insistido para que la traten sin lástima, no va a ser en casa donde se comporte como una pusilánime.

—No, puedo yo solo, pero ahora… —Sergio se incorpora y se sienta en el colchón. Se revuelve el pelo, dotando a su aspecto de un grado más de locura—. ¿Está tu hermana en casa?

—Claro, acabamos de llegar *las dos* del colegio —se apresura a contestar Miriam, que ya se arrepiente de no haber aceptado la oferta de la madre de Ramona para ir a almorzar a su casa.

—¿Tan tarde es? —Sergio mira su reloj, como si allí fuera a encontrar las respuestas a su aturdimiento—. Bueno, se me ha ido el santo al cielo. Llámala, ¿quieres?

Y Miriam asiente y se va pasillo abajo. Podría haberlo hecho con un grito, pero necesita alejarse de su padre. Poco después, las gemelas entran juntas en el dormitorio. Esther toma la mano de Miriam con fuerza y Miriam no puede dejar de darle vueltas a cómo es que su hermana está pasando todo este trance con tanta entereza. Siempre pensó que en las situaciones graves ella sería la encargada de mantener la cabeza fría, pero está sorprendida de que esté siendo más bien al contrario.

—He encontrado esto guardado entre las sábanas. —Sergio extiende los sobres y mira a sus hijas impávido. Como no detecta señales de que sepan de qué se trata, continúa—. Son cartas de mamá.

Esther suelta la mano de Miriam y es la primera en coger el abanico de sobres. Entonces, busca el suyo y se va a su habitación sin decir una palabra. Miriam ha seguido los movimientos de su hermana y ahora observa el resto de las cartas sobre el colchón.

—¿No vas a coger el tuyo? —Sergio señala las cartas y se levanta. Pero Miriam sigue sin reaccionar—. ¿Quieres un abrazo?

Miriam asiente como una autómata y Sergio la abraza fuerte. El cuerpo de Miriam comienza a moverse de forma espasmódica, al ritmo de sus sollozos, y Sergio le besa la coronilla.

—Perdona, cariño, no he estado muy a la altura, pero eso va a cambiar. —Sergio separa a su hija cogiéndola por los hombros y la mira a los ojos para asegurarse de que lo ha entendido—. ¿Quieres que vayamos este fin de semana a la playa? Podemos esparcir las cenizas de mamá allí.

Capítulo 71

Un año después

Después de sacar a Raquel de la consulta 2, la llevaron a quirófano rápidamente. La mancha de sangre quedó en el suelo, grande y espesa, y luego, viajó por todos los pasillos en las suelas de los sanitarios que la atendieron. De esa sangre ya no queda nada, o al menos, nada que se pueda identificar. Quizá descansa en algún rincón imposible de alcanzar por una fregona y parte de Raquel permanecerá para siempre en el hospital.

Eso es lo que piensa Sergio cuando entra por primera vez en un año en el edificio que significa tanto para él que lo abruma: allí conoció al amor de su vida, pero allí también lo perdió. Después de doce meses de baja por depresión, no cree estar listo para volver, más teniendo en cuenta que lo hace al lugar donde ocurrió el hecho traumático, pero no tiene otra opción. Además, «depresión» es una palabra que no describe con exactitud lo que está pasando. Aunque eso da lo mismo.

Al entrar, se sacude el agua del abrigo; el tiempo es tan diferente a aquel atípico 17 de marzo, tan caluroso, que aumenta su conmoción al comprobar en el vestíbulo del hospital que el mundo ha seguido girando. La vida y la muerte han continuado sucediéndose diariamente y hasta han cambiado el color de las paredes. Las sillas de espera, sin embargo, son las mismas y las pegatinas de la covid están un año más ajadas, con la tinta casi desaparecida porque la gente ya no tiene por qué hacer caso de ellas y toman asiento unos junto a otros sin importarles el riesgo al contagio.

Quiere llegar a la sala de personal cuanto antes y encontrarse con el menor número de conocidos posible, ya ha dado un par de abrazos y respondido con monosílabos amables y cree que es suficiente. Pero antes de llegar, pasa por delante de la puerta de la

UCI y se detiene. Después de la operación, Raquel aguantó veinticuatro horas allí, de las que cinco las pasó consciente y las demás lo hizo sedada. Vivió un día entero en aquella sala, sentado impertérrito junto al cuerpo de su mujer. Después de que toda la familia pasara junto a su cama para despedirse, él fue quien le administró la medicación para inducirle el coma, sabiendo que necesitaría un milagro para que esta vez ese coma le salvara la vida. Así que, antes de hacerlo, tomó la mano de su mujer y la apretó, ella le devolvió el gesto levemente y le dedicó una última sonrisa. No recuerda que le hablara, ciertamente no tenía energías para realizar ningún gesto, pero creyó ver que vocalizaba un precario «te quiero». Cuando le enjugó una lágrima que caía hacia la almohada, decidió que era el momento de despedirse. No hablaron de nada, ni siquiera al principio, tras la operación, cuando parecía que podía remontar la situación. No pensó que esos serían los últimos momentos en los que tendría la oportunidad de preguntarle por lo que había pasado porque creía, o quería creer, que la ciencia podría salvar la vida de Raquel en contra de las predicciones de *eso*. Pero como le dijo Raquel una vez, a *eso* no le engaña ni le gana nadie.

Sergio termina de recorrer las galerías hasta la sala de personal y va confirmando que el lavado de cara del edificio ha llegado solo a los pasillos y salas de espera de entrada, con lo que se siente extrañamente reconfortado. Las consultas de urgencias están ocupadas, incluso la 2, donde el precinto policial que la mantuvo inoperativa un par de días desapareció hace tiempo. Se sienta delante de un café, el tercero de la mañana antes de dar las ocho, y se vuelve cuando entran en tropel todos los compañeros disponibles en ese momento. Resignado, se levanta y se deja abrazar por todos y cada uno de ellos, y cuando pregunta por la planificación, el encargado del turno de noche lo lleva delante del ordenador de enfermería. Una sensación de expectación y viveza lo embarga y quiere creer que igual necesitaba volver a trabajar para sentirse mejor.

Capítulo 72

Tres años después

Sergio, Esther y Miriam están en la sierra. Ocupan una cabaña en mitad del campo, rodeados de riachuelos y árboles tan grandes que tapan el cielo y de otras quince cabañas iguales a la suya donde se hospedan otros tantos visitantes. Es otoño y allí arriba hace más frío y humedad que en la ciudad, así que la banda sonora natural de Miriam es quejarse porque no se ha traído la ropa adecuada. Desde que llegaron y bajaron un pie del coche, solo le pide sudaderas a su hermana, que se niega en redondo porque ha traído el número necesario para todo el fin de semana.

—Si quieres, coge la que me puse ayer —espeta Esther desde el cuarto de baño ante la enésima petición de Miriam.

Es sábado por la mañana, han pasado la primera noche allí y no tienen ni idea de dónde está su padre. Se supone que ha ido a explorar los alrededores para encontrar el lugar perfecto, pero ya tarda demasiado y han decidido dejarle una nota y esperarlo en el coqueto restaurante en el que dan las comidas. Se mueren de hambre y sueñan con el bufé libre de desayuno. Miriam comprueba que los mensajes que le ha escrito a su padre siguen sin enviarse y lanza frustrada el móvil contra el colchón. Están totalmente desconectadas, no recuerda la última vez que pudo comprobar sus redes sociales. Toda una vida sigue desarrollándose ahí fuera mientras ella se encuentra atrapada allí arriba. Cuando se pone la sudadera que el día anterior llevaba Esther, levanta el brazo derecho y se olisquea la axila.

—Huele a ti. —Y tuerce el gesto. No ha querido decir: «Huele a mamá» porque no tiene ganas de discutir abiertamente sobre el empeño de Esther en usar el perfume de Raquel. La pone enferma. Acercarse a su hermana significa que una vez de cada diez se quede paralizada durante un instante porque una avalancha de

sentimientos entre en su cuerpo a través de la nariz. Ya han pasado tres años y no le ocurre tan a menudo, pero cuando menos se lo espera, ¡zas! Ahí está, esa vorágine que la envuelve y la marea.

—Dámela, anda, y toma esta. —Esther le lanza la que se iba a poner ella y espera a que Miriam se quite la que ya lleva puesta. A pesar de todo, sabe lo que le provoca ese aroma a su hermana. Miriam la obedece y ambas se quedan mirándose ya totalmente vestidas.

—¿Vamos a desayunar? —Miriam le tiende una mano a Esther.

—Vamos.

Sergio aparece por el restaurante media hora después. Sortea las mesas de madera redondas y cuadradas distribuidas por el salón de modo aparentemente anárquico, dejando atrás a familias que disfrutan de tostadas, cruasanes y fruta que normalmente no desayunarían, y se sienta con sus hijas. Trae una sonrisa radiante, como pocas en los últimos tres años, y tiene aspecto de cansancio satisfecho.

—He encontrado el lugar perfecto —dice mientras mira a sus hijas, pasando los ojos de una a otra esperando alguna reacción. Coge un cruasán del plato de Esther y se lo come casi de un solo bocado—. He podido hablar con Susana, están a media hora de aquí.

—¿Viene al final el tío Raúl? —pregunta Miriam.

—Vienen todos. Incluso Nerea.

—Ya sabía yo que la tía Nerea no podía faltar —concuerda Esther, que se levanta y va a por otro cruasán.

—Cariño, tráeme un café. —Esther asiente y se aleja. Entonces, Sergio señala a Miriam—.Bonita sudadera.

—Es de Esther —dice pasando las manos por las letras plastificadas que dicen «Art is life».

—Lo sé —ratifica Sergio y la mira valorativo—. No te queda nada mal.

—Por Dios, papá, no me volverás a ver con una sudadera así fuera de este contexto.

—También lo sé, así que estoy grabando tu imagen en la retina.

—No seas tonto.

Esther vuelve con el café y un par de cruasanes.

—Gracias, cariño —dice Sergio cogiendo el cruasán que sabe que es para él—. ¿Estáis preparadas?

Las gemelas mueven la cabeza arriba y abajo de manera tan simultánea que su padre sigue asombrándose por lo sincronizadas que parecen vivir ambas desde que nacieron, y vuelven a sus desayunos. Les espera una mañana muy intensa emocionalmente y, quién sabe, también físicamente, dependiendo del lugar que haya encontrado su padre.

Hace tres años, no fueron a la playa. Descubrieron que un mes no era tiempo suficiente para deshacerse de las cenizas de Raquel, así que la urna continuó al fondo del armario hasta que casi olvidaron que se encontraba allí. Pero nunca se olvidaron, notaban su presencia en todo momento y, ahora, aunque sabían que volver a su casa y que esa urna no estuviera en su lugar les iba a suponer otro duelo, decidieron que tres años ya sí era tiempo suficiente para dejarla marchar.

Cambiaron la playa por la sierra; el terapeuta de las gemelas, que ya bordeaban los quince, cuidó de proporcionarles herramientas suficientes para gestionar la situación. Cuando se aseguraron de que serían capaces de afrontarlo, llamaron a Susana, a Nerea, a Juan y a Raúl para comunicarles sus planes. Quedaron en que ellos viajarían la misma mañana que habían planeado esparcir las cenizas y que Sergio, Esther y Miriam pasarían allí el fin de semana. Todos estaban expectantes, querían descubrir qué iban a sentir en el momento en que vieran las cenizas de Raquel volar y, a la vez, querían dejarla guardada dentro de la urna para siempre.

Sergio es el que quizá está menos preparado para dejarla ir, pero eso nunca se lo ha contado a sus hijas. Si por él fuera, se quedaría para siempre con las cenizas de Raquel hasta que él mismo muriera, de modo que pudieran mezclar entonces las cenizas de ambos antes de esparcirlas por cualquier sitio. Pero es consciente de que eso supondría una petición que superaría con creces el nivel de tolerancia al dolor de Esther y Miriam. Tampoco conoce su futuro, no tiene *visiones* como Raquel, no puede estar seguro de si dentro de poco o de mucho rehará su vida con otra persona, por muy inconcebible que le resulte incluso ahora, después de tres años.

Pensarlo le aterra, pero los sábados por la noche, cuando las gemelas han salido, siente la soledad como nunca antes lo había hecho. Y nota la ausencia de Raquel de un modo más atroz que al principio, porque ella se ha ido demasiado pronto, porque ella debería estar allí con él, mirando una película que no fuera de dibujos ni de superhéroes mientras hacen tiempo hasta la una, la hora límite de llegada de sus hijas. Porque ya tenían previsto que cuando este momento llegara, iban a pedir comida para cenar cada sábado, unos días arroz indio, otros *pizza* y, los que menos, *sushi*. Acompañarían las cajas de comida con una botella de vino y, a lo mejor, quitarían la película y se pondrían a leer cada uno en un rincón del sofá o harían el amor con las puertas abiertas ¡y de noche! Y planearían ir a comprar churros para desayunar a la mañana siguiente y… Son tantas las cosas que ya no ocurrirán que sigue quedándose atrapado en ese deseo que se traduce en recreaciones eternas de lo que no fue y pudo haber sido.

El sol no ha salido de detrás de las nubes, la luz parece llegarles a través de un cristal sucio y las frondosas copas de los árboles tampoco ayudan, pero la sensación general es que el día es perfecto para hacer lo que van a hacer. Caminan juntos y en silencio y se van pasando la urna unos a otros, la sostienen durante unos segundos y dejan caer unas cuantas cenizas al suelo cubierto de hojas secas y húmedas. La urna regresa a Sergio, que termina de vaciarla con lágrimas sin derramar, agazapadas en los ojos. En un parpadeo, caen irremediablemente.

Epílogo

Quince años después

Cuando levanto el teléfono estoy tan conmocionada como hace diez minutos. Seguro que si hablo con mi padre, me dice que no es posible que una impresión dure tanto y de forma tan sostenida en el tiempo, pero yo puedo ser la prueba viviente de que sí lo es. Observo el móvil y tiembla entre mis dedos, no soy capaz de serenarme ni de obligar a mi cuerpo a que me obedezca y pare, así que intento manipular la pantalla sin mucho éxito las primeras veces, hasta que, por fin, logro abrir el contacto de Miriam y llamarla.

—Dime, Esther, una cosa rapidita, que estoy en medio de una revisión de exámenes. —La voz de mi hermana suena lejana y ajena. No soy capaz de responderle y noto cierta urgencia, y hasta molestia, en lo siguiente que dice—. Venga, no seas tonta, no estoy para bromas.

Inspiro profundamente y tomo todo el aire que me permiten mis pulmones, que no es mucho, y continúo con las respiraciones cortas y numeradas que realizo desde que me dejé caer en el suelo. Sigo las instrucciones para serenarme que he visto en un vídeo de YouTube y que seguro que mi terapeuta no aprobaría, le tendría que dar la razón porque no estoy consiguiendo mi objetivo.

—Miriam… —Me sale un hilo de voz que no reconozco como mío, pero que debe de serlo.

Qué razón tenía mamá cuando me aconsejó, casi me ordenó, en su carta que me buscara a alguien con quien compartir *eso*. Yo no le hice caso todo lo rápido que hubiera deseado, pero la cosas no se sucedieron del modo más amable. Después, no podía elegir a otra persona para ocupar ese puesto que no fuera Miriam. Ambas éramos distintas caras de una misma moneda, aunque la mía era la cara mala, la oxidada. No había día que no recordara a mi madre ni día

en que mi amor por ella no aumentase; sin embargo, no le agradecía en absoluto ese don que me había dejado en herencia. Afortunadamente, Miriam solo insinuó la posibilidad de querer tener *eso* una sola vez.

—Dime dónde estás. —La voz de Miriam es aguda y escucho ajetreo de fondo, el chirrido de una silla, unas disculpas rápidas y el sonido de papeles sobre una mesa. Luego, varias exclamaciones ahogadas y un portazo.

—En el taller —espeto concisa, no por ser eficaz, sino porque solo decir esas tres palabras ya me ha costado un mundo.

—Bien, no te muevas de ahí, llego enseguida. —Y cuelga.

No es la primera llamada de este tipo que le hago a mi hermana y ella me conoce lo suficiente como para saber que la llamada es *de este tipo*. Tengo la impresión de que soy algo más dependiente que mi madre con respecto a *eso,* pero no puedo evitarlo. Quizá si su persona de confianza hubiera sido una hermana gemela y no una prima, hubiera sido más parecida a mí. Nunca lo llegaremos a saber.

Tardé unas semanas, después de la muerte de mamá, en confesarle a Miriam lo que me ocurría. Hasta entonces, la acechaba, dejaba escapar sin explicación momentos que hubieran sido perfectos para hacerlo, y al duelo por mamá se unía la ansiedad que me provocaba esta situación. Hasta que ya no pude más.

—Miriam… —le pregunté una noche, cuando las dos estábamos ya en la cama—. Miriam, sé que estás despierta. —Su respiración todavía no era queda, pero pronto lo sería y yo ya no podía posponer más mi revelación, eso me estaba quemando por dentro y tenía que compartirlo con ella.

—Pesada —bufó—, sí que estoy despierta. ¿Qué quieres?

—¿Recuerdas las sábanas rosas? —Su silencio me indicó que sí, pero esperé a que me respondiera.

—Sí —confirmó reticente.

—Yo sabía que las sábanas amarillas tendrían unos agujeros después del segundo lavado.

—¡Lo sabía! —exclamó entre susurros—. Sabía que no podías haber escogido las sábanas rosas porque te gustaran, ¡no tenía

sentido! Pero… —Su voz expresó toda la duda y el desconcierto que la asaltó de repente.

—Sí, hermana, a veces, veo cosas… —No encontraba qué nombre ponerle, así que me callé, miré al techo y pensé en mamá.

—¿Cómo que ves cosas? —Escuché cómo se removían sus sábanas. Luego, Miriam se sentaba junto a mí y se metía en mi cama. Y así, con su cara a dos centímetros de la mía, me preguntó otra vez entre susurros—: ¿Cómo que ves cosas?

—A veces, veo qué me espera después de elegir una cosa u otra —intenté—. No sé, vi que si elegía las sábanas amarillas, al poco, estaría durmiendo con unas sábanas con agujeros. Y si elegía las rosas, pues no habría agujeros.

—Eso es jugar con ventaja —dijo sonriendo, no porque la viera, sino porque lo noté en su voz.

—Ya te digo —le susurré—. No crees que estoy loca, ¿verdad?

—No, nunca creería eso. —Y lo afirmó con tanta seguridad que me envolvió en una burbuja de confort.

Después de una pausa, en la que creí que sí que se había quedado dormida, me dijo:

—Igual me gustaría que a mí me pasase.

—No, no te gustaría. —Negué con la cabeza para darle más ímpetu a mi afirmación y ella asintió.

—Vale.

Y entonces, nos dormimos.

A partir de entonces, la llamaba cada vez que tenía un «evento», como le gustaba llamarlo a ella, y luego nos reuníamos a analizar las dos visiones, a pesar de que, por la propia naturaleza de *eso,* yo ya había elegido y no había nada que hacer al respecto. Ella se había encargado de elaborar intrincadas tablas matemáticas y estadísticas sobre los *eventos;* no en vano, Miriam era la profesora de la Facultad de Matemáticas más joven de la historia, un cerebrito que había decidido invertir todo su intelecto en la formación. Aún la seguían tanteando ciertas empresas de sectores en los que las matemáticas eran realmente importantes y que yo no tenía forma de concretar, pero ella no quería saber nada de ellas. Esas tablas eran su obsesión y, en alguna ocasión, me había arrastrado hacia sus teorías, basadas

en la creencia de que todo sigue un patrón, hasta los sucesos más arbitrarios de la naturaleza. Y *eso* no podía ser diferente. Había estado intentando convencerme de mil maneras distintas para que siguiera uno de esos patrones basado en el orden de la presentación de las visiones: qué me depararía el futuro si continuaba el camino lógico, qué me depararía el futuro si cambiaba de camino. Desde que comenzó a trabajar en ello, había hecho un estudio pormenorizado del orden que habían tomado las visiones cada vez que se me habían presentado y, sin que me convenciera mucho, me había entregado un documento sobre los logros más o menos exitosos de mi vida. Mientras yo me movía por impulsos y deseos —como mamá me aconsejó, como la abuela le aconsejó a ella—, Miriam me decía que lo hiciese siguiendo el patrón que ella había construido, de esa forma llegaría a dominar mi propio albedrío.

Y decidí hacerle caso, quizá en una de las decisiones más cruciales de mi vida.

Escucho la puerta y no soy consciente del tiempo que ha pasado hasta que toco un par de veces la pantalla del móvil, que descansa sobre mi pierna estirada, y veo la hora. Media hora exacta. Los pasos apresurados de Miriam cesan a pocos centímetros y, de pronto, la tengo sentada junto a mí, abrazándome. Su bolso y su chaqueta están tirados de cualquier manera en el suelo y se ve tan elegante, con su falda de lana marrón y su blusa blanca, con sus botas altas y su corte de pelo a la última moda, que me siento pequeña y horrenda envuelta en mis vaqueros holgados y mi camisa ancha llena de manchas de pintura.

—¿Qué ha sido esta vez, Esther?

Le cojo las manos a Miriam porque necesito sentir su piel contra la mía. Al menos, una oleada de consuelo se extiende por mi cuerpo, hasta ese instante, creí que ya nunca volvería a embargarme otro sentimiento que no fuera dolor.

—Lo he dejado escapar, hermana. —Sollozo en mitad de un estupor que todavía no me ha abandonado.

—¿A quién? —Miriam me apremia, pero yo todavía no ando rápida de pensamiento.

—A él, al amor de mi vida. —Sollozo sin poder evitarlo.

—¿Al amor de tu vida? Pero… —Miriam se detiene, pero después de reflexionar, continúa—. Pero si tú no crees en esas cosas.

Es cierto, yo no creo en cosas como el amor en general y el amor de mi vida en particular. Soy una escéptica y me río de que ella, con su mente racional y matemática, se haya casado tan joven con alguien tan diferente solo porque afirme que es el amor de su vida; Ramona también sigue sorprendida, pero porta el anillo que mi hermana le regaló para el compromiso en el mismo dedo donde luce la alianza.

—Lo he visto.

La primera vez que tuve que decidir algo importante fue demasiado pronto y aún dudo sobre si lo que escogí fue lo realmente correcto. Yo tenía once años y fue la misma mañana en que mi madre murió.

Me pregunto si hice bien en escoger no decirle que me dolía la garganta y que no podía ir al colegio. Era cierto, me dolían la garganta y la espalda, estaba débil, levantarme de la cama me había costado mucho y quizá el mismo virus que la dejó KO a ella la noche anterior me estaba afectando a mí. De hecho, durante esa mañana, me dio fiebre y yo ya sabía por qué iba a ser mi abuelo quien me recogiera del colegio. Igual no estaba enferma por el virus, sino porque *eso,* como lo llamaba mi madre en su carta, me había obligado a escoger entre mi padre y mi madre. Y a ninguna niña de once años se le debería ofrecer esa elección.

En su carta, mi madre aseguraba que lo más sano era no arrepentirse nunca de las elecciones que se hacían, porque no era justo ni conmigo ni con los demás. Estuve mucho tiempo enfadada con ella porque no nos eligió a nosotras, no me eligió a mí, porque ella también tuvo la oportunidad; no es algo que sospeche, es algo que sé, el mismo hecho de dejarnos cartas me lo confirma. Pero, por otro lado, también eligió a mi padre y yo también lo elegí a él. ¿Qué tendrá ese hombre que hace que lo elijamos siempre?

He visto a mi padre hundido, conmocionado, vacío y triste. Los primeros meses fueron anestesia pura, todos éramos zombis con comportamientos aprendidos y automáticos. Lo peor es que seguíamos contando con mamá, es decir, sin querer, sacábamos

cuatro platos, cogíamos cuatro cucharas, poníamos su nombre en una autorización o le comprábamos la tableta de chocolate que a ella le gustaba en el supermercado. Solo después de descubrir la tableta días después en la puerta del frigorífico, caíamos en la cuenta de que nunca más se la comería. Entonces, nos quedábamos las dos, Miriam y yo, mirándonos a los ojos, conmocionadas; partíamos la tableta en dos y nos la comíamos, como si fuera una forma de comunicarnos con ella, como si haciendo eso, mamá estuviera allí con nosotras. Ninguna de las dos lo entendía. Era incomprensible que mamá ya no estuviera. Aquello se parecía a un rompecabezas en el que no encajaban las piezas. Aún hoy, hay algunas que no lo hacen.

Pero también vi a papá superar poco a poco, muy poco a poco, la muerte de mamá. Lo vi sonreír por primera vez con verdadera sensación de regocijo; lo vi mirar de nuevo con expectación, con ganas reales de conocer qué venía después, ya fuera una película, un libro o una de las relaciones del tío Raúl, que saltaba de una chica a otra y nos las presentaba a todas como si fueran la mujer con la que pasaría el resto de su vida. Se rio mucho cuando se enteró de que apostábamos a escondidas sobre el tiempo que tardaría en dejar a la chica de turno. Yo gané un par de veces, y *eso* nunca tuvo nada que ver. Ahora, cuando su mujer pregunta divertida en las reuniones familiares si tiene posibilidades de futuro con Raúl, todos le contestamos que después de cuatro años y dos niños en común, le auguramos uno más que prometedor.

No obstante, también vi a mamá morir en vida y no superar nunca la muerte de papá. Vi su cambio físico, su pelo blanco de la noche a la mañana, sus rizos desmadejados, sus ojeras perennes y la huella de las lágrimas en sus mejillas. Si mirabas de cerca, y yo lo hice, podías identificar surcos a modo de arrugas prematuras. Nunca volvió a tener ganas, así, en general; nunca volvió a experimentar ilusión, aunque quisiera mostrar que sí. Pasados unos años, llegó a parecer normal: respiraba, comía, trabajaba, salía, entraba, pero era solo supervivencia. Sus ojos tenían un velo gris que oscurecía todo lo que hacía.

Por eso escogí a papá, porque para él sí había esperanza. Porque quería tanto a mi madre, que no concebía demostrarle mi amor obligándola a vivir así. Más tarde, entendería que toda esa amargura se hubiera debido a que yo le había coartado su propia elección. Así que escogí bien, le concedí libertad a ella.

Pero ahora, ¿qué me ha llevado a sabotear mi vida de semejante forma? Las teorías locas de Miriam, con sus patrones matemáticos y sus estadísticas llenas de números y símbolos de porcentajes que me repite machaconamente cada vez que tiene ocasión, me habían empezado a influir en los dos últimos *eventos* y habíamos empezado a trabajar con eso, pero ¿he hecho bien en seguir el siguiente paso preconcebido por Miriam? Es tarde para arrepentirse.

—Lo encontraremos —afirma Miriam con una seguridad tan rotunda que la creo durante unos segundos, hasta que de nuevo soy consciente de lo peliagudo de mi situación.

Entonces, rebusco en el bolsillo de mis pantalones y le entrego una hoja de papel doblada en dos. Cuando la abre, descubre el dibujo en carboncillo del rostro de un hombre cuya mirada me sigue sobrecogiendo.

La espiral de mis pensamientos me marea: mi escepticismo sobre el amor se contrapone a mi escondido anhelo por sentir algo tan grande por alguien como lo que mamá sintió por papá. Lo suyo no fue la historia de un accidente, como siempre lo llamaron en broma, sospecho que se acerca más a la historia de una elección. Pero ¿y lo mío? Miriam y yo observamos el retrato que ella sostiene en la mano. El amor que siento por ese desconocido es tan grande que vuelvo a temblar y dejo caer la cabeza en el hombro de mi hermana. Inspiramos las dos a la vez y Miriam me acaricia distraídamente una mano.

—Lo encontraremos —repite.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





Ojo de diamante

Quinn, Kate

9788410640108

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La autora superventas de *La red de Alice* regresa con un inolvidable relato de la Segunda Guerra Mundial, basado en hechos reales, en torno a una pacífica bibliotecaria que se convirtió en la francotiradora más letal de la historia.

En 1937, en la nevada Kiev, la vida de Mila Pavlichenko gira en torno a su trabajo de bibliotecaria y a su hijo pequeño, pero la invasión de los nazis a la URSS cambia radicalmente su destino. Cuando le dan un fusil y la envían a luchar al frente oriental, la joven estudiosa se convertirá en una implacable francotiradora conocida como Lady Muerte y llegará a ser una heroína nacional.

Para recuperarse de sus heridas de guerra Mila es enviada a los Estados Unidos en una gira benéfica y propagandística. Allí se ve aislada y sola hasta que una inesperada amistad con la primera dama, Eleanor Roosevelt, y una aún más inesperada conexión con un compañero francotirador le ofrecen la posibilidad de la felicidad. Pero un viejo enemigo del pasado de Mila une sus fuerzas a las de un nuevo y letal adversario que acecha en las sombras, y Lady Muerte tendrá que luchar contra sus propios demonios y contra las balas enemigas en el duelo más letal de su vida.

Finalista a los Goodreads Choice Awards: Mejor Novela Histórica de 2022

"Quinn entreteje humanidad y profundidad emocional a través de su narrativa". Sarah Penner

"Kate Quinn ha superado sus novelas anteriores al transformar una biografía histórica de la vida real en una ficción apasionante. *Ojo de diamante* —novela bélica, historia de amor en tiempos de guerra,

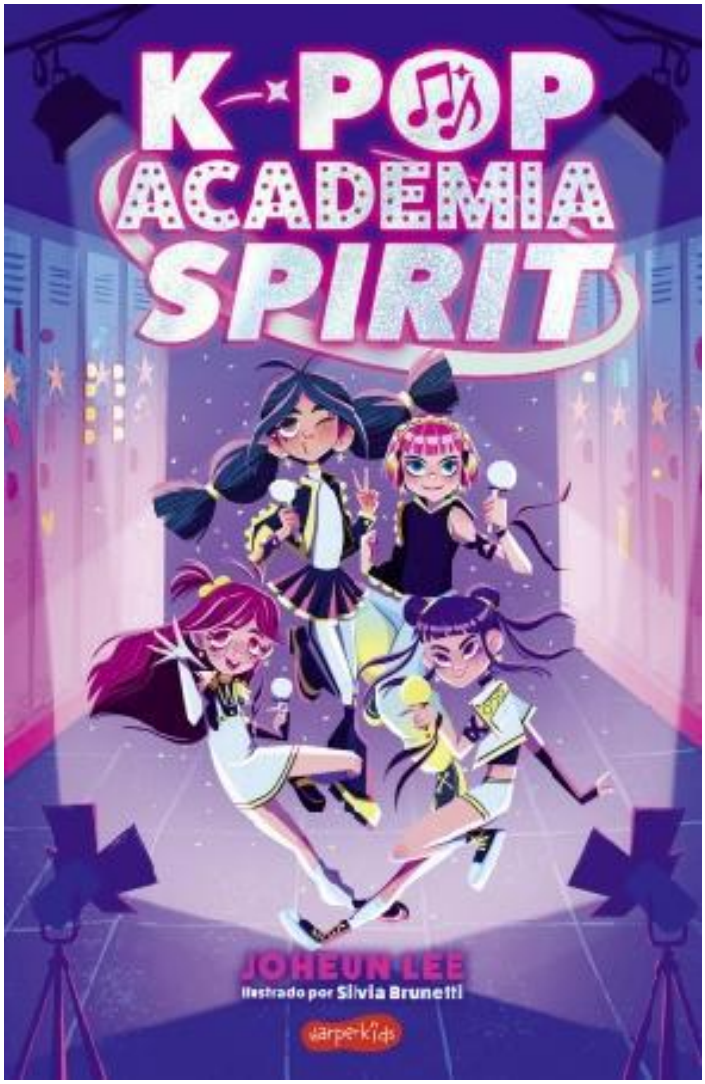
thriller de asesinato—, con una prosa que se mueve entre lo lírico y lo melodramático según la exigencia de los hechos, construye y desarrolla un final sorprendente de doble cañón digno de su inspiración desbordante". *Wall Street Journal*

"La vida de Mila era increíble y Quinn le hace justicia en esta trepidante novela". *The Times*

"La habilidad de Kate Quinn consiste en desarrollar personajes y relaciones, añadiendo tensión, suspense y una trama inteligente". C*hoice*

"Ficción histórica y *thriller* fascinante a partes iguales, la última novela de Quinn que celebra a las mujeres heroicas es una novela de acción altamente cinematográfica". *The Washington Post*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



K-POP: ACADEMIA SPIRIT (Libro 1)

Lee, Joheun

9788410647671

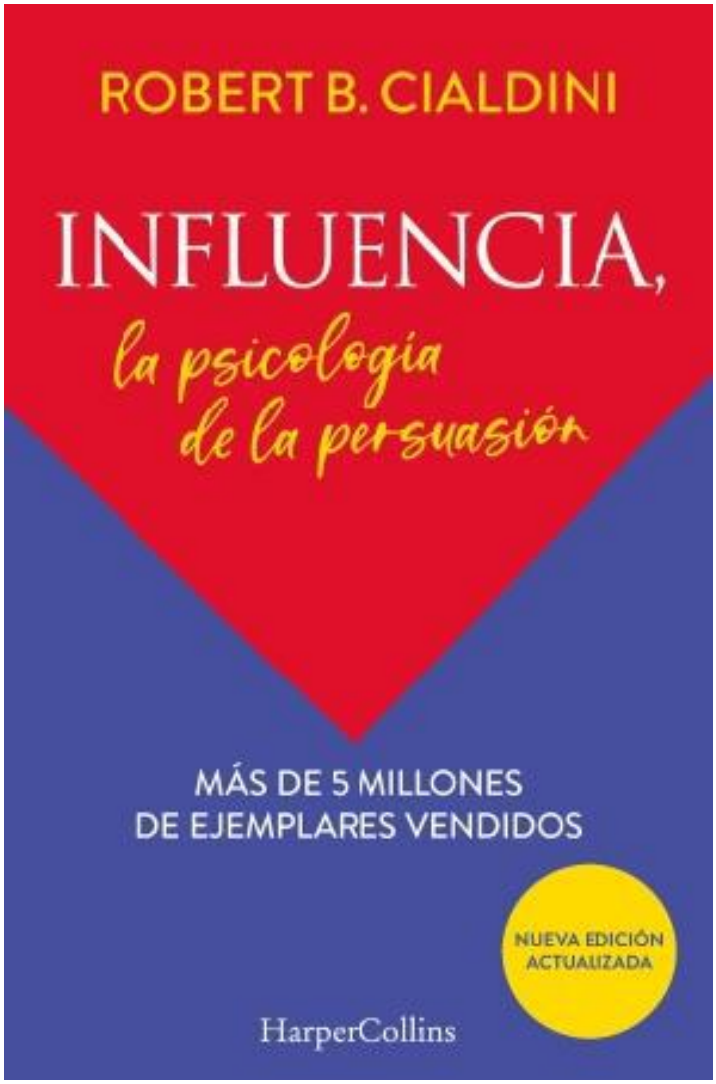
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sanha ha entrado en la mejor escuela de K-pop del mundo. ¡¡No se lo puede creer!! Le gusta cantar, pero… sufre pánico escénico y

siempre ha vivido a la sombra de su hermana, una megaestrella de la canción.
Un día, por casualidad, descubre el secreto mejor guardado de los profesores de Spirit y Sanha pasa de ser una novata a estar en el grupo de los escogidos, todo mientras ensaya coreografías.
Entonces, un peligro de lo más monstruoso amenaza la academia y a millones de fans. ¿Podrá el talento de Sanha y sus nuevas amigas vencer a los enemigos que quieren acabar con la música?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:
https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las sanadoras de la luna

Becker, Elizabeth

9788410644656

352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia mágica sobre madres e hijas, un amor inesperado y un don que puede ser el peor de los castigos.

Durante generaciones, las mujeres Winston han poseído el mágico don de sanar con sus manos. Un legado familiar oculto que ha pasado de madres a hijas. Sin embargo, no todas las sanadoras han cumplido la promesa de transmitir sus conocimientos a sus descendientes…

Louise Winston está a punto de dejar su pueblo para ir a la universidad y cumplir su sueño. La noche que su amigo Peter le confiesa lo que siente por ella, no se imagina que un terrible accidente va a cambiarle la vida para siempre, también la de él. Esa noche un poder que desconocía se revela como nada que haya conocido jamás.

Desesperada por encontrar respuestas a algo inexplicable, Louise y su madre deciden refugiarse en la exuberante huerta de su abuela en los Apalaches. Allí, averiguará la verdadera historia familiar gracias al viejo diario rojo de su bisabuela.

Y cuando Louise empieza a abrazar su legado único, descubrirá que decidir sobre la vida y la muerte tiene también consecuencias inesperadas…

«Maravillosamente escrita y con una construcción impecable de personajes. Esta novela mágica y curativa atraviesa generaciones de madres e hijas con un regalo precioso e imposible». **Jillian Cantor, autora *best seller* de *Beautiful Little Fools***

«Un libro profundamente emotivo que explora los dilemas morales de la vida y la muerte». **Dana Elmendorf, autora de *In the Hour of Crows***

«*Las sanadoras de la luna* teje una historia de amor lírica y mágica sobre madres e hijas y los lazos que nos unen a través de generaciones». **Katharine Schellman, autora de *Last Call at the Nightingale***

«Una conmovedora historia de amor, legados familiares, secretos ocultos y el poder extraordinario que hay dentro de todos nosotros». **Patti Callahan Henry, autora *best seller* de *The New York Times***

«Una obra maestra. La novela de Elizabeth Becker es una exploración brillante y llena de matices que muestra la magia que somos capaces de conferirle tanto a los demás como a nosotros mismos». **Jeffrey Dale Lofton, autor de *Red Clay Suzie***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La obra maestra

Silva, Daniel

9788410645684

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, la única forma de recuperar una obra maestra robada es volver a robarla...

Gabriel Allon es el elegido para restaurar uno de los cuadros más emblemáticos de Venecia, pero, tras descubrir el cadáver de una mujer flotando en las aguas de la laguna veneciana, se lanza a una carrera frenética por recuperar una obra desconocida de Leonardo da Vinci.

El cuadro, un retrato de una hermosa joven, se hallaba oculto bajo una pintura de escaso valor atribuida a un artista desconocido, y llevaba más de un siglo olvidado en un almacén de los Museos Vaticanos. Como nadie sabe que el Leonardo está allí, nadie sabe que ha desaparecido. Nadie, salvo los criminales que están detrás del robo y la misteriosa mujer cuyo cadáver ha descubierto Gabriel en las aguas de Venecia. Una mujer sin nombre. Una mujer sin rostro.

Con este sofisticado y elegante viaje por el lado más oscuro del mundo del arte, Daniel Silva demuestra de nuevo que es el gran maestro actual del suspense y la intriga internacional.

«Gabriel Allon es el James Bond del siglo XXI». ***Daily Mail***

«Daniel Silva sabe tejer historias mejor que ningún otro escritor actual y yo agradecí el poder zambullirme en un gran libro, aunque solo fuera por una noche (cuando empiezo un libro de Silva, no puedo parar)».
Todd Wilkins, ***Best Thriller Books***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)